

325.32
HAR
C4

Diseño de cubierta
Sergio Ramírez

Título original
The New Imperialism

Traducción de
Juan Mari Madariaga

El nuevo imperialismo

David Harvey

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
 fijada en cualquier tipo de soporte.

© David Harvey, 2003
The New Imperialism apareció originalmente en inglés en 2003.
La presente traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press.

© Ediciones Akal, S. A., 2004
para todos los países de habla hispana

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tél.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-2066-1
Depósito legal: M-6971-2004
Impreso en Lavel S. A.
Humanes (Madrid)



FOTOCOPIA NO COMERCIAL
Autorizada sólo por el Autor
(Art. 47 - Ley 17.004)



Índice general

Prefacio	7
Prefacio a la edición en castellano	9
I. Todo tiene que ver con el petróleo	21
Historia de dos productores de petróleo	26
La dialéctica interna de la sociedad civil estadounidense	28
Todo tiene que ver con el petróleo	32
II. Cómo creció el poder de Estados Unidos	39
La lógica del territorio y la lógica del capital	43
Hegemonía	45
El ascenso de los imperialismos burgueses, 1870-1945	49
La hegemonía de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, 1945-1970	54
Hegemonía neoliberal, 1970-2000	62
Opciones	70
Potencias hegemónicas regionales y antagónicas	74
III. Bajo el dominio del capital	79
Poderes estatales y acumulación de capital	81
La producción de una economía del espacio	81
Lógica de poder político-territorial versus lógica de poder capitalista	88

Los circuitos del capital	92
La solución espacio-temporal.....	97
Contradicciones internas	103
El papel de las instituciones mediadoras	105
La intervención del Estado	109
IV. La acumulación por desposesión	111
¿Subconsumo o sobreacumulación?	112
La acumulación por desposesión	116
La contingencia de todo	121
La privatización, principal instrumento de la acumulación por desposesión..	124
Luchas contra la acumulación por desposesión	127
La dualidad de la lucha anticapitalista y antiimperialista	132
El imperialismo como acumulación por desposesión.....	138
V. Del consentimiento a la coerción	141
Lecturas recomendadas.....	161
Bibliografía	165

Prefacio

Estas «Clarendon Lectures» fueron impartidas en la Escuela de Geografía y Medio Ambiente de la Universidad de Oxford los días 5, 6 y 7 de febrero de 2003. Las fechas son significativas. La guerra contra Iraq, aunque parecía inminente, todavía no había empezado, y aún quedaba cierta esperanza, tenue, de poder pararla. Esa esperanza se vio alentada por las formidables manifestaciones celebradas en todo el mundo, con más de un millón de personas en las calles de Londres y Barcelona y cantidades muy elevadas en muchas otras ciudades, incluso en Estados Unidos, el 15 de febrero. Las declaraciones en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hacían pensar que las amenazas planteadas por lo que todos consideraban un régimen bárbaro y despótico se podían resolver por medios diplomáticos. Pero, a pesar de la oposición generalizada, el 20 de marzo se inició la ofensiva militar contra Iraq por decisión e iniciativa de Estados Unidos, apoyado sobre todo por Gran Bretaña y España. En el momento en que escribo todavía no está claro el resultado de la guerra, dejando a un lado el aspecto militar. ¿Acabará siendo, o pareciendo ser, una ocupación colonial, un régimen clientelista impuesto por Estados Unidos, o una auténtica liberación?

Por un lado, la rápida evolución de los acontecimientos hacía muy difícil concebir una serie de conferencias sobre el tema del «nuevo imperialismo». Pero, por otro lado, la propia naturaleza de estos acontecimientos y las amenazas económicas, políticas y militares que suponían para la seguridad global hacían aún más necesario un análisis exhaustivo. Por eso decidí esforzarme en penetrar lo más profundamente posible bajo la moviediza superficie para explorar algunas de las corrientes subterráneas que han configurado y configuran la geografía histórica del mundo, con el fin de arrojar alguna luz sobre las razones que nos habían llevado a una coyuntura tan difícil y peligrosa.

Mi investigación se benefició mucho de la participación en un seminario que duró todo un año sobre el tema del «imperialismo», organizado por Neil Smith y Omar Dah-

bour en el Center for Place, Culture and Politics del Graduate Center de CUNY [Centro de Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York]. Deseo agradecer aquí la ayuda de Neil, Omar y los demás participantes en ese seminario, que tanto contribuyeron a dar forma a mis pensamientos. Varios colegas del Programa de Antropología de la CUNY comentaron a su antojo mis posiciones, y agradezco sus aportaciones a Louise Lennihan, Don Robotham, Ida Susset, Jane Schneider, Talal Assad y, en particular, a Michael Blim y a los estudiantes que participaron en nuestro seminario conjunto sobre «Suelo, fuerza de trabajo y capital». La idea inicial para algún tipo de contribución en torno a las líneas que presento aquí se me ocurrió vagamente en un seminario conjunto que dirigí junto a Giovanni Arrighi en la Universidad Johns Hopkins. Tengo contraída con Giovanni una deuda especial. Agradezco a mis colegas de la Escuela de Geografía de Oxford su invitación a regresar a mi vieja guarida y poder pronunciar estas conferencias en un lugar y un momento tan apropiados. Deseo agradecer en particular a María Kaika, Jack Langton y Erik Swyngedouw su cálida acogida, así como su gran interés en el tema. Anne Ashby, de Oxford University Press, me ofreció una gran ayuda, y Jan Burke desempeñó como siempre un inestimable papel impulsándome a la acción. A lo largo de los años he aprendido mucho de las interacciones con muchas otras personas, demasiado numerosas como para mencionarlas aquí. Espero haber utilizado bien su sabiduría y comprensión individual y colectiva en estas conferencias.

D. H.

Prefacio a la edición en castellano

Hace ya más de seis meses que terminé de escribir *El nuevo imperialismo*, en el que pretendía identificar las fuerzas subyacentes que vienen impulsando unos acontecimientos que se suceden con rapidez. Ello requería algún tipo de interpretación de tales acontecimientos, y en el momento de escribir el libro había muchos aspectos oscuros. Aunque muchos siguen siéndolo, también se han clarificado otros: no se han hallado las armas de destrucción masiva (la razón principal que se dio para un ataque preventivo contra Iraq) y se ha admitido la falsedad de la supuesta conexión entre Sadam Hussein y Al Qaeda y el 11 de Septiembre (aunque al parecer la mayoría de los ciudadanos estadounidenses todavía sigue creyendo en ella); la idea de que fuimos a la guerra debido a un fallo catastrófico de inteligencia tiene poca credibilidad; la afirmación de Bush en su discurso sobre el estado de la Unión de que Iraq estaba tratando de comprar material nuclear en Níger se sabía que era falsa ya entonces, y la Investigación Hutton en Gran Bretaña ha mostrado cómo se exageraron los informes de los servicios secretos para justificar una decisión de ir a la guerra que se había tomado mucho antes. Por todas estas razones Bush y Blair han vuelto a recurrir al argumento general de que liberar por la fuerza al mundo de un dictador brutal era moralmente correcto. Bush proclama repetidamente los méritos de haber devuelto la «libertad» al pueblo iraquí sin atender al dicho de Matthew Arnold de que «la libertad es un caballo muy bueno para cabalgar sobre él, pero para ir a algún sitio»¹. Aunque el cambio de régimen en Iraq se puede juzgar razonablemente como un acontecimiento benéfico, mucha gente cree ahora que Bush es la principal amenaza a la paz mundial y que es necesario un cambio

¹ Las citas de Matthew Arnold proceden de R. WILLIAMS, *Culture and Society, 1780-1850*, Londres, Chatto and Windus, 1958, p. 118.

de régimen en Washington. La mayoría de los estadounidenses no entienden esa opinión, mientras se sigue ampliando la brecha entre Estados Unidos y el resto del mundo, en parte como consecuencia de la tendenciosidad de los medios de comunicación (como decía Arnold, «si los periódicos que uno lee pueden decir lo que quieren, uno tiende a creer que está bien informado») y el peculiar sistema de creencias estadounidense sobre la virtud moral.

Uno de los grandes interrogantes era si la invasión de Iraq se entendería como liberación u ocupación. El peso de las pruebas apoya ahora con fuerza esta última opinión, y lo único que sigue en duda es dónde y cuándo se interpreta la resistencia más como «insurgencia» (como sucede en gran parte del mundo árabe) que como «terrorismo». Desde que Bush aterrizó en Iraq con la satisfacción del «deber cumplido» han muerto muchos más soldados estadounidenses, lo cual ha generado en Estados Unidos cierta disposición a cuestionarse los motivos y la atroz falta de planificación para la reconstrucción de posguerra de la economía y la sociedad civil iraquíes². Una consecuencia positiva es que todas aquellas insinuaciones sobre la prosecución del avance militar hacia Damasco y Teherán se han desvanecido. Estados Unidos aplica ahora en Iraq tácticas de represión más brutales (que reproducen en cierta medida las aplicadas por los israelíes contra los palestinos), lo que es probable que se vuelva en su contra y suscite oleadas aún más amplias de resistencia. Las recientes declaraciones de un comandante estadounidense sobre el terreno de que «con una fuerte dosis de miedo y violencia, y mucho dinero para los proyectos, creo que podemos convencer a esta gente de que estamos aquí para ayudarles» expresa adecuadamente el espíritu de la ocupación estadounidense³.

Crece la presión sobre Estados Unidos, tanto interna como externa, para que diseñe una estrategia de salida rápida, pero sobre este punto existen algunos dilemas complicados. Una retirada demasiado rápida de las fuerzas estadounidenses podría sumergir Iraq en una guerra civil sangrienta de la que podría resultar una partición del país en tres Estados, chií, suní y kurdo. Corren rumores sobre planes para esa partición, pero es improbable que los Estados cercanos (en particular el turco) permanezcan de brazos cruzados y no intervengan; también es muy poco probable que Estados Unidos deje sin protección los campos petrolíferos aunque se retire del resto del país. Las únicas opciones alternativas son que las fuerzas estadounidenses permanezcan en Iraq durante un

² D. RIEFF, «Blueprint for a Mess: how the Bush Administration's Pre-war Planners Bungled Post-war Iraq», *The New York Times Sunday Magazine* (2 de noviembre de 2003), pp. 28-78; M. IGNATIEFF, «Why are we in Iraq? (And Liberia? And Afghanistan?)», *The New York Times Sunday Magazine* (7 de septiembre de 2003), pp. 38-85.

³ D. FILKINS, «Tough New Tactics by U.S. Tighten Grip on Iraq Towns», *The New York Times* (7 de diciembre de 2003), p. A18.

largo periodo (decisión que se está haciendo cada vez más impopular en Estados Unidos, pero que parece más coherente con los objetivos perseguidos por la Administración estadounidense) o que se internacionalice la ocupación bajo los auspicios de la ONU. La renuencia de Estados Unidos frente a esta última posibilidad (suponiendo que la ONU la aceptara) podría provenir de una mezcla de falso orgullo y de la incapacidad de las principales instituciones estadounidenses para cambiar de plan (como sabemos, estos factores desempeñaron un importante papel en la prolongación del compromiso estadounidense en Vietnam aunque todo el mundo reconociera que sus planes de guerra allí no eran viables). Pero la decisión evidente de la Administración estadounidense de vetar que Francia, Alemania y Rusia participen lucrativamente en la reconstrucción de Iraq, al mismo tiempo que les pide ayuda para afrontar ésta y que condonen sus deudas para con este país (la deuda iraquí asciende a 100.000 millones de dólares más otros 100.000 millones en concepto de las reparaciones de guerra a Kuwait), sólo se puede explicar por la importancia estratégica que Estados Unidos atribuye al control sobre las reservas globales de petróleo, asunto inabordable que el gobierno estadounidense se niega siquiera a mencionar.

La cuestión del estado exacto de las reservas y la producción global de petróleo sigue tan nebulosa como siempre. En el capítulo I, yo afirmaba, por ejemplo, que las reservas canadienses están disminuyendo rápidamente; pero si se tiene en cuenta el petróleo —de difícil extracción— localizado en áreas de arenas bituminosas, entonces las reservas canadienses son muy sustanciales. Rusia ha penetrado en el mercado mundial del petróleo de forma muy decidida en los últimos meses (y está comenzando a adquirir el status de país exportador, con todos los peligros y dificultades que eso conlleva). Y el repentino interés del gobierno de Bush por establecer bases militares en África (en particular en África occidental y Angola) seguramente tiene más que ver con las sustanciales reservas de petróleo allí existentes que con la excusa ritual de la guerra contra el terrorismo o las preocupaciones humanitarias y la necesidad de hacer frente a la epidemia del sida. Sólo cabe reconocer la imprecisión del panorama global del petróleo, señalando, no obstante, que en cualquier caso Oriente Próximo es una región crucial en relación con la economía global y que la presencia estadounidense en la región, que ha venido aumentando constantemente desde 1945, no disminuirá en el futuro próximo. Gane quien gane las próximas elecciones presidenciales estadounidenses, es muy improbable que Estados Unidos renuncie al proyecto de controlar la región.

Esto plantea la interesante cuestión de cómo puede justificar Estados Unidos su presencia perpetua en la zona. El principal argumento es el estado de inseguridad crónica de la región. A veces parece como si Estados Unidos lo fomentara deliberadamente para justificar su presencia. El tibio apoyo concedido a la «hoja de ruta» para una solución del conflicto palestino-israelí y su respaldo a la brutalidad de Sharon, así como su

oposición general a los intereses de los países islámicos, no sólo indican un compromiso asimétrico que satisface ciertos intereses domésticos clave en Estados Unidos, sino que también alientan el terrorismo, la militancia y la insurgencia en toda la región y en otros lugares. Un estado de persistente inseguridad y la perpetuación del clima de miedo parecen ser para Bush y sus consejeros la vía más fácil hacia la reelección y la consolidación del poder político global en torno a un potente aparato militar y una economía de guerra permanente. Del mismo modo que durante las décadas de los ochenta y los noventa Estados Unidos se benefició de la volatilidad financiera que había contribuido a crear, ahora puede esperar beneficiarse de la inestabilidad político-militar que su política está fomentando al menos parcialmente.

Quizás el aspecto más discutible de mi argumentación es el de que Estados Unidos opera desde una situación de debilidad económica y política más que de fuerza, y que la aventura iraquí podía suponer el fin de su hegemonía más que el comienzo de una nueva fase de dominación global. Esta cuestión merece un debate serio. Sólo el tiempo dirá si tengo razón, pero es vital que se considere la posibilidad y las eventuales consecuencias de un inminente declive de Estados Unidos como potencia hegemónica. Aunque sigo manteniendo el planteamiento general que inspiraba mi análisis, probablemente subestimé algunos pilares del poderío estadounidense y mi presentación sucinta de la pérdida del dominio estadounidense en otras áreas necesita mayor investigación y precisión.

Comencemos por el hecho de que la mitad de la investigación y desarrollo en el mundo se hace en Estados Unidos, lo que le da una sustancial ventaja tecnológica y desvía la aplicación global de las innovaciones hacia sus propios intereses (en particular los relacionados con el complejo militar-industrial), generando un flujo de rentas tecnológicas desde el resto del mundo hacia la economía estadounidense. La insistencia de Estados Unidos en la protección internacional de los derechos de propiedad intelectual está destinada a garantizar ese *status* «rentista» durante un período relativamente largo. La fuerza relativa de las economías del Este y Sureste de Asia no reside en general en su capacidad innovadora (con la excepción parcial de Japón, Taiwan y en menor medida Corea). Estas economías se especializan en la aplicación de las innovaciones procedentes de Estados Unidos empleando sus recursos de fuerza de trabajo y habilidad organizativa para introducir en la producción los nuevos adelantos con mucho menores costes y mucho mayor nivel de eficiencia. Así pues, gran parte del mundo depende, en cuanto a las innovaciones tecnológicas, de Estados Unidos, que puede aspirar razonablemente (y en estos momentos son muchos los estrategas económicos que así lo plantean) a acaparar las principales nuevas fuentes de innovación (como lo hizo con las industrias de alta tecnología de la muy pregonada «nueva economía» durante las décadas de los ochenta y los noventa) y liderar así el mundo una vez más en una alegre danza de nuevos encantamientos tecnológicos. Pero no se trata

de una tarea en absoluto fácil⁴. Ante todo, no está claro cuáles pueden ser esos nuevos sectores (aunque los principales candidatos sean la tecnología médica y la biotecnología) y tampoco está claro si las nuevas vías emprendidas, como los alimentos genéticamente modificados, serán aceptadas por el resto del mundo. Por otra parte, aunque el liderazgo estadounidense en la innovación tecnológica siga siendo todavía un pilar sustancial de su influencia y poder (gracias en gran medida a sus universidades y departamentos de investigación), hay muchos signos de que no es inexpugnable. La competencia europea en las líneas aéreas comerciales es feroz (Airbus frente a Boeing), países como Brasil cuentan ahora con una presencia sustancial en la producción de aviones más pequeños y China amenaza con competir en el campo de los satélites comerciales (lo que ha puesto al gobierno estadounidense lo bastante nervioso como para reemprender la idea de la colonización lunar como un objetivo a largo plazo de la investigación espacial). Aun así, sigue siendo probable que la ventaja tecnológica siga siendo un pilar importante del poder global estadounidense.

Hay dudas sobre lo sería que puede ser la pérdida de dominio industrial para el poderío estadounidense. El declive cuantitativo relativo es innegable. Durante la década de los cincuenta el 60 por 100 de la producción industrial mundial se localizaba en Estados Unidos, pero a fin de siglo era menos del 25 por 100. ¿Hasta qué punto es este comportamiento tan importante si gran parte de la producción mundial está controlada por empresas estadounidenses que operan en el exterior y los beneficios se repatrian a Estados Unidos? Hasta cierto punto esto es así, pero también es un hecho que empresas no estadounidenses dominan muchas ramas industriales importantes: «Nueve de los diez mayores productores de electrónica y equipo eléctrico; ocho de los diez mayores productores de vehículos a motor e instalaciones eléctricas y de gas; siete de las diez mayores empresas refinadoras de petróleo; seis de las diez mayores empresas de telecomunicaciones; cinco de las diez mayores firmas farmacéuticas; cuatro de las seis mayores empresas químicas [...]». Además, en 2000 sólo veintitrés de las «cien principales empresas, según sus activos colocados en el extranjero [...], eran estadounidenses», y «en 2001 sólo el 21 por 100 de la inversión extranjera directa era estadounidense, frente al 47 por 100 en 1960»⁵. Las empresas industriales basadas en Estados Unidos simplemente no mantienen la posición predominante que tenían en otro tiempo. Cierto es que repatrian beneficios sustanciales de sus inversiones en el extranjero y aprovechan financieramente los menores costes laborales en otros países. Pero las empresas extranjeras que operan en Estados Unidos también repatrian beneficios y eso equilibra en parte la balanza global. ¿Se ven compensadas las pérdidas de puestos de trabajo en Estados Uni-

⁴ D. HENWOOD, *After the New Economy*, Nueva York, New Press, 2003.

⁵ R. DU BOFF, «U.S. Empire: Continuing Decline, Enduring Danger», *Monthly Review* 2 (2001), vol. 55, pp. 1-15.

dos por el aflujo de elevados beneficios a las empresas con sede en Estados Unidos? Posiblemente. Pero esos beneficios repatriados van a parar a los que ya son ricos y significan poco o nada para el resto de la población, consolidando así el increíble desequilibrio de clases que ya muestra la estructura social estadounidense. Gran parte la población de Estados Unidos depende cada vez más de los hábitos de consumo del estrato que disfruta de mayores ingresos, lo cual genera un cúmulo de empleos poco retribuidos en el sector servicios, esto es, una especie de clase sirviente para los más ricos que dominan económica y políticamente el país mediante sus contribuciones a las campañas electorales. Además, parte de estos empleos en los servicios se está desplazando ahora al exterior. La India (a la que no dediqué suficiente atención en mi presentación original) está arrebataando rápidamente a Estados Unidos esos empleos, desde la producción de *software* y los servicios de asistencia informática hasta la venta de billetes de avión y los servicios de facturación para empresas y gobiernos.

La dependencia de la producción (y los servicios) efectuada en el extranjero conlleva cierto riesgo porque exige una notable estabilidad geopolítica o la capacidad de Estados Unidos para aplastar militarmente los eventuales disturbios y conmociones en otros países. Por ejemplo, si estallara un conflicto militar entre China y Taiwan, ¿qué le sucedería a la oferta de artículos industriales en el mercado estadounidense? Hasta el complejo militar-industrial depende del este y sureste de Asia en cuanto a los chips para ordenador. Además, las fuerzas gemelas del cambio tecnológico y de la transferencia de puestos de trabajo al extranjero han ejercido un impacto terrible sobre las perspectivas de empleo en Estados Unidos. Aproximadamente el 40 por 100 de los 2 millones de empleos perdidos en Estados Unidos durante los últimos tres años se ha debido al crecimiento de la productividad de su economía⁶. El desempleo inducido tecnológicamente y la inseguridad en el trabajo han venido creciendo desde hace tiempo en la economía estadounidense (en general, durante la década de los noventa)⁷, mientras que la pérdida de puestos de trabajo a favor de su creación en el exterior suponía tan sólo el 30 por 100 (el resto se debe simplemente a la situación de recesión). Estas fuerzas siguen desempeñando un importante papel y explican la «recuperación sin aumento del empleo» que se está produciendo ahora en Estados Unidos. El declive relativo de la capacidad industrial supone, a mi parecer, una seria erosión del poder global estadounidense en el mundo.

Otra cuestión igualmente complicada es la del irrefrenable consumismo estadounidense. Proporciona una ventaja sustancial a Estados Unidos en las negociaciones co-

⁶ E. L. ANDREWS, «Imports Don't Deserve all that Blame», *The New York Times* (7 de diciembre de 2003), «Business Section», p. 4.

⁷ R. POLLIN, *Consumers of Descent: US Economic Fractures and the Landscape of Global Austerity*, Londres, Verso, 2003 (de próxima publicación en Cuestiones de Antagonismo, Ediciones Akal).

merciales bilaterales, ya que el acceso privilegiado al enorme mercado estadounidense tiene una gran importancia para economías más pequeñas (como las de Chile o Taiwan). Estados Unidos ha utilizado repetidamente ese poder, más que la OMC, para conseguir sus objetivos (yo apostaría a que unas cuantas sentencias condenatorias más contra Estados Unidos como la de las tarifas aduaneras sobre el acero pueden llevar a Estados Unidos a abandonar la OMC del mismo modo que abandonó el acuerdo de Kyoto sobre el cambio climático en favor de la negociación bilateral). La dependencia del resto del mundo del mercado estadounidense es ciertamente un rasgo importante de las relaciones de poder globales, pero el reciente incremento del consumismo estadounidense se ha basado casi enteramente en un incremento paralelo del endeudamiento. Ha hecho descender prácticamente a cero la tasa de ahorro doméstica (quizás hasta sea negativa si tenemos en cuenta la refinanciación de las deudas hipotecarias a raíz del aumento de valor de las viviendas). También ha sido muy marcadamente clasista, ya que depende cada vez más de los hábitos de consumo del 10 por 100 más rico de la población estadounidense, que es donde se concentran de forma desproporcionada la riqueza y la renta. El hábito de gastar más allá de los propios medios desempeñó un papel crucial en el mantenimiento a flote de la economía estadounidense durante la reciente recesión y sigue impulsando la recuperación estadounidense⁸. La generosa disminución de la presión fiscal, que aumentó la capacidad de consumo en el verano de 2003, se agotó casi inmediatamente, produciendo un fuerte estímulo económico que la Administración espera que dure hasta las elecciones de otoño de 2004. Pero ¿cuánto puede durar ese consumismo financiado mediante el endeudamiento?

El prodigioso incremento del endeudamiento es el núcleo del problema estadounidense. El panorama financiero de Estados Unidos sigue deteriorándose sin freno. El endeudamiento personal sigue creciendo, los déficit que registran los presupuestos públicos a todos los niveles de la Administración implican un asalto contra las inversiones y los servicios públicos, mientras que el sector privado, como siempre, se queda con la parte lucrativa que pone en sus manos el gobierno y deja que el resto se hunda. La Administración federal está recurriendo a niveles inauditos de irresponsabilidad presupuestaria, e incluso si se prolonga la tibia recuperación económica actual parece inevitable que de seguir con la política actual se producirá una situación de grave crisis presupuestaria en la próxima década. Las políticas presupuestarias de la Administración de Bush parecen incomprensibles a menos que se entienda como un impulso deliberado por parte de los ideólogos neoconservadores para conducir deliberadamente toda la estructura de financiación pública a una crisis tan enorme que el gobierno se vea obligado a renegar de todas sus obligaciones sociales (como la Seguridad Social y Medicare), lo que satisfaría su pro-

⁸ En G. DUMÉNIL y H. LEVY, *Economie marxiste du capitalisme*, París, La Découverte, 2003, aparecen recogidos datos extremadamente interesantes sobre varios de estos asuntos.

yecto de contraer el poder gubernamental (excepto en lo que se refiere al ejército) hasta el punto de que «quepa en un vaso de agua»⁹. Como han señalado muchos observadores, el desbocado crecimiento actual del déficit no puede mantenerse sin llegar a una situación de quiebra o sin caer en un estado crónico de dependencia de la generosidad extranjera. Ya en este momento un 40 por 100 de los bonos del Tesoro estadounidense y una quinta parte de los activos de Wall Street están en manos extranjeras. Me equivoqué al situar el aflujo cotidiano de capital para equilibrar el balanza por cuenta corriente estadounidense en 2.000 millones de dólares; en este momento sólo llega a 1.500 millones, pero ¡sigue creciendo! Cuando el secretario del Tesoro John Snow visitó China recientemente, su objetivo declarado era el de convencer al gobierno chino para que revaluara su moneda reduciendo así su ventaja competitiva en el comercio global. En realidad sin embargo, según sospechaban muchos comentaristas, Snow fue a rogarle que empleara su superávit para financiar el déficit estadounidense. La única alternativa consistiría en utilizar el poder de señoreaje estadounidense para pagar su deuda en dólares devaluados, pero eso significaría el desencadenamiento de la inflación en Estados Unidos y un colapso del dólar en los mercados internacionales mucho más serio que su actual pérdida de valor frente al euro. En este terreno el colapso del poder estadounidense parece inminente, a menos que se produzca un viraje radical que se aleje de la actual trayectoria suicida que el gobierno parece empeñado en seguir. Un cambio de régimen en Washington podría suponer, al menos en esa cuestión, una diferencia sustancial.

Finalmente, hay quien mantiene complacido que la recuperación de la economía global se debe precisamente al consumismo estadounidense, pero economías tan diversas como las de Chile, Japón, Australia, Alemania y hasta la de la India se están recuperando en gran medida debido a la gran demanda de las inversiones infraestructurales chinas (la tasa anual de aumento de la inversión en capital fijo llegó al 25 por 100 en 2003). Hasta la industria estadounidense se ha beneficiado de la demanda china de equipo para el movimiento de tierras. El superávit chino por cuenta corriente (invertido cada vez más en bonos del Tesoro estadounidense y que financia, por lo tanto, parcialmente la máquina militar estadounidense) es cada vez mayor (el superávit comercial frente a Estados Unidos ha aumentado desde menos de 10.000 millones de dólares en 1990 a más de 100.000 millones en 2002). Su asombrosa tasa de transformación y crecimiento (estimada en un 8,5 por 100 en 2003), aun acompañada por extraordinarias tensiones internas, ha sido decisiva para el crecimiento global que se ha verificado durante los últimos diez años y China domina ahora la totalidad del este y sureste de Asia como potencia hegemónica regional con enorme influencia global. Las importa-

⁹ P. KRUGMAN, «The Tax-Cut Con», *The New York Times Sunday Magazine* (14 de septiembre de 2003), pp. 54-62. Con mayor generalidad, véase P. KRUGMAN, *The Great Unraveling*, Nueva York, Norton, 2003.

ciones chinas de productos provenientes de otros países asiáticos vienen creciendo a tasas pasmosas, habiéndose llegado a duplicar en los últimos dos años la proporción de las exportaciones de éstos dirigidas a China, que se ha convertido en el principal destino de las procedentes de Corea del Sur y Taiwan. Por otro lado, China rivaliza con Estados Unidos en el mercado de las exportaciones japonesas¹⁰. Su sed de petróleo es también muy evidente. China es ya el segundo importador de crudo después de Estados Unidos, y de mantener su actual tasa de crecimiento el consumo chino de petróleo igualará al de Estados Unidos en 2020, con consecuencias potencialmente catastróficas para el cambio climático global. La lucha geopolítica para controlar los campos petrolíferos de Oriente Próximo parece de largo alcance (lo que explica la renuencia estadounidense a ceder a la ONU el control de la catástrofe iraquí). Así pues, ¿de qué seguridad energética a largo plazo estamos hablando? ¿De la estadounidense o de la china? Todo el mundo debería estar de acuerdo en la importancia de este último punto.

La situación de la economía china está, sin embargo, cuajada de peligros. Hemos sabido con sorpresa que desde 1995 ha habido una *pérdida* neta de puestos de trabajo en el sector industrial debido al cierre de muchas de las empresas municipales y comarcales de los «cinturones decrepitos» que rodean Pekín y Shanghai y a que los nuevos sistemas de producción que se están aplicando son menos intensivos en fuerza de trabajo. China ha absorbido más empleos anteriormente existentes en los sectores industriales de Japón, Corea del Sur, México y otros lugares procedentes de Estados Unidos. En las maquiladoras que balizan la frontera norte de México se han perdido durante los últimos dos años cerca de 200.000 puestos de trabajo, y todos ellos han sido absorbidos por China. Pero las enormes inversiones infraestructurales emprendidas en este último país están arrastrando tras de sí gran parte de la economía global y dado que es una tesis económica bien demostrada que inversiones de este tipo, aunque se financien mediante el endeudamiento (y sean, por lo tanto, en cierta medida especulativas), son más eficaces para estimular el crecimiento conjunto que el recurso al consumismo¹¹, debería estar claro para todos qué país está encabezando en este momento la recuperación global. Y no se trata de Estados Unidos. El desplazamiento de poder hacia China y más en general hacia Asia (en la que la India está emergiendo ahora como un protagonista mucho más fuerte) se está acelerando más que frenando, siendo el único interrogante hasta qué punto puede mantener su actual tasa de crecimiento.

¹⁰ Resulta difícil mantenerse al día con respecto a la velocidad de los cambios en China. Los informes del Asian Development Bank y el Asian Monitor junto con los que publica la prensa financiera permiten algunas evaluaciones aproximadas. Véase H. MCRÆ, «Working for the Yangtze Dollar», *The Independent Review* (18 de noviembre de 2003), pp. 2-3.

¹¹ Véase el resumen de las pruebas en favor de este argumento en J. MADRICK, «Economic Science», *The New York Times* (10 de julio de 2003), p. C2.

Entretanto, el panorama geopolítico está mostrando una considerable inestabilidad. Las alianzas, que se modifican rápidamente, tienen todavía que asentarse (si es que llegan a hacerlo) en una configuración estable que supere el escenario de la Guerra Fría. La red de acuerdos flexibles en el Este y Sureste de Asia parecen ir consolidándose en torno a China (aunque a regañadientes en algunos casos)¹². Es muy significativo que cuando Bush recorrió recientemente la región, su visita se viera absolutamente ensombrecida por la presencia del primer ministro chino, Wen Jiabow. En el seno de Europa se mantienen las diferencias, aunque hay algunos signos de convergencia en torno a la política económica e incluso militar. La revaluación del euro frente al dólar (que por el momento es del 25 por 100) sugiere un incipiente desafío al papel del dólar como única moneda de reserva global. Sigue adelante el acercamiento entre Francia, Alemania y Rusia, con el tácito apoyo de China. El surgimiento en la conferencia de Cancún de una coalición táctica encabezada por China, India, Sudáfrica y Brasil, insistiendo frente a la Unión Europea, Estados Unidos y Japón en una mayor apertura comercial, en particular en relación con los productos agrícolas, abre un nuevo frente en la confrontación geopolítica, y el acercamiento que parece estar fraguándose entre China y la India también augura un importante desplazamiento del equilibrio de poder en el mundo. Estados Unidos, aunque todavía ejerce una influencia sustancial, no puede aspirar al poder abrumador que tuvo en otro tiempo para configurar alianzas globales en su propio beneficio. Trastornos impredecibles en Estados inestables —como Pakistán o Arabia Saudí— podrían fácilmente convertirse en importantes dislocaciones globales. Allí donde en otro tiempo Estados Unidos dominaba sin el menor problema, ahora tiene que trabajar duro para mantener su declinante influencia. Esto es particularmente evidente en América Latina, donde el presidente brasileño Lula, con el apoyo del argentino Kirchner, encabeza una reconfiguración de la política hacia la izquierda, y donde una revolución en Bolivia ha derrocado a un presidente que pretendía un nivel más alto de integración económica global.

Conviene en cualquier caso prestar mucha atención a la inestabilidad actual. Históricamente hemos visto fases de estabilidad relativa (por ejemplo, durante gran parte de la Guerra Fría) seguidas por fases de gran incertidumbre en las que pueden producirse todo tipo de rápidas reconfiguraciones y realineamientos. Durante esas fases es muy difícil predecir el resultado. ¿Quién había predicho una guerra intercapitalista en 1928? ¿Quién habría predicho el repentino colapso de la Unión Soviética (por añadidura, sin confrontación militar) en 1985? ¿Quién habría predicho hace cuatro años la reciente guerra contra Iraq? Acerca de las predicciones meteorológicas se dice que si afirmamos que el tiempo será mañana poco más o menos como el de hoy acertaremos

¹² J. PERLEZ, «China is Romping with the Neighbors (US is distracted)», *The New York Times* (3 de diciembre de 2003), pp. A1-A4.

casi siempre. El paisaje también está sujeto a ritmos estacionales predecibles, pero de repente llega un huracán y todo cambia. Estamos en un periodo de huracanes en las relaciones geopolíticas globales, y Estados Unidos es muy vulnerable. Hasta su cacareado poderío militar está en cuestión. Estados Unidos puede dominar gracias a su potencia destructiva accionada por control remoto, pero no dispone de la voluntad ni de los recursos para mantener una ocupación militar a largo plazo sin recurrir a reservistas que cada vez tienen menos ganas de ir de Iraq (en particular porque los movilizados sufren serios recortes en la paga y en algunos casos no cobran los últimos meses). Pero ahí es donde entra en juego el permanente estado de inseguridad. Si se estableciera la paz en todas partes, Estados Unidos no podría persuadir a nadie, ni dentro de sus fronteras ni fuera, de la necesidad de su presencia militar. Evidentemente, en el mundo hay demasiadas tensiones, rivalidades y conflictos como para suponer probable ese establecimiento de la paz. Pero la gran pregunta que tenemos que hacernos es si la interferencia estadounidense es parte de la solución o parte del problema.

D. H.

Nueva York, 10 de diciembre de 2003

I

Todo tiene que ver con el petróleo

Mi objetivo consiste en examinar el estado actual del capitalismo global y el papel que podría jugar en él un «nuevo» imperialismo. Lo haré desde la perspectiva de la *larga duración* y a través de la lente de lo que llamo materialismo histórico-geográfico. Trataré de desvelar algunas de las transformaciones más profundas que tienen lugar bajo la turbulencia y labilidad superficiales, abriendo así un terreno de debate sobre cómo podríamos interpretar la situación actual y reaccionar mejor frente a ella.

La duración más larga que cualquiera de nosotros puede experimentar es, claro está, la de la propia vida. Mi primera percepción del mundo se configuró durante la Segunda Guerra Mundial y lo que vino a continuación poco después. Por aquel entonces, la idea del Imperio británico todavía tenía resonancia y significado. El mundo me parecía abierto porque en el mapa había muchos lugares pintados de rojo, un imperio en el que nunca se ponía el sol. Si necesitaba alguna prueba adicional de tal sentimiento de propiedad, podía recurrir a mi colección de sellos: el rostro del monarca británico aparecía en los de la India, Sarawak, Rodesia, Nyasalandia, Nigeria, Ceilán, Jamaica... Pero pronto tuve que reconocer que el poderío británico estaba en declive. El imperio se desmoronaba a una velocidad de vértigo. Gran Bretaña había cedido el poder global a Estados Unidos y el mapa del mundo comenzó a cambiar de color a medida que se aceleraba la descolonización. Los acontecimientos traumáticos de la independencia y la partición de la India en 1947 señalaron el comienzo del fin. Al principio la única explicación que se me ofrecía era que aquel trauma era un ejemplo típico de lo que sucedía cuando el dominio «sensato» y «justo» de Gran Bretaña se veía reemplazado por pasiones nativas irracionales y el retorno de antiguos prejuicios (una visión del mundo que muchos otros compartían con los británicos y que ha mostrado notable tenacidad). Pero cuanto más atroz se hacía la lucha por la independencia, más sobresalía la sordi-

dez y sevicia del dominio imperial. Aquello culminó, para mí y para muchos otros de mi generación, con el intento anglo-francés de apoderarse del canal de Suez en 1956. En aquella ocasión Estados Unidos reconvino a Gran Bretaña y Francia por tratar de derrocar a un dirigente árabe, Nasser, que a ojos occidentales resultaba tan amenazador y «maligno» como se presenta hoy día a Sadam Husein. Eisenhower prefirió la contención pacífica a la guerra, y justo es decir que la reputación global de Estados Unidos como líder mundial creció en la misma medida en que se hundía la de Gran Bretaña y Francia. Después de la crisis de Suez me resultaba difícil negar el aspecto pérfido de un imperialismo descaradamente codicioso y en rápido declive pero inconfundiblemente británico.

Las cosas le parecían muy diferentes a un joven estudiante del Bronx que llegó a Oxford a comienzos de la década de los sesenta. Marshall Berman recuerda que no podía soportar a los «lánguidos jóvenes que parecían salidos de algún episodio de *Brideshead Revisited* [Retorno a Brideshead], vagabundeando en esmoquin (con el que a menudo parecía que hubieran dormido sin quitárselo) mientras sus padres poseían el Imperio británico y el mundo. O, al menos, actuaban como si así fuera. Yo sabía hasta qué punto fugían: el imperio estaba *kaputt*; los hijos de la clase dominante vivían de unos bonos que valían menos cada año, y heredaban empresas ahocadas sin remedio a la bancarota [...], al menos yo sabía qué es lo que pasaba en el mundo¹. Me pregunto cómo se siente ahora, con los escombros de todas esas empresas «punto.com» esparcidos por el paisaje estadounidense, los escándalos contables, el catastrófico declive del mercado de valores que ha arruinado buena parte de las pensiones de jubilación de tanta gente, y repentinas proclamaciones beligerantes, como la que aparecía en la portada de *The New York Times Magazine* el 5 de enero de 2003: «American Empire: Get Used to it» [«Imperio estadounidense: acostumbremosnos a la idea»]². Para mí resulta bastante extraño haber llegado a adquirir conciencia del mundo en el momento en que un imperio se desvanecía, y a la edad de la jubilación cuando se proclama públicamente el nacimiento oficial de otro.

Michael Ignatieff, el autor de ese artículo, reitera contundentemente una afirmación anterior (también en *The New York Times Magazine*, de 28 de julio de 2002), en la que proclama que «toda la guerra de Estados Unidos contra el terror es un ejercicio de imperialismo. Eso puede resultar chocante a los estadounidenses, a quienes no les gusta

¹ M. BERMAN, «Justice/Just Us: Rap and Social Justice in America», en A. MERRIFIELD y E. SWYNEDOUW (eds.), *The Urbanization of Injustice*, Nueva York, New York University Press, 1997, p. 148.

² M. IGNATIEFF, «The Burden», *The New York Times Sunday Magazine* (5 de enero de 2003), pp. 22-54, reimp. como «Empire Lite» en *Prospect* (febrero de 2003), pp. 36-43, y también «How to Keep Afghanistan from Falling Apart: The Case for a Committed American Imperialism», *The New York Times Sunday Magazine* (26 de julio de 2002), pp. 26-58.

pensar en su país como un imperio. Pero ¿de qué otra forma se puede llamar a las legiones de soldados, espías y fuerzas especiales repartidas por todo el globo?». Ignatieff argumenta que Estados Unidos ya no puede pretender un imperio «ligero» ni esperar que le salga barato. Debe prepararse para asumir un papel más serio y permanente, prepararse a largo plazo para realizar transformaciones importantes. Que una publicación tan relevante dé tanta importancia a la idea de un imperio estadounidense merece reflexión. Pero Ignatieff no es el único en decirlo. Max Boot, en un editorial de *The Wall Street Journal*, opina que «cierta dosis de imperialismo estadounidense puede ser la mejor respuesta al terrorismo». Dice que Estados Unidos debe ser más expansionista: «Afganistán y otros países atribulados echan de menos hoy el tipo de administración extranjera ilustrada que en otros tiempos proporcionaban ingleses seguros de sí mismos, embutidos en pantalones de montar y con cascos de corcho». Los británicos, cuyas grandes tradiciones imperiales eran descritas con tanta nostalgia, también se sumaron a la empresa. El historiador conservador Niall Ferguson (cuya serie de televisión y libro documentan, con gran entusiasmo patriótico, no sólo las gestas heroicas de los constructores del Imperio británico, sino también la paz, prosperidad y bienestar que aquel imperio dio supuestamente al mundo) aconseja a Estados Unidos fortalecer su determinación, gastar el dinero que haga falta y «realizar la transición de un imperio informal a otro formal». Son muchos los que aseguran que ya se está forjando un «nuevo imperialismo», pero éste exige un reconocimiento más explícito y un compromiso más sólido para que se pueda establecer una Pax Americana que otorgue al mundo los mismos beneficios que la Pax Británica en la segunda mitad del siglo XIX³.

El presidente Bush parece dispuesto a asumir este compromiso pese a su declaración en un discurso pronunciado en West Point de que «Estados Unidos no tiene un imperio que extender ni una utopía que establecer». El 11 de Septiembre —decía en un artículo aparecido en *The New York Times* con ocasión del primer aniversario de aquella tragedia—, ha clarificado el papel de Estados Unidos en el mundo y ha abierto grandes oportunidades: «Aprovecharemos nuestra situación de fuerza e influencia sin parangón para construir una atmósfera de orden y apertura internacional en la que puedan florecer el progreso y la libertad en muchas naciones. Un mundo pacífico de creciente libertad favorece los intereses estadounidenses a largo plazo, refleja los duraderos ideales estadounidenses y une a sus aliados [...]. Queremos una paz justa —escribía mientras se preparaba para ir a la guerra—, para que la represión, el resentimiento y la pobreza sean sustituidos por la esperanza de la democracia, el desarrollo, el libre mercado y el libre comercio, [que han] demostrado su capacidad para sacar a sociedades enteras de la

³ Muchas de las citas aquí recogidas aparecen en B. BOWDEN, «Reinventing Imperialism in the Wake of September 11», *Alternatives: Turkish Journal of International Relations* 1/2 (verano de 2002). Se puede encontrar también en <http://alternatives.journal.fatih.edu.tr/Bowden.htm>.

pobreza». Estados Unidos, aseguró, «promoverá la moderación, la tolerancia y las exigencias innegociables de la dignidad humana: la supremacía de la ley, límites al poder del Estado y respeto para las mujeres, la propiedad privada, la libertad de opinión y una justicia equitativa». Hoy día, concluía, «la Humanidad tiene a su alcance la oportunidad de alcanzar el triunfo de la libertad sobre todos sus viejos enemigos. Estados Unidos da la bienvenida a su responsabilidad para dirigir esta gran misión». Este mismo lenguaje aparecía en el prólogo del documento de la Estrategia de Defensa Nacional que se hizo público poco después⁴. Puede que eso no equivalga a una declaración formal del imperio, pero sin duda sugiere una pretensión imperial.

Ha habido muchos tipos diferentes de imperio (romano, otomano, chino, ruso, soviético, austro-húngaro, napoleónico, británico, francés, etc.). De esa abigarrada colección de modelos podemos deducir fácilmente que existe un margen de maniobra considerable en cuanto a las formas de interpretar, construir y administrar un imperio. En el mismo espacio geográfico pueden internalizarse concepciones imperiales diferentes y a veces contrapuestas. La China imperial conoció una fuerte fase expansionista de exploración oceánica y de repente se replegó misteriosamente sobre sí misma. Desde la Segunda Guerra Mundial el imperialismo estadounidense ha oscilado de forma inestable de una vaga concepción imperial a otra (nunca discutidas explícitamente). Si bien Bush Jr. muestra cierto impulso napoleónico, pretendiendo marchar sobre Bagdad y quizá después sobre Teherán (donde algunos de los halcones del gobierno creen al parecer que se ocultan los «verdaderos culpables»), el planteamiento de Clinton (interesadamente calificado como «afeminado» por la Administración de Bush) se parecía más al del Imperio otomano en su apogeo, ya que se trataba de un imperio altamente centralizado en el Departamento del Tesoro —gobernado primero por Rubin y luego por Summers—, que prefería optar por el poder débil en vez de por el fuerte, mientras el resto del mundo era tratado con considerable tolerancia multicultural. Yendo más atrás, la construcción del poder imperial estadounidense bajo Roosevelt, Truman y Eisenhower, hasta Nixon, reflejaba más que nada el planteamiento soviético de Estados clientes subordinados, con la salvedad de que Japón, a diferencia de Hungría o Polonia, podía desarrollar su propia economía con tal que permaneciera política y militarmente a las órdenes de Estados Unidos. El imperio estadounidense realmente existente se adquirió, según Ignatieff, no involuntariamente (como les gustaba decir a los británicos), sino desde una tramoya de desmentidos y disimulo: las acciones imperiales por parte de Estados Unidos no se consideraban tales, ni se permitía que influyeran sobre

⁴ G. W. Bush, «Securing Freedom's Triumph», *The New York Times* (11 de septiembre de 2002), p. A33. *The National Security Strategy of the United States of America* se puede encontrar en la página web <www.whitehouse.gov/nsc/nss>. M. Ignatieff, en «The Burden», inicia su exposición (p. 22) recordando el discurso de Bush en West Point.

la situación doméstica. Fue eso lo que produjo un «imperio ligero» en lugar de un imperio de compromisos sólidos y a largo plazo⁵.

En lo que se podría llamar la «izquierda tradicional» hay muchos que mantienen que Estados Unidos es una potencia imperialista desde hace un siglo o más. Durante la década de los sesenta se escribieron detallados análisis sobre el imperialismo estadounidense, en particular sobre su papel en América Latina y en el sureste de Asia. Hubo interesantes discusiones entre los teóricos de la dependencia (como André Gunder Frank) y otros más inclinados a seguir al pie de la letra a Hobson, Hilferding, Lenin, Luxemburg y otros teóricos de principios del siglo XX. Mao consideraba, ciertamente, al imperialismo estadounidense como la contradicción principal que debía combatir. Pero la publicación en 2000 de *Imperio*, el libro de Hardt y Negri, y la controversia que suscitó, ha puesto en cuestión los debates tradicionales sugiriendo que la izquierda debía repensar su relación con una configuración descentrada del imperio que presenta muchas cualidades nuevas, posmodernas. Otros autores de izquierdas, aunque criticaban esta línea de argumentación, comenzaron a reconocer que las fuerzas de la globalización (se entendieran como se entendieran) estaban creando una situación nueva que requería un nuevo marco de análisis⁶. El reconocimiento público del imperio y el imperialismo por la derecha y por muchos liberales ha supuesto, pues, la admisión de algo que venía sucediendo desde hace tiempo; pero también indica que el imperialismo podría estar cobrando ahora un aspecto bastante diferente. De ahí que las cuestiones del imperio y del imperialismo se hayan convertido en temas abiertos de debate en todo el espectro político (es de señalar que la obra de Hardt y Negri mereció la atención de medios de comunicación de gran audiencia). Pero se plantea una cuestión adicional: ¿qué hay realmente de nuevo en todo eso?

Examinaré la cuestión, en primer lugar, atendiendo a acontecimientos recientes. Estados Unidos, respaldado por Gran Bretaña, España y Australia y con la aprobación de algunos otros Estados, se ha lanzado a la guerra contra Iraq. Pero lo ha hecho con notable oposición de varios aliados tradicionales, en particular Francia y Alemania, así

⁵ M. W. DOYLE, *Empires*, Nueva York, Ithaca, Cornell University Press, 1986, ofrece un interesante estudio comparativo de los imperios. En cuanto al caso estadounidense, véase también W. A. WILLIAMS, *Empire as a Way of Life*, Nueva York, Oxford University Press, 1980.

⁶ El tema del «nuevo imperialismo» ha sido abordado desde la izquierda por L. PANITCH, «El nuevo Estado imperial», *NLR* 3 (julio-agosto de 2000), pp. 5-18; véase también P. GOWAN, L. PANITCH y M. SHAW, «The State, Globalization and the New Imperialism: A Round Table Discussion», *Historical Materialism* 9 (2001), pp. 3-38. Otros comentarios de interés son J. PETRAS y H. VELTMEYER, *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, Londres, Zed Books, 2001; R. WENT, «Globalization in the Perspective of Imperialism», *Science and Society* 66/4 (2002-2003), pp. 473-497; S. AMIN, «Imperialism and Globalization», *Monthly Review* (junio de 2001), pp. 1-10 y M. HARDT y A. NEGRI, *Empire*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

como de antiguos adversarios, entre los que cabe destacar a Rusia y China. En todo el mundo han tenido lugar importantes movilizaciones populares contra la guerra y hay una sensación de desconcierto sobre las razones del gobierno de Bush para empeñarse en ese tipo de acción. Los acontecimientos sugieren un designio oculto, pero no es fácil saber de qué se trata. Estos significados profundos deben sacarse a la luz atravesando una capa increíblemente densa de retórica engañosa y desinformación.

HISTORIA DE DOS PRODUCTORES DE PETRÓLEO

El golpe que intentó derrocar al presidente Chávez de Venezuela en abril de 2002 fue saludado con euforia en Washington. El autoproclamado presidente Carrionero —importante hombre de negocios al frente de Fedecámaras, la principal organización empresarial venezolana— fue inmediatamente reconocido, expresando al mismo tiempo la esperanza de que volvieran al país la estabilidad y el orden y se crearan las bases para un sólido desarrollo futuro. *The New York Times* publicó un editorial en los mismos términos. En América Latina, por el contrario, la mayoría de la gente vio inmediatamente la mano de la CIA y recordó lo que los chilenos llaman ahora irónicamente su «pequeño 11 de septiembre» de 1973, cuando el presidente socialista democráticamente elegido, Salvador Allende, fue derrocado por un golpe de Estado brutal del general Augusto Pinochet. En el archivo del Departamento de Estado sobre ese acontecimiento existe un cablegrama de la CIA que dice: «Es una decisión firme y expresa que Allende sea derrocado por un golpe [...]. Debemos seguir generando la máxima presión a ese fin, utilizando todos los recursos a nuestra disposición. Es indispensable que esas acciones se lleven a cabo clandestinamente y con seguridad, de forma que el gobierno de Estados Unidos y la mano estadounidense queden ocultas»⁷. No es difícil imaginar telegramas similares con respecto a Venezuela en la página web del Departamento de Estado dentro de algún tiempo.

El golpe fue neutralizado tres días después y Chávez volvió al poder. El Departamento de Estado negó escuetamente cualquier conocimiento previo del golpe, diciendo que se trataba de una cuestión interna y que esperaba que se llegara a una solución pacífica, democrática y constitucional de las dificultades. El editorial de *The New York Times* siguió su ejemplo, añadiendo únicamente que quizá no hubiera sido una buena idea dar la bienvenida al derrocamiento de un régimen elegido democráticamente, por más aborrecible que fuera, siendo como era el apoyo a la democracia uno de los valores fundamentales de Estados Unidos.

⁷ Citado en C. JOHNSON, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York, Henry Holt, 2000, p. 18.

Resulta instructivo el paralelismo con Iraq —otro miembro clave de la OPEP—, donde Estados Unidos asegura que sólo pretende establecer la democracia. Sin embargo, en 1953 derrocó en Irán a Mossadegh, democráticamente elegido, e instaló en el trono al sah y su régimen dictatorial. Así pues, al parecer sólo se tolera cierto tipo de gobiernos democráticamente elegidos. Pero en este caso la pretensión de democratizar Iraq y toda la región sólo fue una entre varias explicaciones diferentes y aun opuestas sobre por qué es importante prepararse para la guerra. Mucha gente, aun entre los más belicosos, se sentía perpleja y confusa por esas contradicciones. Resultaba difícil atravesar el desbarajuste de desinformación y argumentos continuamente cambiantes. Un intento anterior de conectar Iraq con los ataques con ántrax en Estados Unidos fracasó miserablemente. Aunque Iraq ha utilizado anteriormente armas químicas y biológicas, eso ocurrió cuando Estados Unidos apoyaba a ese país contra Irán, y el Departamento de Estado engañó deliberadamente al mundo haciendo creer que ambos bandos recurrían a esos métodos cuando sabía muy bien que Iraq era el único que lo hacía⁸. Su falta de respeto hacia los derechos humanos también merece consideración, pero difícilmente constituye una clave política cuando el gobierno estadounidense proporciona apoyo militar a Argelia, un país que compite con Iraq en términos de abusos violentos contra los derechos humanos en la represión de la oposición islamista (120.000 muertes estimadas en los últimos ocho años). William Burns, subsecretario de Estado para Oriente Próximo, llegó a decir que «tenemos mucho que aprender de los argelinos en lo que se refiere a controlar el terrorismo»⁹. Esto puede explicar por qué se convirtió de repente en una cuestión de debate público en Estados Unidos la eventual justificación de la tortura (de nuevo con destacada participación de *The New York Times*).

Se ha suscitado también la cuestión de las armas de destrucción masiva. Es difícil saber si Iraq dispone de ellas o no, pero su capacidad militar quedó tan degradada durante y después de la guerra del Golfo que hasta las estimaciones de la CIA consideraban que no constituía una amenaza real para la paz en la región, haciendo patente la insensatez de la afirmación de que constituye una amenaza para Estados Unidos (el presidente Bush llegó a afirmar que un ataque iraquí a Estados Unidos dañaría considerablemente la economía estadounidense). La CIA concluía que Sadam sólo utilizaría armas biológicas y químicas, en caso de disponer de ellas, si se le provocaba. Esto hacía aún más difícil explicar por qué Estados Unidos parecía tan decidido a provocarle. Es muy probable que Iraq estuviera tratando de conseguir armas nucleares, pero en esa situación se encuentran muchos otros países, y Corea del Norte lo ha manifestado públicamente. Los inspectores de armas de la

⁸ J. HILTERMAN, «Halabja: America Didn't Seem to Mind Poison Gas», *International Herald Tribune* (17 de enero de 2003), p. 8.

⁹ Véase R. FISK, «The Case Against War: A Conflict Driven by the Self-Interest of America», *The Independent* (15 de febrero de 2003), p. 20.

ONU, cuando finalmente pudieron reanudar sus tareas en Iraq, no pudieron encontrar apenas nada. En cualquier caso, el cambio de régimen era el objetivo original, y el desarme sólo se convirtió en una razón importante con el fin de invocar la autoridad de la ONU, dado que su Carta Fundamental no permite ataques preventivos. Si todo ello fracasaba, Sadam tendría que irse porque era un mentiroso (calificación que conviene a tantos políticos que pronto se convirtió en una fuente inagotable de chistes), despiadado (pero también lo es Sharon), insensato (algo no demostrado) o una encarnación del mal a la que había que combatir como si la guerra en Oriente Próximo fuera un episodio de algún auto sacramental medieval de larga duración (en el que Sadam desempeñaba el papel de Mordor y George W. Bush el del bravo Frodo, acompañado por Blair como su fiel Sam). Al final todo eso sonaba a como si Estados Unidos y Gran Bretaña se hubieran comprometido a una misión moral de gran alcance para liberar al pueblo iraquí a cualquier precio e implantar una Ilustración de corte estadounidense en Oriente Próximo.

Todo esto daba la impresión de que se estaba ocultando algo muy importante tras una serie de cortinas de humo. Al principio parecía creíble que existiera información secreta que no se podía revelar, pero cada vez que algún portavoz oficial u oficioso de la Administración daba a conocer algo del archivo secreto, resultaba trivial, fácilmente refutado o, en el caso de las revelaciones británicas plagiadas inconscientemente de una tesis doctoral escrita hace cinco años (parte de la cual se había publicado ya en *Foreign Affairs*), eran tan poco rigurosas que resultaba difícil tomarlas en serio. Filtraciones procedentes del espionaje estadounidense sugerían que algunos agentes no se sentían muy felices ante las deformaciones que la Administración hacía de su información. No es de extrañar, pues, que la opinión pública se mostrara profundamente escéptica, si no directamente opuesta a la guerra, pese a las bravatas de los políticos y la belicosidad de la prensa (los 175 periódicos de Murdoch en todo el mundo, con directores supuestamente elegidos por su independencia, proclamaron unánimemente que la guerra era necesaria, como hicieron igualmente muchos otros medios de los magnates de la comunicación).

Así pues, ¿qué está pasando realmente? Las razones ofrecidas no son convincentes y no llegan a constituir un alegato concluyente. ¿Cuáles podrían ser entonces las razones ocultas? Debemos tener en cuenta que esas razones pueden no ser bien entendidas ni siquiera por los principales actores del drama o que, si las entienden, están siendo activamente encubiertas o negadas.

LA DIALÉCTICA INTERNA DE LA SOCIEDAD CIVIL ESTADOUNIDENSE

Poco antes de las elecciones alemanas de 2002, la ministra alemana de Justicia provocó un escándalo al sugerir que el aventurerismo de la Administración de Bush en el extranjero podría estar destinado a distraer la atención de sus dificultades domésticas.

Su error fue añadir que ésa había sido también una de las tácticas de Hitler, y por eso tuvo que dimitir. Desgraciadamente se imposibilitó así cualquier discusión seria sobre la primera parte de su afirmación.

De hecho existe una larga historia de gobiernos con dificultades internas que tratan de resolver sus problemas, bien con aventuras en el exterior, bien imaginando amenazas externas para consolidar la solidaridad en el interior. Esa idea merece una seria consideración en este caso porque la situación interna de Estados Unidos durante 2002 fue en muchos aspectos la más lamentable en muchos años. La recesión iniciada a comienzos de 2001 (intensificada por los acontecimientos del 11 de Septiembre) no parecía tener fin. El desempleo crecía y la sensación de inseguridad económica era palpable. Se amontonaban los escándalos contables e imperios empresariales aparentemente sólidos se venían abajo literalmente de un día para otro. Los desbarajustes contables (así como la corrupción palmaria) y los fallos de regulación desprestigiaban a Wall Street, y las acciones y otros activos se hundían. Los fondos de pensiones perdieron entre una cuarta y una tercera parte de su valor (cuando no desaparecieron totalmente, como en el caso de las pensiones de los empleados de Enron) y las perspectivas de jubilación de la clase media se veían seriamente dañadas. La sanidad era un caos y los superávits de los gobiernos federal, estatales y locales se evaporaban rápidamente, mientras los déficit comenzaban a hacerse cada vez mayores. La balanza por cuenta corriente con el resto del mundo iba de mal en peor, convirtiendo a Estados Unidos en el país más endeudado de todos los tiempos. Las desigualdades sociales venían creciendo desde hacía tiempo, pero la obsesión del gobierno por el recorte de impuestos parecía amenazar con aumentarlas mucho más. Se estaba desmantelando la protección del medio ambiente y se constataba una tenaz resistencia a volver a imponer marco regulador alguno a pesar de las pruebas evidentes del fracaso del mercado. Para colmo, el presidente había sido elegido por cinco votos frente a cuatro en el Tribunal Supremo y no por el pueblo, y su legitimidad era cuestionada por la mitad de la población, y tal vez por más, en vísperas del 11 de Septiembre. Con lo único que contaban los republicanos era con la intensa solidaridad —una auténtica oleada de nacionalismo— que suscitaron los acontecimientos del 11 de Septiembre y el miedo al ántrax (todavía no resuelto, curiosamente, y en gran medida olvidado excepto como presagio del tipo de cosas que Sadam estaría dispuesto a hacer). Aunque Afganistán quedó sometido al poder estadounidense rápidamente y sin mucho derramamiento de sangre (estadounidense), Osama bin Laden no había sido hallado «ni vivo ni muerto» y la guerra contra el terrorismo no estaba produciendo muchos resultados espectaculares. ¿Qué mejor momento, entonces, para desplazar la atención hacia Iraq, como uno de los pilares básicos de un «eje del mal» que los halcones de la Administración de Bush habían querido atacar militarmente desde el fin provisional de la primera guerra del Golfo? Esa táctica de diversión, como sabemos, funcionó, al menos a corto plazo. La opinión pública estadounidense aceptó en general

la idea de que había algún tipo de conexión entre Al Qaeda y el régimen de Sadam y que en cualquier caso este último era un enemigo lo suficientemente peligroso y malvado como para avalar la acción militar para derrocarlo. De paso, los republicanos consolidaron su poder político en las elecciones al Congreso, y el presidente se liberó del aura de ilegitimidad que le rodeaba desde su elección.

Pero puede haber algo mucho más profundo que convierta lo que parece puro oportunismo político en un viraje sustancial y duradero en la historia geopolítica de Estados Unidos. Ante todo, el temor al poder iraquí y a un movimiento panárabe potencialmente peligroso había agobiado desde hace mucho tiempo a las sucesivas administraciones estadounidenses. Colin Powell había elaborado planes de emergencia para hacer frente a Iraq ya antes de la primera guerra del Golfo. Paul Wolfowitz, vicesecretario de Defensa de Bush, propuso explícitamente en 1992 y siguió defendiendo públicamente durante toda la década de 1990 el cambio de régimen en Iraq, objetivo que fue asumido por el gobierno de Clinton. Un grupo neoconservador, reunido en 1997 para elaborar un Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, insistía en ese objetivo clave y urgía a la intervención militar; ese grupo incluía a Rumsfeld, Wolfowitz, Armitage, Perle y otros individuos que iban a formar el núcleo del equipo de defensa y política exterior de Bush. Así pues, Iraq formaba parte desde hacía tiempo de sus perspectivas geoestratégicas. Pero en un informe elaborado en 1999 reconocían que sería preciso «un acontecimiento catastrófico y catalizador, como un nuevo Pearl Harbor» para que un golpe militar fuera aceptable internacional e internamente. El 11 de Septiembre les ofrecía esa oportunidad, si podían establecer una conexión entre Sadam y Al Qaeda¹⁰. Dado que la inmensa mayoría de la opinión pública estadounidense carece de interés o información sobre cuestiones geográficas, fue muy fácil convertir la caza de terroristas en una campaña para acorralar y derrocar a Sadam. Pero el resto del mundo no estaba tan convencido.

Hay todavía otra dimensión de esta dinámica interna que conviene tener en cuenta. Estados Unidos es una sociedad de inmigrantes extraordinariamente multicultural impulsada por un feroz individualismo competitivo que revoluciona continuamente la vida política, económica y social, haciendo de la democracia algo crónicamente inestable; de no ser por la corrupción practicada por el poder financiero, resultaría difícil, si no imposible, de controlar, y en ocasiones todo el país parece tan alterado que cabría dudar de su gobernabilidad. Hannah Arendt explica con precisión la inestabilidad intrínseca de esa sociedad civil:

Dado que el poder constituye esencialmente sólo un medio para un fin, una comunidad basada únicamente en el poder se descompondría en la calma del orden y la estabilidad; su seguridad total revelaría que está construida sobre arena. Sólo puede garantizar el *status quo*

¹⁰ Véase R. FISK, «This Looming War isn't about Chemical Warheads or Human Rights: It's about Oil», *The Independent* (18 de enero de 2003), p. 18. Véase también la página web www.newamerica.net/nytop.

adquiriendo más poder; sólo puede permanecer estable extendiendo constantemente su autoridad y mediante procesos de acumulación de poder. La Commonwealth de Hobbes es una estructura vacilante a la que hay que proporcionar constantemente nuevos apoyos desde el exterior; de otro modo, colapsaría inmediatamente en el caos carente de objetivo y de sentido de los intereses privados de los que surgió [...]. La posibilidad siempre presente de la guerra [civil] garantiza a la Commonwealth una perspectiva de permanencia porque posibilita al Estado incrementar su poder a expensas de otros Estados¹¹.

La Guerra Fría había acabado y la amenaza de que los rusos invadieran Estados Unidos desde Canadá arrastrando sus botas sobre la nieve ya no era creíble. Durante la década de 1990 no había un enemigo claro y el *boom* económico de Estados Unidos debería haber garantizado un nivel sin precedentes de gozo y satisfacción para todos, salvo acaso los elementos más desfavorecidos y marginados de la sociedad civil. Sin embargo, como podría haber predicho Arendt, la década de 1990 resultó ser una de las más intranquilas de la historia estadounidense. La competencia era atroz, los privilegiados de la «nueva economía» se convertían en millonarios de la noche al día y hacían ostentación de su riqueza, proliferaban las estafas y planes fraudulentos, los escándalos (reales o imaginarios) eran saludados en todas partes con entusiasmo, circulaban rumores sobre asesinatos planeados en la Casa Blanca, hubo un intento de destituir al presidente, los presentadores de radio y televisión Howard Stern y Rush Limbaugh eran buena muestra de unos medios de comunicación totalmente fuera del control, en Los Ángeles estableban disturbios, Waco y Oklahoma simbolizaban una inclinación a la subversión y la violencia que había permanecido latente durante mucho tiempo, unos adolescentes disparaban y mataban a sus compañeros de clase en Columbine, la exuberancia irracional prevalecía sobre el sentido común, y la corrupción con que los empresarios lubricaban en su propio beneficio el proceso político era escandalosa. En resumen, la sociedad civil no parecía muy civil que digamos. La sociedad parecía estar fragmentándose y disolviéndose a una velocidad alarmante. Como habría dicho Arendt, parecía haber caído en el colapso del caos carente de objetivo y de sentido de los intereses privados.

Parte del atractivo electoral de George W. Bush en 2000 radicaba, a mi juicio, en su promesa de ejercer un resuelto liderazgo moral sobre una sociedad civil fuera de control. Todos sus nombramientos clave recayeron sobre neoconservadores inclinados a una acción estatal autoritaria, como el fiscal general John Ashcroft. El neoconservadurismo desplazó al neoliberalismo que había encabezado Clinton. Pero fue el 11 de Septiembre el acontecimiento que aportó el impulso para romper con el estilo disoluto de la década de los noventa. Proporcionó la oportunidad política no sólo para establecer un objetivo y reclamar la solidaridad nacionales, sino también para imponer el orden y la estabilidad en

¹¹ H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovsch, 1968, p. 22.

la sociedad civil estadounidense. La guerra contra el terrorismo, rápidamente seguida por la perspectiva de la guerra contra Iraq, permitió al Estado acumular más poder. El enfrentamiento con Iraq suponía mucho más que una mera distracción de las dificultades domésticas; era una gran oportunidad para imponer una nueva sensación de orden social en Estados Unidos y meter en cintura a la sociedad civil. Las críticas fueron denunciadas como antipatrióticas y el malvado enemigo externo se convirtió en chivo expiatorio para exorcizar o domeñar a los diablos que acechaban en el interior. La relación entre la situación interna y externa del poder político ha desempeñado un papel muy significativo, aunque en gran medida oculto, en la dinámica que ha alimentado el conflicto con Iraq. En lo que sigue tendremos ocasión de volver sobre ello más de una vez.

TODO TIENE QUE VER CON EL PETRÓLEO

Quienes se oponen la guerra contra Iraq suelen presentar el conflicto como si sólo se tratara del petróleo. El gobierno estadounidense descarta esa afirmación como ridícula o la ignora por completo. Evidentemente, el petróleo es crucial, pero no es tan fácil decir en qué sentido exactamente.

Una tesis conspirativa gira en torno a la idea de que el gobierno de Washington no es sino una mafia petrolera que ha usurpado el dominio público, basándose en las estrechas conexiones de Bush y Cheney con intereses petrolíferos y en los informes de que Halliburton, la empresa que dirigía el vicepresidente Cheney, podría ganar cerca de mil millones de dólares en contratos petrolíferos inmediatamente después de la guerra¹². Aunque así sea, no puedo imaginar que la totalidad del *establishment* político-militar o los intereses empresariales en general pudieran desear la guerra por esa única razón. También es cierto que las compañías petrolíferas estadounidenses y británicas habían sido excluidas de Iraq, mientras que las francesas, rusas y chinas se habían visto favorecidas. La oposición a la guerra, preconizando por el contrario un desarme pacífico, fue defendida sobre todo por los países que ya tenían concesiones. Si se certificaba el desarme, se habrían levantado las sanciones de la ONU y los concesionarios de las concesiones vigentes se habrían beneficiado. El cambio de régimen mediante la guerra supondría seguramente una renegociación de éstas. Pero Iraq es el propietario del petróleo, y las perspectivas de las compañías petrolíferas, aun después del cambio de régimen, no son necesariamente halagüeñas, a menos que una administración estadounidense asuma el control del petróleo iraquí o establezca alguna organización común —algo así como un consorcio internacional en el que Estados Unidos tendría poder de veto, como en el FMI— para gestionar

¹² N. BANERJEE, «Energy Companies Weigh their Possible Future in Iraq», *The New York Times* (26 de octubre de 2002), p. C3.

la explotación del petróleo. Pero todo eso será muy difícil de alcanzar sin despertar fuertes antagonismos tanto en el propio Iraq como entre las potencias capitalistas.

Existe, no obstante, una perspectiva más amplia para entender la cuestión del petróleo, que se puede resumir en la siguiente afirmación: quienquiera que controle Oriente Próximo controlará el grifo global del petróleo y con él la economía global, al menos en el futuro próximo¹³.

Así pues, no deberíamos pensar únicamente en Iraq, sino considerar la situación e importancia geopolítica de la totalidad de Oriente Próximo en relación con el capitalismo global. Y eso sí que aparece en la retórica oficial. El plan para el cambio de régimen en Iraq afirma abiertamente que la influencia de un gobierno democrático y proestadounidense sería beneficiosa para toda la región y quizá podría inducir cambios de régimen similares en otros lugares (Irán y Siria son los objetivos más obvios y Arabia Saudí les sigue de cerca). En la Administración hay suficiente soberbia como para pensar que una conflagración general en la región proporcionaría una oportunidad para redibujar todo el mapa de Oriente Próximo (como sucedió en la antigua Unión Soviética y Yugoslavia). Después de todo, los Estados de la región se configuraron en gran medida a raíz del Tratado de Versalles tras la Primera Guerra Mundial, y casi todo el mundo reconoce que ese acuerdo traicionó los intereses árabes e impuso unos Estados que reflejaban los intereses imperiales de Gran Bretaña y Francia y que hoy día se pueden juzgar anacrónicos y disfuncionales. Una remodelación general podría satisfacer algunas aspiraciones separatistas (*status* federal para los kurdos en Iraq, por ejemplo, y acaso la escisión de un Estado meridional chií con capital en Basora), pero lo más importante es que quizá permitiría un arreglo del contencioso Israel/Palestina y la formación de un gran Estado palestino que incluiría a Jordania y parte de Arabia Saudí. Contra esto hay en la ONU posiciones muy enérgicas que afirman que la preservación de la integridad territorial de Iraq de acuerdo con sus fronteras actuales debe ser un objetivo primordial de cualquier solución de posguerra, y Estados Unidos se ha mostrado de acuerdo, al menos formalmente.

Estados Unidos tiene desde hace tiempo intereses geopolíticos en la región. Para el concepto de control global elaborado durante la Segunda Guerra Mundial era decisivo el

control de Oriente Próximo, que era considerado como parte del viejo Imperio británico, y absolutamente esencial para el control económico, militar y político del planeta, y no sólo porque fuera el depósito de la mayor parte de las reservas mundiales de petróleo conocidas. Estados Unidos inició por eso una larga serie de operaciones abiertas y encubiertas en la región en la década de 1950, la más célebre de las cuales fue el derrocamiento en 1953 del gobierno democráticamente elegido de Mossadegh en Irán, que

¹³ M. KLARE, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Nueva York, Henry Holt, 2001, proporciona un excelente estudio de la geopolítica del petróleo.

había nacionalizado las compañías petrolíferas de propiedad extranjera. El éxito de la iniciativa estadounidense fue claro: entre 1940 y 1967 las compañías estadounidenses incrementaron su control de las reservas petrolíferas de Oriente Próximo del 10 por 100 a cerca del 60 por 100, mientras que las reservas bajo control británico disminuyeron del 72 por 100 en 1940 al 30 por 100 en 1967¹⁴.

A finales de la década de los sesenta los británicos renunciaron a cualquier presencia militar al este de Suez, cediendo a Estados Unidos toda la responsabilidad en ese aspecto. Debido a la guerra de Vietnam, Estados Unidos prefirió utilizar a los Estados subalternos de Irán y Arabia Saudí para proteger sus crecientes intereses en la región. También concedió un apoyo particularmente enérgico y prácticamente sin fisuras a Israel con el fin de establecer un sólido puesto avanzado en la región. Pero primero la crisis del petróleo y el alza de los precios en 1973 por parte de la OPEP y luego el derrocamiento del sah de Irán en 1979 hicieron insostenible esa solución del dominio indirecto a través de subalternos distantes. El presidente Carter anunció que Estados Unidos no permitiría en ninguna circunstancia una interrupción del flujo del petróleo del Golfo, lo que suponía el compromiso de mantener abierto el estrecho de Ormuz (ya que los canales de transporte y distribución son tan importantes como los propios campos petrolíferos) y una presencia militar permanente en la región, más la formación de una fuerza de despliegue rápido para afrontar cualquier emergencia. Estados Unidos alentó y apoyó de forma encubierta la brutal y mortífera guerra de Iraq contra Irán, pero el creciente poder de aquél suscitó la planificación (iniciada por Colin Powell) de un conflicto bélico con ese país mucho antes de que tuviera lugar la invasión de Kuwait. Sigue siendo materia de controversia por qué la embajadora estadounidense en Bagdad insinuó que Estados Unidos no respondería militarmente a una iniciativa iraquí contra Kuwait, aunque cabe pensar en una trampa, más que una simple equivocación catastrófica, como posible explicación.

La guerra del Golfo, aunque no fuera conclusiva con respecto a Iraq, supuso una presencia militar estadounidense mucho más firme en la región, que se mantuvo durante el mandato de Clinton. Las patrullas de vigilancia de las «zonas de exclusión aérea» junto a los británicos conllevaron una guerra aérea continua de bajo nivel y ataques con misiles contra las instalaciones militares iraquíes. Joseph Nye, funcionario de la Administración de Clinton y defensor en general del «poder blando», afirmó categóricamente, sin embargo, que Estados Unidos no vacilaría en utilizar la fuerza militar en la región del Golfo, y que lo haría unilateralmente, en caso necesario, si los intereses estadounidenses se veían amenazados en cualquier sentido¹⁵. En 1997-1998

¹⁴ «U.S. Imperial Ambitions and Iraq», editorial de *Monthly Review* 54/7 (2002), pp. 1-13.

¹⁵ J. NYE, *The Paradox of American Power: Why the World's Only Super-Power Cannot Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

se incrementó la concentración de fuerzas estadounidenses pretexto del respaldo a los inspectores de armas que debían certificar que se estaban observando los términos del acuerdo de paz sobre el desarme de Iraq. Se fueron agravando los ataques con misiles y las escaramuzas aéreas. En la misma línea, Estados Unidos creó el Consejo de Cooperación del Golfo con Arabia Saudí, Kuwait y otros Estados, vendiéndoles equipo militar con el que pudieran apoyar a las fuerzas estadounidenses estacionadas en la región (esas ventas ascendieron durante la década de 1990 a 42.000 millones de dólares, más de la mitad destinados a Arabia Saudí), y estableció grandes depósitos de equipo militar en Kuwait, Qatar y Arabia Saudí, lo que le proporcionaba una capacidad de iniciativa inmediata. La planificación militar, una vez acabada la Guerra Fría, se concentró en la posibilidad de afrontar dos guerras regionales a la vez, y se eligió a Iraq y Corea del Norte como ejercicio de planificación. A finales de la década de 1990 había en la región más de 20.000 soldados estadounidenses, con un coste anual de entre 4.000 y 5.000 millones de dólares.

He repasado brevemente esa historia a fin de dejar claros dos asuntos básicos. Desde 1945 se ha venido produciendo una escalada continua de la implicación estadounidense en la región, marcada por una significativa interrupción después de 1980, cuando se hizo cada vez más necesaria una presencia militar directa. En segundo lugar, el conflicto con Iraq viene de lejos, y desde bastante antes de la anterior guerra del Golfo se estaba planificando algún tipo de desenlace militar. La única diferencia con la presidencia de Clinton es que ahora ha caído la máscara y la helicosidad ha desplazado a cierta reticencia, en parte debido al ambiente posterior al 11 de Septiembre reinante en Estados Unidos, que hace más aceptable políticamente la acción militar abierta y unilateral. Considerada geopolíticamente y a largo plazo, una confrontación con Iraq parecía inevitable a menos que se convirtiera en un Estado cliente de Estados Unidos, como Arabia Saudí. Pero ¿por qué ese designio geopolítico? Una vez más, la respuesta tiene que ver con el petróleo.

La estimación de las reservas globales de petróleo es siempre conjetural. Las compañías petrolíferas son muy reacias a reconocer públicamente lo que saben, y suelen mentir deliberadamente. Las conjeturas sobre las reservas difieren a menudo ampliamente; aun así, la mayoría de los estudios sugieren que la tasa de explotación de las reservas de petróleo excede a la tasa de descubrimientos más o menos desde 1980. El petróleo se está haciendo, poco a poco, cada vez más escaso. Sabemos que muchos campos petrolíferos han dejado atrás su mejor momento y que dentro de una década algunos de ellos se habrán agotado, en particular la producción doméstica estadounidense, la del mar del Norte, la canadiense, la rusa y (lo que es más amenazador) la china. Aunque otros campos petrolíferos tienen una vida más larga, los únicos que parece que puedan durar cincuenta años o más son los de Irán, Iraq, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait. Si bien nuevos descubrimientos podrían cambiar ese panorama, la

mayoría de los estrategias tienen que afrontar la creciente importancia de Oriente Próximo como abastecedor clave de petróleo en el futuro. Por el lado de la demanda vemos que Estados Unidos depende cada vez más de las importaciones del exterior, que los centros dinámicos de crecimiento económico en el Este y Sureste de Asia están casi totalmente desprovistos de reservas importantes (la demanda china está creciendo con una velocidad impresionante) y que Europa (con excepción de Gran Bretaña y Noruega) depende también totalmente de las importaciones. Se están explorando alternativas al petróleo, pero es muy pequeña la probabilidad de que en las próximas décadas lleguen a ser serias contendientes (dadas las barreras erigidas por las compañías petrolíferas y otros intereses adquiridos). El acceso al petróleo de Oriente Próximo es ahora, por lo tanto, una cuestión clave de seguridad para Estados Unidos, así como para la totalidad de la economía global.

Esta situación plantea inmediatamente la cuestión de la motivación estadounidense para procurarse un control militar y estratégico más firme, unilateralmente si es preciso. Thomas Friedman, por ejemplo, afirma que «no hay nada ilegítimo ni inmoral en que Estados Unidos quiera evitar que un dictador malvado y megalómano adquiera una influencia decisiva sobre el recurso natural que mantiene en movimiento la infraestructura industrial del mundo». Pero tenemos que ser cuidadosos con la opinión pública y convencer a todos de que nuestra intención es «proteger el derecho del mundo a la supervivencia económica» y de que Estados Unidos «actúa en beneficio del planeta, no sólo para preservar el despilfarro estadounidense [...]». Si ocupamos Iraq e instalamos simplemente a un autócrata más proestadounidense para dirigir la gasolinera iraquí (como sucede en otros Estados petrolíferos árabes), entonces esta guerra, motivada en parte por el petróleo, sería inmoral¹⁶. En resumen, ¿está ejerciendo Estados Unidos el liderazgo por consentimiento, tratando de regular el uso del petróleo de Oriente Próximo en interés de todo el mundo? ¿O está buscando la dominación para favorecer sus propios intereses estratégicos, mucho más estrechos? Friedman desea creer lo primero; pero ¿qué pasa si se trata, por el contrario, de lo último?

Si Estados Unidos consiguiera derrocar a Sadam y a Chávez y estabilizar o reformar un régimen saudí armado hasta los dientes, actualmente asentado sobre las arenas movedizas de un dominio autoritario (y en inminente peligro de caer en manos de islamistas radicales), y si pudiera (como parece posible que intente) pasar de Iraq a Irán y consolidar su posición en Turquía y Uzbekistán con una presencia estratégica que le permitiera controlar las reservas de petróleo de la cuenca del Caspio (a las que los chinos están intentando desesperadamente aproximarse), dispondría de tal autoridad sobre el grifo global del petróleo que podría imponer sus intereses en la economía glo-

¹⁶ T. FRIEDMAN, «A War for Oil?», *The New York Times* (5 de enero de 2003), sección «Week in Review», p. 11.

bal y prolongar su propio dominio durante otros cincuenta años. Europa y Japón, así como en el este y sureste de Asia (incluyendo ahora decisivamente a China), son muy dependientes del petróleo del Golfo, y éstos son los conglomerados regionales de poder político-económico que ahora plantean un desafío a la hegemonía global estadounidense en los mundos de la producción y las finanzas. ¿Qué mejor medio podría emplear Estados Unidos para eludir esa competencia y asegurar su propia posición hegemónica que controlar el precio, la producción y la distribución del recurso económico clave del que dependen sus competidores? ¿Y qué mejor medio para conseguirlo que aquel en el que Estados Unidos sigue siendo todavía todopoderoso, el poderío militar? En esta argumentación hay también un aspecto logístico: los ejércitos se mueven con petróleo. Corea del Norte puede tener una fuerza aérea muy avanzada, pero no puede utilizarla apenas por falta de petróleo. Estados Unidos no sólo necesita asegurar su propio abastecimiento para el ejército, sino que en cualquier conflicto bélico con China, por poner un ejemplo, contaría con una ventaja sustancial si pudiera cortar el suministro de petróleo. Ahora bien, esta línea de argumentación sólo tendría sentido si Estados Unidos tuviera razones para sentir amenazada su supremacía en el capitalismo global. En el capítulo 2 me ocuparé del aspecto económico, y no ya estrictamente militar, de esta cuestión.

II

Cómo creció el poder de Estados Unidos

«Imperialismo» es una palabra que se suele pronunciar con ligereza, pero tiene significados tan diferentes que para utilizarla como término analítico más que polémico precisa cierta clarificación. Me voy a ocupar aquí de esa variedad especial denominada «imperialismo capitalista», que entiendo como fusión contradictoria de «la política estado-imperial» (el imperialismo como proyecto político específico, propio de agentes cuyo poder se basa en el control sobre un territorio y la capacidad de movilizar sus recursos humanos y naturales con finalidades políticas, económicas y militares) con «los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo» (el imperialismo como proceso político-económico-difuso en el que lo primordial es el control sobre el capital y su uso). El primer vector de la definición de imperialismo se refiere a las estrategias políticas, diplomáticas y militares empleadas por un Estado (o una coalición de Estados que operan como bloque de poder político) en defensa de sus intereses y para alcanzar sus objetivos en el conjunto del planeta. El segundo vector atiende a los flujos de poder económico que atraviesan un espacio continuo y, por ende, entidades territoriales (como los Estados o los bloques de poder regionales) mediante las prácticas cotidianas de la producción, el comercio, los movimientos de capital, las transferencias monetarias, la migración de la fuerza de trabajo, las transferencias tecnológicas, la especulación monetaria, los flujos de información, los estímulos culturales y otros procesos similares.

Las lógicas de poder que Arrighi denomina «territorial» y «capitalista» son muy diferentes entre sí¹. Ante todo, difieren las motivaciones e intereses de los agentes; el capi-

¹ G. ARRIGHI, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of our Times*, Londres, Verso, 1994, pp. 33-34 [ed. cast.: *El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Cuestiones de Antagonismo 3, Madrid, Ediciones Akal, 1999, pp. 49-50; a continuación se indica tras el punto y coma la página de la edición en castellano].

talista que dispone de capital monetario desea invertirlo allí donde pueda obtener beneficios, y normalmente trata de acumular más capital. Los políticos y hombres de Estado buscan normalmente resultados que mantengan o aumenten el poder de su propio Estado frente a otros. El capitalista busca beneficios individuales y sólo es responsable ante su círculo social inmediato (aunque se vea limitado por las leyes), mientras que el hombre de Estado persigue una ventaja o beneficio colectivo sin más límites que la situación política y militar del Estado, teniendo que responder de uno u otro modo ante los ciudadanos, o con más frecuencia ante una elite, una clase, una estructura de parentesco o algún otro grupo social. El capitalista opera en un continuo espacio-temporal sin límites, mientras que el político lo hace en un espacio segmentado territorialmente y, al menos en las democracias, en un lapso temporal dictado por determinados ciclos electorales. Por otra parte, las empresas capitalistas vienen y van, desplazándose de un lugar a otro, se fusionan o quiebran, pero los Estados son entidades de larga vida, no pueden emigrar y se ven confinados, excepto en circunstancias excepcionales de conquista geográfica, dentro de límites territoriales fijos.

Las dos lógicas difieren también en otros aspectos. Aunque el grado y modalidades de participación pública varían mucho, la política de los Estados e imperios del tipo que nos ocupa está sujeta a discusión y debate. Hay que adoptar decisiones concretas, como la de ir o no a la guerra contra Iraq, si hacerlo unilateralmente o no, sobre cómo afrontar las dificultades de la posguerra, etc. Las agencias institucionales que se ocupan de la política exterior y los expertos político-militares debaten estas cuestiones y entre ellos suelen aparecer divergencias, pero en cualquier caso hay que tomar decisiones con todo tipo de consecuencias. Se toman decisiones estratégicas de inmensa importancia (a veces con efectos inesperados y sorprendentes) y se ponen en práctica en medio de los vaivenes del proceso político, donde chocan intereses y opiniones muy variados (que a veces dependen de las creencias particulares o del carisma de quienes ejercen el poder o de conflictos de personalidad entre agentes influyentes).

Los procesos geográficos de acumulación de capital, en cambio, son mucho más difusos y menos sujetos a una toma de decisiones explícita de ese tipo. En ellos operan por doquier agentes individuales (hombres de negocios, financieros y empresarios) en un movimiento molecular que da lugar a fuerzas múltiples que se entrecruzan, a veces contrarrestándose y otras veces reforzando ciertas tendencias conjuntas. No resulta fácil controlar estos procesos sino de forma indirecta, y a menudo sólo después de constatar tendencias ya establecidas. Los dispositivos institucionales del Estado tienen, como veremos, un papel determinante en la configuración del marco en que tiene lugar la acumulación de capital, y hay palancas monetarias presupuestarias y fiscales (del tipo de las que mueve Greenspan como presidente de la Reserva Federal), así como todo un abanico de formas de intervención en ese terreno (establecimiento de impuestos, políticas redistributivas, servicios públicos a cargo del Estado, planificación directa) que

convierten obviamente al Estado en un potente agente económico. Pero, incluso en los Estados autoritarios o los que se denominan «desarrollistas» en virtud de las estrechas conexiones internas entre política estatal, finanzas y desarrollo industrial, encontramos procesos moleculares que escapan a todo control. Si decido comprar un Toyota en lugar de un Ford, o ver una película de Hollywood y no de Bollywood, ¿en qué afecta eso a la balanza de pagos estadounidense? Si envío dinero desde Nueva York a parientes necesitados en Líbano o México, ¿en qué afecta eso al equilibrio financiero entre los distintos países? Parece imposible anticipar e incluso seguir el rastro de los flujos de capital y dinero a lo largo de los vericuetos del sistema de crédito. Todo tipo de intangibles psicológicos, como la confianza de los inversores y consumidores, entran en el cuadro como fuerzas determinantes. Keynes (plagiando disimuladamente a Marx) aludía a los «espíritus animales» de los empresarios y a las expectativas de los financieros como algo decisivo para el vigor y viabilidad del capitalismo. Lo más que podemos hacer es seguir preocupadamente los datos tras el acontecimiento, con la esperanza de descubrir tendencias, intentando adivinar lo que hará el mercado a continuación, y aplicar algunas correcciones para mantener el sistema en una situación razonablemente estable.

Aunque resulta fundamental la distinción entre las lógicas territorial y capitalista de poder, también es innegable que ambas se combinan de forma compleja y a veces contradictoria. La literatura sobre el imperialismo y el imperio supone con demasiada frecuencia un fácil acuerdo entre ellas: que los procesos político-económicos están guiados por las estrategias del Estado y el imperio y que Estados e imperios siempre actúan por motivaciones capitalistas. Pero en la práctica ambas lógicas chocan con frecuencia, llegando a veces a un antagonismo directo. Resultaría difícil explicar la guerra de Vietnam o la invasión de Iraq, por ejemplo, únicamente en términos de las necesidades inmediatas de la acumulación de capital. De hecho, se puede argumentar que tales aventuras inhiben más que favorecen el desarrollo del capital. Sin embargo, tampoco es fácil explicar la estrategia territorial genérica estadounidense de contención del poder soviético tras la Segunda Guerra Mundial —la misma que propició la intervención estadounidense en Vietnam— sin reconocer la necesidad imperiosa que sentían los empresarios estadounidenses de mantener abierta a la acumulación de capital, mediante la expansión del comercio y la posibilidad de la inversión en el extranjero, una parte del mundo lo más extensa posible. La relación entre estas dos lógicas debe entenderse, por lo tanto, como algo problemático —y con frecuencia contradictorio (esto es, dialéctico)— más que funcional o unilateral. Esta relación dialéctica permite un análisis del imperialismo capitalista en función de la combinación de dos lógicas de poder distintas pero entrelazadas. La dificultad para los análisis concretos de situaciones reales estriba en mantener simultáneamente en movimiento ambos polos de esta dialéctica y no caer en formas de argumentación únicamente políticas o predominantemente económicas.

No siempre es fácil determinar la importancia relativa de estas dos lógicas en la generación del cambio social y político. ¿Se desmoronó la URSS debido a la decisión estratégica de la Administración de Reagan de desencadenar una gigantesca carrera armamentística que arruinó su economía? ¿O cayó como consecuencia de los cambios moleculares en el cuerpo político del sistema soviético (incluida, por ejemplo, la influencia corrosiva del poder monetario o de formas culturales capitalistas que entraban clandestinamente desde el exterior)? ¿Qué relación existe entre las declaraciones políticas abiertamente imperialistas que se efectuaban en Estados Unidos y la reorientación de los flujos de poder económico y hasta de la influencia cultural y moral hacia bloques de poder regionales más difusos (centrados en Asia y Europa, por ejemplo)? ¿Estamos asistiendo a la desintegración de la hegemonía estadounidense en el sistema global y al ascenso de un «nuevo regionalismo» en la configuración de poder político-económico, aunque observemos que Estados Unidos pretende actuar como única superpotencia y exigir obediencia a sus dictados? ¿Qué peligros comporta esa regionalización, dado que durante el último periodo en el que predominó tal modelo —la década de los treinta— colapsó bajo intensas presiones económicas y políticas y dio lugar a una guerra global? ¿Tiene Estados Unidos la capacidad de invertir o controlar esa fragmentación regional? Estas son las grandes preguntas a las que pretendo atender.

En el capítulo 3 me ocuparé más detalladamente del funcionamiento de los procesos moleculares de acumulación de capital, pero aun así debo decir algo sobre ellos aquí a fin de especificar más claramente las limitaciones a que se ve sometida la lógica de poder territorial. Las prácticas imperialistas, desde la perspectiva de la lógica capitalista, tienden típicamente a explotar las condiciones geográficas desiguales bajo las que tiene lugar la acumulación de capital y también a aprovechar la ventaja de lo que llamo las «asimetrías» que surgen inevitablemente de las relaciones espaciales de intercambio, tal como se expresan en el intercambio desigual e injusto, en la existencia de poderes monopolistas espacialmente articulados, en las prácticas de extorsión vinculadas a flujos de capital restringidos y en la extracción de rentas monopolistas. Se viola con ellas la condición de igualdad habitualmente supuesta en mercados de funcionamiento perfecto, y las desigualdades resultantes asumen una expresión espacial y geográfica concreta. La riqueza y el bienestar de ciertos territorios particulares aumentan a expensas de otros. Las condiciones geográficas desiguales no surgen simplemente de la distribución desigual de recursos naturales y ventajas posicionales, sino que derivan en gran medida de la elevada concentración de riqueza y poder en ciertos lugares producida por las relaciones asimétricas de intercambio. Es ahí donde vuelve a entrar en escena la dimensión política. Una de las tareas clave del Estado consiste en tratar de preservar esa pauta de asimetrías en el intercambio espacial para que funcione en su propio beneficio. Por ejemplo, si Estados Unidos obliga a abrir el mercado de capitales en todo el mundo mediante las presiones del FMI (Fondo Monetario Internacional) y la OMC (Organización Mundial del

Comercio), es porque espera de ello ventajas específicas para las instituciones financieras estadounidenses. El Estado, en resumen, es la entidad política, el cuerpo político, más capaz de organizar esos procesos. Su eventual fracaso conduciría a una disminución de la riqueza y del poder del país que vertebra y representa.

Evidentemente, gran parte del desarrollo geográfico desigual se basa en relaciones de intercambio asimétricas dentro de cada país. Entidades políticas subnacionales, como los gobiernos metropolitanos o regionales, intervienen decisivamente en tales procesos, pero esto no se suele considerar como parte del imperialismo. Aunque algunos hablan, con cierta justificación, del neocolonialismo interno, o incluso del imperialismo metropolitano (de Nueva York o San Francisco), prefiero dejar el examen del papel que podrían desempeñar las entidades regionales subnacionales en relación con el imperialismo a una teoría más general del desarrollo geográfico desigual. Reservo, pues, el término «imperialismo», provisionalmente al menos, a las relaciones interestatales y los flujos de poder existentes dentro del sistema global de acumulación de capital. Desde el punto de vista de la acumulación de capital, la política imperialista implica como mínimo mantener y explotar cualesquiera ventajas asimétricas y de dotación de recursos que se puedan ensamblar por medio del poder estatal.

LA LÓGICA DEL TERRITORIO Y LA LÓGICA DEL CAPITAL

En cualquier momento histórico-geográfico determinado pueden dominar una u otra de estas lógicas. La acumulación de control sobre el territorio como fin en sí mismo tiene evidentemente consecuencias económicas, que pueden ser positivas o negativas (desde el punto de vista de la exacción de tributos, los flujos de capital, la fuerza de trabajo, las mercancías, etc., pero la situación es notablemente diferente cuando el control territorial (que puede implicar o no la conquista y administración directa del territorio) se entiende como un medio necesario para la acumulación de capital. Lo que distingue al imperialismo de tipo capitalista de otras concepciones de imperio es que en él predomina típicamente la lógica capitalista, aunque como veremos hay ocasiones en que lo hace la lógica territorial. Se plantea entonces una cuestión crucial: ¿cómo puede responder la lógica territorial de poder, que tiende a permanecer embarazadamente fija en el espacio, a la dinámica espacial abierta de la acumulación incesante de capital? ¿Y qué implica la acumulación incesante de capital para la lógica territorial de poder? Recíprocamente, si la hegemonía en el sistema-mundo es algo que corresponde a un Estado o conjunto de Estados, ¿cómo se puede utilizar la lógica capitalista para mantener esa hegemonía?

Una observación de Hannah Arendt arroja cierta luz sobre este problema: «Una acumulación sin fin de propiedad debe basarse en una acumulación sin fin de poder [...]. El

proceso infinito de acumulación de capital necesita la estructura política de una "potencia tan ilimitada" que pueda proteger una propiedad cada vez mayor haciéndose cada vez más poderosa». De ahí provenía, en opinión de Arendt, «la ideología "progresista" de finales del siglo XIX» que «prefiguraba el ascenso del imperialismo»². Ahora bien, si la acumulación de capital debe ir acompañada necesariamente por la acumulación de poder, entonces la historia de la dominación burguesa debe ser una historia de hegemonías que expresen un poder cada vez mayor y más expansivo. Y esto es precisamente lo que constata Arrighi en su historia comparativa de la evolución desde las ciudades-Estado italianas a las fases holandesa, británica y ahora estadounidense de la hegemonía global:

Del mismo modo que a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII la función hegemónica desempeñada por las Provincias Unidas excedía el tamaño y los recursos de un Estado como el holandés, a principios del siglo XX esa función resultaba excesiva para un Estado del tamaño y los recursos del Reino Unido. En ambos casos, la función hegemónica recayó en un Estado, el Reino Unido en el siglo XVIII y Estados Unidos en el siglo XX, que ya disfrutaba de una «renta de protección» sustancial, es decir, ventajas únicas de costes asociadas con la insularidad geoestratégica, absoluta o relativa [...]. Pero ese Estado, en ambos casos, tenía también el peso suficiente en la economía-mundo capitalista para poder alterar el equilibrio de poder vigente entre los Estados competidores en cualquier dirección que considerase oportuna. Y, dado que la economía-mundo capitalista se había expandido considerablemente a lo largo del siglo XIX, el territorio y los recursos necesarios para convertirse en una potencia hegemónica a principios del siglo XX eran considerablemente mayores que en el siglo XVIII³.

Pero, si lo que dice Arendt es cierto, entonces cualquier potencia hegemónica, para mantener su posición en relación con la acumulación incesante de capital, debe tratar incesantemente de extender, expandir e intensificar su poder, lo que conlleva empero un peligro siempre presente, ya que, como advierte Paul Kennedy en *The Rise and Fall of the Great Powers*, la expansión excesiva se ha demostrado una y otra vez como el talón de Aquiles de los Estados e imperios hegemónicos (Roma, Venecia, Países Bajos, Gran Bretaña)⁴. Su advertencia (en 1990) de que Estados Unidos puede correr el mismo peligro pasó inadvertida, ya que en los más de diez años que han pasado desde

² H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, p. 23.

³ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, cit., p. 62; p. 81.

⁴ P. KENNEDY, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Fontana Press, 1990 [ed. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Globus Comunicación, 1994].

la publicación de su obra este país ha ampliado notablemente su poder, tanto militar como político, hasta un punto en que se hacen palpables los peligros de exceso, lo cual plantea una cuestión adicional: si Estados Unidos ya no es por sí mismo suficientemente extenso y dotado de recursos como para controlar la economía mundial considerablemente expandida del siglo XXI, ¿qué tipo de acumulación de poder político, y bajo qué tipo de organización política, será capaz de ocupar su lugar, dado que el mundo sigue todavía empeñado en una acumulación sin límites de capital? Volveré más adelante sobre esta cuestión, pero ya en este momento podemos apreciar algunas posibilidades insólitas. Hay quienes argumentan que el gobierno mundial es no sólo deseable sino inevitable. Otros, que alguna coalición de Estados podría ser capaz de regular y controlar el conjunto del sistema (algo muy parecido a lo que sugería Kautski en su teoría del ultraimperialismo y algo que se insinúa en las reuniones de organizaciones como el G7, ahora G8). A esto podemos añadir la idea bastante menos optimista de que, si resulta imposible por alguna razón construir esa acumulación más vasta de poder político, la acumulación incesante de capital conducirá inevitablemente al caos, y el fin de la era del capital concluirá no con una transformación revolucionaria, sino con una situación de cruel anarquía sin freno.

HEGEMONÍA

Así pues, ¿qué es lo que supone ante todo la hegemonía? El uso que hacía Gramsci de ese concepto era lo bastante ambiguo como para permitir múltiples interpretaciones. A veces se refiere únicamente al poder político ejercido mediante el liderazgo y el consentimiento de los gobernados como algo opuesto al poder político ejercido como dominación mediante la coerción. En otras ocasiones parece referirse a la combinación particular de coerción y consentimiento necesaria para el ejercicio del poder político. Tendré ocasión de referirme a esto último más adelante, pero normalmente interpretaré la hegemonía en términos de la primera acepción. También seguiré la adaptación que Arrighi efectúa del concepto para referirlo al caso de las relaciones interestatales:

«La supremacía de un grupo social [en nuestro caso, de un Estado-nación] se manifiesta de dos modos: como "dominación" y como "liderazgo intelectual y moral". Un grupo social domina a sus grupos antagonistas, a los que tiende a "liquidar" o a someter recurriendo incluso a la fuerza armada; dirige a grupos afines o aliados» [Antonio Gramsci, *Selected Prison Writings*, 1971, pp. 57-58] [...]. Pero, cuando hablamos de liderazgo en un contexto internacional, el mismo término apunta a dos fenómenos bastante diferentes. Por un lado, designa el hecho de que un Estado dominante, en virtud de sus logros, se convierta en «modelo» que otros Estados imitan y a los que arrastra a su propia vía de

desarrollo [...]. Esto puede realzar el prestigio y en consecuencia el poder del Estado dominante [...]. Pero en la medida en que la emulación tenga éxito, tiende a contrarrestar y, por lo tanto, a disminuir más que a aumentar el poder de la potencia hegemónica haciendo nacer nuevos competidores y reduciendo la «especificidad» de ésta [...]. Por otro lado, el término «liderazgo» se emplea para designar el hecho de que un Estado dominante conduzca al sistema de Estados [cursiva de Arrighi] en la dirección deseada, siendo percibido ampliamente como portador de un interés general. El liderazgo en este sentido aumenta el poder del Estado dominante⁵.

Un corolario importante de este argumento es la distinción entre poder «distributivo» y poder «colectivo». El primero se puede caracterizar como un juego de suma cero en el que la competencia puede mejorar la posición de la potencia hegemónica arrebatando poder a otros o dirigiendo una coalición regional que aporte mayores beneficios a la región. El reciente interés en las hegemonías regionales (el «modelo de los gansos voladores» aplicado a Japón según el cual este país dirigiría al resto de Asia; o el europeo, en el que la alianza franco-alemana desempeña el papel dirigente) sugiere que este proceso de redistribución del poder está desempeñando quizá un papel bastante más poderoso en la reorganización del capitalismo global que lo que el término omniconceptivo «globalización» parece implicar⁶. Pero la verdadera hegemonía en un sentido global implica el uso del liderazgo para crear un juego de suma positiva en el que todas las partes se benefician, bien de las ganancias mutuas de sus propias interacciones (como el comercio), bien mediante la consecución de un mayor poder colectivo frente a la naturaleza, por ejemplo gracias a la creación y transferencia de nuevas tecnologías, formas organizativas y dispositivos infraestructurales (como las redes de comunicación y las normas e instituciones de derecho internacional). Arrighi insiste en la acumulación de poder colectivo como la única base sólida para el establecimiento de la hegemonía en el sistema global. El poder de la potencia hegemónica, sin embargo, se configura y expresa mediante un equilibrio siempre variable entre coerción y consenso.

Pensemos por un momento en cómo han operado estas categorías en el caso de Estados Unidos durante los últimos cincuenta años. Estados Unidos ha recurrido con frecuencia a la dominación y la coerción y no ha vacilado en liquidar a quienes se le opo-

⁵ G. ARRIGHI y B. SILVER, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, pp. 26-28 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, *Cuestiones de Artagonismo* 10, Madrid, Ediciones Akal, 2001, pp. 33-34; a continuación se indica tesis el punto y coma la página de la edición en castellano].

⁶ J. MITTELMAN, *The Globalization Syndrome: Transformation and Resistance*, Princeton, Princeton University Press, 2000, en particular la Parte II; Mittelman es uno de los muchos autores que se han tomado en serio la tesis de la regionalización.

nen. Incluso internamente, su pretendido compromiso con la Constitución y el imperio de la ley ha sido repetidamente desmentido por el macartismo, el asesinato o encarcelamiento de los dirigentes de los Panteras Negras, el internamiento de los japoneses residentes en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, la vigilancia e infiltración de grupos de oposición de todo tipo y la actual disposición a desmantelar la Declaración de Derechos mediante de la aprobación de las Patriot and Homeland Security Acts. Ha sido aún más despiadado en el exterior, patrocinando golpes de Estado en Irán, Iraq, Guatemala, Chile, Indonesia y Vietnam (por recordar sólo unos pocos) en los que murieron miles de personas. Ha apoyado el terrorismo de Estado en todo el mundo cuando le ha parecido conveniente. La CIA y unidades de las fuerzas especiales operan en innumerables países. El examen de esta trayectoria ha conducido a muchos a presentar a Estados Unidos como el mayor «Estado delincente» del planeta. Existe una importante colección de autores dedicados a esa tarea, empezando por Chomsky, Blum, Pilger, Johnson y muchos otros⁷. Aunque sólo conozcamos una parte de lo sucedido, lo más extraño es lo mucho que se sabe y se ha documentado a partir de fuentes oficiales o cuasi oficiales y lo sobrecogedor e indignante que es todo ello. La liquidación se puede poner en práctica por medios muy variados. El poder económico para someter a otros (como el embargo comercial sobre Iraq y Cuba o los programas de austeridad del FMI puestos en práctica a requerimiento del Departamento del Tesoro estadounidense) se puede utilizar con efectos tan destructivos como la fuerza física. El papel específico de las instituciones financieras y del Tesoro estadounidense respaldado por el FMI, provocando una violenta devaluación de activos en Asia oriental y suroriental, creando un desempleo masivo y haciendo retroceder a la población de esa región años de progreso social y económico, es igualmente notable. Sin embargo, la mayoría de la población estadounidense vive en un estado de perpetuo rechazo, negándose incluso a oír tales cosas o, si las oye, aceptando pasivamente la liquidación y la coerción como algo propio de la vida, el coste normal que conlleva hacer negocios fundamentalmente honrados en un mundo que no lo es.

Pero los críticos que atienden únicamente a este aspecto del comportamiento estadounidense en el mundo no suelen reconocer que la coerción o liquidación del enemigo sólo es una base parcial del poder, a menudo contraproducente, de Estados Unidos. El consentimiento y la cooperación son igualmente importantes. Si no se pudieran movilizar internacionalmente y si el liderazgo no se pudiera ejercer de forma que genere beneficios colectivos, Estados Unidos habría dejado de ser hegemónico hace mucho

⁷ Cf. JOHNSON, *Blowback. The Costs and Consequences of American Empire*, Londres, Time Warner Books, 2000; J. PILGER, *The New Rulers of the World*, Londres, Verso, 2002; W. BLUM, *Rogue State: A Guide to the World's Only Superpower*, Londres, Zed Books, 2002 y, por supuesto, N. CHOMSKY, 9-11, Nueva York, Seven Stories Press, 2001 [ed. cast.: 11/09/2001, Barcelona, RBA, 2001].

tiempo. Debe actuar de forma que la proclamación de que lo hace en defensa del interés general sea al menos creíble, aunque la mayoría de la gente sospeche que su principal motivación es su propio interés. Esto es lo que significa el ejercicio del liderazgo mediante el consentimiento.

A este respecto la Guerra Fría proporcionó a Estados Unidos, como es obvio, una oportunidad sin par. Estados Unidos, dedicado a la acumulación incesante de capital, estaba dispuesto a ejercer el poder político y militar necesario para defender y promover ese proceso en todo el planeta contra la amenaza comunista. Los propietarios privados de todo el mundo podrían apoyar ese poder y unirse y cobijarse tras él, enfrentados a la perspectiva del socialismo internacional. Los derechos de la propiedad privada se enarbolaron como valores universales y se proclamaron como tales en la Declaración de Derechos Humanos de la ONU. Estados Unidos garantizaba la seguridad de las democracias europeas y ayudó benévolutamente a reconstruir las economías de Japón y Alemania Occidental, destruidas por la guerra. Mediante su política de «contención» estableció tácitamente los límites de su propio imperio informal (en particular en Asia), al tiempo que se comprometía a socavar por cualquier medio a su alcance el poder de su gran compendioso, el imperio soviético. Aunque sabemos lo bastante sobre los procesos de toma de decisiones en la política exterior seguida durante los años de Roosevelt-Truman y desde entonces para concluir que Estados Unidos siempre antepuso sus propios intereses, en muchos países afluyeron suficientes beneficios a las clases propietarias como para hacer creíble la proclamación estadounidense de que actuaba en nombre del interés universal (léase de los «propietarios») y para mantener a los grupos subalternos (y Estados clientes) agradecidamente alineados tras él. Esa «benevolencia» es presentada de modo creíble por los defensores de Estados Unidos como respuesta a quienes insisten en la imagen de Estado delincuente basado en la coerción. Insisten vehementemente en la forma en que Estados Unidos se ve y se presenta a sí mismo ante el resto del mundo, aunque en ello haya tanto mito como verdad. Los estadounidenses prefieren creer, por ejemplo, que ellos y sólo ellos liberaron a Europa del yugo nazi, y olvidan completamente el papel mucho más importante del Ejército Rojo y del asedio de Stalingrado que cambió las tornas en la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto es que Estados Unidos opta simultáneamente por prácticas coercitivas y hegemónicas, aunque el equilibrio entre estas dos facetas del ejercicio del poder pueda variar de un periodo a otro y de un gobierno a otro.

Estados Unidos ha ejercido durante muchos años el liderazgo sobre la parte del mundo dedicada a la acumulación incesante de capital, extendiendo consiguientemente su forma de hacer negocios. Durante los años de la Guerra Fría no ejerció una hegemonía auténticamente global, y ahora que ha desaparecido la amenaza del comunismo su papel de líder es más difícil de definir y mantener. Esto es lo que está siendo debatido, no muy sutilmente que digamos, entre quienes desean proyectar hacia el futuro el

imperialismo y el imperio estadounidense en el mundo, y es también lo que se plantean quienes ven una partición regional de poderes como configuración alternativa de dispositivos políticos dentro de las reglas generales de la globalización neoliberal.

Tampoco se puede negar que la emulación haya desempeñado un importante papel en los asuntos globales. Muchos otros países se han dejado llevar a la globalización, política, económica y culturalmente, a través de la americanización. Pero ahí difiere en cierta medida de Arrighi, ya que no creo que la emulación siempre cree competencia y que siempre sea un juego de suma cero. La emulación del consumismo, del modo de vida, de las formas culturales y de las instituciones políticas y financieras estadounidenses ha contribuido globalmente al proceso de acumulación incesante de capital. Pueden surgir efectivamente situaciones en las que la emulación intensifique la competencia (como cuando Taiwán se apodera totalmente de algún sector productivo estadounidense), y eso puede afectar notablemente a la situación doméstica en Estados Unidos (como ilustra la larga historia de la desindustrialización en áreas como el acero, la construcción naval y los textiles). Pero creo que es importante distinguir entre este aspecto de la emulación y otros que contribuyen de hecho al acrecentamiento del poder colectivo.

El poder político consta siempre de una mezcla inestable de coacción, emulación y ejercicio del liderazgo mediante el consenso. Éstos son los medios. Pero ¿qué hay de las formas de poder que deben vincularse con la lógica territorial para asegurar su capacidad de materializar sus intereses? Cosas intangibles como el prestigio, el *status*, la deferencia, la autoridad y la influencia diplomática deben asentarse materialmente en algo. Dinero, capacidad productiva y poderío militar son las tres patas en las que se apoya la hegemonía en el capitalismo. Pero también hallamos ahí configuraciones móviles e inestables. Considérense, por ejemplo, las cambiantes bases materiales de la hegemonía estadounidense desde finales del siglo XIX.

EL ASCENSO DE LOS IMPERIALISMOS BURGUESES, 1870-1945

Aréndt afirma que el imperialismo surgido hacia finales del siglo XIX fue, «más que la última etapa del capitalismo, la primera etapa de verdadero dominio político de la burguesía»³. Las pruebas que aporta son sustanciales. La primera crisis importante de sobreacumulación de capital, esto es, de un exceso de capital sin oportunidades de inversión rentables (en el capítulo 3 ofrezco un tratamiento más extenso), fue el colapso económico a escala europea de 1846-1850, que provocó movimientos revolucionarios burgueses en toda Europa, con una participación notable de la clase obrera. A par-

³ H. Aréndt, *Imperialism*, cit., p. 18.

tir de ahí se produjo, aunque desigualmente, la incorporación parcial de la burguesía al aparato estatal. La vía de escape de esta primera crisis capitalista consistió, por un lado, en inversiones infraestructurales a largo plazo (del tipo expuesto en la teoría de los «gustos productivos del Estado», entre los que se pueden citar la transformación urbanística de París bajo la dirección de Haussmann o la atención concedida a los programas de transportes, agua y alcantarillado y las inversiones en viviendas e instalaciones públicas en muchos otros países europeos) y, por otro, en expansiones geográficas centradas particularmente en el comercio atlántico (con Estados Unidos como destino principal). Pero a mediados de la década de 1860 la capacidad para absorber el excedente de capital y de fuerza de trabajo por esos medios se estaba agotando. La interrupción del comercio atlántico por la guerra civil estadounidense tuvo un serio impacto, suscitando tensiones y movimientos políticos internos (del tipo de los que originaron la Comuna de París en 1871) en toda Europa. Tras la guerra civil, el movimiento obrero se extendió también a Estados Unidos.

Los capitales excedentes existentes en Europa, cada vez más bloqueados por su negativa a encontrar un uso interno para los mismos, se vieron obligados a desparramarse por el mundo en una oleada masiva de comercio e inversión especulativa, sobre todo a partir aproximadamente de 1870, imponiéndose a escala global la lógica capitalista de búsqueda de lo que en el capítulo 3 llamaré «soluciones espacio-temporales». La necesidad de proteger estas aventuras en el extranjero y de limitar sus excesos obligó a los Estados a responder a esta lógica expansionista del capital, y a la burguesía, que ya disfrutaba del poder en Estados Unidos, a consolidar su poder político frente a viejas formaciones de clase optando por disolver las viejas formas imperialistas (como las de los Imperios austro-húngaro u otomano) o reconvirtiéndolas (como en Gran Bretaña) hacia una lógica específicamente capitalista. La consolidación del poder político de la burguesía en los Estados europeos fue, por lo tanto, una condición necesaria para una reorientación de la política territorial hacia las exigencias de la lógica capitalista.

Ahora bien, en su ascenso al poder la burguesía había recurrido a la idea de nación. La formación de nuevos Estados-nación durante la segunda mitad del siglo XIX en Europa (en particular en Alemania e Italia) apuntaba lógicamente a una política de consolidación interna más que a aventuras en el exterior. Además, la solidaridad política que suponía la idea de nación no se podía extender fácilmente a los «otros» sin diluir lo que se suponía que representaba. El Estado-nación no proporciona por sí mismo una base coherente para el imperialismo. ¿Cómo se podía entonces encontrar sobre esa base una solución global espacio-temporal para el problema de la sobreacumulación? La respuesta consistió en movilizar el nacionalismo, el chovinismo, el patriotismo y, sobre todo, el racismo tras un proyecto imperial cuya dirección pudiera ser asumida por los capitales nacionales, en una época en que existía cierta coherencia entre la escala de funcionamiento de las empresas capitalistas y la de los Estados-nación. Como señala Arendt,

esto significaba la suspensión de la lucha de clases interna y la construcción en el Estado-nación de una alianza entre el capital y lo que ella llama «la plebe» (*the mob*). «Esto parecía tan antinatural desde el punto de vista marxista —observa— que se subestimaron los peligros reales de la pretensión imperialista: dividir a la humanidad en razas de amos y esclavos, en capas altas y bajas, en personas blancas y de color, todo lo cual no era sino un intento de unificar al pueblo a partir de la plebe.» En opinión de Arendt, teóricamente puede haber «un abismo entre el nacionalismo y el imperialismo, pero en la práctica se puede tender un puente entre ambos, como el proporcionado por el nacionalismo tribal y el racismo descarado⁹.» Que éste fuera efectivamente el resultado no era, por supuesto, inevitable. Pero la lucha contra el nacionalismo imperialista acabó fracasando, como evidenció dramáticamente el colapso de la Segunda Internacional Socialista cuando cada partido nacional optó por el apoyo a su Estado en la guerra de 1914-1918. Las consecuencias fueron horrosas. Surgió todo un conjunto de imperialismos burgueses basados en la nación y por consiguiente racistas (británico, francés, holandés, alemán, italiano). También surgieron imperialismos impulsados por los sectores industriales pero no burgueses en Japón y en Rusia. Todos ellos recurrieron a doctrinas particulares de superioridad racial a las que daba credibilidad pseudocientífica el darwinismo social, y con frecuencia se presentaban a sí mismos como entidades orgánicas obligadas a una lucha por la supervivencia con otros Estados-nación. El racismo, al acecho entre bastidores durante mucho tiempo, saltó ahora al primer plano del pensamiento político, pretendiendo legitimar el viraje hacia lo que en el capítulo 4 llamaré «acumulación por desposesión» (de los pueblos bárbaros, salvajes e inferiores que no habían conseguido combinar adecuadamente su fuerza de trabajo con la tierra patria) y la exacción de tributos de las colonias con los métodos más opresores y violentamente explotadores que ha inventado nunca el imperialismo (los métodos belgas y japoneses fueron quizá los más atroces). Como argumenta Arendt, el nazismo y el Holocausto resultan totalmente comprensibles dentro de esta trayectoria histórico-geográfica, aunque no estuvieran necesariamente determinados por ella.

La contradicción subyacente entre nacionalismo burgués e imperialismo no podía resolverse mientras la creciente necesidad de hallar salidas geográficas para los capitales excedentes ejerciera todo tipo de presiones sobre el poder político de cada uno de los Estados imperialistas para que éstos expandieran el control geográfico más allá del que hasta ese momento disponían. El resultado general, como predijo con tanta exactitud Lenin, fueron cincuenta años de rivalidad y guerra interimperialistas, caracterizados en gran medida por el auge del nacionalismo. Sus efectos esenciales supusieron la división del planeta en territorios separados de dominio colonial o influencia exclusiva (ilustrada dramáticamente en la rebatiña por África en 1885 y el acuerdo de Versalles

⁹ *Ibid.*, p. 32

tras la Primera Guerra Mundial, que repartió Oriente Próximo entre los protectorados franceses y británicos); el pillaje de gran parte de los recursos mundiales por las potencias imperiales, y la propagación generalizada de virulentas doctrinas de superioridad racial. Todo lo cual se vio acompañado por el predecible fracaso del intento de resolver el problema del excedente de capital dentro de los dominios imperiales cerrados, como pudo observarse durante la Gran Depresión de la década de los treinta. Entonces llegó la última conflagración global de 1939-1945.

Aunque las primeras fases se vieron marcadas por la hegemonía británica y cierta dosis de libre comercio, creo que Arendt tiene razón al considerar que el período 1870-1945 supuso el desarrollo de imperialismos nacionalistas rivales que sólo podían basarse en la movilización del racismo y la construcción de solidaridades nacionales favorables al fascismo en el interior de cada país y que tendían a la confrontación violenta en el exterior.

En medio de todo esto, Estados Unidos iba elaborando su propia forma de imperialismo. Impulsado por un notable raudal de desarrollo capitalista tras la guerra civil, fue consiguiendo el dominio tecnológico y económico frente al resto del mundo. Su forma de gobierno, sin el estorbo de residuos feudales aristocráticos como los que se podían encontrar en Europa, reflejaba genéricamente los intereses de la clase empresarial industrial y que desde la independencia era burguesa hasta los tuétanos (como quedó formalizado en su Constitución). El poder político interno consagraba el individualismo y se oponía abiertamente a cualquier amenaza contra los derechos inalienables de la propiedad privada y la tasa de beneficio. Se trataba de una sociedad inmigrante multiétnica que hacía imposible el estrecho nacionalismo étnico de corte europeo o japonés. También era excepcional en cuanto a la posesión de abundante espacio para la expansión interna, dentro del cual podían encontrar amplio margen de maniobra las lógicas capitalista y territorial del poder. Su propia forma interna de racismo (contra los negros y los pueblos indígenas) iba acompañada por un antagonismo frente a los «no caucásicos» que contrarrestaba la tentación de conquistar territorios (como los de México o el Caribe) donde predominaban poblaciones no caucásicas. La teoría del destino manifiesto alimentaba su forma particular de racismo expansionista e idealismo internacional. Desde finales del siglo XIX Estados Unidos aprendió poco a poco a ocultar la explicitud de las conquistas y ocupaciones territoriales bajo la máscara de una universalización de sus propios valores, inmersa en una retórica que iba a culminar finalmente, como señala Neil Smith, en lo que se conoce ahora como «globalización»¹⁰. Estados Unidos atravesó fases de emulación de los europeos, tuvo momentos episódicos en los que parecía que la expansión geográfica era económicamente esencial, y había dejado muy claro, en las distintas formulaciones de la doctrina Monroe, que las Américas debían quedar libres del

¹⁰ N. SMITH, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press, 2003.

control europeo y, por lo tanto, de facto, dentro de su propia esfera de dominio. Woodrow Wilson soñó con la universalización de la doctrina Monroe, pero los estadounidenses se encontraron en Sudamérica con repúblicas que, como ellos mismos, se habían liberado del yugo colonial mediante guerras de independencia.

Tuvieron que imaginar, por lo tanto, medios de dominación imperial que respetaran formalmente la independencia de tales países aunque los sojuzgaran mediante una combinación de relaciones comerciales privilegiadas, patronazgo, clientelismo y coerción encubierta. Aunque Estados Unidos se atuvo en general al principio de «puertas abiertas» con respecto al comercio global, hasta la Segunda Guerra Mundial mostró escasa inclinación o compromiso real para ponerlo en vigor. Se vio envuelto en la Primera Guerra Mundial y desempeñó un papel importante en la confección del Tratado de Versalles, en el que el principio de autodeterminación nacional era al menos reconocido, aunque no practicado (en particular con respecto a Oriente Próximo); experimentó el trauma de la Gran Depresión (más como consecuencia de fallos internos en la dominación de clase que por falta de oportunidades para una expansión geográfica del capital estadounidense), y se vio arrastrado a los subsiguientes conflictos globales generados por las rivalidades interimperialistas. Pero las fuertes corrientes aislacionistas tanto en la izquierda como en la derecha y la larga renuencia histórica a involucrarse en conflictos exteriores por el temor a las repercusiones sobre su propia forma de gobierno contuvieron los impulsos imperiales y éstos fueron ocasionales y limitados, más encubiertos que abiertos, motivados más por intereses políticos que capitalistas, excepto en el caso de ciertas empresas con intereses particulares en el extranjero que movilizaron desvergonzadamente el poder político para respaldar sus proyectos específicos siempre que lo consideraron necesario. Estados Unidos estaba todavía en condiciones tanto de absorber como de producir capital excedente, aunque durante la década de 1930 no supo o no pudo materializar sus propias potencialidades a ese respecto, debido en parte a la configuración interna del poder de clase que se resistió incluso a los modestos intentos efectuados por Roosevelt con el New Deal de atenuar las contradicciones económicas mediante la distribución de la riqueza. La dificultad para lograr cotas suficiente de cohesión interna en una sociedad étnicamente mixta caracterizada por un intenso individualismo y por la división de clases también produjo lo que Hofstadter llama «el estilo paranoide» de la política estadounidense: el temor a que algún «otro» (como el bolchevismo, el socialismo, el anarquismo o meros «agitadores extranjeros») consiguiera crear una fuerte solidaridad política en el frente interno¹¹. A la Unión Soviética y el bolchevismo les tocó el papel de enemigo y malvado principal, con la eventual complicidad de China (de ahí el temor a la inmigración procedente de ese país).

¹¹ R. HOFSTADTER, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996.

tras la Primera Guerra Mundial, que repartió Oriente Próximo entre los protectorados franceses y británicos); el pillaje de gran parte de los recursos mundiales por las potencias imperiales, y la propagación generalizada de virulentas doctrinas de superioridad racial. Todo lo cual se vio acompañado por el predecible fracaso del intento de resolver el problema del excedente de capital dentro de los dominios imperiales cerrados, como pudo observarse durante la Gran Depresión de la década de los treinta. Entonces llegó la última conflagración global de 1939-1945.

Aunque las primeras fases se vieron marcadas por la hegemonía británica y cierta dosis de libre comercio, creo que Arendt tiene razón al considerar que el periodo 1870-1945 supuso el desarrollo de imperialismos nacionalistas rivales que sólo podían basarse en la movilización del racismo y la construcción de solidaridades nacionales favorables al fascismo en el interior de cada país y que tendían a la confrontación violenta en el exterior.

En medio de todo esto, Estados Unidos iba elaborando su propia forma de imperialismo. Impulsado por un notable raudal de desarrollo capitalista tras la guerra civil, fue consiguiendo el dominio tecnológico y económico frente al resto del mundo. Su forma de gobierno, sin el estorbo de residuos feudales aristocráticos como los que se podían encontrar en Europa, reflejaba genéricamente los intereses de la clase empresarial industrial y que desde la independencia era burguesa hasta los tuétanos (como quedó formalizado en su Constitución). El poder político interno consagraba el individualismo y se oponía abiertamente a cualquier amenaza contra los derechos inalienables de la propiedad privada y la tasa de beneficio. Se trataba de una sociedad inmigrante multiétnica que hacía imposible el estrecho nacionalismo étnico de corte europeo o japonés. También era excepcional en cuanto a la posesión de abundante espacio para la expansión interna, dentro del cual podían encontrar amplio margen de maniobra las lógicas capitalista y territorial del poder. Su propia forma interna de racismo (contra los negros y los pueblos indígenas) iba acompañada por un antagonismo frente a los «no caucásicos» que contrarrestaba la tentación de conquistar territorios (como los de México o el Caribe) donde predominaban poblaciones no caucásicas. La teoría del destino manifiesto alimentaba su forma particular de racismo expansionista e idealismo internacional. Desde finales del siglo XIX Estados Unidos aprendió poco a poco a ocultar la explicitud de las conquistas y ocupaciones territoriales bajo la máscara de una universalización de sus propios valores, inmersa en una retórica que iba a culminar finalmente, como señala Neil Smith, en lo que se conoce ahora como «globalización»¹⁰. Estados Unidos atravesó fases de emulación de los europeos, tuvo momentos episódicos en los que parecía que la expansión geográfica era económicamente esencial, y había dejado muy claro, en las distintas formulaciones de la doctrina Monroe, que las Américas debían quedar libres del

¹⁰ N. SMITH, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press, 2003.

control europeo y, por lo tanto, *de facto*, dentro de su propia esfera de dominio. Woodrow Wilson soñó con la universalización de la doctrina Monroe, pero los estadounidenses se encontraron en Sudamérica con repúblicas que, como ellos mismos, se habían liberado del yugo colonial mediante guerras de independencia.

Tuvieron que imaginar, por lo tanto, medios de dominación imperial que respetaran formalmente la independencia de tales países aunque los sojuzgaran mediante una combinación de relaciones comerciales privilegiadas, patronazgo, clientelismo y coerción encubierta. Aunque Estados Unidos se atuvo en general al principio de «puertas abiertas» con respecto al comercio global, hasta la Segunda Guerra Mundial mostró escasa inclinación o compromiso real para ponerlo en vigor. Se vio envuelto en la Primera Guerra Mundial y desempeñó un papel importante en la confección del Tratado de Versalles, en el que el principio de autodeterminación nacional era al menos reconocido, aunque no practicado (en particular con respecto a Oriente Próximo); experimentó el trauma de la Gran Depresión (más como consecuencia de fallos internos en la dominación de clase que por falta de oportunidades para una expansión geográfica del capital estadounidense), y se vio arrastrado a los subsiguientes conflictos globales generados por las rivalidades interimperialistas. Pero las fuertes corrientes aislacionistas tanto en la izquierda como en la derecha y la larga renuencia histórica a involucrarse en conflictos exteriores por el temor a las repercusiones sobre su propia forma de gobierno contuvieron los impulsos imperiales y éstos fueron ocasionales y limitados, más encubiertos que abiertos, motivados más por intereses políticos que capitalistas, excepto en el caso de ciertas empresas con intereses particulares en el extranjero que movilizaron desvergonzadamente el poder político para respaldar sus proyectos específicos siempre que lo consideraron necesario. Estados Unidos estaba todavía en condiciones tanto de absorber como de producir capital excedente, aunque durante la década de 1930 no supo o no pudo materializar sus propias potencialidades a ese respecto, debido en parte a la configuración interna del poder de clase que se resistió incluso a los modestos intentos efectuados por Roosevelt con el New Deal de atenuar las contradicciones económicas mediante la distribución de la riqueza. La dificultad para lograr cotas suficiente de cohesión interna en una sociedad étnicamente mixta caracterizada por un intenso individualismo y por la división de clases también produjo lo que Hofstadter llama «el estilo paranoide» de la política estadounidense: el temor a que algún «otro» (como el bolchevismo, el socialismo, el anarquismo o meros «agitadores extranjeros») consiguiera crear una fuerte solidaridad política en el frente interno¹¹. A la Unión Soviética y el bolchevismo les tocó el papel de enemigo y malvado principal, con la eventual complicidad de China (de ahí el temor a la inmigración procedente de ese país).

¹¹ R. HOFSTADTER, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996.

LA HEGEMONÍA DE ESTADOS UNIDOS TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, 1945-1970

Estados Unidos salió de la Segunda Guerra Mundial como potencia abrumadoramente dominante tanto en el ámbito de la tecnología como en el de la producción. Su moneda (respaldada por la mayor parte de las reservas mundiales de oro) no tenía competidor y su aparato militar era muy superior a cualquier otro. Su único oponente serio era la Unión Soviética, pero ese país había perdido gran parte de su población y había sufrido una terrible degradación de su capacidad militar e industrial durante la guerra. Había llevado el peso de la lucha contra el nazismo, y el asedio a Stalingrado y la subsiguiente destrucción de buena parte de la capacidad militar de Alemania en el frente oriental fueron decisivos para la victoria de los Aliados. El retraso en la apertura de un segundo frente en Europa encolerizó a Stalin y pudo ser una maniobra calculada por Estados Unidos y Gran Bretaña para hacer que la Unión Soviética cargara con lo más gravoso de la guerra, pero tuvo serias consecuencias, ya que permitió a la Unión Soviética obtener importantes conquistas territoriales en Europa oriental de las que luego se negó a retirarse, instalando regímenes clientes hasta en Alemania Oriental. Para la Unión Soviética la defensa de sus intereses equivalía a la defensa de su control territorial.

Durante la guerra, miembros selectos del gobierno estadounidense y del sector privado diseñaron un plan de posguerra que garantizara la paz, el crecimiento económico y la estabilidad. Se descartó la expansión territorial. Desde Madison, si no desde antes, el pensamiento y la práctica política estadounidenses se habían visto poderosamente influidos por la idea de que debían evitarse los conflictos exteriores porque socavaban la democracia interna. La dificultad radicaba en colmar el vacío existente entre este temor y el hecho obvio de la dominación global estadounidense. Del mismo modo que el imperialismo europeo recurrió al racismo para superar la tensión entre nacionalismo e imperialismo, Estados Unidos trató de ocultar la ambición imperial bajo el manto de un universalismo abstracto. El efecto, como observa Neil Smith, fue negar la importancia del territorio y la geografía en la articulación del poder imperial. Ése fue el impulso que guió a Henry Luce en su influyente editorial de un número de la revista *Life* de 1941 titulado «The American Century» [«El siglo americano»]. Pase a sus ideas aislacionistas, Luce argumentaba que la historia había conferido el liderazgo global a Estados Unidos, por lo que había que asumir activamente ese papel. Se trataba, en su opinión, de un poder global y universal más que específicamente territorial, por lo que Luce prefería hablar de un «siglo americano» en vez de un imperio. Smith subraya:

Mientras que el lenguaje geográfico de los imperios sugiere una política cambiante —los imperios ascienden y caen y pueden verse desafiados— el «siglo americano» sugiere un destino inevitable. Esa expresión de Luce permitía eludir cualquier objeción política

sobre el dominio estadounidense. ¿Cómo se desafia a un siglo? El dominio global estadounidense aparecía como resultado natural del progreso histórico, como pináculo de la civilización europea, más que como resultado de la pugna por el poder político-económico. Su advenimiento era tan inevitable como el de un siglo tras otro. En la medida en que estaba más allá de la geografía, el siglo americano quedaba más allá del imperio y de la reprochación¹².

Los avances territoriales soviéticos y su creciente poder chocaron con el «estilo paranoide» de la política estadounidense dando lugar a la Guerra Fría e, internamente, desencadenando la represión conocida como «macartismo», que limitó la libertad de expresión y se opuso ferozmente a cualquier cosa que sonara tenuamente comunista o socialista. Los sindicatos fueron purgados de influencias radicales, los comunistas y otros partidos de izquierda quedaron proscritos y se intensificó la infiltración por el FBI de cualquier organización opositora. Todo aquello fue legitimado como vital para la seguridad interna de Estados Unidos frente a la amenaza soviética, generando el conformismo político y la solidaridad interna. Como habría podido decir Arendt, Levitán impuso el orden sobre el caos potencial de los intereses individuales. Los trabajadores fueron empujados a suscribir —y se sintieron atraídos por ello— un pacto general con el capital, ajustando los salarios al aumento de productividad (un modelo fordista que se consideraba digno de imitación). En nombre del anticomunismo y del interés económico se solicitó y se obtuvo el apoyo de la clase obrera a la política estadounidense en el exterior.

En el ámbito de la política exterior, Estados Unidos se presentó como el adalid de la libertad (entendida en términos de libertad de mercado) y de los derechos de la propiedad privada. Proporcionaba por doquier protección económica y militar a las clases poseedoras o las elites político-militares, que a cambio apoyaban la política estadounidense en sus propios países, destinada a la contención militar, política y económica de la esfera de influencia soviética¹³. El ámbito imperial de Estados Unidos se definió, negativamente, como todo lo que no estuviera directamente contenido en la órbita soviética (lo que a ojos estadounidenses incluía a China mucho después de que ésta hubiera iniciado su propia vía). Aunque se aceptaba que la confrontación directa con el imperio soviético era imposible, se aprovecharon todas las oportunidades posibles para socavarlo, lo que condujo a algunos desastres como el apoyo estadounidense al ascenso del fundamentalismo islámico de los mujahidín para estorbar a los soviéticos en Afganistán, sólo para tener que combatir después su influencia en una guerra contra el terrorismo basado en el fundamentalismo islámico. Cualquier expansión del terri-

¹² N. Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, cit., p. 20.

¹³ «U.S. Imperial Ambitions and Iraq», editorial de *Monthly Review* 54/7 (2002), pp. 3-13.

torio controlado por los comunistas se consideraba una seria pérdida; de ahí las intensas recriminaciones sobre «quien perdió China» en beneficio de Mao y el empleo de esa acusación para justificar los ataques de McCarthy.

Durante la Segunda Guerra Mundial se habían definido dos principios cardinales de la práctica estratégica interna, que permanecieron como grabados en piedra desde entonces: el orden social en Estados Unidos debía permanecer estable (sin tolerar ninguna redistribución radical de la riqueza o el poder ni ningún desafío al control de la élite y/o la clase capitalista) y se promovería una expansión continua de la acumulación de capital y el consumo domésticos para asegurar la paz, la prosperidad y la tranquilidad internas¹⁴. Los compromisos en el exterior no debían interferir con el consumismo doméstico: de ahí la preferencia por lo que Ignatieff llama «imperio ligero». Estados Unidos utilizaría su mayor capacidad militar para proteger en todo el mundo a los regímenes clientes que apoyaran los intereses estadounidenses. El derrocamiento de Mossadegh, quien había nacionalizado los pozos petrolíferos en Irán, y su sustitución por el sah en 1953 (todo ello con ayuda de la CIA), así como el subsiguiente apoyo a su régimen para que protegiera los intereses estadounidenses en la región del Golfo, fue un ejemplo típico de este planteamiento. En áreas geopolíticas clave, como los Estados fronterizos con la Unión Soviética, Estados Unidos utilizó su poderío económico para construir fuertes economías basadas en principios capitalistas (de ahí el plan Marshall para Europa y el fuerte apoyo a Japón, Taiwan, Corea del Sur y otros Estados fronterizos vulnerables frente al poder soviético). El acceso a Oriente Próximo y sus reservas petrolíferas era también crucial (Roosevelt, aunque se sentía enfermo, se desvió para hablar con los saudíes y otros dirigentes de la región sobre la importancia de mantener el flujo de petróleo en su viaje de regreso a casa desde la conferencia de Yalta).

Estados Unidos se situó a la cabeza de los acuerdos de seguridad colectiva, utilizando a las Naciones Unidas, y aún más decisivamente alianzas militares como la OTAN, para limitar la posibilidad de guerras intercapitalistas y combatir la influencia de la Unión Soviética y luego también de China. Utilizó su poderío militar, operaciones encubiertas y todo tipo de presiones económicas para asegurar la formación o el mantenimiento de gobiernos amigos. Para conseguir este objetivo estaba dispuesto a apoyar el derrocamiento de gobiernos democráticamente elegidos y a poner en práctica, directa o indirectamente, tácticas de liquidación de quienes se mostraran opuestos a los intereses estadounidenses. Así lo hizo en Irán, Guatemala, Brasil, el Congo, la República Dominicana, Indonesia, Chile y otros lugares. Intervino electoral y solapadamente en docenas de países de todo el mundo. Sin embargo, resultó vencido en China y en Cuba, y en muchos otros lugares surgieron guerrillas comunistas que pretendían seguir el ejemplo soviético para impulsar una rápida modernización sin el dominio de la clase capitalista.

¹⁴ Ésta es una tesis central de la obra de W. A. Williams, *Empire as a Way of Life*, cit.

En el «mundo libre» Estados Unidos se esforzó por construir un orden internacional abierto al comercio, al desarrollo económico y a la rápida acumulación de capital. Esto requería el desmantelamiento de los antiguos imperios basados en el Estado-nación. La descolonización exigía la formación de Estados y el autogobierno en todo el planeta. Estados Unidos tomó como modelo para sus relaciones con esos nuevos Estados independientes su larga experiencia en el trato con las repúblicas independientes de América Latina durante el periodo de entreguerras. Relaciones comerciales privilegiadas, clientelismo, patronazgo y coerción encubierta fueron, como hemos visto, los principales instrumentos de control. Y Estados Unidos desplegó esas armas bilateralmente, país por país, situándose así como eje central, con innumerables radios que lo conectaban con el resto de los Estados del globo. Cualquier amenaza de acción colectiva contra el abrumador poder estadounidense se podía contrarrestar mediante la estrategia de *divide-y-vencerás* haciendo uso de conexiones individuales para limitar la autonomía colectiva, incluso cuando se habían puesto en marcha iniciativas tendentes a la unidad, como sucedía en Europa.

Mediante los acuerdos de Bretton Woods se estableció un marco internacional para el comercio y el desarrollo económico dentro y entre esos Estados independientes, a fin de estabilizar el sistema financiero mundial, que se vio acompañado por toda una batería de instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Pagos (BIS) de Basilea, y la formación de organizaciones como el GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio) y la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), destinadas a coordinar el crecimiento económico entre los países capitalistas avanzados y llevar el desarrollo económico de carácter capitalista al resto del mundo no comunista. En esa esfera Estados Unidos no sólo era dominante sino también hegemónico, en el sentido de que su posición como Estado superimperialista se basaba en el liderazgo de las clases propietarias y las élites dominantes de todo el mundo. De hecho, alentó activamente la formación y fortalecimiento de tales élites y clases en todo el mundo: se convirtió en protagonista principal de la proyección del poder burgués en todo el planeta. Armado con la teoría de Rostow sobre las «etapas» del crecimiento económico, trató de promover el «despegue» hacia el desarrollo económico que debía impulsar el consumo de masas país por país, a fin de sortear la amenaza comunista¹⁵.

Pero el desmantelamiento de los imperialismos de origen europeo también supuso la desaprobación formal del racismo que había permitido la conciliación del nacionalismo con el imperialismo. La Declaración de Derechos Humanos de la ONU y varios estudios de la Unesco negaron la validez del racismo y trataron de fundamentar un universalismo de la pro-

¹⁵ W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966 [ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1961].

riedad privada y de los derechos individuales que propiciara una segunda etapa de dominio político burgués. Para que eso funcionara era preciso que Estados Unidos se mostrara como pináculo de la civilización y bastión de los derechos individuales. Había que cultivar y proyectar hacia el exterior el proamericanismo; y así comenzó el ingente asalto cultural contra los valores europeos «decadentes» y la promoción de la superioridad de la cultura estadounidense y los «valores americanos». El poder del dinero se utilizó para dominar la producción cultural e influir sobre los valores culturales (en esa época Nueva York «robó» a París la idea de un Museo de Arte Moderno)¹⁶. El imperialismo cultural se convirtió en un arma importante en la lucha por asentar la hegemonía general. Hollywood, la música popular, las formas culturales y hasta movimientos políticos como el de los derechos civiles sirvieron para promocionar el deseo de imitar la vía estadounidense. Estados Unidos se presentaba como baluarte de la libertad, con la capacidad de arrastrar al resto del mundo hacia una civilización duradera caracterizada por la paz y la prosperidad.

Pero también se presentaba como el motor principal de la acumulación de capital, un motor que podía arrastrar tras de sí al resto del mundo. La gigantesca transformación de su propia economía (meramente iniciada durante el New Deal de la década de los treinta) cobró importancia global debido a las oportunidades de mercado que generaba. Las inversiones en educación, el sistema de autopistas interestatal, la proliferante urbanización y el desarrollo del sur y el oeste del país absorbieron grandes cantidades de capital y producción durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. La Administración federal, para consternación de neoliberales y conservadores, adoptó durante aquellos años una estrategia desarrollista. Excepto en algunas áreas clave, como los recursos estratégicos, Estados Unidos no dependía mucho de la extracción de valor del resto del mundo. La proporción del crecimiento del PIB atribuible al comercio exterior siguió siendo inferior al 10 por 100 hasta la década de 1970. Aunque algunas empresas con importantes negocios en el extranjero, como la ITT en Chile (uno de cuyos directores lo había sido anteriormente de la CIA) o la United Fruit en Centroamérica, ejercieron considerable influencia sobre la política exterior estadounidense en esos países, el imperialismo económico estadounidense era, dejando a un lado los minerales estratégicos y el petróleo, bastante mitigado. En la medida en que precisaba una dialéctica exterior, apuntaba a las regiones desarrolladas del mundo capitalista. «La inversión extranjera directa fluía hacia Europa, lo que obsesionó a los europeos hasta el punto de plantearse la necesidad de responder a lo que Servan-Schreiber llamó «el desafío americano»¹⁷. A cambio, no obstante, Estados Unidos abrió su mercado a otras economías y

¹⁶ S. GUILBAULT, *How New York Stole the Idea of Modern Art*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.

¹⁷ J.-J. SERVAN-SCHREIBER, *American Challenge*, Nueva York, Scribner, 1968 [ed. orig.: *Le défi Américain*, París, Denoël, 1967; ed. cast.: *El desafío americano*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968].

proporcionó una demanda efectiva para los productos europeos y japoneses. En todo el mundo capitalista se produjo un gran crecimiento. La acumulación de capital cobró notable velocidad mediante la «reproducción ampliada». Los beneficios se reinvertían en el crecimiento, así como en nuevas tecnologías, capital fijo y grandes mejoras infraestructurales¹⁸. Sin embargo, como herencia del período anterior, se mantuvieron los controles sobre los flujos de capital (a diferencia de las mercancías), sobre todo en Europa, lo que concedía a los Estados un notable margen de maniobra en cuanto a su política presupuestaria y monetaria. La especulación financiera se mantuvo relativamente restringida y confinada territorialmente. La concepción «keynesiana» del gasto público se correspondía con la dinámica de lucha de clases existente en cada Estadonación y se orientaba hacia los problemas de redistribución de la renta. En aquella época las organizaciones obreras cobraron gran fuerza y en buena parte de Europa surgieron Estados del bienestar socialdemócratas. El salario social se convirtió en objeto de lucha hasta en Estados Unidos y los sindicatos obtuvieron varias victorias significativas nacionalmente circunscritas en lo que se refiere a las retribuciones salariales y al nivel de vida.

Así pues, el período entre 1945 y 1970 constituyó la segunda etapa de dominio político de la burguesía, bajo la hegemonía global estadounidense. En los países capitalistas avanzados se produjo un notable crecimiento económico y se estableció un pacto global tácito entre las principales potencias, con Estados Unidos como líder, para evitar las guerras entre ellas y compartir los beneficios de la intensificación del capitalismo integrado en las regiones del centro. La expansión geográfica de la acumulación de capital quedó asegurada mediante la descolonización y el «desarrollismo» como objetivo generalizado para el resto del mundo. La reproducción ampliada parecía funcionar muy bien y sus efectos secundarios alcanzaron, aunque superficial y desigualmente, a todo el mundo no comunista. Internamente, el creciente poder de los trabajadores en su pacto con el capital extendió el consumismo a las clases bajas e incluso a algunas minorías (aunque no lo suficiente, como demostró la conflictividad urbana durante la década de los sesenta). El problema de la sobreacumulación del capital, aunque siempre al acecho en el horizonte, se contuvo hasta finales de la década de los sesenta mediante una combinación de ajustes internos y soluciones espacio-temporales tanto dentro como fuera de Estados Unidos. Estas estrategias, según se esperaba, permitirían al sistema superar los problemas económicos que habían caracterizado a la década de los treinta y lo protegerían frente a la amenaza del comunismo.

Pero esta segunda etapa no estuvo libre de contradicciones. En primer lugar, la desaprobación formal del racismo a escala internacional planteó todo tipo de dificultades internas en Estados Unidos, donde se mantenía la discriminación racial. El movimien-

¹⁸ P. ARMSTRONG, A. GLYN y J. HARRISON, *Capitalism since World War II: The Making and Break Up of the Great Boom*, Oxford, Basil Blackwell, 1991.

to por los derechos civiles, que acabó ofreciendo un modelo para gran parte del resto del mundo, tuvo su origen en una dinámica interna, así como los levantamientos urbanos encabezados por negros en la década de 1960; pero también cobró una dimensión internacional cuando el universalismo de los derechos humanos chocó con la práctica interna estadounidense que denegaba la entrada en determinados moteles a diplomáticos «de color» que viajaban entre Washington y la sede de la ONU en Nueva York. La selectividad racial de la política de inmigración estadounidense también se vio sometida a críticas. Los flujos de migración hacia Estados Unidos comenzaron a cambiar de carácter.

En segundo lugar, como veremos en el capítulo 3, la política de apertura de mercados hizo a Estados Unidos vulnerable a la competencia internacional. Los flujos de capital durante ese período se concentraban en el mundo capitalista avanzado (hablando en general, entre los países de la OCDE). Alemania Occidental y Japón, en particular, recuperaron gradualmente su capacidad económica hasta el punto de llegar a desafiar el dominio estadounidense en la producción durante la década de 1960. Cuando la capacidad de Estados Unidos para absorber internamente capitales excedentarios comenzó a decaer a finales de la década, la sobreacumulación se convirtió en un problema y se agudizó la competencia económica internacional.

En tercer lugar, cuando se producía un conflicto entre la democracia, por un lado, y el orden y la estabilidad basados en los intereses de los propietarios, por otro, Estados Unidos siempre optaba por estos últimos. De esta forma se fue desplazando de la posición de patrocinador de los movimientos de liberación nacional hasta convertirse en adversario de cualquier movimiento populista o democrático que pretendiera tan siquiera una vía no del todo capitalista hacia la mejora de la situación económica (por no hablar de las vías socialistas o comunistas). Los intentos socialdemócratas o populistas de modificar el capitalismo fueron a menudo despiadadamente combatidos (como sucedió con Bosch en la República Dominicana, Goulart en Brasil y finalmente Allende en Chile). Estados Unidos hizo cuanto pudo por socavar el socialismo, y en ocasiones por subvertir la socialdemocracia en Europa, mientras regímenes salvajemente dictatoriales, como los de Argentina en la década de los setenta, Arabia Saudí, el del sah de Irán o de Suharto en Indonesia, fueron apoyados incondicionalmente por el poderío militar y económico estadounidense, ya que colaboraban con los intereses de Estados Unidos. El resentimiento creciente por verse encerrados en una situación espacio-temporal de perpetua servidumbre hacia el centro también suscitó movimientos contra la dependencia en muchos países «en vías de desarrollo». Las luchas de clase y de liberación nacional en esos países cobraron un carácter cada vez más antiestadounidense. La negativa a seguir la vía de la dependencia se fusionó con el anticolonialismo para dar lugar al antiimperialismo. En todas esas luchas la territorialidad del poder político fue tan importante para el mantenimiento de la hegemonía estadounidense como lo había

sido para los imperios europeos en una época anterior. Estados Unidos no consiguió su estatura imperial, como asegura Ignatieff, mediante desmentidos y disimulo; simplemente utilizó la negación de la geografía y la retórica de la universalidad para ocultar sus ambiciones territoriales, más ante sí mismo que ante los demás.

En cuarto lugar, la Guerra Fría y estas intervenciones en el extranjero reforzaron lo que el presidente Eisenhower calificó en su discurso de despedida como un peligroso «complejo militar-industrial», que amenazaba con dominar la política mediante su influencia en todos los sectores y promover sus propios y estrechos intereses exagerando las amenazas exteriores y manipulando las crisis para construir una economía de guerra permanente que lo hiciera aún más poderoso. Para sobrevivir económicamente, las industrias de defensa necesitaban una boyante exportación de armas, que llegó a desempeñar un papel fundamental en la acumulación estadounidense de capital pero también dio lugar a una militarización descomunal del resto del mundo.

Esa segunda etapa del dominio global de la burguesía llegó a su fin en torno a 1970. Por aquellos años los problemas se habían multiplicado. En primer lugar, se presentó el problema clásico de todos los regímenes imperiales: el exceso. La contención del comunismo (y el intento de subvertirlo) resultó bastante más cara de lo que esperaba Estados Unidos. Los costes crecientes del conflicto militar en Vietnam, sumados a la pretensión, convertida en regla de oro, de aumentar sin fin el consumo doméstico —cañones y mantequilla—, resultaron imposibles de mantener, ya que los gastos militares sólo proporcionan salidas a corto plazo para el capital excedente y sirven de poco en cuanto al alivio a largo plazo de las contradicciones internas de la acumulación del capital. El resultado fue una crisis presupuestaria del Estado desarrollista vigente en Estados Unidos, que se intentó contrarrestar de modo inmediato mediante el ejercicio del derecho de señoreaje y la emisión de más dólares¹⁹, lo que dio lugar a presiones inflacionistas a escala mundial que generaron, como veremos en el capítulo 3, una explosión del capital «ficticio» en circulación sin ninguna perspectiva de realización, una oleada de quiebras (concentradas inicialmente en los activos en el entorno construido), presiones inflacionistas incontenibles y el colapso de los acuerdos internacionales que habían servido de base al superimperialismo estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, el creciente poder sindical de los trabajadores organizados en los países del centro del sistema global elevó el nivel del gasto social así como los costes salariales, reduciendo los beneficios, lo que dio lugar a la estanflación. Desaparecieron las oportunidades de beneficio y apareció una crisis de sobreacumulación de capital. La deuda pendiente de muchos gobiernos como consecuencia de grandes inversiones en infraestructuras materiales y sociales produjo una crisis presupuestaria del Estado (que culminó en la

¹⁹ G. CARCHEDI subraya la importancia del señoreaje en «Imperialism, Dollarization and the Future», en L. PANITCH y C. LEYS (eds.), *Socialist Register 2002*, Londres, Merlin Press, 2001, pp. 153-174.

espectacular bancarrota de la ciudad de Nueva York en 1975). Por si todo eso fuera poco, la fuerza competitiva de la industria ya recuperada de Japón y Alemania Occidental amenazó, y en algunas áreas llegó a sobrepasar, el dominio estadounidense en la producción. La emulación en la industria estaba cortando una de las patas clave de la hegemonía estadounidense. La posición económica de Estados Unidos parecía insostenible. Los dólares excedentes inundaban el mercado mundial y toda la arquitectura financiera del sistema de Bretton Woods se vino abajo.

HEGEMONÍA NEOLIBERAL, 1970-2000

Entonces surgió un tipo diferente de sistema, en gran medida bajo la tutela estadounidense. Se abandonó el oro como base material del valor de las monedas y a partir de entonces el mundo tuvo que vivir con un sistema monetario desmaterializado. Los flujos de capital monetario, que ya se movían libremente por todo el mundo en el mercado de los eurodólares (dólares fuera de Estados Unidos que se podían prestar fácilmente en cualquier lugar), quedaron totalmente libres de controles estatales. La colusión (ahora demostrada) entre la Administración de Nixon y los saudíes e iraníes para elevar enormemente el precio del petróleo en 1973 perjudicó mucho más a las economías europea y japonesa que a la estadounidense (que en aquella época no dependía mucho del suministro procedente de Oriente Próximo). Los bancos estadounidenses (en lugar del FMI, que era el agente preferido por otras potencias capitalistas) obtuvieron el privilegio monopolista de reciclar los petrodólares hacia la economía mundial, haciendo así regresar a casa el mercado de los eurodólares²⁰. Nueva York se convirtió en centro financiero de la economía global (lo que, junto a la desregulación interna de los mercados financieros, permitió a esa ciudad recuperarse de su crisis y volver a prosperar hasta llegar a la increíble riqueza y ostentoso consumo de la década de 1990).

Amenazado en el terreno de la producción, Estados Unidos contraatacó reafirmando su hegemonía mediante las finanzas. Pero para que este sistema funcionara efectivamente, los mercados en general y el de capitales en particular tenían que abrirse al comercio internacional (un lento proceso que requirió tremendas presiones estadounidenses, respaldadas por el uso de palancas internacionales como el FMI, y un compromiso igualmente intenso con el neoliberalismo como nueva ortodoxia económica). También suponía desplazar el equilibrio de poder e intereses en el seno de la burguesía

²⁰ P. GOWAN, *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Cuestiones de Antagonismo 6, Madrid, Ediciones Akal, 2000, p. 40; a continuación se indica tras el punto y coma la página de la edición en castellano].

de las actividades productivas a las instituciones del capital financiero. El capital financiero podía ser utilizado para disciplinar al movimiento obrero. Se aprovechó aquella oportunidad para desencadenar un ataque frontal contra el poder de los trabajadores y disminuir el papel de sus organizaciones en el proceso político. La primera iniciativa del presidente Reagan fue desmantelar frontalmente el poder colectivo de los controladores del tráfico aéreo (PATCO), avisando con ello al movimiento sindical de que cualquier otro grupo de trabajadores que recurriera a la huelga sufriría la misma suerte. A finales de la década de los sesenta y durante la de los ochenta una oleada de conflictividad obrera recorrió el mundo capitalista avanzado (tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos fueron los mineros los que tomaron la iniciativa) cuando el movimiento obrero trató en todas partes de preservar las mejoras que habían obtenido durante la década de los sesenta y a principios de la de los setenta. Retrospectivamente cabe entenderla como una acción defensiva para preservar las condiciones y beneficios obtenidos en la reproducción ampliada y el Estado del bienestar, más que como una ofensiva que pretendiera propiciar cambios profundos. Aquella lucha defensiva fracasó en gran medida; la subsiguiente pérdida de poder de los trabajadores y la continua degradación relativa de las condiciones de vida de la clase obrera en los países capitalistas avanzados tuvo como contrapartida la formación de un proletariado enorme, amorfo y desorganizado en muchos de los países «en vías de desarrollo», que ejerció por doquier una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo. A la incorporación de esos trabajadores con bajos salarios, fácilmente explotados, se sumó la creciente facilidad de la movilidad geográfica disfrutada por las actividades productivas, que abrió nuevas oportunidades para el empleo rentable del capital excedente, aunque ello iba a exacerbar bien pronto el problema de la producción de capital excedente a escala mundial. Pero en los países capitalistas avanzados creció el desempleo, y las tasas salariales y la militancia obrera se mantuvieron bajo control. El endeudamiento de los Estados abrió todo tipo de oportunidades para las actividades especulativas, lo que a su vez hizo más vulnerables a los poderes públicos frente a las influencias financieras. En resumen, en esta fase de la hegemonía estadounidense el capital financiero ocupó el centro de la escena, ejerciendo cierta capacidad disciplinaria tanto sobre el movimiento obrero como sobre la intervención del Estado, sobre todo allí donde éste cargaba con una deuda significativa.

Todo este desplazamiento no habría tenido el efecto que tuvo de no haber sido por una serie de innovaciones tecnológicas y organizativas que permitieron a la actividad industrial una movilidad y flexibilidad mayores. La reducción en los costes de transporte, junto a las iniciativas políticas de los gobiernos a todos los niveles para crear un entorno favorable para las empresas y cubrir algunos de los costes fijos de reubicación, promovió la movilidad geográfica del capital industrial, que además podía nutrirse de un capital financiero dotado de una movilidad cada vez más hipertrofiada. Aunque la

reorientación hacia el poder financiero aportó grandes beneficios directos a Estados Unidos, los efectos sobre su propia estructura industrial fueron traumáticos, por no decir catastróficos. Se facilitó la producción en el exterior, oportunidad que aprovechó ávidamente el capital en búsqueda de inversiones rentables. Una oleada tras otra de desindustrialización golpearon a un sector tras otro y sucesivas regiones en Estados Unidos se vieron afectadas por el proceso, que comenzó por las mercancías de bajo valor añadido (como los textiles), alcanzó también a los sectores de alto valor añadido y a los sectores del acero y la construcción naval, incidiendo incluso en las importaciones de alta tecnología provenientes en particular del este y sureste de Asia. Hasta Chrysler tuvo que ser rescatada por el gobierno federal para evitar el cierre (de hecho quedó nacionalizada durante un corto periodo). Estados Unidos contribuyó a socavar su dominio en el sector industrial al desencadenar los poderes del sector financiero en todo el planeta, si bien obtuvo a cambio un aflujo de mercancías cada vez más baratas procedentes de todas partes para alimentar el consumismo sin límites de su población. La dependencia estadounidense con respecto al comercio exterior iba creciendo y la necesidad de establecer y proteger relaciones comerciales asimétricas pasó a primer plano como objetivo clave del poder político.

En 1980 quedó claro que el sector industrial estadounidense no era sino un complejo entre muchos otros que operaba en un entorno global altamente competitivo, y que su única forma de sobrevivir era consiguiendo cierta superioridad (normalmente temporal) en la productividad y el diseño y desarrollo de determinadas mercancías. Con otras palabras, ya no era hegemónico. Necesitaba ayuda del gobierno (como el Acuerdo del Plaza de 1985, en el que el gobierno acordó depreciar el dólar frente al yen para hacer más competitivas las exportaciones estadounidenses, táctica que tuvo que ser invertida a mediados de la década de los noventa cuando se estancó la industria japonesa). Algunos sectores especiales —por ejemplo, las grandes empresas agrícolas y la defensa— seguían inmunes, pero el resto se vio obligado a ajustes radicales en todos los aspectos, desde las técnicas de producción hasta las relaciones laborales. En las áreas en que las empresas estadounidenses seguían siendo poderosas, el viraje hacia la producción en el exterior de componentes y hasta de productos completos situaba cada vez más su capacidad productiva fuera de las fronteras de Estados Unidos, aunque la repatriación de beneficios mantenía la afluencia de riqueza. En otras áreas, los privilegios monopolistas ajenos a las tecnologías patentadas y las leyes sobre licencias supusieron un bienvenido alivio al debilitamiento del dominio estadounidense en el ámbito de la producción. La economía estadounidense se estaba convirtiendo en una economía rentista en relación con el resto del mundo y una economía de servicios en el propio país. Pero afluía suficiente riqueza para mantener el elevado nivel de consumo que siempre había sido la base de la paz social.

Internacionalmente, el capital financiero se mostró cada vez más volátil y depredador. Se produjeron varios brotes de devaluación y destrucción de capital (la mayoría de

ellos como consecuencia de los programas de ajuste estructural del FMI), como antídoto frente a la incapacidad para hacer funcionar fluidamente la acumulación de capital mediante la reproducción ampliada. En algunos casos, por ejemplo en América Latina durante la década de los ochenta, economías enteras fueron saqueadas y sus activos cayeron en manos del capital financiero estadounidense. En otros, se trató simplemente de un contagio de la devaluación. El ataque de los *hedge funds* a las monedas tailandesa e indonesia en 1997, sumado a las drásticas políticas deflacionistas exigidas por el FMI, empujó a la bancarrota a muchas empresas viables en todo el Este y Sureste de Asia, llevando a millones de personas al desempleo y la pobreza. Esa crisis también originó una huida hacia el dólar, confirmando el dominio de Wall Street y generando un sorprendente *boom* de las cotizaciones bursátiles y del valor de los activos en Estados Unidos. La lucha de clases comenzó a condensarse en torno a cuestiones como el ajuste estructural impuesto por el FMI, las actividades depredadoras del capital financiero y la pérdida de derechos ocasionada por la privatización. El antiimperialismo comenzó a convertirse en antagonismo contra los principales agentes de la financiarización, el FMI y el Banco Mundial.

La crisis de la deuda en varios países (desde 1980, dos tercios de los miembros del FMI sufrieron crisis financieras, algunos de ellos más de dos veces) sirvió, sin embargo, para reorganizar las relaciones sociales de producción en cada país donde tenía lugar, favoreciendo una mayor penetración de capital extranjero²¹. El régimen financiero doméstico, el mercado doméstico y las empresas domésticas fueron ofrecidas en almoneda a empresas estadounidenses, japonesas y europeas. Los bajos beneficios obtenidos en las regiones del centro podían compensarse así con mayores beneficios en el exterior. Lo que llamo «acumulación por desposesión» (véase el capítulo 4) se convirtió en un rasgo mucho más decisivo del capitalismo global (siendo la privatización uno de sus elementos clave). La resistencia en ese terreno cobró cada vez mayor importancia en el movimiento anticapitalista y antiimperialista, mientras decaían las luchas obreras típicamente motivadas por la reproducción ampliada.

Si bien el sistema tenía como centro principal el complejo Wall Street-Departamento del Tesoro estadounidense, no era el único. Los centros financieros de Tokio, Londres, Frankfurt y muchos otros lugares contribuyeron a extender la financiarización a todo el globo, estableciéndose un conjunto jerárquicamente ordenado de centros financieros y dando lugar a una elite transnacional de banqueros, agentes de bolsa y hombres de negocios, asociada al surgimiento de corporaciones capitalistas transnacionales, que aunque pudieran tener su base principal en un Estado-nación u otros, se extendían por todo el mundo con formas impensables en fases anteriores del imperio.

²¹ *Ibid.*, p. 49; sobre la frecuencia de las crisis provocada por los niveles excesivos de endeudamiento.

lismo (los *trust* y cárteles a los que se referían Lenin y Hilferding estaban todos ellos muy estrechamente vinculados a Estados-nación particulares). Éste era el mundo que la Casa Blanca de Clinton, con la ayuda de un secretario del Tesoro todopoderoso, Robert Rubin, entrenado en ambiciosas operaciones especulativas en Wall Street, trató de gobernar mediante un multilateralismo centralizado (el llamado «consenso de Washington» de mediados de la década de 1990). Este multilateralismo se fue configurando progresivamente como una regionalización de la economía global con una estructura triádica polarizada en torno a Norteamérica (el ALCAN), Europa (la Unión Europea) y una confederación más flexible de intereses construida a partir de las relaciones comerciales en el este y sureste de Asia. Con el refuerzo de las reglas básicas neoliberales sobre mercados financieros abiertos y el acceso relativamente libre a todos los mercados, parecía haber poco peligro de que esas configuraciones regionales cayeran de nuevo en la autarquía competitiva que se había demostrado tan destructiva en el periodo de entreguerras y que había desempeñado un papel tan importante como acicate para la guerra intercapitalista. Dentro de esta estructura triádica, no obstante, parecía claro que Estados Unidos seguía teniendo en sus manos los principales triunfos en virtud de su enorme mercado de consumo, su abrumadora capacidad financiera y su incuestionable poderío militar.

Por si todo ello fuera poco, el final de la Guerra Fría hizo desaparecer de repente una dilatada amenaza a la acumulación capitalista global. La clase burguesa parecía haber heredado en efecto la Tierra; Fukuyama profetizó que se estaba llegando al final de la historia, y durante un breve instante se pudo creer que Lenin estaba equivocado y Kautski en lo cierto —al predecir un ultraimperialismo basado en la colaboración «pacífica» entre las principales potencias capitalistas (materializado en el agrupamiento conocido como G-7, ampliado a G-8 para incorporar a Rusia, aunque bajo la hegemonía estadounidense)— y que el carácter cosmopolita del capital financiero (simbolizado por las reuniones del Foro Económico Mundial en Davos) sería su ideología fundacional²².

Pero sería equivocado pensar que ese poder financiero, por tremendo que fuera, era omnipotente y capaz de imponer su voluntad sin restricciones. La financiarización es intrínsecamente vulnerable, siempre, frente a la producción de valor en la actividad industrial y agropecuaria. Pese a la oleada de saqueo y devaluación, surgieron y se fortalecieron nuevos centros importantes de producción industrial. En el este y sureste de Asia, por ejemplo, complejos regionales, como el del delta del río Perla (Guangdong) en China, o economías con fuerte intervención estatal, como las de Singapur y Taiwán, no solamente se mostraron capaces de resistir a las presiones financieras, sino también

²² P. ANDERSON, «Internacionalismo: un breviario», *NLR* 14 (mayo-junio de 2002), p. 19, señala que «algo parecido a la idea kautskiana del "ultraimperialismo" se había materializado en el G7, y que algún teórico liberal, como Robert Keohane, ya había advertido la relación.

de crear una fuerza opuesta que mostraba la vulnerabilidad del capital financiero —ahora muy concentrado en Estados Unidos, Europa y Japón— frente a la producción de valores reales. El hecho de que muchos de esos complejos de producción industrial estuvieran concentrados regionalmente en determinado país, o incluso, en algunos casos, entre varios, es de considerable interés, por razones que estudiaremos en el capítulo 3. En los intersticios del mundo de la producción fueron surgiendo líneas sutiles de subversión de la hegemonía estadounidense en el campo de las finanzas, evidenciadas en la multiplicación de superávits comerciales, sobre todo en el este y sureste de Asia. El reciclado de esos excedentes hacia el sistema financiero demostró aparentemente que Wall Street seguía siendo, sin embargo, el centro de la economía-mundo. Aunque en fases anteriores (como la década de los ochenta) la hegemonía de Estados Unidos se vio abiertamente cuestionada tanto interna como externamente, a finales de la década de los noventa muchas de esas dudas se habían disipado, al reafirmarse la seguridad de Estados Unidos y su dominio financiero en el mundo de los negocios. El *boom* de los valores de los activos y la «nueva economía», construida en torno a aumentos supuestamente significativos de la productividad y todo un estímulo de empresas *punto.com*, sostuvieron un crecimiento de la economía estadounidense lo bastante rápido como para arrastrar tras de sí al resto del mundo con tasas de acumulación de capital muy notables. El consumismo, la regla de oro de la paz interna en Estados Unidos, creció hasta niveles asombrosos tanto allí como en otros centros del capitalismo avanzado.

Así y todo, el sistema se encuentra ahora en serias dificultades. Como en 1973-1975, las causas son múltiples y variadas, aunque esta vez la volatilidad y la fragmentación caótica de los conflictos de poder en la vida político-económica hacen difícil distinguir lo que está ocurriendo detrás de todo el humo y los espejos (en particular los del sector financiero). Pero, en la medida en que la crisis de 1997-1998 reveló que el centro principal de capacidad productiva excedente se encuentra en el este y sureste de Asia (región sobre la que se descargó con especial virulencia la devaluación), la rápida recuperación de algunos países de la zona (en particular de Corea del Sur) ha traído de nuevo al primer plano de los asuntos globales el problema general de la capacidad excesiva (sobreacumulación). El colapso de la muy celebrada «nueva economía» con una serie de quiebras de las empresas *punto.com* en Estados Unidos, seguido por los escándalos que revelaron espectacularmente que también el capital «ficticio» podía ser imposible de realizar, no sólo minó la credibilidad de Wall Street, sino que puso en cuestión las relaciones entre capital financiero y producción. La amenaza de una devaluación masiva de capital seguía al acecho en el horizonte, y con la caída de las cotizaciones pareció que esa amenaza se había empezado a materializar (de modo espectacular en lo que se refiere a los fondos de pensiones, que se ven en dificultades crecientes para satisfacer sus obligaciones).

○ se abren nuevas áreas de acumulación rentable de capital (por ejemplo, en China) o en caso contrario resultará inevitable una nueva tanda de devaluaciones del

capital. La pregunta es: ¿quién cargará con el peso de esa nueva devaluación? ¿Dónde caerá el hacha? La tendencia a la «regionalización» de la economía global resulta por eso más preocupante. Comienzan a oírse ecos de la rivalidad geopolítica que resultó tan destructiva en la década de los treinta. El abandono por parte de Estados Unidos del espíritu, si no de la letra, de la regulación de la OMC contra el proteccionismo, imponiendo barreras aduaneras a las importaciones de acero en 2002, fue una señal particularmente ominosa. El pinchazo de la burbuja especulativa reveló que también Estados Unidos puede ser víctima de la devaluación. La recesión, evidente a comienzos de 2001, tras una década o más de exuberancia espectacular (por más «irracional» que fuera) y disparatado consumismo, aportó nuevas pruebas de esa vulnerabilidad mucho antes de la conmoción que sufrió el sistema por mor de los acontecimientos del 11 de Septiembre. ¿Está a punto de quebrantarse la regla de oro del incesante aumento del consumo en Estados Unidos?

Una importante fuente de inestabilidad reside en el rápido deterioro de la balanza de pagos estadounidense. Como dice R. Brenner, «la misma explosión de las importaciones que impulsó la economía mundial elevó a niveles récord el déficit comercial y por cuenta corriente estadounidense, conduciendo a un crecimiento sin precedentes históricos de las obligaciones de Estados Unidos hacia propietarios extranjeros y a una vulnerabilidad igualmente sin precedentes de la economía estadounidense frente a la eventual fuga de capitales y un colapso del dólar»²³. Pero esa vulnerabilidad afecta a ambos lados de la ecuación. Si el mercado estadounidense se hunde, las economías que tienen a ese mercado como salida para su exceso de capacidad productiva se hundirán con él. La celeridad con que los bancos centrales de países como China, Japón y Taiwan acuden a cubrir el déficit estadounidense es en gran medida interesada: alimentan así el consumismo estadounidense que constituye el mercado privilegiado para sus productos. Ahora puede que incluso contribuyan a financiar el esfuerzo bélico estadounidense.

Pero la hegemonía estadounidense está, una vez más, amenazada, y ahora el peligro parece más serio, debido precisamente a la exagerada dependencia del capital financiero como medio para mantener la hegemonía. Como explica Arrighi (siguiendo a Braudel), las expansiones financieras indican históricamente «no sólo madurez, sino también el comienzo de una nueva etapa»²⁴. Si la financiarización constituye probablemente el preludio al traspaso del poder de una potencia hegemónica a otra (como ha sucedido históricamente en más de una ocasión), el viraje de Estados Unidos hacia la

²³ R. BRENNER, *The Boom and the Bubble: The U.S. in the World Economy*, Londres, Verso, 2002, p. 3 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil. Estados Unidos y la economía mundial*, Cuestiones de Antagonismo 19, Madrid, Ediciones Akal, 2003, p. 33; a continuación se indica tras el punto y coma la página de la edición en castellano].

²⁴ G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 31-33.

financiarización en la década de los setenta habría supuesto una iniciativa particularmente autodestructiva. Los déficit (interno y externo) no pueden seguir creciendo fuera de control indefinidamente, y la capacidad y disposición de otros agentes (ante todo asiáticos) para financiarlos no es inagotable. El puro volumen del apoyo a Estados Unidos es asombroso, habiendo crecido hasta 2.300 millones de dólares al día a comienzos de 2003. Cualquier otro país del mundo que mostrara una situación macroeconómica semejante se habría visto ya sometido por el FMI a programas de austeridad y a procedimientos de ajuste estructural despiadados. Pero el FMI es Estados Unidos. Como señala Peter Gowan: «La capacidad de Washington para manipular el precio del dólar y explotar la dominación financiera internacional de Wall Street permitió a las autoridades estadounidenses evitar lo que otros Estados han tenido que hacer: vigilar su balanza de pagos; ajustar su economía doméstica para garantizar altos niveles de ahorro e inversión internos; cuidar su nivel de endeudamiento público y privado, y asegurar un eficaz sistema nacional de intermediación financiera que garantice un fuerte desarrollo del sector productivo. El régimen dólar-Wall Street proporcionó una vía de escape a todas esas tareas. Como consecuencia, según todos los índices habituales de contabilidad nacional capitalista, la economía estadounidense se ha vuelto muy inestable y está completamente distorsionada»²⁵.

El poder del complejo Wall Street-Departamento del Tesoro-FMI depende a la vez simbiótica y parásitamente de un sistema financiero impuesto por la fuerza en torno al llamado «consenso de Washington» y más tarde reelaborado para dar lugar a una nueva arquitectura financiera internacional, que, como escribe Soederberg, es claramente «un anexo del Estado estadounidense», aunque también sirve a los intereses del «conjunto de la burguesía transnacional»²⁶. Pero el castigo y la arremetida contra los Estados «desarrollistas» del Este y Sureste de Asia pueden incitarles a protegerse del sistema, como hizo Malaysia cuando de repente, y con mucho éxito, abandonó las reglas neoliberales, rechazó la disciplina del FMI e impuso controles al capital como no se habían visto desde la década de los sesenta. No está claro hasta dónde pueden llegar estos comportamientos antes de que se formen alianzas regionales que se declaren en rebeldía, clavando una estaca en el corazón del consenso de Washington y echando abajo la estructura de la nueva arquitectura financiera que tan beneficiosa ha sido hasta ahora para Estados Unidos. Tampoco está claro, como muestran las barreras aduaneras impuestas a las importaciones de acero, que Estados Unidos vaya a seguir las reglas de la OMC. Sobre esta cuestión vale la pena recordar que la ratificación por parte del Senado estadounidense de los acuerdos de la OMC incorporaba la advertencia de que

²⁵ P. Gowan, *The Global Gamble*, cit., p. 123; p. 165.

²⁶ S. SOEDERBERG, «The New International Financial Architecture: Imposed Leadership and «Emerging Markets»», en L. Panitch y C. Leys (eds.), *Socialist Register 2002*, cit., pp. 175-192.

Estados Unidos podría ignorarlos y rechazar cualquier resolución de ésta que considerara seriamente lesiva para los intereses estadounidenses (una actitud habitual de Estados Unidos, que supone que tiene derecho a ser a la vez juez y jurado).

Para colmo, la resistencia y el resentimiento frente a los poderes del complejo Wall Street-Departamento del Tesoro-FMI son cada día más evidentes. El movimiento anti-globalización, presente por doquier (y muy diferente en cuanto a su forma de la lucha de clases asociada al proceso de reproducción ampliada), se está convirtiendo en un movimiento por una globalización alternativa con una gran base de apoyo. Las iniciativas populistas contra la hegemonía estadounidense por parte de poderes anteriormente sumisos, sobre todo en Asia (Corea del Sur es un caso destacado), pero últimamente también en América Latina, amenazan incorporar a esa resistencia desde la base frente a la hegemonía estadounidense a una serie de Estados presionados por el sentimiento nacionalista herido. En estas condiciones el antiimperialismo comienza a cobrar una coloración diferente, lo que a su vez contribuye a definir más claramente en Estados Unidos las características que debería adoptar su propio proyecto imperialista para preservar su posición hegemónica. Si esa hegemonía se debilita, existe el peligro de un viraje hacia tácticas mucho más coercitivas como las que estamos contemplando en Iraq.

OPCIONES

Las opciones de Estados Unidos son limitadas. Aunque Arrighi y sus colegas no prevén ningún desafío exterior serio, concluyen preocupadamente que Estados Unidos tiene mayor capacidad que Gran Bretaña hace un siglo para convertir su hegemonía declinante en una dominación explotadora. «Si el sistema acaba por hundirse, se deberá ante todo a la resistencia de Estados Unidos a ajustarse y acomodarse al creciente poderío económico de Asia oriental, condición necesaria para una transición no catastrófica a un nuevo orden mundial.»²⁷

El giro de la Administración de Bush hacia el unilateralismo, hacia la coerción por encima del consentimiento, hacia una concepción imperial mucho más descarada, apoyándose sobre todo en su potencia militar incuestionable, supone un planteamiento de alto riesgo para mantener la dominación estadounidense, probablemente mediante el control militar de los recursos globales de petróleo. Dado que va acompañado de varios signos de pérdida de dominio en las áreas de la producción y también (aunque con menos claridad) de las finanzas, se refuerza la tentación de pasar al dominio explotador. Si esto conducirá o no a un colapso catastrófico del sistema (regresando quizá al esce-

²⁷ G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 288-289; p. 292.

nario previsto por Lenin de violenta competencia entre bloques de poder capitalistas), es difícil de imaginar y más aún de predecir.

Sin embargo, Estados Unidos podría mitigar, si no abandonar, su trayectoria imperialista, emprendiendo una redistribución masiva de la riqueza dentro de sus fronteras y una reorientación del flujo de capitales hacia la producción y la renovación de infraestructuras materiales y sociales (espectaculares mejoras en la educación pública y la reparación de infraestructuras patentemente deterioradas serían buenos lugares por donde empezar). Una estrategia encaminada a revitalizar su sector industrial, todavía sustancial, también ayudaría. Yendo muy lejos, esta estrategia también implicaría una reorganización interna de las relaciones de poder de clase y medidas transformadoras de las relaciones sociales, algo que Estados Unidos se ha negado sistemáticamente a considerar desde la guerra civil. El consumo privado subvencionado por el Estado tendría que ser sustituido por proyectos orientados hacia el bienestar público. Pero eso requeriría un déficit aún mayor y/o impuestos más altos, así como una enérgica dirección estatal, y eso es precisamente lo que las fuerzas de la clase dominante en Estados Unidos se niegan terminantemente a considerar siquiera; cualquier político que propusiera esas medidas sería sin duda hostigado por la prensa capitalista y sus ideólogos y perdería cualquier elección frente al poder aplastante del dinero. Paradójicamente, empero, un contraataque masivo en Estados Unidos, así como en otros países del centro de la economía-mundo capitalista (particularmente en Europa) contra la política neoliberal y el recorte de los gastos públicos y sociales, podría ser en la actual coyuntura una de las pocas formas de proteger internamente al capitalismo de su pronunciada tendencia a una crisis autodestructiva. El mínimo preciso sería un nuevo «New Deal», pero no es en absoluto seguro que eso funcionara realmente frente al abrumador exceso de capacidad en el sistema global. Conviene recordar las lecciones de la década de los treinta: no está nada claro que el New Deal de Roosevelt resolviera el problema de la Depresión. Fue precisa la guerra entre los principales Estados capitalistas para hacer retroceder las estrategias territoriales y reconducir la economía hacia una vía estable de acumulación de capital continua y generalizada.

Una política todavía más suicida sería la de pretender imponer mediante la autodisciplina el tipo de programa de austeridad que el FMI preconiza típicamente para otros. Cualquier intento de imponer tales pautas de comportamiento por parte de otros poderes externos (mediante la fuga de capitales y el quebranto del dólar, por ejemplo) suscitaría seguramente una respuesta política, económica e incluso militar desproporcionada por parte de Estados Unidos. Resulta difícil imaginar que Estados Unidos pueda aceptar pacíficamente adaptarse al fenomenal crecimiento de Asia oriental y reconocer, como Arrighi sugiere que debería, que se ha iniciado una transición global que convertirá a Asia en centro hegemónico del poder global. Es muy poco probable que Estados Unidos admita sosegadamente ese crepúsculo. Ello supondría, en cualquier

caso, una reorientación radical —de la que se aprecian algunos signos, que detallaremos en el capítulo 3— que libere al capitalismo de Asia oriental de la dependencia del mercado estadounidense y lo encamine hacia el cultivo del mercado interno en la propia Asia. La retirada gradual de sus fondos de Estados Unidos tendría consecuencias calamitosas, pero el endeudamiento cada vez mayor es una forma peligrosa de mantener vivo el consumismo estadounidense, y más aún para pagar una guerra. La lección de la crisis de 1973-1975 fue que siempre llega un momento en que la lógica capitalista produce frutos amargos y demuestra la imposibilidad de una estrategia perpetua de cañones y mantequilla.

Este contexto explica que el gobierno de Bush haya comenzado a flexionar sus músculos militares como el único poder absoluto que le queda. Las impúdicas declaraciones sobre el imperio como opción política pretenden presumiblemente ocultar la exacción de tributos al resto del mundo bajo una retórica de paz y libertad para todos. El control sobre las reservas de petróleo proporciona un medio adecuado para contrarrestar cualquier amenaza de desplazamiento de poder —tanto económico como militar— en la economía global. La situación actual amenaza con una repetición de lo sucedido en 1973, ya que Europa y Japón, así como el Este y Sureste de Asia (que ahora incluye decisivamente a China), son aún más dependientes del petróleo del Golfo que Estados Unidos. Como decía en el último párrafo del capítulo 1, el derrocamiento de Sadam y Chávez, la estabilización o reforma del régimen saudí actualmente sustentado en las movedizas arenas del dominio autotitular (y en peligro inminente de caer en manos de los islamistas radicales), el desplazamiento de la presión sobre Iraq hacia Irán (como parece posible) y la consolidación de su presencia estratégica en Turquía y Uzbekistán, que permitiría el control por Estados Unidos de las reservas petrolíferas de la cuenca del mar Caspio (a las cuales los chinos están tratando de acceder desesperadamente), le otorgarían tal autoridad sobre la espita global del petróleo que podría prolongar su propio dominio durante otros cincuenta años. Pero eso depende en gran medida, como señalaba Friedman en los párrafos citados también al final del capítulo 1, de que Estados Unidos pueda persuadir al mundo de que está actuando como un líder preocupado por desarrollar el poder colectivo y como garante del suministro global de petróleo para todos, y no guiado por estrechos intereses para asegurar su propia posición a expensas de los demás. ¿Está, en resumen, recurriendo a la dominación mediante la coerción o ejerciendo el liderazgo que corresponde a una potencia hegemónica? La táctica más probable es que trate de disfrazar el dominio como liderazgo. Pero el fracaso en obtener un apoyo internacional decidido para la invasión de Iraq sugiere que gran parte del mundo sospecha las motivaciones reales del gobierno estadounidense.

Los riesgos de esta estrategia en la región del Golfo son inmensos. La resistencia será formidable por parte de Europa y Asia, con Rusia y China en la retaguardia. La negativa a aprobar la invasión militar de Iraq en la ONU, particularmente por parte de Fran-

cia, Alemania, Rusia y China (que consiguió acceder al petróleo iraquí durante la década de los noventa), es una buena muestra. Y la dinámica interna de las luchas antiestadounidenses en la región del Golfo son tan impredecibles como complejas. El potencial desestabilizador de toda la región que se extiende desde Pakistán hasta Egipto es considerable. La arrogante suposición de que toda la estructura del poder político y la organización territorial de la región —creadas arbitrariamente por británicos y franceses como complemento al Tratado de Versalles— pueden rehacerse y estabilizarse bajo el dominio de Estados Unidos y sus aliados es simplemente descabellada (aunque hay estrategias en el gobierno estadounidense que parecen creerlo posible).

Pero Estados Unidos tiene la posibilidad de jugar su mejor carta —la supremacía militar— y de hacerlo por la fuerza si es preciso. Todos sabemos muy bien, a partir de los documentos de planificación de la defensa hechos públicos durante la última década, cuál es la estrategia política en este ámbito. Consiste en mantener la primacía militar a cualquier precio y desalentar y evitar el surgimiento de cualquier superpotencia rival. Se pretende impedir la proliferación de armas de destrucción masiva de cualquier tipo, y Estados Unidos se prepara para utilizar la fuerza preventiva si lo considera necesario para alcanzar ese objetivo. Durante los dos mandatos de Clinton se pretendió alcanzar la capacidad necesaria para desarrollar dos guerras regionales al mismo tiempo (y los ejemplos elegidos en 1995, a efectos de planificación, fueron, curiosamente, Iraq y Corea del Norte). Pero la doctrina Cheney-Wolfowitz, elaborada originalmente durante los últimos años del mandato de Bush senior, y consolidada en el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (que curiosamente repite el planteamiento de Luce de disfrazar la territorialidad del imperio bajo la bruma conceptual de un «siglo»), ha ido más lejos. Pretende relegar o abandonar las alianzas permanentes (como la OTAN), dado que son demasiado restrictivas, y establecer alianzas *ad hoc* en cada caso. De esta forma Estados Unidos ya no se vería constreñido por las opiniones de sus aliados. Estados Unidos se reserva el derecho a actuar solo, cuando lo considere necesario, con su poder militar abrumador. Reclama abiertamente el derecho a golpear primero para evitar ataques nucleares, biológicos o químicos, para salvaguardar el acceso a materias primas estratégicas clave (como el petróleo) y para protegerse frente a ataques terroristas u otras amenazas (como el estrangulamiento económico). Lo más interesante de estos documentos de la estrategia de defensa elaborados entre 1991 y 1992 es lo rigurosamente que están siendo seguidas sus prescripciones ahora. D. Armstrong, tras un estudio detallado de esos documentos, concluye:

El plan de Estados Unidos consiste en dominar el mundo. Se habla explícitamente de unilateralismo, pero en definitiva se trata de dominación. Estados Unidos pretende mantener su abrumadora superioridad militar y evitar que surjan nuevos rivales que puedan desafiarla en la escena mundial. Pretende el dominio tanto sobre los amigos como sobre

los enemigos. No se trata de que Estados Unidos deba ser más poderoso, o el más poderoso, sino que debe ser absolutamente poderoso²⁸.

La aparente paradoja de todo esto, como observa Armstrong, es que tras haber contribuido al colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos está practicando ahora la misma política por la que condenaba y se oponía al «imperio del mal». Estados Unidos debería, como explicó gráficamente Colin Powell, «ser el gailo del corral». El resto del mundo lo aceptaría con agrado, prosiguió con aplomo, porque «se puede confiar en que Estados Unidos no abuse de ese poder».

Pero también se puede constatar otra posible paradoja: si el imperio soviético se hundió realmente por el excesivo peso de la carrera de armamentos sobre su economía, ¿no va a socavar Estados Unidos, en su búsqueda ciega del dominio militar, los cimientos económicos de su propio poder? Los compromisos militares regionales son enormes y crecientes. Estados Unidos ya gastaba entre 4.000 y 5.000 millones de dólares al año patrullando la región del Golfo antes de que comenzara la preparación de la invasión. La Administración de Bush ya ha pedido al Congreso cerca de 75.000 millones para la guerra, y sólo hasta septiembre de 2003. Es improbable que el coste total sea inferior a 200.000 millones de dólares, según estimaciones creíbles, sin pensar en la posibilidad de un desastre, como una desintegración regional y una auténtica guerra civil. Los planes estadounidenses sobre el gasto «normal» de su ejército equivalen a los del resto del mundo. El peligro del exceso es bastante serio, en particular porque se hipertrofia el déficit del presupuesto federal y porque las crisis presupuestarias de los Estados y municipios ya están obligando a recortar seriamente los servicios públicos. Es dudoso, por lo tanto, que la regla de oro que ha prevalecido desde Roosevelt —que los gastos con finalidades imperiales en el extranjero no interfirieran con la espiral creciente de consumo doméstico— pueda mantenerse. Estados Unidos no sólo tendrá que sacrificar una preciosa sangre por petróleo y el mantenimiento de una hegemonía achacosa; puede tener que sacrificar también su propio modo de vida. La lógica capitalista del poder hará trizas la lógica territorial que parece prevalecer ahora.

POTENCIAS HEGEMÓNICAS REGIONALES Y ANTAGÓNICAS

La estructura regional triádica de la economía global, con Estados Unidos supuestamente en su vértice, no es necesariamente una configuración estable. Los acuerdos formales establecidos en la Unión Europea parecen aventurar la posibilidad de una eco-

²⁸ D. ARMSTRONG, «Dick Cheney's Song of America: Drafting a Plan for Global Dominance», *Hunter's Magazine* 305 (octubre de 2002), pp. 76-83.

nomía europea integrada tan grande y poderosa al menos como la de Estados Unidos. Esto presagia como mínimo la formación de una potencia regional hegemónica y quizá el surgimiento de un competidor real con Estados Unidos²⁹. La lógica capitalista de la Unión Europea, aunque no resulte en absoluto espectacular, parece estar funcionando bastante bien; proliferan los vínculos internos y las redes de relaciones en la economía, consolidándose en todo el espacio europeo; la transición a una moneda única se consiguió de forma relativamente indolora, y la posibilidad de que el euro sustituya al dólar como moneda de reserva preferencial, aunque sibilina, es sin embargo real (la propuesta de Sadam de denominar sus ventas de petróleo en euros y no en dólares bien puede haber sido otra razón significativa para que Estados Unidos insistiera en el cambio de régimen más que en el desarme de Iraq). Pero la Unión Europea está fragmentada políticamente, y su lógica territorial general sigue siendo vaga. Estados Unidos cuenta con todo tipo de palancas para dividir y vencer, frustrando el surgimiento de cualquier lógica territorial clara a escala europea. Trata de evitar el surgimiento de una «fortaleza europea» mediante una doble estrategia consistente en a) insistir en las reglas del neoliberalismo como base para las relaciones de intercambio y los flujos de capital (de ahí la importancia de la OMC) y b) mantener ciertos recursos políticos y militares allí donde pueden influir sobre la política interna de la Unión Europea. Esto implica establecer acuerdos bilaterales con cada Estado europeo más que con el conjunto de Europa y cultivar alianzas especiales (por ejemplo, con Gran Bretaña, España e Italia, así como con el grupo de países del ex bloque del Este, con Polonia como centro, que deben incorporarse pronto a la UE). Aunque Estados Unidos pretende ahora relegar las alianzas permanentes, todavía depende de la OTAN, a pesar de su irrelevancia general desde el fin de la Guerra Fría, en parte porque mantiene la planificación y desarrollo militar europeos bajo el mando estadounidense. Estados Unidos apoya, por ejemplo, la idea de que Europa desarrolle su propia fuerza militar de respuesta rápida, pero sólo bajo la condición de que siga bajo el mando de la OTAN. Esa dependencia militar de la Unión Europea supone para Estados Unidos una ventaja notable, ya que hace aún más difícil convertir la lógica territorial en una fuerza política y militar coherente.

Las divisiones dentro de la Unión Europea, principalmente entre los países más proestadounidenses y los que tratan de promover una política independiente, son hasta el momento demasiado serias como para imaginar una estrategia militar y de política exterior común. Es poco probable que la UE construya una base coherente para proyectar sobre el mundo su propia «lógica territorial de poder» en el futuro próximo. Pero en ese frente las cosas pueden cambiar rápidamente, en particular si la administración estadounidense sigue enfrentándose a la opinión pública europea con una mezcla tan arrogante de desprecio y desatención. La Unión Europea constituye ciertamente una

²⁹ J. Mittelmann, *The Globalization Syndrome. Transformation and Resistance*, cit.

potencia hegemónica regional, pero su potencialidad para desafiar a Estados Unidos se ve actualmente confinada a las esferas de la producción y las finanzas.

En este momento, el desafío al dominio estadounidense planteado por el Este y Sureste de Asia parece mucho más serio. Esta región ha seguido acumulando poder financiero y productivo, restando poder tanto a Estados Unidos como en menor grado a Europa. A diferencia de Europa, esa región muestra pocos indicios de pretender crear una estructura formal de poder político-militar, articulándose las relaciones entre Estados mediante redes informales más que formales, capitalistas más que territoriales. En cualquier caso, Estados Unidos ejerce actualmente un nivel de control político y militar sobre los gobiernos de Japón, Taiwan y, hasta hace muy poco, Corea del Sur que dificultaría cualquier iniciativa política independiente de esos países. Por consiguiente, aunque parece improbable que se desarrolle en la región una lógica territorial de poder cohesionada, el poder de la lógica capitalista parece cada vez más abrumador y potencialmente hegemónico en la economía global, sobre todo a medida que el enorme peso de China y, en menor grado, de la India se incorpore paulatinamente al escenario. En el capítulo 3 analizaremos las consecuencias económicas de estas novedades, pero también conviene atender a los aspectos político y militar, porque China no está sometida a Estados Unidos como lo está Japón y dispone de la capacidad, y acaso de la voluntad, de asumir un liderazgo territorial en el conjunto de la región. La contención política y militar de China sería tan esencial para el mantenimiento de la hegemonía global estadounidense como la política de divide y vencerás en Europa. En todo caso, como señalé en el capítulo 1, el control sobre las reservas petrolíferas de Oriente Próximo sería de gran importancia para los planes de Estados Unidos si juzgara necesario poner freno a las ambiciones geopolíticas chinas. Sin embargo, existe un delicado equilibrio entre mantener el mundo lo bastante abierto para que la lógica capitalista se despliegue relativamente libre de restricciones y mantener una lógica territorial lo bastante estable y firme como para evitar el surgimiento de ningún gran desafío al dominio militar y político estadounidense.

Pero éstas no son las únicas configuraciones de poder territorial que cabe imaginar. Aunque la relativa firmeza de los dispositivos territoriales obstaculiza la fluidez, pueden producirse rápidos desplazamientos en la naturaleza de las alianzas. Por ejemplo, cuando la política estadounidense hacia Iraq creó a comienzos de 2003 un brote conjunto de resistencia en Francia, Alemania y Rusia, respaldados también por China, se pudieron apreciar los borrosos perfiles del bloque de poder euroasiático que Halford MacKinder presentaba, hace ya mucho tiempo, como candidato probable al dominio geopolítico del mundo. Estados Unidos ha temido siempre la constitución de tal bloque de poder, como muestra la energía con que respondió a la apertura de De Gaulle hacia la Unión Soviética en la década de los sesenta y a la *Ostpolitik* de Willy Brandt en la de los setenta. Henry Kissinger también expresó ese temor estadounidense cuando señaló

que ese eventual alineamiento presagiaba un regreso a un equilibrio de poder típico del siglo XIX, añadiendo que en tal caso «no es evidente que Estados Unidos deba perder», lo que suponía una admisión implícita de esa posibilidad³⁰. El hecho de que la Administración de Bush haya podido suscitar en su contra esa temible alianza en el espacio de menos de un año ilustra cuán rápidamente se pueden producir los realineamientos políticos y cuán fácilmente errores catastróficos pueden arruinar años de esmerado cultivo de cautelas diplomáticas y militares. La invasión estadounidense de Iraq cobra así un significado aún más amplio. No sólo constituye un intento de controlar el grifo global del petróleo y con él la economía global mediante el dominio sobre Oriente Próximo, sino también una potente cabeza de puente militar de Estados Unidos en la masa territorial euroasiática, que unida a sus alianzas desde Polonia hasta los Balcanes le proporciona una poderosa situación geoestratégica en Eurasia, con la posibilidad de sabotear cualquier consolidación de un bloque de poder euroasiático que pudiera optar a ejercer esa acumulación incesante de poder político que debe acompañar siempre a la acumulación igualmente incesante de capital.

El final de la Guerra Fría mostró claramente que se había abierto la posibilidad de que se produjeran grandes cambios. La lógica territorial de poder está cambiando, pero las consecuencias no están en absoluto claras. Es evidente también que las lógicas territorial y capitalista de poder apuntan en este momento en distinta dirección. Con George W. Bush la lógica territorial estadounidense se ha hecho más nítida, y por eso es por lo que ahora se habla tanto en Estados Unidos de imperio y del nuevo imperialismo. Pero el equilibrio de fuerzas que opera en la lógica capitalista apunta en direcciones muy diferentes. Cómo se comportarán todos estos vectores depende crucialmente de una comprensión más exacta de cómo funciona en estos momentos la lógica capitalista de poder. Ésta es la cuestión de la que me ocuparé en el capítulo 3.

³⁰ Citado en P. TYLER, «Threats and Responses. News Analysis: A Deepening Fissure», *The New York Times* (6 de marzo de 2003), p. 1.

Impulsión como con fuerza
de presencia y de utilidad
que se aplica.

III

Bajo el dominio del capital

La larga supervivencia del capitalismo, pese a sus múltiples crisis y reorganizaciones y a las sombrías predicciones de su inminente catástrofe, tanto desde la izquierda como desde la derecha, es un misterio que requiere aclaración. Lefebvre, por ejemplo, pensó que había encontrado la clave en su célebre observación de que el capitalismo sobrevive mediante la producción de espacio, pero por desgracia no explicó exactamente cómo ni por qué¹. Tanto Lenin como Luxemburg, aunque por distintas razones y utilizando argumentaciones diferentes, consideraron que el imperialismo –cierta forma de producción y utilización del espacio global– era la respuesta al enigma, aunque en ambos casos esa solución era finita y, por lo tanto, cargada de sus propias contradicciones terminales.

A este respecto vengo proponiendo, en una serie de publicaciones iniciadas hace más de veinte años², la teoría de una «solución espacial» (con mayor precisión, una solución espacio-temporal) a las contradicciones internas de la acumulación de capital y las crisis que generan. El núcleo de esa argumentación, derivada teóricamente de una reformulación de la teoría marxiana de la caída tendencial de la tasa de beneficio, se refiere a una tendencia crónica del capitalismo a las crisis

¹ H. LEFEBVRE, *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*, F. BRYANT (trad. al inglés), Nueva York, St Martin's Press, 1976 [ed. orig.: *La survie du capitalisme. La reproduction des rapports de production*, París, Anthropos, 1973; *Economica*, 2002].

² La mayoría de esos trabajos de las décadas de los setenta y los ochenta se han vuelto a publicar en D. HARVEY, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge, 2001 [de próxima publicación en esta misma colección]. Los principales argumentos se pueden encontrar también en D. HARVEY, *The Limits to Capital*, Oxford, Basil Blackwell, 1982; reimp., Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *Los límites del capital*, México DF, FCE, 1987].

de sobreacumulación³. Tales crisis se manifiestan típicamente como excesos de capital (en mercancías, dinero o capacidad productiva) y de fuerza de trabajo, sin que al parecer haya ningún medio de acoplarlos rentablemente para realizar tareas socialmente útiles. El caso más obvio fue la depresión a escala mundial de la década de los treinta, cuando la utilización de la capacidad existente cayó a un mínimo histórico, las mercancías excedentes no se podían vender y el desempleo alcanzó cotas inigualadas. Aquello condujo a la devaluación y en algunos casos hasta la destrucción del exceso de capital, al tiempo que los trabajadores «sobrantes» quedaban reducidos a una situación miserable. Dado que el núcleo de la dificultad reside en la ausencia de oportunidades rentables de inversión, el problema económico clave (a diferencia del social y político) tiene que ver con el capital. Para evitar la devaluación hay que encontrar formas rentables de absorber el exceso de capital. La expansión geográfica y la reorganización espacial ofrecen esa posibilidad, que no se puede separar empero de dilaciones temporales en las que el exceso de capital se invierte en proyectos a largo plazo que tardan muchos años en devolver su valor a la circulación mediante la actividad productiva que promueven. La expansión geográfica supone con frecuencia inversiones en infraestructuras materiales y sociales de larga duración (en redes de transportes y comunicaciones o en enseñanza e investigación, por ejemplo) y, por ende, la producción y la reconfiguración de las relaciones espaciales proporcionan una potente palanca para mitigar, si no resolver, la tendencia a la aparición de crisis en el capitalismo. Así, durante la década de los treinta el gobierno estadounidense trató de responder al problema de la sobreacumulación emprendiendo obras públicas orientadas hacia el futuro en lugares hasta entonces subdesarrollados, con la clara intención de reducir el exceso de capital y fuerza de trabajo entonces existente (con el mismo propósito, dicho sea de paso, los nazis se lanzaron a la construcción de autopistas durante esos mismos años).

La lógica capitalista del imperialismo (a diferencia de la territorial) debe entenderse, afirmo, en el contexto de la búsqueda de soluciones espacio-temporales al problema del exceso de capital (y es, repito, en el exceso de capital más que en el de fuerza de trabajo donde debe concentrarse la atención analítica). A fin de entender este proceso, debo primeramente describir, aunque en términos esquemáticos y muy generales, cómo circula el capital en el espacio y en el tiempo creando su propia geografía histórica. El núcleo de mi argumentación será la relación dialéctica entre la política estado-imperial, por un lado, y los movimientos moleculares de la acumulación de capital en el espacio y en el tiempo, por otro. Comenzaré, por lo tanto, con algunas observaciones básicas sobre la importancia del Estado como marco territorial donde operan los procesos moleculares de acumulación de capital.

³ Detallo mi propia versión de ese argumento teórico en D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit., caps. 6 y 7.

crisis de sobreacumulación
exceso capital
exceso fuerza de trabajo

PODERES ESTATALES Y ACUMULACIÓN DE CAPITAL

La acumulación de capital mediante las operaciones de mercado y el mecanismo de los precios se desarrolla mejor en el marco de ciertas estructuras institucionales (leyes, propiedad privada, contratos y seguridad monetaria, esto es, de la forma dinero). Un Estado fuerte armado con fuerzas policiales y el monopolio sobre los instrumentos de violencia puede garantizar ese marco institucional y proporcionarle dispositivos constitucionales bien definidos. La organización del Estado y el surgimiento de la constitucionalidad burguesa han sido, pues, características cruciales de la larga geografía histórica del capitalismo.

Los capitalistas no necesitan inexorablemente este marco para funcionar, pero sin él corren graves riesgos. Tienen que protegerse a sí mismos en entornos que pueden no reconocer o aceptar sus reglas y su forma de hacer negocios. Los mercaderes y comerciantes pueden sobrevivir estableciendo sus propios códigos de honor y de acción (como siguen haciendo los cambistas callejeros en gran parte de Oriente Próximo). Desarrollan redes de confianza entre ellos —basadas en relaciones familiares y de parentesco, como los Rothschild en el siglo XIX— y emplean su propia violencia —como han hecho con frecuencia los mercaderes capitalistas— dentro de o contra el poder del Estado, para proteger sus propiedades y negocios frente a la amenaza de fuerzas antagónicas o poderes estatales. Pueden optar por violar las leyes cuando los poderes estatales les son hostiles (como en el caso de muchos países ex comunistas) o indiferentes a sus actividades⁴. Esta ilegalidad puede adoptar formas perversas, como las mafias, los cárteles de la droga y otras organizaciones similares, hasta en países con Estados enérgicamente procapitalistas. En otros casos los capitalistas se pueden asegurar enclaves protegidos, los fueros municipales de la Europa medieval crearon islas de derechos ciudadanos burgueses rodeadas por un mar de relaciones feudales. Los puestos comerciales avanzados de las Compañías de las Indias Orientales o de la bahía de Hudson o las zonas empresariales creadas recientemente en China para la absorción de inversión extranjera son otros ejemplos. Los procesos moleculares de acumulación de capital pueden crear y crear sus propias redes y marcos espaciales de muy diversas formas, utilizando como vehículo las relaciones de parentesco, los vínculos religiosos o étnicos, las diásporas o los códigos lingüísticos en intrincadas redes espaciales de actividad capitalista que operan independientemente de los marcos o poderes estatales.

Aun así, para la actividad capitalista es preferible un Estado burgués en el que estén legalmente garantizadas las instituciones de mercado y las reglas contractuales (incluido

⁴ Véase a este respecto el fascinante estudio de L. ZHANG, *Strangers in the City: Reconfigurations of Space, Power and Social Networks within China's Floating Population*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

las del trabajo) y en el que existan marcos de regulación capaces de atenuar los conflictos de clase y de ejercer un arbitraje entre las aspiraciones de diferentes fracciones del capital (por ejemplo, entre los intereses mercantiles, financieros, industriales, agrarios y rentistas). Para facilitar la actividad empresarial también se deben diseñar políticas que regulen la seguridad de la oferta monetaria, el comercio exterior y las relaciones internacionales.

Por supuesto, no todos los Estados actúan de forma idónea y, aun cuando lo hacen, muestran una gran variedad de dispositivos institucionales que pueden producir resultados muy diferentes. Depende mucho de cómo se haya constituido el Estado y por quién, y de qué esté dispuesto o en condiciones de hacer para apoyar u oponerse a los procesos de acumulación de capital. El Estado, como veremos en el capítulo 4, desempeñó un papel clave en la acumulación original o primitiva, utilizando sus poderes no sólo para forzar la adopción de dispositivos institucionales capitalistas, sino también para adquirir y privatizar determinados bienes como cimiento original para la acumulación de capital (la expropiación de las propiedades eclesiásticas durante la Reforma o el cercamiento de las tierras comunales en Gran Bretaña son ejemplos obvios). Pero el Estado también asume muchas otras tareas importantes (como la recaudación de impuestos). Las diferencias en la formación del Estado y en sus políticas siempre han tenido consecuencias. El Estado británico, mucho más influido por los comerciantes capitalistas, desempeñó un papel en relación con la acumulación muy diferente al francés, en el que predominaban los intereses de los terratenientes. En esos dos países se elaboraron incluso teorías económicas diferentes para explicar y justificar su distinta actitud. Los británicos se atuvieron al mercantilismo expuesto por Munn en *England's Treasure by Foreign Trade*, tendente a la acumulación de oro y plata a partir del comercio, mientras que los franceses defendían la idea fisiócrata de que toda riqueza (valor) proviene de la tierra, y que el comercio y la industria eran, por lo tanto, formas secundarias y parasitarias de creación de riqueza. Los poderes estatales hostiles a la acumulación privada de riqueza —como ha sido el caso hasta muy recientemente en China— pueden retrasar el desarrollo de un país. Los Estados socialdemócratas tratan típicamente de impedir la explotación excesiva de los trabajadores y se sitúan junto a los intereses de clase de éstos sin abolir el capital. Por otra parte, el Estado también puede ser un agente activo de acumulación de capital. Los Estados desarrollistas del este y sureste de Asia (como Singapur, Taiwan y Corea del Sur) han influido directamente sobre la dinámica de la acumulación de capital, por ejemplo reprimiendo las aspiraciones de la fuerza de trabajo. Pero ese tipo de intervencionismo estatal existe desde hace mucho tiempo. La Alemania de Bismarck y Japón tras la restauración Meiji se convirtieron en territorios privilegiados para la acumulación de capital gracias al apoyo, por no decir coerción, del poder estatal. Y la tradición dirigiste en Francia (ejemplificada en las políticas gaullistas de la década de los sesenta) dio allí un matiz peculiar a la acumulación que la diferenciaba, por ejemplo, de Gran Bretaña

(como puede comprobar cualquiera que viaje en tren por ambos países). Por supuesto, en todo lo que se refiere a las luchas en torno a la hegemonía, al colonialismo y a la política imperial, así como en lo que afecta a muchos otros aspectos más mundanos de las relaciones exteriores, el Estado ha sido desde hace mucho tiempo y continúa siendo el agente fundamental de la dinámica capitalista global.

Los Estados no son los únicos agentes territoriales importantes. No se pueden pasar por alto las agrupaciones de Estados (bloques de poder regionales, que pueden relacionarse informalmente como en el Este y Sureste de Asia o constituirse más formalmente como en la Unión Europea), ni entidades subestatales como los gobiernos regionales (Estados en Estados Unidos) y regiones metropolitanas (Barcelona más Cataluña, o el área de la bahía de San Francisco). El poder político, el gobierno territorial y la Administración se establecen en una gran variedad de escalas geográficas y constituyen un conjunto jerárquicamente ordenado de entornos políticamente estructurados en los que tienen lugar los procesos moleculares de acumulación de capital.

Pero presentar la evolución del capitalismo como una simple expresión de los poderes estatales en el seno del sistema interestatal, caracterizada por las luchas competitivas por la posición jerárquica y la hegemonía —como suelen hacer los teóricos del sistema-mundo—, sería tan insuficiente y, por lo tanto, erróneo, como presentar la evolución histórico-geográfica del capitalismo como si fuera totalmente inmune a la lógica territorial del poder. En cualquier caso, Arrighi plantea un problema importante: ¿cómo se adecuan la firmeza relativa y la lógica propia del poder territorial a la fluida dinámica de la acumulación de capital en el espacio y en el tiempo?⁵ Para responder a esa pregunta tendré que especificar primero cómo funcionan efectivamente en el espacio y en el tiempo los procesos moleculares de acumulación del capital. Para facilitar las cosas supondré como algo dado la existencia de un conjunto apropiado y estable de dispositivos institucionales posibilitados y garantizados por el poder estatal.

LA PRODUCCIÓN DE UNA ECONOMÍA DEL ESPACIO

En varias publicaciones anteriores he presentado una teoría detallada de cómo surge una economía del espacio a partir de los procesos de acumulación de capital⁶. Reproduciré aquí los aspectos más sobresalientes de esa argumentación en forma resumida.

⁵ G. ARRIGHI y B. SILVER, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, pp. 48-49 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., pp. 56-57].

⁶ D. HARVEY, *The Limits to Capital*, cit.; *Spaces of Capital*, cit.; *The Urban Experience*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

El intercambio de bienes y servicios (incluida la fuerza de trabajo) supone casi siempre cambios de ubicación. Define, desde un principio, una red de movimientos espaciales que crean una geografía propia de la interacción humana. Estos movimientos espaciales se ven frenados por la fricción de la distancia y, por lo tanto, la marca que dejan sobre la tierra registra inexorablemente los efectos de esa fricción, lo que suele provocar que las actividades se aglomeren en el espacio con el fin de minimizarla. Las divisiones territoriales y espaciales del trabajo (de las que una de las más obvias y antiguas es la distinción rural-urbano) surgen de esos procesos de intercambio en el espacio. La actividad capitalista produce así un desarrollo geográfico desigual, aun en ausencia de diferenciación geográfica en la dotación de recursos y posibilidades materiales, que suman su peso a la lógica de las diferenciaciones y especializaciones regionales y espaciales. Empujados por la competencia, los capitalistas individuales buscan ventajas competitivas en el seno de esa estructura espacial y tienden, por consiguiente, a desplazarse a los lugares donde los costes son más bajos o la tasa de beneficio más alta. El capital excedente en un lugar puede utilizarse en algún otro en el que no se han agotado todavía las oportunidades rentables. Las ventajas de ubicación desempeñan para los capitalistas individuales un papel similar a las tecnológicas, y en ciertas situaciones pueden sustituirse entre sí.

Esta línea de argumentación se parece en algunos aspectos a la de la teoría clásica de la localización (expuesta en las obras de J. H. von Thünen, A. Weber y A. Lösch, y más tarde sintetizada en la de W. Isard)⁷. La diferencia principal es que esas obras tratan de identificar un equilibrio espacial en el panorama geográfico de la actividad capitalista, mientras que en mi caso el proceso de acumulación de capital aparece como algo perpetuamente expansionista y, por lo tanto, permanentemente huidizo de cualquier tendencia hacia el equilibrio. La teoría clásica de la localización suponía además una racionalidad económica poco acorde con el comportamiento capitalista real. Por ejemplo, definía lo que denominaba «ámbito espacial de una mercancía» en términos de la distancia radial desde el punto de producción hasta donde el precio de mercado (sumando a los costes de producción los de transporte) supera lo que los consumidores estarían dispuestos a pagar por ella. Pero las mercancías no acuden por sí mismas al mercado, las llevan a él los comerciantes. La actividad de los comerciantes capitalistas ha supuesto históricamente un constante desplazamiento y derrumbe de barreras espaciales (con frecuencia mucho más allá de lo que se consideraría «racional») y la creación de nuevas modalidades de movimiento y espacio para el comercio. Los mercaderes medievales, por ejemplo, ante la limitación de los mercados locales y los altos costes de transporte, se convirtieron en vendedores ambulantes que recorrían vastas regiones para distribuir sus mercancías. Del mismo modo que la competencia crea fuertes impul-

⁷ W. ISARD, *Location and the Space Economy*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1956.

so de dinamismo tecnológico disgregador en las economías capitalistas (cuando los distintos capitalistas buscan ventajas competitivas adoptando una tecnología superior) también genera un perpetuo movimiento e inestabilidad en la distribución espacial de las actividades económicas a medida que los capitalistas buscan ubicaciones más rentables (de menor coste). El escenario geográfico de la producción, el intercambio, la distribución y el consumo capitalistas nunca está en equilibrio.

La competencia en un sistema espacial es, empero, como reconocieron correctamente los teóricos neoclásicos del orden espacial (Chamberlain, Hotelling y Lösch), una competencia de tipo *monopolista*⁸. Esta forma extrañamente híbrida de competencia se debe en primer lugar a las exclusiones derivadas de la unicidad de la localización. La ubicación espacial siempre confiere cierta ventaja monopolista. La propiedad privada de la tierra supone fundamentalmente cierto poder monopolista: nadie puede situar su fábrica allí donde ya está la mía. Y, si su localización conlleva ventajas muy especiales, esas ventajas me pertenecen sólo a mí. Esto da pábulo en la economía espacial a la preferencia capitalista por el control monopolista frente a la competencia abierta. Aunque la teoría abstracta del capitalismo (incluida su variante neoliberal) invoca continuamente los ideales de la competencia, los capitalistas procuran afianzar ventajas monopolistas porque éstas confieren seguridad, calculabilidad y una existencia en general más pacífica. Así pues, el resultado final de la competencia es el monopolio o el oligopolio, y cuanto más feroz sea la competencia, más rápidamente tiende el sistema a tal estado, como demuestra el increíble ascenso de las situaciones de oligopolio y monopolio en muchos sectores de la economía (desde las líneas aéreas y la energía hasta los medios de comunicación y entretenimiento) durante los últimos treinta años de hegemonía neoliberal en la política económica de los principales Estados capitalistas. Los capitalistas pueden utilizar y utilizan estrategias espaciales para crear y proteger poderes monopolistas donde y cuando pueden. El control sobre localizaciones estratégicas o complejos de recursos clave es un arma importante. En algunos casos el poder monopolista se hace lo bastante fuerte como para inhibir el dinamismo en la geografía del capitalismo, fomentando fuertes tendencias hacia la inercia y el estancamiento geográfico. La tendencia al dinamismo espacial impulsada por la búsqueda competitiva de beneficio se ve contrarrestada por el establecimiento de poderes monopolistas en el espacio. Es exactamente de tales centros de donde emanan típicamente las prácticas imperialistas y la pretensión de una presencia imperial en el mundo. Lenin y Hilferding estaban, pues, en lo cierto al insistir en la importante conexión interna entre monopolios e imperialismo.

⁸ E. CHAMBERLAIN, *The Theory of Monopolistic Competition*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1933; A. LÖSCH, *The Economics of Location*, W. H. WOGLOM (trad. al inglés con ayuda de W. F. STOLPER), New Haven, Yale University Press, 1954.

Las asimetrías en el intercambio, calificadas en el capítulo 2 de cruciales para la lógica económica del imperialismo, brotan de la competencia monopolista. Las desigualdades resultantes adoptan una expresión espacial y geográfica específica, normalmente como concentración de privilegios y poder en ciertos lugares más que en otros. En el pasado, los elevados costes de transporte y otras barreras al movimiento (tarifas aduaneras, peajes, cuotas...) amparaban la existencia de muchos monopolios locales. Se comían alimentos locales y se bebía cerveza local porque la elevada fricción de la distancia no dejaba otra opción. Pero las protecciones de ese tipo se vienen abajo cuando los costes de transporte disminuyen y las barreras políticas al comercio desaparecen como consecuencia de acuerdos como los de la OMC. Ahora en París se comen hortalizas de California y en Pittsburgh se beben cervezas importadas de todo el mundo. Hasta los fabricantes de automóviles de Detroit, considerados durante la década de los sesenta un caso ejemplar del tipo de oligopolio característico de lo que Baran y Sweezy definieron como «capital monopolista»⁹, se ven seriamente amenazados por las importaciones extranjeras, en particular de Japón. Los capitalistas han tenido que buscar, por lo tanto, otras vías para construir y preservar sus muy queridos monopolios. Las dos iniciativas principales que han adoptado son la centralización masiva de capital, que pretende el dominio mediante el poder financiero, las economías de escala, el control del mercado y la celosa protección de las ventajas tecnológicas (que siempre, como ya he señalado, constituyen un sustituto para las ventajas de localización) mediante derechos de patente, licencias y derechos sobre la propiedad intelectual. No es una casualidad que estos últimos hayan sido el centro de intensas negociaciones en el seno de la OMC, llegándose finalmente a un acuerdo sobre los llamados TRIPS (derechos sobre la propiedad intelectual relacionados con el comercio).

Todo esto subraya la importancia de la posibilidad de mover de un lugar a otro mercancías, capacidad productiva, gente y dinero, para lo que son decisivas las condiciones que prevalecen en las industrias de transporte y comunicaciones. Durante toda la historia del capitalismo, las innovaciones tecnológicas en ese campo han alterado espectacularmente las condiciones de espacialidad (la fricción de la distancia), generando todo tipo de inestabilidades en la economía espacial del capitalismo. He presentado in extenso en otras publicaciones¹⁰ las razones de la tendencia hacia lo que Marx llamaba «la aniquilación del espacio mediante el tiempo», y no veo necesidad de repetir las aquí, pero lo que se puede deducir teóricamente, y que concuerda con el registro

⁹ P. A. BARAN y P. M. SWEEZY, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capital monopolista*, México DF, Siglo XXI, 1968].

¹⁰ Véanse D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit.; *The Condition of Postmodernity*, Parte III, Oxford, Basil Blackwell, 1989 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1994].

histórico-geográfico del capitalismo, es un incesante impulso hacia la reducción o eliminación de las barreras espaciales, junto con impulsos igualmente incesantes hacia la aceleración de la rotación del capital. La reducción en los costes y duración del movimiento se ha demostrado como una necesidad imperiosa del modo de producción capitalista. La tendencia a la «globalización» es intrínseca a éste, y la evolución del panorama geográfico de la actividad capitalista se ve impulsada incesantemente por una casi continua compresión espacio-temporal.

Una de las consecuencias adicionales de este proceso es un impulso perpetuo hacia la transformación de la escala geográfica que define la actividad capitalista. Del mismo modo que la aparición del ferrocarril y del telégrafo en el siglo XIX reorganizó totalmente la escala y diversidad de las especializaciones regionales, y más en general de la urbanización y «regionalidad», la tanda más reciente de innovaciones (desde el transporte en reactores y el almacenamiento en contenedores hasta Internet) ha cambiado la escala a la que se articula la actividad económica. Sin estos impulsos, la escala cambiante del poder hegemónico, comentada en el capítulo 2, sería materialmente imposible y teóricamente incomprensible. Reterritorializaciones políticas como la Unión Europea (con la que se soñó durante la Ilustración y que fue activamente propuesta por pensadores utópicos como Saint-Simon a comienzos del siglo XIX) se han hecho no sólo más viables sino una auténtica necesidad económica. Esto no equivale, por supuesto, a decir que los desplazamientos políticos sean simples consecuencias de esas transformaciones materiales en las relaciones espaciales; las cosas son bastante más complicadas. Pero el cambio de las relaciones espaciales influye decisivamente sobre la configuración de las reorganizaciones políticas. Ahí, como veremos inmediatamente, se verifica una intersección crucial entre las lógicas territorial y capitalista del poder.

La situación particular de la industria del transporte y de las comunicaciones ilustra un problema más general. La fluidez del movimiento sobre el espacio depende de que se fijen ciertas infraestructuras materiales en el espacio. Ferrocarriles, carreteras, aeropuertos, instalaciones portuarias, redes de cable, sistemas de fibra óptica, redes eléctricas, sistemas de conducción de agua y alcantarillado, oleoductos, etc., constituyen «capital fijo inserto en la tierra» (a diferencia de otras formas de capital fijo, como los aviones y la maquinaria, que se pueden mover de un lugar a otro). Esas infraestructuras materiales absorben mucho capital, cuya recuperación depende de su utilización in situ. El capital invertido en una instalación portuaria a la que no lleguen barcos puede perderse. Aunque el capital fijo inserto en la tierra facilita la movilidad espacial de otras formas de capital y trabajo, la realización de su propio valor exige que las interacciones espaciales sigan la pauta geográfica fija de sus inversiones, de forma que ese capital fijo —que incluye fábricas, oficinas, alojamientos, hospitales y escuelas, además del capital invertido en infraestructuras de transporte y comunicaciones— actúa como un importante lastre de hipotéticas nuevas transformaciones geográficas y reubicaciones de la

actividad capitalista. Una vez más, vemos ahí fuerzas que aumentan la inercia geográfica y se oponen al dinamismo. El capital contenido en las infraestructuras materiales de las ciudades de Nueva York, Londres o Tokio-Yokohama es sustancial, y como mostró tan claramente la breve interrupción que se produjo en Nueva York el 11 de Septiembre, cualquier colapso de los flujos de capital que pasan por esos lugares puede tener un efecto económico catastrófico. Además, el modo de comportamiento específico de estas inversiones abre más vías para que los privilegios monopolistas anejos a la ubicación puedan ser aprovechados por determinados capitalistas. El promotor o dueño del terreno en el que se va a construir un importante nudo de autopistas puede obtener grandes beneficios especulativos sobre el valor de la tierra, así como sobre las inversiones (en bloques de oficinas, hoteles) destinadas a ese espacio.

De lo dicho hasta ahora se deduce fácilmente que el panorama geográfico de la actividad capitalista se ve atravesado por contradicciones y tensiones y que es perpetuamente inestable debido a las presiones técnicas y económicas de todo tipo que actúan sobre él. Las tensiones entre competencia y monopolio, entre concentración y dispersión, entre centralización y descentralización, entre inmovilidad y movimiento, entre dinamismo e inercia, entre diferentes escalas de actividad derivan todas ellas de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo, y todas ellas se insertan en la lógica expansionista general de un sistema capitalista en el que domina la acumulación incesante de capital y la búsqueda interminable de beneficio, lo que da lugar, como he repetido en muchas ocasiones, a la pretensión perpetua de crear un entorno geográfico que facilite las actividades capitalistas en un lugar y momento determinado, sólo para tener que destruirlo y tener que construir un entorno totalmente diferente en un momento posterior sin poder saciar nunca su perpetua sed de acumulación. Así se va escribiendo la historia de la destrucción creativa en el entorno de la geografía histórica real de la acumulación de capital.

LÓGICA DE PODER POLÍTICO-TERRITORIAL VERSUS LÓGICA DE PODER CAPITALISTA

Los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio-tiempo generan revoluciones pasivas en sus pautas de comportamiento geográfico, pero las tensiones y contradicciones que he señalado pueden dar lugar también a configuraciones geográficas estables, al menos durante un tiempo. Llamaré «regiones» a estas configuraciones relativamente estables, esto es, economías regionales que consiguen durante un tiempo cierto grado de coherencia estructural en la producción, distribución, intercambio y consumo. Los procesos moleculares tienden, por decirlo así, a la producción de «regionalidad». No se trata, por supuesto, de un descubrimiento nuevo; es algo muy familiar para muchos geógrafos históricos y económicos, así como para historiadores de la economía como

Sydney Pollard, que insisten en el desarrollo regional y la consolidación de regiones como característica fundamental del desarrollo económico británico. Existe una larga tradición en la teoría económica, desde Alfred Marshall (con su estudio de los distritos industriales de producción, ahora denominados «marshallianos»), pasando por François Perroux (y sus polos de desarrollo), hasta Paul Krugman (interesado en las economías regionales «autoorganizadas»), que considera la producción de organización regional como consecuencia inevitable y condición básica para la dinámica de la acumulación de capital¹¹. Politólogos como J. H. Mittelman han insistido recientemente en la importancia de la organización regional a escala supraestatal y subestatal para comprender las complejas corrientes interrelacionadas que operan en el seno de la economía global¹².

Las fronteras de este tipo de regiones son siempre borrosas y porosas, pero los flujos que se entrelazan en ellas producen la suficiente coherencia estructural como para distinguir el área geográfica en cuestión de todas las demás áreas de su misma economía nacional. La coherencia estructural va normalmente bastante más allá de los intercambios puramente económicos, por fundamentales que sean éstos, ya que suele abarcar actitudes, valores culturales, creencias y hasta vinculaciones religiosas y políticas tanto entre los capitalistas como entre los trabajadores. La necesidad de producir y mantener bienes colectivos requiere la creación de cierto sistema de gobierno, preferiblemente formalizado en sistemas de administración regionales. En una región se pueden formar clases dominantes y alianzas de clase hegemónicas que confieren un carácter específico tanto a la actividad política como a la económica. Tienen que preocuparse por los bienes y servicios públicos, viéndose, por lo tanto, obligadas hasta cierto punto a velar por la provisión pública de los mismos. La creación de infraestructuras materiales y sociales, tanto para respaldar la actividad económica como para promover y asegurar valores culturales y educativos, así como muchos otros aspectos de la vida civil, suele reforzar la coherencia de lo que comienza a emerger como una entidad regional en el seno de la economía global. Las pautas de comercio y competencia y la especialización y concentración en industrias clave, combinaciones tecnológicas o habilidades y relaciones de trabajo particulares entrelazan sutilmente las economías regionales dando lugar a una totalidad estructurada de desarrollo geográfico desigual. Lo que ocurre exactamente en cuanto a la dinámica interna y a las relaciones externas depende de la estructura de clase que se establece y de las alianzas de clase en torno a las cuestiones de gobierno¹³.

Pero lo fundamental es que de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo surge necesaria e inevitablemente cierta lógica territorial de poder «regionalidad», informal, porosa, pero así y todo identificable; y que la competencia

¹¹ P. KRUGMAN, *Development, Geography and Economic Theory*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1995.

¹² J. H. MITTELMAN, *The Globalization Syndrome: Transformation and Resistance*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

¹³ D. Harvey, *The Urban Experience*, cit., cap. 5.

interregional y la especialización en y entre esas economías regionales se convierten, por consiguiente, en un rasgo fundamental del funcionamiento del capitalismo. Esto plantea entonces la pregunta clave: cómo se relaciona esa regionalidad evolutiva derivada de los procesos moleculares de acumulación de capital que operan en el espacio y en el tiempo con la lógica territorial de poder expresada en la política del Estado y el imperio?

La respuesta es, en principio, que no tienen necesariamente nada que ver una con otra. Pollard, por ejemplo, estima que las economías regionales que desempeñaron un papel tan decisivo en la revolución industrial en Gran Bretaña durante los últimos años del siglo XVIII no tenían más allá de 30 kilómetros de diámetro, constituyendo, pues, pequeñas islas en una unidad política británica mucho mayor, cuyos límites habían quedado fijados como poco doscientos años antes¹⁴. Pero esas pequeñas islas crearon impulsos que iban a acabar extendiéndose a todo el país. Con el paso del tiempo, cuando se modificaron los sistemas de transporte y comunicaciones, estas pequeñas islas crecieron y se fusionaron para dar lugar a regiones mucho mayores, que ocuparon por ejemplo Birmingham y la totalidad de las Midlands, o Manchester y toda la conurbación del Lancashire meridional y el Yorkshire occidental. Estas regiones cobraron tal importancia que su política e intereses llegaron a jugar un papel muy influyente, si no determinante, en la forma de gobierno de la totalidad de la nación. Generaron sus propias filosofías particulares, como la «escuela de Manchester» del libre comercio, encabezada por Cobden y Bright, que se atrevieron a presentar sus propios intereses como los del conjunto de la nación. Birmingham, personificada en la figura de Radical Joe (Chamberlain), adoptó una concepción bastante diferente, como veremos. Hay que decir, sin embargo, que la política del Estado para la totalidad de Gran Bretaña estuvo dominada por intereses regionales que no eran necesariamente los del conjunto del país (la pobre Escocia raramente mereció atención). El eje que va desde Londres, pasando por Birmingham y las Midlands, hasta las conurbaciones de Lancashire y Yorkshire dominó la política británica durante casi todo un siglo y todavía ejerce un enorme poder. Historias parecidas se pueden contar de casi toda Europa, y también en Estados Unidos las regiones han sido históricamente de gran importancia, habiéndose desplazado el poder desde el Nordeste y el Medio Oeste hacia el Sur, Suroeste y la ribera del del Pacífico¹⁵. El delta del río Perla y el Yangtsé inferior (Shanghai) constituyen en China centros de poder dinámicos que dominan económicamente (aunque quizá no políticamente) al resto del país. El contenedor que es el Estado territorial se ve, pues, a menudo influido decisivamente por determinados intereses

¹⁴ S. POLLARD, *Essays on the Industrial Revolution in Britain*, C. HOLMES (ed.), Aldershot, Ashgate Variorum, 2000, pp. 219-271.

¹⁵ A. MARKUSEN, *Regions: The Economics and Politics of Territory*, Totowa (NJ), Rowman & Littlefield, 1987; *Profit Cycles, Oligopoly and Regional Development*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1985 y S.-M. LI y W.-S. TANG, *China's Regions, Policy and Economy: A Study of Spatial Transformation in the Post-Reform Era*, Hong Kong, Chinese University Press, 2000.

regionales o coalición de intereses en su seno, hasta que surge alguna otra región que los contrasta o sustituye. Estos desplazamientos de la influencia de una región a otra, de una escala a otra, son precisamente el resultado típico de las revoluciones pasivas que se derivan de los procesos moleculares de acumulación de capital. Pero el principio general está claro: la regionalidad cristaliza, según su propia lógica, a partir de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo. A su debido tiempo las regiones así formadas llegan a desempeñar un papel crucial en las decisiones del cuerpo político del conjunto del Estado, definido únicamente por una lógica territorial.

Pero el Estado no es inocente, ni necesariamente pasivo, con respecto a estos procesos. Una vez que reconoce la importancia de alentar y capturar la dinámica regional como fuente de su propio poder, puede tratar de influir sobre esa dinámica mediante determinadas políticas e iniciativas. En un principio puede hacerlo accidentalmente. Durante el siglo XIX, por ejemplo, los Estados construían carreteras y sistemas de comunicaciones ante todo con finalidades administrativas, de control militar y de protección del conjunto del territorio. Pero una vez construidas, esas infraestructuras proporcionaron vías que facilitaron el flujo de mercancías, trabajo y capital. En muchos casos las inversiones fueron concebidas conjuntamente. Todavía se sigue discutiendo si Haussmann construyó los nuevos bulevares de París, a partir de 1853, tratando de facilitar el control militar sobre una población rebelde o para facilitar la circulación de capitales dentro de los límites de una ciudad encorsetada en un dédalo medieval de callejas y callejones¹⁶. También cabe señalar que aunque el sistema interestatal de autopistas de Estados Unidos se construyó ante todo por razones económicas, su necesidad se argumentó ante la opinión pública invocando la seguridad nacional y la defensa.

Por otra parte, el Estado puede utilizar sus poderes para promover la diferenciación y la dinámica regional, no sólo mediante su control sobre las inversiones en infraestructura (en particular en transportes y comunicaciones y en enseñanza e investigación), sino también mediante sus propias leyes de planificación y aparatos administrativos. Su poder para llevar a cabo reformas en las instituciones básicas necesarias para la acumulación de capital tiene también profundos efectos (tanto positivos como negativos). Por ejemplo, cuando los centros bancarios locales se vieron sustituidos por bancos nacionales en Gran Bretaña y Francia durante el siglo XIX, el libre flujo de capital monetario que atravesaba todo el espacio nacional alteró la dinámica regional. Más recientemente, en Estados Unidos, la abolición de las leyes restrictivas que afectaban a la banca local, seguida por una oleada de absorciones y fusiones de bancos regionales, ha cambiado todo el clima de la inversión en el país, alejándola de lo local y llevándola a una constitución más abierta de configuraciones regionales. En ciertos casos, de los que quizás el más ejemplar sea el de Singapur, un Estado puede emprender la construcción de una economía regional eficaz y dinámica, controlando siste-

¹⁶ D. HARVEY, *Paris, the Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003.

El estudio de la producción de espacio-temporal

máticamente los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo dentro de sus fronteras. Como es ahora bien sabido, un ambiente propicio para los negocios puede actuar como un imán para el flujo de capital, y por eso los Estados se esfuerzan por aumentar su propio poder estableciendo entornos atractivos para la inversión de capital. Y para ello utilizan, como siempre, las ventajas monopolistas inherentes al espacio, ofreciendo ese tipo de privilegios a quienquiera que pueda aprovecharlos.

Esto nos deja ante el problema final de lo que sucede cuando los procesos moleculares de construcción de una región desbordan las fronteras políticas del Estado o por alguna razón requieren una salida más allá de esas fronteras. Hay, por supuesto, algunos casos fascinantes de economías regionales que atraviesan fronteras nacionales: El Paso y Ciudad Juárez o Detroit y Windsor son ejemplos interesantes. Y la formación de estructuras administrativas supraestatales como la Unión Europea o, sin llegar a tanto, de mercados comunes como el ALCAN (Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte) o Mercosur (el mercado común de los países del cono sur latinoamericano) pueden considerarse soluciones de este problema. Pero el interrogante principal es qué les sucede a los capitales excedentes generados en economías regionales subestatales cuando no pueden encontrar empleo rentable en ningún lugar del país. Éste es, por supuesto, el núcleo del problema que genera presiones en favor de las prácticas imperialistas en el sistema interestatal.

El corolario evidente de todo esto es que los procesos moleculares de acumulación de capital darán lugar casi con seguridad a conflictos geopolíticos, sean cuales sean las intenciones del Estado; que esos movimientos moleculares (en particular del capital financiero) pueden socavar fácilmente los poderes del Estado; y que en el capitalismo avanzado éste tiene que dedicar gran esfuerzo y consideración al control de los flujos moleculares para orientarlos en su propio beneficio, tanto interna como externamente. En el frente externo dedicará normalmente gran atención a las asimetrías que siempre surgen de los intercambios espaciales e intentará jugar la carta del control monopolista tan enérgicamente como pueda. En resumen, se lanzará necesariamente a la lucha geopolítica y recurrirá siempre que pueda a prácticas imperialistas. En lo que sigue veremos más concretamente cómo funciona esto.

LOS CIRCUITOS DEL CAPITAL

El análisis precedente de la dinámica espacio-temporal, aunque presta la atención debida a las contradicciones e inestabilidades generales, ignora la tendencia del capitalismo a provocar crisis de sobreacumulación. Necesitamos, pues, examinar ahora más detalladamente cómo se inserta en la aparición y resolución de crisis el proceso general de producción de espacio. Como en lo que sigue será útil referirse a ejemplos empíricos, propongo aceptar las pruebas ofrecidas por Brenner, quien ve un problema crónico de sobreacumulación extendido a la totalidad del capitalismo desde la década

de los setenta¹⁷. Éste será el marco para interpretar la volatilidad del capitalismo internacional desde ese momento como una serie de soluciones espacio-temporales provisionales que fracasaron, incluso a medio plazo, a la hora de resolver los problemas de sobreacumulación.

La idea básica de una solución espacio-temporal es bastante simple. La sobreacumulación en determinado sistema territorial implica la existencia de un exceso de fuerza de trabajo (desempleo creciente) y de excedentes de capital (exceso de mercancías en el mercado de las que es imposible deshacerse sin pérdidas, capacidad productiva ociosa y/o excedentes de capital monetario sin salida en inversiones productivas y rentables). Tales excedentes pueden verse potencialmente absorbidos por a) desplazamientos temporales mediante la inversión en proyectos a largo plazo o gastos sociales (como enseñanza e investigación) que demoran la reentrada de capital en la circulación, b) desplazamientos espaciales mediante la apertura de nuevos mercados, nuevas capacidades de producción y nuevas posibilidades (recursos, fuerza de trabajo, condiciones sociales) en otros lugares o c) alguna combinación de a y b.

El caso más interesante es este último, la combinación de a y b, pero para empezar consideraré únicamente la versión temporal ilustrada en la figura 1. Los flujos de capital se alejan del terreno de la producción y el consumo inmediatos (el circuito primario) y se dirigen a un circuito secundario de capital fijo y formación de fondos de consumo o bien hacia un circuito terciario de gasto social e investigación y desarrollo. Los circuitos secundario y terciario absorben el exceso de capital en inversiones de larga duración. En el circuito secundario de capital los flujos se dividen en capital fijo para la producción (instalaciones y equipo, capacidad de generación de energía, vías ferroviarias, puertos, etc.) y la creación de un fondo de consumo (por ejemplo, viviendas). A menudo son posibles usos conjuntos (las autopistas se pueden utilizar tanto para actividades de producción como de consumo). Parte del capital que fluye hacia el circuito secundario se incrusta en la tierra constituyendo un depósito de activos materiales locales, lo que podemos llamar un «entorno construido» para la producción y el consumo (parques industriales, puertos y aeropuertos, redes de transporte y comunicaciones, sistemas de distribución de agua y alcantarillado, viviendas, hospitales, escuelas). Estas inversiones dan lugar típicamente al núcleo material de una región, desempeñando, por lo tanto, un papel fundamental en la producción de regionalidad, constituyendo un sector nada despreciable de la economía. Pueden absorber y absorben cantidades enormes de capital y trabajo, en particular, como veremos, cuando se produce una expansión geográfica. Entre los flujos hacia el circuito terciario del capital —inversiones a largo plazo en infraestructuras sociales— se pueden distinguir igualmente los encaminados a la investigación y desarrollo o a la formación de la fuerza de trabajo que retroalimentan directamente la producción y los orientados a mejorar la situación social de

¹⁷ R. BRENNER, *The Boom and the Bubble: The U.S. in the World Economy*, Londres, Verso, 2002 [ed. cast., *La expansión económica y la burbuja bursátil. Estados Unidos y la economía mundial*, Cuestiones de Antagonismo 19, Madrid, Ediciones Akal, 2003].

la población (por ejemplo, en educación y sanidad). En los países capitalistas avanzados esta última categoría (es decir, el presupuesto sanitario) suele absorber cantidades enormes de capital. Parte de esa inversión se puede considerar también geográficamente inmóvil. Un sistema educativo, por ejemplo, es difícil de trasladar una vez que se ha organizado administrativamente y financieramente en determinado lugar.

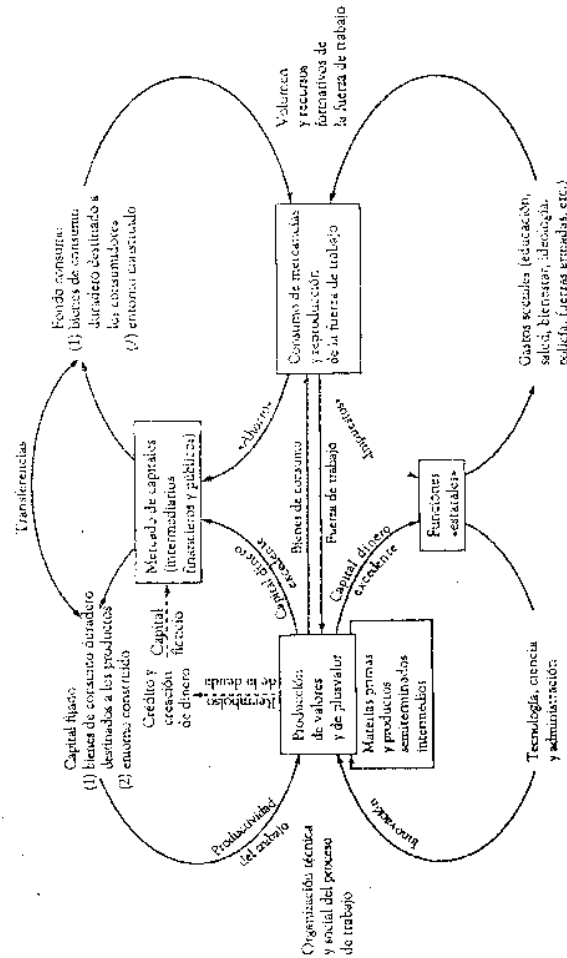


Figura 1. Las vías de circulación del capital

Los excedentes generados en el presente pueden ser absorbidos y lo son por los circuitos secundario y terciario del capital. Estas inversiones pueden ser productivas a largo plazo si contribuyen a incrementar en el futuro la productividad del capital, lo que sucede, por ejemplo, si una fuerza de trabajo mejor formada, la inversión en investigación y desarrollo o un sistema de transportes y comunicaciones más eficiente facilitan una nueva senda de acumulación de capital. En ese caso, el capital sobreacumulado regresa finalmente al circuito primario de capital, pero puede tardar varios años en hacerlo, y para entonces puede ser necesaria otra ronda de inversiones en infraestructuras materiales y sociales. Las inversiones de este tipo alivian, al menos durante un tiempo, el problema de sobreacumulación. También puede producirse, sin embargo, una inversión excesiva en los circuitos secundario y terciario del capital, en cuyo caso habrá exceso de viviendas, oficinas, instalaciones fabriles y portuarias, etc., así como, por ejemplo, una capacidad excesiva en el sistema educativo. En este caso, los activos pueden acabar devaluándose en los propios circuitos secundario o terciario.

La sobreacumulación en los circuitos secundario y terciario desencadena a menudo crisis más generales. En los estudios generales de la dinámica de la acumulación de capital se suele subestimar la importancia de este factor (Brenner, por ejemplo, lo ignora). Por poner algunos ejemplos, el punto de partida de la crisis de 1973-1975 fue un colapso a escala mundial de los mercados de propiedad inmobiliaria, seguido poco después por la virtual bancarrota de la ciudad de Nueva York; el inicio del estancamiento durante toda una década en Japón a partir de 1990 arrancó del colapso de la burbuja especulativa en el precio del suelo, la vivienda y otros activos, que puso en peligro todo el sistema bancario (cabe señalar que el gobierno japonés trató de compensar periódicamente el estancamiento mediante gastos colosales en obras públicas); el colapso asiático de 1997 comenzó con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria en Tailandia e Indonesia; y el sostén más importante de las economías estadounidense y británica tras el inicio de la recesión general en todos los demás sectores a partir de mediados de 2001 fue el prolongado vigor especulativo en los mercados del suelo, la vivienda y la construcción. Como curiosa repercusión constatamos que alrededor del 20 por 100 del crecimiento del PIB estadounidense en 2002 fue atribuible a la refinanciación por parte de los consumidores de su deuda hipotecaria a partir del valor hipertrofiado de sus viviendas y a la utilización del dinero extra así obtenido para financiar su consumo inmediato (de hecho, absorbiendo capital sobreacumulado en el circuito primario). Tan sólo en el tercer trimestre de 2002, los consumidores británicos se endeudaron, con el respaldo de sus hipotecas, por valor de 19.000 millones de dólares para financiar su consumo. Suscitan mucha preocupación las eventuales consecuencias que podrían derivarse del pinchazo de esta burbuja de la propiedad inmobiliaria¹⁸. También

¹⁸ C. de ARJIS, «Keeping a Wary Eye on the Housing Boom», *International Herald Tribune* (23 de enero de 2003), p. 11.

tenemos que considerar el posible impacto del vasto programa de obras públicas que está proyectando actualmente el gobierno chino, como posible vía para que la sobreacumulación global encuentre por fin una salida parcial en el próximo futuro (del mismo modo que en Estados Unidos el sistema de autopistas interestatales y todas sus obras anejas de urbanización periférica, junto al desarrollo del sur y el oeste, contribuyeron a absorber capitales excedentes durante las décadas de los cincuenta y los sesenta).

Pero todo esto depende del papel mediador crucial de las instituciones financieras y/o públicas para canalizar los flujos de capital entre los tres circuitos mencionados. El capital excedente en camisas y zapatos no puede convertirse directamente en un acropuerto o en un instituto de investigación. Las instituciones estatales y financieras tienen la potestad fundamental de generar y ofrecer crédito. Pueden así crear lo que cabe llamar «capital ficticio» (activos en papel o promesas de pago que no tienen respaldo material pero que se pueden utilizar como dinero)¹⁹. Supongamos que crean capital ficticio poco más o menos equivalente al capital excedente dedicado a la producción de camisas y zapatos y lo dirigen hacia proyectos orientados hacia el futuro, por ejemplo en la construcción de autopistas o en la educación, vigorizando así la economía (lo que incluye probablemente un aumento de la demanda de camisas y zapatos por parte de los profesores y obreros de la construcción). Si los gastos en entornos construidos o en mejoras sociales se demuestran productivos (esto es, si facilitan formas más eficientes de acumulación de capital más tarde), entonces los valores ficticios se reembolsan (bien directamente por el pago de la deuda, bien indirectamente, bajo la forma, por ejemplo, de un interés más alto para los títulos de deuda pública). La teoría del gasto público productivo que se amortiza mediante un mayor crecimiento y el incremento de la recaudación tributaria se ha puesto en práctica con frecuencia, como en el caso de la remodelación de París durante el Segundo Imperio²⁰. Pero esa teoría no siempre funciona, y el exceso de inversión en entornos construidos o en gastos sociales puede dar lugar a devaluaciones de esos activos o a dificultades para pagar la deuda pública. En Estados Unidos, por ejemplo, se creó durante la década de los sesenta que la inversión masiva en educación resultaría rentable a largo plazo y crearía una nueva base para proseguir la acumulación. Pero la idea no funcionó, y la crisis presupuestaria de Estados Unidos (incluida la de la ciudad de Nueva York) durante la década siguiente se debió en parte a la inversión excesiva en la producción de infraestructuras materiales y sociales de ese tipo (siendo el coste de la guerra de Vietnam el otro aspecto del problema).

Pero aun generando una crisis presupuestaria, tales inversiones pueden acabar resultando de inestimable valor, ya que muchas de ellas siguen existiendo materialmente

¹⁹ En D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit., cap. 10, desarrollo la categoría marxiana de «capital ficticio». Véase también Susan STRANGE, *Mad Money: When Markets Outgrow Governments*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998.

²⁰ D. Harvey, *Paris, the Capital of Modernity*, cit.

como valores de uso. A comienzos del siglo XX el capital excedente en Estados Unidos (en particular de Baltimore) se invirtió en la construcción del metro en Londres, que acabó yendo a la quiebra, pero que dejó construidos los túneles para que las generaciones siguientes los pudieran utilizar. La conseja clásica a este respecto es la de la empresa inmobiliaria Olympia & York, que hizo una fortuna comprando propiedades quebradas a precios de saldo y convirtiéndolas luego en prósperos negocios. Olympia & York sufrió un revés cuando lanzó su propio proyecto en Canary Wharf y fue embargada por los bancos debido a que el proyecto no generaba una tasa de beneficio satisfactoria. Los bancos rebajaron el valor de sus propiedades y las vendieron a ciertos inversores a los que al parecer les ha ido muy bien desde entonces (Olympia & York, percibiendo esa posibilidad, entró a formar parte de un consorcio [para recomprar algunas de sus antiguas propiedades al precio rebajado!]). Como observó sabiamente Marx, en tales iniciativas la primera oleada de inversores suele ir a la quiebra, dejando los negocios rentables a quienes compran los bienes devaluados a precios de saldo. La devaluación de activos, en particular en el circuito secundario de capital, puede desempeñar, por lo tanto, un importante papel en el restablecimiento de una nueva base para la acumulación de capital.

LA SOLUCIÓN ESPACIO-TEMPORAL

El término «solución» [fix] tiene un doble significado en mi argumentación. Parte del capital total queda literalmente fijado materialmente en el territorio durante un periodo de tiempo relativamente largo (dependiendo de su vida útil económica y material). Algunos gastos sociales (como la enseñanza pública o un sistema sanitario) también se territorializan y quedan geográficamente inmóviles mediante la intervención del Estado. La «solución» espacio-temporal, por otra parte, es una metáfora de un tipo particular de resolución de las crisis capitalistas mediante la demora temporal y la expansión geográfica. ¿Cómo y cuándo colisionan los significados material y metafórico?

La producción de espacio, la organización de divisiones territoriales del trabajo totalmente nuevas, el acceso a complejos de recursos inéditos y más baratos, la promoción de nuevas regiones como espacios dinámicos de acumulación de capital y la penetración en formaciones sociales preexistentes de las relaciones sociales y de los dispositivos institucionales capitalistas (como las reglas contractuales y leyes sobre propiedad privada) proporcionan canales importantes para la absorción del exceso de capital y de fuerza de trabajo. Tales expansiones, reorganizaciones y reconstrucciones geográficas amenazan a menudo, no obstante, los valores ya existentes en el lugar (insertos en el territorio) pero todavía no realizados. Esta contradicción es inevitable y susceptible de una repetición infinita, porque las nuevas regiones también requieren, para funcionar adecuadamente, capital fijo en infraestructuras materiales y entornos construidos. La

fijación en un lugar de enormes cantidades de capital actúa como un lastre sobre la capacidad de intentar una solución espacial en otro lugar. El valor de los activos que constituyen la ciudad de Nueva York no era ni es trivial y la amenaza de su devaluación en 1975 (y otra vez, de nuevo, en 2003) era (y es) considerada como una gran amenaza no sólo para la ciudad, sino para todo el futuro del capitalismo. Si el capital huye, deja tras de sí un rastro de devastación y devaluación. La desindustrialización sufrida en determinados núcleos del capitalismo (como Pittsburgh, Sheffield o el Ruhr), así como en muchos otros lugares (como Bombay), durante las décadas de los setenta y los ochenta son lances muy señalados. Por otra parte, si el capital no se mueve o no se puede mover, el exceso sobreacumulado puede verse devaluado directamente en el curso de una recesión o depresión deflacionaria.

Sin embargo, en la dinámica de las transformaciones espacio-temporales suelen surgir contradicciones. Si en determinado territorio (como el de un Estado-nación o una región) se generan excedentes de capital y de fuerza de trabajo que no pueden ser absorbidos internamente (ya sea mediante ajustes geográficos o como gastos sociales), entonces deben trasladarse a otros lugares donde encuentren un terreno fresco para su realización rentable, si no se quiere que sean devaluados. Esto puede suceder de varias maneras. Se pueden encontrar otros mercados para el exceso de mercancías, pero los territorios adonde se envían los excedentes deben poseer medios de pago, como reservas de oro o moneda (por ejemplo, dólares) o mercancías comercializables. Se envía allí el exceso de mercancías a cambio de dinero u otras mercancías. El problema de la sobreacumulación se alivia sólo a corto plazo (simplemente se cambia el exceso de mercancías por dinero u otras mercancías diferentes, aunque en este último caso, si como suele suceder se trata de materias primas u otros *inputs* más baratos, ambos pueden abrir nuevas oportunidades para la obtención de beneficios). Si el territorio no posee reservas o mercancías con las que comerciar, debe encontrarlas (como se vio obligada a hacer la India en el siglo XIX mediante el comercio del opio con China, extrayendo así la plata china a cambio del opio indio) o hay que concederle créditos y ayudas. En este último caso se presta o dona a un territorio extranjero el dinero con el que comprar el exceso de mercancías generado en el propio país. Gran Bretaña lo hizo con Argentina durante el siglo XIX, y los excedentes comerciales japoneses durante la década de los noventa fueron en gran medida absorbidos mediante la concesión de préstamos a Estados Unidos para que este país mantuviera su elevado nivel de consumo mediante la compra de productos japoneses (aunque Estados Unidos tenía en este caso la ventaja de imprimir los dólares como medio de pago, con los consiguientes derechos de señoreaje, lo que le permite regular el valor internacional del dólar para pagar a los japoneses en moneda devaluada). Una de las tácticas de la industria armamentística estadounidense consiste en conseguir que su gobierno, por razones de «seguridad», preste fondos a un gobierno extranjero (como hizo recientemente con el polaco) para que

compre equipo militar fabricado en Estados Unidos. Las transacciones mercantiles y crediticias de este tipo pueden aliviar los problemas de sobreacumulación en un territorio determinado, al menos a corto plazo, viéndose favorecidas por el desarrollo geográfico desigual, que hace que los excedentes disponibles en determinado territorio puedan ser absorbidos en otro.

Pero simultáneamente el recurso al sistema de crédito hace también más vulnerables determinados territorios a los flujos de capital especulativo y ficticio, que en lugar de estimular pueden frenar el desarrollo capitalista e incluso, como ha sucedido recientemente, pueden ser utilizados para imponerles devaluaciones salvajes. Desde aproximadamente 1980, el problema del endeudamiento territorial se hizo cada vez más global, y a muchos de los países pobres (y hasta a algunas potencias importantes, como Rusia en 1998 y Argentina en 2001) les resultó imposible pagar los intereses, situándose al borde de la quiebra. Para hacer frente a esta dificultad se ha creado una organización permanente de diecinueve países acreedores, conocida como el Club de París, que debía establecer las reglas pertinentes para renegociar la deuda de los países incapaces de pagar a sus acreedores. Desde el año 2000, 37 países se han visto obligados a seguir esta vía, pese a la creciente presión sobre el Club de París para que condonara la totalidad de la deuda a algunos de los más pobres. Lo que Cheryl Payer llama «la trampa de la deuda» debe entenderse, no obstante, como un proceso de «enganchar» hasta a los países menos solventes al sistema de circulación del capital, de manera que estén disponibles como «sumideros» para los capitales excedentes cuando sean juzgados aptos para desempeñar tal función²¹. El país que recibe los créditos es el que tiene que compensar cualquier devaluación de capital, mientras que el país acreedor se ve protegido de la devaluación. Se pueden saquear así fácilmente los recursos de los países deudores bajo las reglas draconianas de refinanciación de la deuda.

La exportación de capital, en particular cuando se ve acompañada por la exportación de fuerza de trabajo, funciona de forma bastante diferente y suele tener efectos a más largo plazo. En ese caso, los excedentes de capital y fuerza de trabajo son enviados a otros lugares para poner en marcha la acumulación de capital en un nuevo espacio regional. Durante el siglo XIX, los excedentes de capital y fuerza de trabajo británicos se dirigieron a Estados Unidos y a colonias como Sudáfrica, Australia y Canadá, creando en estos territorios centros de acumulación nuevos y dinámicos que generaron una gran demanda de mercancías fabricadas en Gran Bretaña. En los últimos tiempos, la ayuda exterior concedida por Estados Unidos ha estado ligada casi siempre a la compra de bienes y servicios de este país, funcionando así como un estímulo *de facto* para su economía. Dado que el capitalismo puede tardar muchos años en madurar en estos nuevos

²¹ Ch. PAYER, *The Debt Trap: The IMF and the Third World*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

territorios (si es que lo consiguen) hasta el momento en que también allí comienza a producirse una sobreacumulación de capital, el país de origen se puede beneficiar de ese proceso durante un considerable periodo de tiempo. Así sucede particularmente cuando los bienes exportados se convierten en capital fijo en el nuevo territorio. Las inversiones en títulos valores pueden promover la construcción de vías férreas, autopistas, puertos, presas y otras infraestructuras necesarias para una vigorosa acumulación de capital en el futuro. Pero la tasa de beneficio de estas inversiones a largo plazo en entornos construidos depende finalmente de cómo evolucione la dinámica de acumulación en el país receptor (a menos, como suele suceder, que el Estado receptor garantice determinada tasa de beneficio sobre el capital prestado). Gran Bretaña prestó a Argentina bajo esas condiciones durante las últimas décadas del siglo XIX; Estados Unidos optó por el plan Marshall para Europa (en particular Alemania) y las ayudas a Japón cuando entendió claramente que su propia seguridad económica (dejando a un lado el aspecto militar de la Guerra Fría) precisaba de la reanimación de la actividad capitalista en estos espacios.

Pero como ilustra notoriamente este último caso, suelen surgir contradicciones, porque los nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital acaban generando excedentes y buscan modos para absorberlos mediante sus propias expansiones geográficas. Japón y Alemania se convirtieron en serios competidores del capital estadounidense desde finales de la década de los sesenta, del mismo modo que Estados Unidos comenzó a competir seriamente con el capital británico (contribuyendo con ello a hundir su imperio) a comienzos del siglo XX. Siempre tiene interés precisar el momento en que el fuerte desarrollo interno desata una búsqueda de soluciones espaciales. En Japón eso sucedió durante la década de los sesenta, primero mediante el comercio y luego mediante la exportación de capital como inversión directa, en primer lugar hacia la Unión Europea y Estados Unidos y más recientemente con inversiones masivas (directas y de cartera) en el este y sureste de Asia en general y en China en particular, y finalmente mediante la actividad crediticia en el exterior (en particular para financiar el déficit por cuenta corriente estadounidense). Corea del Sur se volcó repentinamente hacia el exterior durante la década de los ochenta, seguido por Taiwan a finales de esa misma década, y ambos países se distinguieron por exportar no sólo capital financiero, sino algunas de las prácticas de gestión de la mano de obra más atroces que quepa imaginar, como subcontratistas del capital multinacional en todo el mundo (sobre todo en Centroamérica y África, así como en otros países del este y sureste de Asia). Así pues, hasta países recientemente incorporados al desarrollo capitalista se han encontrado pronto con la necesidad de una solución espacio-temporal para su propio capital excedente sobreacumulado. La rapidez con que algunos de ellos, como Corea del Sur, Singapur y Taiwan, pasaron de ser importadores a exportadores netos de capital ha sido sorprendente comparada con los ritmos más lentos característicos de periodos anteriores. Pero

por la misma razón estos territorios exitosos tienen que ajustarse más rápidamente al efecto bumerán de sus propias soluciones espacio-temporales. China, que absorbe excedentes en forma de inversiones extranjeras directas de Japón, Corea y Taiwan, está suplantando rápidamente a estos países en muchas líneas de producción y exportación.

El exceso de capacidad generalizado que Brenner detecta particularmente a partir de 1980 puede de esta forma descomponerse en un centro económico hegemónico (la tríada formada por Estados Unidos, Japón y Europa occidental) y una serie multiestratificada y proliferante de soluciones espacio-temporales, sobre todo en el este y sureste de Asia, pero que se extiende también a algunos países de América Latina (sobre todo Brasil, México y Chile), a los que se suma desde el fin de la Guerra Fría una serie de rápidos avances hacia Europa oriental. Aunque esta cascada de soluciones espacio-temporales se puede entender en términos de relaciones entre territorios, se trata de hecho de relaciones materiales y sociales entre regiones constituidas mediante los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo. Las fricciones territoriales formales entre Taiwan y la China continental parecen entonces totalmente anacrónicas cuando se observan en el contexto de la creciente integración de las regiones industriales de Taipei y Shanghai.

Este proceso tiene dos posibles salidas globales. De acuerdo con la primera, se renuevan una y otra vez las soluciones espacio-temporales, y los capitales excedentes se absorben de forma episódica. Las que yo llamo «crisis itinerantes» tienden a reorientar los flujos de capital de un espacio a otro: el sistema capitalista permanece en conjunto relativamente estable, aunque las partes sufren dificultades periódicas (como la desindustrialización aquí o desvaloraciones parciales allá). Esta volatilidad interregional tiende a reducir durante un tiempo los peligros conjuntos de la sobreacumulación y la devaluación, aunque el malestar localizado puede llegar a ser muy serio de vez en cuando. En cierto sentido podría caracterizarse así la volatilidad experimentada durante las dos últimas décadas, claramente manipulada, si no dirigida, por el complejo Wall Street-Departamento del Tesoro estadounidense-FMI en beneficio del capital financiero, de Wall Street y de la economía estadounidense. En cada etapa se plantea, por supuesto, cuál será el próximo territorio al que puede afluir rentablemente el capital, y por qué.

En la coyuntura actual un candidato obvio para absorber el capital excedente es China, y un breve repaso no sólo ilustrará su potencialidad como solución espacio-temporal al problema de la sobreacumulación, sino que también cobra relevancia en relación con un eventual desplazamiento de hegemonía en el sistema global. China se ha convertido en un importante receptor de inversiones directas extranjeras, que han pasado de 5.000 millones netos de dólares en 1991 a unos 50.000 millones en 2002. El mercado chino también está creciendo muy rápidamente, ya que en los últimos años la renta urbana crece a una tasa del 11 por 100 anual y la rural del 6 por 100 anual. Y no sólo crece el mercado interno, sino también el de bienes importados. En 2001-2002

varias multinacionales, como General Motors, obtuvieron la mayor parte de los beneficios de sus ventas en China. No se debe ignorar, pues, la enorme potencialidad del mercado interno chino, ni que parte de la inversión directa extranjera —por ejemplo, en microelectrónica— apunta tanto a la venta en el país como a la exportación hacia el resto del mundo. Pero aún más espectaculares son las perspectivas para la inversión en infraestructuras a largo plazo. Desde 1998 los chinos han procurado absorber su gran excedente de fuerza de trabajo (y limitar la amenaza de conflictividad social) mediante inversiones, financiadas con créditos, en megaproyectos que dejan pequeña la ya gigantesca presa de las Tres Gargantas. Se plantean ahora un proyecto mucho más ambicioso (que costará más de 60.000 millones de dólares) para trasvasar agua del Yangtsé al río Amarillo. Están construyendo metros y autopistas en las principales ciudades y se proponen construir 13.500 kilómetros de nuevas vías férreas para enlazar el interior con la zona costera, mucho más dinámica económicamente, incluyendo una vía de alta velocidad entre Shanghai y Pekín y una derivación hacia el Tibet. Las infraestructuras urbanas se están mejorando en muchas ciudades y la celebración de los Juegos Olímpicos en Pekín supone una oportunidad para la realización de grandes inversiones. Ese esfuerzo es en conjunto mucho mayor que el emprendido por Estados Unidos durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, y podría quizás absorber los excedentes de capital durante varios años. Se financia, no obstante, mediante déficit públicos y ello conlleva grandes riesgos, ya que si las inversiones no devuelven su valor al proceso de acumulación a su debido tiempo, China puede verse afectada por una crisis presupuestaria, con graves consecuencias para el desarrollo económico y la estabilidad social²². Así y todo, estos planes prometen ser una notable versión de solución espacio-temporal, con implicaciones no sólo para la absorción de capital sobreacumulado, sino desplazando el equilibrio del poder económico y político hacia China como potencia hegemónica regional y colocando, acaso, la región de Asia oriental, bajo el liderazgo chino, en una posición mucho más competitiva frente a Estados Unidos. Todo ello constituye una razón adicional para que Estados Unidos se asegure el control sobre las reservas de petróleo de la cuenca del mar Caspio y de Oriente Próximo que China necesita cada vez más.

Pero otra segunda posibilidad abierta es la de una exacerbación de la competencia internacional, con múltiples centros dinámicos de acumulación de capital enfrentados en la escena mundial, buscando cada uno de ellos su propia solución a los importantes

²² J. KAFIN, «China Gambles on Big Projects for its Stability», *The New York Times* (13 de enero de 2003), pp. A1 y A8; «Made in China, Bought in China», *The New York Times* (5 de enero de 2003), sección «Business», pp. 1 y 10; D. ALTMAN, «China: Partner, Rival or Both», *The New York Times* (2 de marzo de 2003), sección «Money and Business», pp. 1 y 11 y T. CRAMPTON, «A Strong China May Give Boost to its Neighbors», *International Herald Tribune* (23 de enero de 2003), *Economic Outlook*, pp. 16-17.

problemas de sobreacumulación. Dado que a largo plazo no todos pueden tener éxito, o bien sucumben los más débiles, cayendo en serias crisis de devaluación localizada, o bien surgirán rivalidades geopolíticas entre distintas regiones. Esto último puede convertirse, a través de la lógica territorial de poder, en pugnas entre Estados en forma de guerras comerciales y monetarias, con el peligro siempre al acecho de confrontaciones militares (del tipo de las dos guerras mundiales entre potencias capitalistas en el siglo XX). Las soluciones espacio-temporales pueden cobrar entonces un aspecto mucho más siniestro al transmutarse en la imposición de devaluaciones regionales localizadas con la consiguiente destrucción de capital (como sucedió a gran escala en el este y sureste de Asia y en Rusia en 1997-1998). Cómo y cuándo ocurra esto depende empero de las formas explícitas de acción política lanzadas por parte de los poderes estatales así como de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo. La dialéctica entre la lógica territorial y la lógica capitalista está trabajando ahora con gran vigor, pero conviene examinar algunos aspectos adicionales de este proceso para entender mejor cómo funciona realmente.

CONTRADICCIONES INTERNAS

Hegel señala en sus *Grundlinien der Philosophie des Rechts* que las contradicciones internas de la sociedad burguesa, con la sobreacumulación de riqueza en un polo y la creación de una muchedumbre de pobres miserables en el otro, la llevan a buscar soluciones en el comercio exterior y las prácticas coloniales/imperiales²³. Rechaza así la idea de que pueda resolverse el problema de la desigualdad e inestabilidad social mediante mecanismos internos de redistribución. Lenin cita un frase de Cecil Rhodes según la cual el colonialismo y el imperialismo en el exterior eran la única forma posible de evitar la guerra civil en Gran Bretaña²⁴. Las relaciones de clase y la situación de la lucha de clases en una formación social territorialmente acotada afectan claramente a la posibilidad de una solución espacio-temporal.

Son interesantes al respecto ciertos acontecimientos de finales del siglo XIX. Consideremos, por ejemplo, la figura de Joseph Chamberlain (al que se conocía como *Radical Joe*). Estrechamente ligado con los intereses de los industriales liberales de Birmingham, Chamberlain se mostró en un principio resueltamente opuesto al imperialismo (por ejemplo, en las guerras afganas de la década de los cincuenta del siglo XIX) y dedicó mucho tiempo a la reforma educativa y otros proyectos destinados a mejorar las

²³ G. W. F. HEGEL, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Berlín, Nicolai, 1821 [ed. cast.: *Principios de la filosofía del Derecho*, Barcelona, Edhasa, 1999].

²⁴ V. I. LENIN, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Barcelona, Debarris, 2000.

infraestructuras sociales y materiales para la producción y el consumo en su Birmingham natal. Esto crearía, en su opinión, una salida productiva para los excedentes, que serían reembolsados a largo plazo. Se convirtió en una importante figura del movimiento conservador liberal, conoció muy de cerca la marea ascendente de la lucha de clases en Gran Bretaña y en 1885 pronunció un famoso discurso en el que pidió a las clases propietarias que asumieran sus responsabilidades y obligaciones hacia la sociedad (esto es, mejorar las condiciones de vida de los menos favorecidos e invertir en infraestructuras materiales y sociales en interés de la nación) en lugar de defender únicamente sus derechos individuales como propietarios. La reacción de descontento de las clases propietarias le obligó a echarse atrás y desde aquel momento se convirtió en el más ardiente defensor del imperialismo (llevando a Gran Bretaña en sus últimos años como ministro de las Colonias, al desastre de la Guerra de los Bóers en Sudáfrica). Una trayectoria como la suya es muy típica de aquella época. En Francia Jules Ferry, partidario fervoroso de las reformas (en particular en la educación) durante la década de los sesenta del siglo XIX, se inclinó en favor de la conquista colonial tras la Comuna de 1871 (hundiendo a Francia en el pantanal del sureste de Asia hasta la derrota de Dien Bien-Phu en 1954); y en Estados Unidos Theodore Roosevelt, tras la famosa declaración de Frederic Jackson Turner de que la frontera estadounidense estaba ya cerrada (aunque todavía quedaban muchas posibilidades de inversión en el sur y en el oeste), pasó a apoyar las prácticas imperiales en vez de las reformas internas²⁵.

En todos esos casos, el viraje hacia una forma liberal de imperialismo (vinculada a la ideología del progreso y de la misión civilizadora de Occidente) no fue producto de imperativos económicos absolutos, sino de la falta de voluntad política demostrada por la burguesía de renunciar a ninguno de sus privilegios y absorber la sobreacumulación internamente mediante reformas sociales en su propio país, cediendo a las crecientes reivindicaciones del movimiento obrero. Hobson, por ejemplo, señaló que ése era el problema clave y defendió una política socialdemócrata que lo neutralizara²⁶. Resulta de una importancia decisiva, por lo tanto, el papel desempeñado por las relaciones de clase y por la lucha de clases, así como por el modelo particular de alianzas de clase que se forman en el Estado (incluida la que se establece entre trabajadores y capitalistas en torno a proyectos imperiales), para evaluar el ímpetu con que se emprenden las políticas

²⁵ Existe una recopilación poco conocida pero fascinante de C.-A. JULIEN, J. BRUHAT, C. BOURGAIN, M. CROUZET y P. RENOUVIN, *Les Politiques d'expansion impérialiste*, París, Presses Universitaires de France, 1949, sobre ese giro radical en muchos países capitalistas, provocado por la dinámica de la lucha de clases, de las soluciones internas a las externas para los problemas político-económicos. Los casos de Ferry, Chamberlain, Roosevelt, Crispi y otros son examinados comparativamente.

²⁶ P. CAIN, *Hobson and Imperialism: Radicalism, New Liberalism and Finance, 1887-1938*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

imperialistas y el impulso hacia el exterior en busca de soluciones espacio-temporales. Fueron problemas políticos internos de este tipo los que condujeron entre 1884 y 1945 a muchas potencias europeas a buscar en el exterior una solución para sus problemas, y eso dio una coloración específica a la forma que adoptó el imperialismo europeo durante aquellos años. Resulta sorprendente, por ejemplo, la cantidad de figuras liberales y aun radicales que se convirtieron en orgullosos imperialistas y la colaboración prácticamente sin reservas del movimiento obrero con el proyecto imperial, aunque para ello fue preciso que los intereses burgueses se pusieran al mando de la política estatal y del poder militar. Creo, por consiguiente, que Arendt tiene razón, como indiqué en el capítulo 2, al interpretar el imperialismo que surgió a finales del siglo XIX como «la primera etapa del dominio político de la burguesía más que la última fase del capitalismo», que era como lo caracterizaba Lenin²⁷. Sobre esta cuestión, no obstante, volveremos en el capítulo 5.

EL PAPEL DE LAS INSTITUCIONES MEDIADORAS

Es importante reconocer el decisivo papel mediador de los dispositivos y poderes financieros e institucionales (en particular los del Estado) en los procesos de acumulación de capital. Pero también hay que realizar un examen cuidadoso de las diferentes formas que pueden asumir tales instituciones mediadoras y de los consiguientes efectos sobre los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo. En su estudio de la crisis de 1997-1998 en el este y sureste de Asia, por ejemplo, Henderson muestra que la diferencia entre Taiwán y Singapur (que escaparon relativamente indemnes excepto en lo que hace a la devaluación de la moneda) y Tailandia e Indonesia (que sufrieron un colapso económico y político casi total) reflejaba las diferencias entre sus respectivas políticas estatales y financieras²⁸. Mientras que los primeros estaban protegidos frente a los flujos especulativos por Estados fuertes y mercados financieros controlados, los últimos, que habían liberalizado sus mercados de capitales, no lo estaban. Diferencias de ese tipo tienen siempre gran importancia; en este caso determinaron efectivamente quién se iba a ver golpeado por una devaluación salvaje y quién no.

En relación con esta cuestión no puedo hacer aquí mucho más que reconocer su importancia política. Evidentemente, la persistente turbulencia que rige las relaciones que entablan los Estados, supraEstados y poderes financieros, por un lado, y la dinámica más general de la acumulación de capital (producción y devaluaciones selectivas),

²⁷ H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, p. 18.

²⁸ J. HENDERSON, «Uneven Crises: Institutional Foundations of East Asian Economic Turmoil», *Economy and Society* 28/3 (1999), pp. 327-368.

por otro, ha sido uno de los elementos más significativos y más complejos del desarrollo geográfico desigual y la política imperialista durante el periodo iniciado en 1973. Creo que Gowan tiene razón al juzgar la reestructuración radical del capitalismo internacional a partir de esa fecha como una serie de apuestas desesperadas por parte de Estados Unidos para mantener su posición hegemónica en la economía mundial contra Europa, Japón y más tarde el Este y Sureste de Asia en general, iniciadas durante la crisis de 1973 con la doble estrategia de Nixon de aumentar el precio del petróleo y desregular la actividad financiera. A los bancos estadounidenses se les otorgó entonces el derecho exclusivo de reciclar las grandes cantidades de petrodólares acumuladas en la región del Golfo²⁹, lo que recentró la actividad financiera global en Estados Unidos y le puso contribuyó, junto a las reformas internas del sistema financiero acometidas en Estados Unidos, a salvar a Nueva York de su propia crisis económica local. Surgió así un poderoso régimen financiero Wall Street-Departamento del Tesoro estadounidense, con capacidad de control sobre las instituciones financieras globales (como el FMI) y de fortalecer o perjudicar las economías extranjeras más débiles mediante la manipulación del crédito y el recurso a prácticas de gestión de la deuda. Este régimen monetario y financiero fue utilizado por las sucesivas Administraciones estadounidenses, prosigue Gowan, «como un formidable instrumento de acción política [...] para acelerar tanto el proceso de globalización como las transformaciones domésticas neoliberales asociadas con éste». El régimen se nutría de las propias crisis: «una crisis provocada internacionalmente indica, entonces, que es el momento de que el FMI y el BM asuman el papel de actores auxiliares que el régimen les asigna [...]. Su tarea consiste en asegurar que el Estado en cuestión se ajuste internamente para que pueda mantener el servicio de sus deudas con Wall Street [...]. Una crisis financiera en un país del sur podía estimular realmente a Wall Street mediante la fuga de capitales. Cuando una crisis financiera sacudía un país, escapaban grandes cantidades de capital, no sólo de ese país, sino también de otros susceptibles de contagio, y los fondos se dirigían al centro financiero angloamericano, impulsando la liquidez, bajando los tipos de interés y provocando un impacto normalmente saludable»³⁰. El resultado fue la proyección hacia el exterior del poder financiero estadounidense (en alianza con otros donde ello era posible) para obligar a abrir los mercados, en particular a los flujos de capital y financieros (lo que ahora es una condición, impuesta por Estados Unidos, para pertenecer al FMI), e imponer otras prácticas neoliberales (sobre todo los acuerdos de la OMC) a casi todo el resto del mundo.

²⁹ P. GOWAN, *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999, p. 21. [ed. cast., *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo neoestadounidense*, Cuadernos de Antagonismo 6, Madrid, Ediciones Akal, 2000, pp. 39-40].

³⁰ *Ibid.*, pp. 13 y 57-58; p. 64.

Sobre este asunto caben dos puntualizaciones importantes. En primer lugar, se suele afirmar que el libre comercio de mercancías abre el mundo a una competición despejada y libre; pero ya hemos visto que da lugar necesariamente, cuando se inserta en el espacio, a la competencia monopolista, generando asimetrías en el intercambio hasta en las mejores circunstancias. Todo el argumento falla, como señaló hace tiempo Lenin, frente al poder concentrado de los monopolios y oligopolios (ya sea en la producción o en el consumo). Estados Unidos, por ejemplo, ha negado repetidamente a otros países el acceso a su enorme mercado para obligarles a plegarse a sus deseos, en una versión gargantuesca de la asimetría en el intercambio que siempre va aneja a las relaciones espaciales. La muestra más reciente (y relevante) proviene del representante de la delegación comercial estadounidense Robert Zoellick, quien dijo que si Lula, el recientemente elegido presidente de Brasil por el Partido de los Trabajadores, no se muestra de acuerdo con los planes estadounidenses de libre mercado para las Américas, se encontraría pronto con que sólo podría «exportar a la Antártida»³¹. Taiwán y Singapur se vieron obligados (como anteriormente Corea del Sur, como contrapartida por el rescate del FMI a requerimiento del Departamento del Tesoro estadounidense) a abrir sus mercados financieros al capital especulativo, a pesar de que había sido precisamente el control sobre estos últimos lo que les había permitido evitar la devaluación, y a adherirse a la OMC y acomodarse a sus reglas ante la amenaza estadounidense de negarles acceso a su mercado. Estados Unidos plantea ahora añadir una condición de «acceso abierto al mercado» a sus «Donaciones para el Nuevo Milenio», las ayudas que ofrece a los países pobres. A cambio de tales ayudas, estos países deben adoptar mecanismos institucionales compatibles con los de Estados Unidos y someterse a cualquier decisión que los poderes superiores del capital monopolizado deseen o necesiten tomar. En cuanto a la producción, los oligopolios basados en las regiones del centro capitalista controlan eficazmente la de semillas, fertilizantes, electrónica, *software* para ordenadores, informática, productos farmacéuticos y derivados del petróleo, así como otras actividades productivas. En estas condiciones, las nuevas aperturas de mercados no fomentan la competencia, sino oportunidades para que prosperen los poderes monopolistas, con todo tipo de consecuencias sociales, ecológicas, económicas y políticas. Esto es tan cierto en lo que se refiere a la exportación de capitales multinacionales para producir zapatos y camisas en el sureste de Asia y en América Latina como para la comercialización de Coca-Cola. Hasta algo aparentemente tan benéfico como la Revolución Verde, si bien ha posibilitado un aumento de la producción agrícola, ha supuesto también, según la mayoría de los analistas, una considerable concentración de la riqueza en el sector agrario y niveles más elevados de dependencia en todo el este y sureste de Asia.

³¹ *Buenos Aires Herald* (31 de diciembre de 2002), editorial, p. 4.

de inputs monopolizados. La penetración en el mercado chino de las compañías tabaqueras estadounidenses les permite compensar sus pérdidas en el mercado estadounidense, pero generará seguramente un deterioro de la salud pública en China en las próximas décadas. En todos estos aspectos, los alegatos habituales en favor del neoliberalismo, pretendiendo que favorece la competencia abierta en vez de la monopolista, así como un comercio libre y equitativo, resultan fraudulentos, enmascaradas como suele suceder por el fetichismo del mercado.

También existe, como reconocen hasta los defensores del libre comercio, una enorme diferencia entre la circulación fluida de mercancías y la libertad de movimientos del capital financiero. Así pues, ¿de qué tipo de mercados libres estamos hablando? Hay quienes, como J. Bhagwati, defienden vigorosamente el libre comercio de mercancías, pero se oponen a la idea de ampliar esa libertad a los flujos financieros³². El problema es el siguiente: por un lado, los flujos crediticios son vitales para las inversiones productivas y la reubicación de capital de una línea de producción a otra o de un lugar a otro. También desempeñan un papel importante en el establecimiento de una relación potencialmente equilibrada entre las necesidades de consumo (vivienda, por ejemplo) y las actividades productivas en un mercado mundial espacialmente segmentado por los excedentes que se acumulan en un espacio y las escaseces patentes en otro. En todos esos aspectos el sistema financiero (con o sin la intervención del Estado) es decisivo para coordinar la dinámica de la acumulación de capital. Pero el capital financiero también incluye muchas actividades no productivas en las que el dinero se utiliza simplemente para hacer más dinero mediante la especulación en futuros, valores de las monedas, deudas y cosas parecidas. Cuando se dispone de grandes cantidades de capital para tales efectos, los mercados de capital abiertos se convierten en canales para la actividad especulativa que, como vimos durante la década de los noventa con las «burbujas» de las empresas *punto.com* y de los mercados de valores, da lugar a profecías autocumplidas; de ese modo los *hedge funds*, armados con billones de dólares apañados, pudieron llevar a Indonesia e incluso a Corea del Sur a la quiebra por muy vigorosa que fuera su economía productiva. Gran parte de lo que se negocia en Wall Street no tiene nada que ver con la inversión en actividades productivas; es pura especulación (y de ahí los calificativos de capitalismo «de casino» o incluso «buitresco»). Pero esta actividad tiene un profundo impacto en la dinámica general de la acumulación de capital, y muy en particular en el recentramiento del poder político-económico, sobre todo en Estados Unidos, pero también en los mercados financieros de otros países del centro (Tokio, Londres, Frankfurt).

³² J. BHAGWATI, «The Capital Myth: The Difference between Trade in Widgets and Dollars», *Foreign Affairs* 77/3 (1998), pp. 7-12.

LA INTERVENCIÓN DEL ESTADO

Aquí es donde entra en escena la política territorial del Estado y el imperio reclamando un papel protagonista en el continuo drama de la acumulación y sobreacumulación incesante de capital. El Estado es la entidad política, el organismo político, más capacitada para orquestar los dispositivos institucionales y manipular las fuerzas moleculares de acumulación de capital a fin de preservar la pauta de asimetrías en el intercambio más provechosa para los intereses capitalistas dominantes que funcionan en su marco. No debe, pues, sorprendernos que la OMC proclame la bondad del libre comercio al tiempo que protege de hecho un comercio desigual en el que los países más ricos mantienen su ventaja colectiva sobre los más pobres; esto es típico de las prácticas imperiales. Gran Bretaña defendió el comercio libre (y desigual) durante el siglo XIX mientras le resultó ventajoso, pero abandonó esa postura tan pronto como comenzó a beneficiar más a otros. Estados Unidos enarboló la bandera de las «puertas abiertas» y luego del libre comercio, hasta el punto de que la retórica actual de la Administración de Bush lo equipara a «la libertad» sin presumir ninguna posible incompatibilidad entre la libre autodeterminación, por un lado, y la disciplina impuesta de los mercados libres y el comercio desigual, por otro. El imperialismo, en este terreno, equivale a imponer condiciones y dispositivos institucionales a los demás, normalmente en nombre del bienestar universal. Éste es el aspecto central de la política actual de la Administración de Bush, como señalé en el capítulo I. «Queremos una paz justa —escribía el presidente mientras se preparaba para ir a la guerra—, para que la represión, el resentimiento y la pobreza sean sustituidos por la esperanza de la democracia, el desarrollo, el libre mercado y el libre comercio, [que han] demostrado su capacidad para sacar a sociedades enteras de la pobreza.» Estados Unidos está dispuesto a hacer ese regalo de la libertad (de mercado) al mundo, lo quiera o no.

Cómo tenga lugar de hecho todo esto depende decisivamente de la naturaleza del gobierno y las formas dominantes de las alianzas de clase, en particular en los países del centro que primero producen y luego controlan el desembolso de capitales excedentes. Estos países ejercen una influencia desproporcionada sobre la arquitectura financiera mediante la que se aplican las soluciones espacio-temporales y están, por lo tanto, en condiciones de inclinar en su propio beneficio las inevitables asimetrías que se producen en el intercambio espacial. El surgimiento de un complejo Wall Street-Departamento del Tesoro en Estados Unidos, capaz de controlar instituciones como el FMI y de proyectar un enorme poder financiero sobre todo el mundo mediante una red de instituciones financieras y gubernamentales, ha ejercido una influencia enorme sobre la dinámica del capitalismo global en los últimos años. Pero este centro de poder sólo puede operar como lo hace porque el resto del mundo está «enredado» y «enganchado» (de hecho «encadenado» por los grilletes de la deuda) en un marco estructurado de instituciones financieras y gubernamentales (incluso supranacionales) férreamente controladas.

El panorama general es, pues, el de un mundo interconectado espacio-temporalmente por flujos financieros de capital excedente, con aglomeraciones de poder político y económico en puntos nodales clave (Nueva York, Londres, Tokio), bien para absorber y dirigir los excedentes hacia la producción, sobre todo en proyectos a largo plazo en distintos lugares (desde Bangladesh hasta Brasil o China), bien para utilizar el poder especulativo con el fin de descargar el peso de la sobreacumulación, mediante crisis de devaluación, sobre territorios vulnerables. Está claro que son las poblaciones de esos territorios vulnerables las que pagan entonces el pato en términos de pérdida de activos, de puestos de trabajo y de seguridad económica, por no mencionar la pérdida de dignidad y esperanza. Y por la misma lógica que son los territorios más vulnerables los que se ven golpeados primero, son los sectores más vulnerables de la población de esos territorios los que soportan lo más pesado de la carga. Fueron los campesinos pobres de México, Tailandia y Brasil los que más sufrieron las consecuencias de las crisis financieras de las décadas de los ochenta y los noventa. El capitalismo sobrevive, por lo tanto, no sólo mediante una serie de soluciones espacio-temporales que absorben el exceso de capital de modos productivos y constructivos, sino también mediante la devaluación y destrucción administrada como correctivo a lo que se suele calificar como despilfarro presupuestario de quienes se endeudan. La simple idea de que quienes prestan irresponsablemente también podrían ser responsables es por supuesto descartada por las elites dominantes. Cabría pensar en pedir cuentas a las ricas clases propietarias en todas partes, pidiéndoles que atiendan a sus responsabilidades más que a su derecho inalienable a la propiedad privada y a una tasa de beneficio satisfactoria. Pero, como descubrió Joseph Chamberlain, políticamente es mucho más fácil saquear a poblaciones lejanas (en particular las que son racial, étnica o culturalmente diferentes) que enfrentarse al poder abrumador de la clase capitalista en el propio país. El aspecto siniestro y destructivo de las soluciones espacio-temporales al problema de la sobreacumulación aparece así como un elemento tan decisivo en la geografía histórica del capitalismo como su contrapartida creativa en la construcción de un nuevo entorno para ajustarse tanto a la acumulación incesante de capital como a la acumulación incesante de poder político.

Si hay que creer a la retórica oficial, el complejo de dispositivos institucionales que ahora vehiculan los flujos de capital por todo el mundo debe servir para mantener y apoyar la reproducción ampliada (crecimiento), a fin de contrarrestar cualquier tendencia hacia la crisis y de afrontar seriamente el problema de la reducción de la pobreza. Pero, si falla ese proyecto, se puede tratar de acumular por otros medios. Como la guerra en relación con la diplomacia, la intervención del capital financiero respaldado por el poder estatal equivale con frecuencia a la acumulación por otros medios: la perversa alianza entre los poderes del Estado y los comportamientos depredadores del capital financiero constituye el pico y las garras de un «capitalismo buitresco» que ejercita prácticas caníbales y devaluaciones forzadas cuando habla de conseguir un desarrollo global armonioso. Pero ¿cómo debemos interpretar estos «otros medios» de acumulación?

IV

La acumulación por desposesión

Rosa Luxemburg afirma que la acumulación de capital tiene un carácter dual:

Como todo proceso histórico concreto, reúne dos aspectos distintos: de un lado, tiene lugar en los sitios de producción del plusvalor: en la fábrica, en la mina, en el mundo agrícola y en el mercado de mercancías. Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del intercambio de mercancías, del cambio de equivalencias. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases. El otro aspecto de la acumulación de capital se da entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan, como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra... Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión y el pillaje. Por eso cuesta trabajo a veces discernir las leyes rigurosas del proceso económico entre la maraña de violencia y porfías por el poder¹.

¹ R. LUXEMBURG, *Die Akkumulation der Kapitalen*, Dresde, Dresdner Volkszeitung, 1912 (ed. cast.: *La acumulación del capital*, México DF: Grijalbo, 1967, p. 351; en la edición más reciente de Orbis-Grijalbo, Barcelona, 1985, esos párrafos figuran en la p. 113 del vol. II).

De acuerdo con sus análisis, estos dos aspectos de la acumulación están «orgánicamente entrelazados» y «la evolución histórica del capitalismo sólo se puede entender considerándolos en su relación mutua».

¿SUBCONSUMO O SOBREALACUMULACIÓN?

Luxemburg basa su análisis en una concepción particular de las tendencias a la crisis del capitalismo. El problema, argumenta, es el subconsumo, una escasez general de demanda efectiva que compense el aumento de producción que genera el capitalismo. Esta dificultad se debe a la explotación de los trabajadores, que por definición reciben mucho menos valor para gastar que el que producen, y a que los capitalistas se ven obligados a reinvertir, al menos en parte, en lugar de consumir. Después de examinar las distintas formas en que se podría equilibrar la supuesta diferencia entre oferta y demanda efectiva, Luxemburg concluye que el comercio con formaciones sociales no capitalistas proporciona la única forma eficaz de estabilizar el sistema. Si esas formaciones sociales o territorios se muestran reacias a comerciar, se les debe obligar por la fuerza de las armas (como sucedió con las guerras del opio en China). Ahí reside, en su opinión, la razón principal del imperialismo. Un corolario posible de esa proposición (aunque Luxemburg no lo plantee explícitamente) es que, para que el sistema perdure, los territorios no capitalistas deben permanecer (por la fuerza si es necesario) en esa situación no capitalista. Esto podría explicar las características ferozmente represivas de muchos de los regímenes coloniales durante la segunda mitad del siglo XIX.

Pocos serían los que aceptarían hoy día la teoría luxemburguista del subconsumo como razón de las crisis². La teoría de la sobreacumulación, en cambio, señala como problema fundamental la falta de oportunidades para una inversión rentable. En ciertas ocasiones, una demanda de consumo insuficiente puede ser parte del problema; de ahí la importancia en nuestros días de eso que llaman «confianza de los consumidores» (que consiste en la incapacidad de los compradores compulsivos para mantener guardadas en la cartera o el bolso sus tarjetas de crédito) como indicador de la fuerza y estabilidad de la economía. El desajuste que Luxemburg creía apreciar se puede cerrar fácilmente mediante la reinversión que genera su propia demanda de bienes de capital y otros *inputs*. Y, como hemos visto en el caso de las soluciones espacio-temporales, la expansión geográfica del capitalismo que subyace bajo gran parte de la actividad imperialista contribuye a la estabilización del sistema precisamente porque genera demanda, tanto de inversión como de bienes de consumo, en otros lugares. Evidentemente pue-

² Véanse, por ejemplo, M. BLEANEY, *Underconsumption Theories*, Londres, Methuen, 1976; A. BREWER, *Marxist Theories of Imperialism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980.

den surgir desequilibrios entre sectores o regiones y producirse ciclos económicos y recesiones localizadas. Pero también es posible acumular aunque la demanda efectiva se estanque si el coste de los *inputs* (tierra, materias primas, productos intermedios, fuerza de trabajo) disminuye significativamente. Para mantener abiertas oportunidades rentables es, por consiguiente, tan importante el acceso a *inputs* más baratos como el acceso a nuevos mercados, de lo que se desprende la necesidad de obligar a los territorios no capitalistas no sólo a comerciar (lo que efectivamente ayuda), sino también a permitir la inversión de capital en operaciones rentables utilizando fuerza de trabajo, materias primas, tierra, etc., más baratos. La tendencialidad de la lógica capitalista de poder no apunta a mantener determinados territorios al margen del desarrollo capitalista, sino todo lo contrario. Desde este punto de vista la represión colonial que indudablemente tuvo lugar a finales del siglo XIX debe interpretarse en realidad como un fracaso, ya que la lógica territorial bloqueó la lógica capitalista. El temor a la emulación condujo a Gran Bretaña, por ejemplo, a evitar que la India desarrollara una vigorosa dinámica capitalista, y frustró así las posibilidades de soluciones espacio-temporales en aquella región. La dinámica abierta de la economía atlántica hizo más por Gran Bretaña que la represión con que mantuvo su imperio colonial en la India, de la que ciertamente extraía abundantes excedentes pero que nunca se aprovechó como un campo importante para el despliegue del capital excedente británico. Por la misma razón, fue la dinámica abierta del comercio atlántico la que creó la posibilidad del desplazamiento de Gran Bretaña por Estados Unidos como potencia hegemónica global. Si Arendt tiene razón y la acumulación incesante de capital requiere una acumulación incesante de poder político, resulta imposible evitar tales transiciones, y cualquier intento en tal sentido conducirá al desastre. La formación de imperios cerrados tras la Primera Guerra Mundial desempeñó probablemente un importante papel en la incapacidad para resolver el problema de sobreacumulación de la década de los treinta y preparó el terreno para los conflictos territoriales de la Segunda Guerra Mundial. La lógica territorial dominó y frustró la lógica capitalista, llevándola a una crisis casi terminal por mor de un conflicto territorial.

El peso de las pruebas histórico-geográficas ofrecidas por el siglo XX corrobora en general la tesis de la sobreacumulación. Aun así, en la formulación de Luxemburg hay muchos aspectos interesantes. Ante todo, la idea de que el capitalismo debe tener siempre algo «fuera» para estabilizarse es digna de estudio, particularmente porque se hace eco de la concepción de Hegel, de la que nos ocupamos en el capítulo 3, de una dialéctica interna del capitalismo que le obliga a buscar soluciones externas. Considérese, por ejemplo, la argumentación de Marx con respecto a la creación de un ejército de reserva industrial³. La acumulación de capital, en ausencia de fuertes corrientes de

³ K. MARX, *El capital*, libro I, t. 3, cap. 23.3, Madrid, Ediciones Akal, 2000, pp. 91 ss.

cambio tecnológico capaz de ahorrar trabajo, requiere un aumento continuo de la fuerza de trabajo. Esto puede lograrse de varias maneras. El incremento de la población es importante (y la mayoría de los analistas olvidan las reflexiones de Marx sobre esa cuestión). El capital también puede incorporar «reservas latentes» procedentes del campesinado, o bien movilizar fuerza de trabajo barata existente en las colonias o favorecer la inmigración de trabajadores peor pagados. Si estos mecanismos fallan, también puede utilizar sus recursos para inducir cambios tecnológicos y su capacidad de inversión para provocar desempleo, creando así directamente un ejército industrial de reserva. Este desempleo ejerce una presión a la baja sobre los salarios y abre así nuevas oportunidades para una inversión rentable del capital. Ahora bien, en todos estos casos el capitalismo requiere efectivamente que haya algo «fuera» para poder acumular, pero en el último lo que hace es arrojar a trabajadores fuera del sistema en determinado momento a fin de tenerlos disponibles para la acumulación en un momento posterior. Dicho en el lenguaje de la actual teoría política posmoderna, podríamos decir que el capitalismo crea necesariamente (siempre) su propio «otro». La idea de que algún tipo de «exterior» es necesario para la estabilización del capitalismo tiene por consiguiente cierta importancia. Pero el capitalismo puede hacer uso de algún exterior preexistente (formaciones sociales no capitalistas o algún sector en el propio capitalismo —como la educación— todavía no proletariado) o puede fabricarlo activamente. En lo que sigue propongo tomar muy en serio esta dialéctica «interior-exterior». Examinaré cómo la «relación orgánica» entre la reproducción ampliada, por un lado, y lo que es a menudo un violento proceso de desposesión, por otro, ha configurado la geografía histórica del capitalismo. Esto nos ayudará a comprender mejor cómo opera la forma capitalista de imperialismo.

Arendt, curiosamente, ofrece un análisis parecido. Las depresiones de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XIX en Gran Bretaña, en su opinión, propulsaron el inicio de una nueva forma de imperialismo:

«La expansión imperialista fue provocada por un tipo curioso de crisis económica, la sobreproducción de capital y el surgimiento de dinero «superfluo», resultado del exceso de ahorro, que no podía encontrar ya inversiones productivas dentro de las fronteras nacionales. Por primera vez, la inversión de poder no preparó el camino para la inversión de dinero, sino que siguió dócilmente la vía abierta por el dinero exportado, ya que las inversiones no controladas en países distantes amenazaban con transformar grandes franjas de la sociedad en jugadores y el conjunto de la economía capitalista en un sistema de especulación financiera, sustituyendo las ganancias de la producción por los beneficios obtenidos en concepto de comisiones. Durante la década inmediatamente anterior a la era imperialista, la de los setenta del siglo XIX, se produjo un incremento sin parangón de escándalos financieros y de especulación en el mercado de valores.

Este escenario nos suena muy familiar contemplando las experiencias de las décadas de los ochenta y los noventa. Pero la descripción de Arendt de la respuesta burguesa es aún más llamativa. La burguesía se percató «por primera vez de que el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible “la acumulación original de capital” (Marx) y había impulsado la acumulación subsiguiente, tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando»⁴.

El proceso que Marx, siguiendo a Adam Smith, llamó acumulación «primitiva» u «originaria», constituye en opinión de Arendt una fuerza importante y permanente en la geografía histórica de la acumulación de capital mediante el imperialismo. Como en el caso de la oferta de fuerza de trabajo, el capitalismo siempre requiere un fondo exterior de activos para afrontar y superar las presiones de la sobreacumulación. Si tales activos, como una tierra «vacía» o nuevas fuentes de materias primas, no están disponibles, el capitalismo debe producirlos de algún modo. Marx, sin embargo, sólo considera esa posibilidad en el caso de la creación de un ejército de reserva industrial mediante el desempleo inducido tecnológicamente. Es interesante considerar por qué.

Las reticencias de Marx

La teoría general de Marx sobre la acumulación de capital parte de ciertas hipótesis cruciales, que poco más o menos equivalen a las de la economía política clásica: mercados competitivos que funcionan libremente con dispositivos institucionales de propiedad privada, individualismo jurídico y libertad contractual, más las correspondientes estructuras jurídicas y gubernamentales garantizadas por un Estado «facilitador» que también asegura la estabilidad del dinero como depósito de valor y medio de circulación. El papel del capitalista como sujeto que produce e intercambia mercancías está ya bien asentado, y la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía que, en general, se compra y se vende por su precio de mercado. La acumulación «primitiva» u «original» ha quedado atrás y la acumulación tiene lugar ahora como reproducción ampliada (aunque mediante la explotación del trabajo vivo en la producción), en condiciones de «paz, propiedad e igualdad». Estas hipótesis nos permiten entrever qué ocurriría si se materializara el proyecto liberal de la economía política clásica, que equivale en nuestra época al proyecto neoliberal. El eficaz método dialéctico de Marx, como señala entre otros Luxemburg, permite mostrar que la liberalización del mercado —el credo de liberales y neoliberales— no producirá un sociedad armoniosa en la que todos prosperen, sino, por el contrario, niveles cada vez mayores de desigualdad social (como ha sucedido de hecho durante los últimos treinta años de neoliberalismo, particular-

⁴ H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, pp. 15 y 28.

cambio tecnológico capaz de ahorrar trabajo, requiere un aumento continuo de la fuerza de trabajo. Esto puede lograrse de varias maneras. El incremento de la población es importante (y la mayoría de los analistas olvidan las reflexiones de Marx sobre esa cuestión). El capital también puede incorporar «reservas latentes» procedentes del campesinado, o bien movilizar fuerza de trabajo barata existente en las colonias o favorecer la inmigración de trabajadores peor pagados. Si estos mecanismos fallan, también puede utilizar sus recursos para inducir cambios tecnológicos y su capacidad de inversión para provocar desempleo, creando así directamente un ejército industrial de reserva. Este desempleo ejerce una presión a la baja sobre los salarios y abre así nuevas oportunidades para una inversión rentable del capital. Ahora bien, en todos estos casos el capitalismo requiere efectivamente que haya algo «fuera» para poder acumular, pero en el último lo que hace es arrojar a trabajadores fuera del sistema en determinado momento a fin de tenerlos disponibles para la acumulación en un momento posterior. Dicho en el lenguaje de la actual teoría política posmoderna, podríamos decir que el capitalismo crea necesariamente (siempre) su propio «otro». La idea de que algún tipo de «exterior» es necesario para la estabilización del capitalismo tiene por consiguiente cierta importancia. Pero el capitalismo puede hacer uso de algún exterior preexistente (formaciones sociales no capitalistas o algún sector en el propio capitalismo —como la educación— todavía no proletariado) o puede fabricarlo activamente. En lo que sigue propongo tomar muy en serio esta dialéctica «interior-exterior». Examinaré cómo la «relación orgánica» entre la reproducción ampliada, por un lado, y lo que es a menudo un violento proceso de desposesión, por otro, ha configurado la geografía histórica del capitalismo. Esto nos ayudará a comprender mejor cómo opera la forma capitalista de imperialismo.

Arendt, curiosamente, ofrece un análisis parecido. Las depresiones de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XIX en Gran Bretaña, en su opinión, propulsaron el inicio de una nueva forma de imperialismo:

La expansión imperialista fue provocada por un tipo curioso de crisis económica, la sobreproducción de capital y el surgimiento de dinero «superfluo», resultado del exceso de ahorro, que no podía encontrar ya inversiones productivas dentro de las fronteras nacionales. Por primera vez, la inversión de poder no preparó el camino para la inversión de dinero, sino que siguió dócilmente la vía abierta por el dinero exportado, ya que las inversiones no controladas en países distantes amenazaban con transformar grandes franjas de la sociedad en jugadores y el conjunto de la economía capitalista en un sistema de especulación financiera, sustituyendo las ganancias de la producción por los beneficios obtenidos en concepto de comisiones. Durante la década inmediatamente anterior a la era imperialista, la de los setenta del siglo XIX, se produjo un incremento sin parangón de escándalos financieros y de especulación en el mercado de valores.

Este escenario nos suena muy familiar contemplando las experiencias de las décadas de los ochenta y los noventa. Pero la descripción de Arendt de la respuesta burguesa es aún más llamativa. La burguesía se percató «por primera vez de que el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible “la acumulación original de capital” (Marx) y había impulsado la acumulación subsiguiente, tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando»⁴.

El proceso que Marx, siguiendo a Adam Smith, llamó acumulación «primitiva» u «originaria», constituye en opinión de Arendt una fuerza importante y permanente en la geografía histórica de la acumulación de capital mediante el imperialismo. Como en el caso de la oferta de fuerza de trabajo, el capitalismo siempre requiere un fondo exterior de activos para afrontar y superar las presiones de la sobracumulación. Si tales activos, como una tierra «vacía» o nuevas fuentes de materias primas, no están disponibles, el capitalismo debe producirlos de algún modo. Marx, sin embargo, sólo considera esa posibilidad en el caso de la creación de un ejército de reserva industrial mediante el desempleo inducido tecnológicamente. Es interesante considerar por qué.

Las reticencias de Marx

La teoría general de Marx sobre la acumulación de capital parte de ciertas hipótesis cruciales, que poco más o menos equivalen a las de la economía política clásica: mercados competitivos que funcionan libremente con dispositivos institucionales de propiedad privada, individualismo jurídico y libertad contractual, más las correspondientes estructuras jurídicas y gubernamentales garantizadas por un Estado «facilitador» que también asegura la estabilidad del dinero como depósito de valor y medio de circulación. El papel del capitalista como sujeto que produce e intercambia mercancías está ya bien asentado, y la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía que, en general, se compra y se vende por su precio de mercado. La acumulación «primitiva» u «original» ha quedado atrás y la acumulación tiene lugar ahora como reproducción ampliada (aunque mediante la explotación del trabajo vivo en la producción), en condiciones de «paz, propiedad e igualdad». Estas hipótesis nos permiten entrever qué ocurriría si se materializara el proyecto liberal de la economía política clásica, que equivale en nuestra época al proyecto neoliberal. El eficaz método dialéctico de Marx, como señala entre otros Luxemburg, permite mostrar que la liberalización del mercado —el credo de liberales y neoliberales— no producirá una sociedad armoniosa en la que todos prosperen, sino, por el contrario, niveles cada vez mayores de desigualdad social (como ha sucedido de hecho durante los últimos treinta años de neoliberalismo, particular-

⁴ H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, pp. 15 y 28.

mente en los países que, como Gran Bretaña y Estados Unidos, se han mostrado más partidarios de semejante línea política). También provocará, predice Marx, serias y crecientes inestabilidades que conducirán a crisis crónicas de sobreacumulación (como la que estamos atravesando ahora).

El inconveniente de estas hipótesis es que relegan la acumulación basada en la depredación, el fraude y la violencia a una «etapa original» ya superada o que se considera, como en el caso de Luxemburg, algo «exterior» al capitalismo como sistema cerrado. Una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación «primitiva» u «originaria» en la amplia geografía histórica de la acumulación de capital es, por lo tanto, muy necesaria, como han observado recientemente varios autores⁵. Dado que no parece muy adecuado llamar «primitivo» u «original» a un proceso que se halla vigente y se está desarrollando en la actualidad, en lo que sigue sustituiré estos términos por el concepto de «acumulación por desposesión».

LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

Un examen más detallado de la descripción marxiana de la acumulación primitiva⁶ revela un amplio abanico de procesos, que incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión por la fuerza de las poblaciones campesinas; la conversión de varios tipos de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad privada exclusivos; la supresión del acceso a bienes comunales; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de formas alternativas (indígenas) de producción y consumo; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de bienes (incluidos los recursos naturales); la monetarización del intercambio y los impuestos, en particular sobre la tierra; la trata de esclavos; y la usura, la deuda nacional y más recientemente el sistema de crédito. El Estado, con su monopolio de la violencia y su definición de la legalidad, desempeña un papel decisivo en el respaldo y promoción de estos procesos y, como argumenté en el capítulo 3, hay abundantes pruebas de que la transición al desarrollo capitalista fue y sigue siendo vitalmente dependiente de la actitud del Estado. El papel desarrollista del Estado tiene una larga historia, manteniendo las lógicas territorial y capitalista del poder siempre entrelazadas, aunque no necesariamente concordantes.

⁵ M. PERELMAN, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham (NC), Duke University Press, 2000. También hay un amplio debate en *The Commoner* sobre los nuevos cercamientos y si la acumulación primitiva debe entenderse como un proceso puramente histórico o todavía en auge. DeAngelis (<http://homepages.uel.ac.uk/M.DeAngelis>) ofrece un buen resumen.

⁶ K. Marx, *El capital*, cit., libro I, t. 3, cap. 24.2, pp. 201 ss.

Todas las características de la acumulación primitiva mencionadas por Marx han seguido poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta el día de hoy. Durante las tres últimas décadas se ha acelerado el desplazamiento de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra en países como México y la India; muchos recursos que antes eran de propiedad comunal, como el agua, están siendo privatizados (con frecuencia bajo la presión del Banco Mundial) y sometidos a la lógica de la acumulación capitalista; desaparecen formas de producción y consumo alternativas (indígenas o incluso de pequeña producción, como en el caso de Estados Unidos); se privatizan industrias nacionalizadas; las granjas familiares se ven desplazadas por las grandes empresas agrícolas; y la esclavitud no ha desaparecido (en particular en el comercio sexual).

El estudio crítico efectuado durante años de la teoría marxista de la acumulación primitiva —que en cualquier caso era más un esbozo que una exploración sistemática— me ha llevado a plantear la necesidad de colmar ciertas lagunas. El proceso de proletarianización, por ejemplo, implica una combinación de coerción y apropiación de habilidades, conocimientos, creencias, hábitos de pensamiento y relaciones sociales precapitalistas de quienes están siendo proletarianizados. También desempeñan un papel las estructuras de parentesco, los modelos de organización de las estructuras domésticas y familiares, así como las relaciones de género y autoridad (incluidas las ejercidas mediante la religión y sus instituciones). En ciertos casos las estructuras preexistentes han de ser violentamente reprimidas al no encontrar cabida en el comportamiento de la fuerza de trabajo bajo el capitalismo, pero numerosos estudios muestran que también se intenta integrarlas con la finalidad de alcanzar cierto consenso en lugar de utilizar la pura coerción para constituir a la clase obrera. La acumulación primitiva, en resumen, supone la apropiación e integración de logros culturales y sociales preexistentes además de la confrontación y sustitución. Las condiciones de la formación de la clase obrera y de su lucha varían ampliamente, y en cierto sentido, como decía E. P. Thompson, la clase obrera «se hace a sí misma», aunque nunca, claro está, en las condiciones elegidas por ella⁷. De forma que en ella quedan a menudo quedan vestigios de las relaciones sociales precapitalistas y eso da lugar a diferenciaciones geográficas, históricas y antropológicas. Por universal que sea el proceso de proletarianización, el resultado no es la creación de un proletariado homogéneo⁸.

⁷ E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1999].

⁸ Las etnografías recientes de la proletarianización, muchas de las cuales destacan la importancia de las cuestiones de género, ilustran convincentemente esa diversidad. Véanse, por ejemplo, A. ONG, *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline: Factory Women in Malaysia*, Albany, State University of New York Press, 1987; C. FREEMAN, *High Tech and High Heels in the Global Economy*, Durham (NC), Duke University Press, 2000; C. K. LEE, *Gender and the South China Miracle: Two Worlds of Factory Women*, Berkeley, University of California Press, 1998.

Algunos de los mecanismos de la acumulación primitiva en los que insistió Marx se han afinado para desempeñar un papel aún más importante que en el pasado. El sistema de crédito y el capital financiero se han convertido, como señalaron Lenin, Hilferding y Luxemburg a comienzos del siglo XX, en palancas importantes de depreciación, fraude y robo. La gran oleada de financiarización iniciada en torno a 1973 ha sido igualmente espectacular en cuanto a su carácter especulativo y depredador. Las promociones fraudulentas de títulos, los esquemas piramidales de Ponzi, la destrucción deliberada de activos mediante la inflación y su volatilización por mor de fusiones y absorciones, y el fomento de niveles de endeudamiento que reducen a poblaciones enteras, hasta en los países capitalistas avanzados, a la servidumbre por deudas, por no decir nada de los fraudes empresariales y la desposesión de activos (el saqueo de los fondos de pensiones y su quebranto en los colapsos bursátiles y empresariales) mediante la manipulación del crédito y las cotizaciones, son todos ellos rasgos intrínsecos del capitalismo contemporáneo. El colapso de Enron desposeyó a muchos trabajadores de su medio de vida y su derecho a una pensión; pero ha sido sobre todo el asalto especulativo llevado a cabo por los *hedge funds* y otras instituciones destacadas del capital financiero el que se ha llevado la palma de la acumulación por desposesión en los últimos tiempos.

También se han creado nuevos mecanismos de acumulación por desposesión. La insistencia en los derechos de propiedad intelectual en las negociaciones de la OMC (el llamado acuerdo TRIPS) indica cómo se pueden emplear ahora las patentes y licencias de material genético, plasma de semillas y muchos otros productos contra poblaciones enteras cuyas prácticas han desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de esos materiales. Crece la biopiratería y el pillaje de la reserva mundial de recursos genéticos en beneficio de media docena de grandes empresas farmacéuticas. La mercantilización de la naturaleza en todas sus formas conlleva una escalada en la merma de los bienes hasta ahora comunes que constituyen nuestro entorno global (tierra, agua, aire) y una creciente degradación del hábitat, bloqueando cualquier forma de producción agrícola que no sea intensiva en capital. La mercantilización de diversas expresiones culturales, de la historia y de la creatividad intelectual conlleva desposesiones integrales (la industria de la música descuella como ejemplo de la apropiación y la explotación de la cultura y creatividad populares). La empresarización y privatización de instituciones hasta ahora públicas (como las universidades), por no mencionar la oleada de privatizaciones del agua y otros bienes públicos de todo tipo que recorre el mundo, supone una reedición a escala gigantesca del cercado de las tierras comunales en la Europa de los siglos XV y XVI. Como entonces, se vuelve a utilizar el poder del Estado para impulsar estos procesos contra la voluntad popular. El desmantelamiento de los marcos reguladores destinados a proteger a los trabajadores y al medio ambiente de la degradación ha supuesto la pérdida de derechos duramente alcanzados. La cesión al dominio privado de los derechos de propiedad comunales obtenidos tras largos años de encarnizada lucha de

clases (el derecho a una pensión pública, al bienestar, a la sanidad pública nacional) ha sido una de las fechorías más sobresalientes de los planes de desposesión emprendidos en nombre de la ortodoxia neoliberal.

El capitalismo internaliza prácticas caníbales, depredadoras y fraudulentas, pero, como observó perspicazmente Luxemburg, «cuesta trabajo a veces discernir las leyes rigurosas del proceso económico entre la maraña de violencia y porfías por el poder». La acumulación por desposesión puede tener lugar de muchas formas diferentes, y en su *modus operandi* hay mucho de contingente y fortuito.

¿Cómo contribuye a resolver el problema de sobreacumulación la acumulación por desposesión? Existe sobreacumulación, recordemos, cuando excedentes de capital (acompañados a veces por excedentes de fuerza de trabajo) permanecen ociosos sin que se vislumbren salidas rentables. El hecho determinante, en cualquier caso, es el excedente de capital. Lo que posibilita la acumulación por desposesión es la liberación de un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo (y en algunos casos nulo). El capital sobreacumulado puede apoderarse de tales activos y llevarlos inmediatamente a un uso rentable. La acumulación primitiva, tal como la describió Marx, suponía apoderarse de la tierra, por ejemplo, cercándola, y expulsar a sus habitantes para crear un proletariado sin tierra, introduciendo esta última posteriormente en el circuito privado de la acumulación de capital. Durante los últimos años, la privatización (por ejemplo, en Gran Bretaña, de viviendas sociales, las telecomunicaciones, los transportes, el agua, etc.) ha abierto igualmente vastas áreas en las que puede introducirse el capital sobreacumulado. El colapso de la Unión Soviética y la apertura de China supusieron una cesión masiva de activos, hasta entonces no disponibles, al circuito de acumulación de capital. ¿Qué habría sucedido con el capital sobreacumulado durante estos últimos treinta años si no se hubieran abierto estas nuevas áreas de acumulación? Dicho de otra forma, si el capitalismo ha venido experimentando un problema crónico de sobreacumulación desde 1973, el proyecto neoliberal de privatización universal cobra mucho sentido como intento de solucionarlo. Otra solución consistiría en aportar al sistema materias primas baratas (como el petróleo), con lo que se reducirían los costes de producción, elevándose los beneficios. Como dijo el barón de la prensa Robert Murdoch, la solución a los males económicos actuales es petróleo a 20 dólares el barril en lugar de 30 o más. No es, pues, de extrañar que todos los periódicos de Murdoch apoyaran con entusiasmo la guerra contra Iraq⁹.

El mismo objetivo puede lograrse, no obstante, mediante la devaluación de los activos existentes de capital y fuerza de trabajo. El capital sobreacumulado puede entonces comprar a precios de saldo los bienes de capital devaluados y reciclarlos rentablemente; pero eso requiere una devaluación previa, lo que significa una crisis de cierta ampli-

⁹ D. KIRKPATRICK, «Mr Murdoch's War», *The New York Times* (7 de abril de 2003), p. C1.

tud. Las crisis se pueden organizar, gestionar y controlar para racionalizar el sistema, y esto es lo que tratan de conseguir los programas de austeridad administrados por el Estado, haciendo uso de palancas clave como los tipos de interés y el sistema de crédito. Se pueden imponer por la fuerza crisis limitadas en determinado sector o determinado territorio o complejo territorial de actividad capitalista, como acostumbra a hacer con tanta soltura el sistema financiero internacional (encabezado por el FMI) respaldado por un poder estatal superior (como el de Estados Unidos). El resultado es la creación periódica en determinados lugares de un conjunto de activos devaluados, y en muchos casos muy devaluados, de los que puede hacer un uso rentable el exceso de capital que carece de oportunidades en otros sitios. R. Wade y F. Veneroso captan la esencia de este proceso en su descripción de la crisis asiática de 1997-1998:

Las crisis financieras siempre han provocado transferencias de propiedad y poder a quienes mantenían intactos sus propios activos y estaban en condiciones de ofrecer crédito, y la crisis asiática no es una excepción [...], no hay duda de que las grandes empresas occidentales y japonesas son las más beneficiadas [...]. La combinación de devaluaciones masivas, liberalización financiera impulsada por el FMI y recuperación facilitada por esa misma institución puede llegar a precipitar la mayor transferencia de activos producida en tiempos de paz durante los últimos cincuenta años de manos de propietarios domésticos a manos de otros extranjeros, dejando pequeñas las transferencias efectuadas a propietarios estadounidenses en toda América Latina durante la década de los ochenta o en México después de 1994. Cabe recordar la afirmación atribuida a Andrew Mellon: «En una depresión los activos vuelven a sus verdaderos propietarios»¹⁰.

Las crisis regionales y las devaluaciones precisamente localizadas aparecen como mecanismos primordiales para la creación por el capitalismo de un «otro» del que nutrirse. Las crisis financieras del este y sureste de Asia en 1997-1998 fueron un ejemplo típico¹¹. La analogía con la creación de un ejército industrial de reserva despidiendo a los trabajadores no puede ser más exacta: activos valiosos son apartados de la circulación y devaluados; permanecen inactivos y aletargados hasta que el capital excedente se apodera de ellos para aportar nueva vida a la acumulación de capital. El peligro, no obstante, es que tales crisis puedan descontrolarse y generalizarse, o que el proceso de

¹⁰ R. WADE y F. VENEROSO, «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review* 228 (1998), pp. 3-23.

¹¹ *Ibid.* Véanse otros análisis de la crisis en Henderson, «Uneven Crises...», cit.; Johnson, *Blowback...*, cit., «Focus on East Asia after the Crisis», cap. 9 y el número especial de *Historical Materialism* 8 (2001), en particular E. BURKETT y M. HART-LANDSBERG, «Crisis and Recovery in East Asia: The Limits of Capitalist Development», pp. 3-48.

generación de ese «otro» provoque una rebelión contra el sistema que la promueve. Una de las funciones principales de la intervención estatal y de las instituciones internacionales consiste en organizar las devaluaciones de forma que permitan la acumulación por desposesión sin provocar un colapso general; ésa es la finalidad de los programas de ajuste estructural administrados por el FMI. Para las grandes potencias capitalistas, como Estados Unidos, ello significa orquestar estos procesos en su propio beneficio, pretendiendo al mismo tiempo aparecer como un noble líder que organiza «rescates» (como en México en 1994) para mantener en funcionamiento la acumulación global de capital. Pero en cualquier juego especulativo existe un riesgo de pérdidas: el repentino y evidente pánico del Tesoro estadounidense y del FMI en diciembre de 1998, después de que Rusia, que no tenía nada que perder, se hubiera declarado por las buenas en quiebra, y cuando pareció que la economía de Corea del Sur (tras varios meses de duras negociaciones) estaba a punto de hundirse y provocar posiblemente una reacción en cadena global, ilustra lo cerca del abismo que pueden llevar tales formas de cálculo¹².

La combinación de coerción y consentimiento en tales negociaciones puede variar considerablemente, pero ahora podemos ver más claramente cómo se construye la hegemonía mediante los mecanismos financieros, de forma que beneficie a la potencia hegemónica y conduzca a los países subalternos por la supuesta vía dorada del desarrollo capitalista. El cordón umbilical que vincula la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada queda a cargo del capital financiero y las instituciones de crédito, respaldados, como siempre, por poderes estatales.

LA CONTINGENCIA DE TODO

¿Cómo podemos desvelar entonces las leyes de hierro entre las contingencias de la acumulación por desposesión? Sabemos, claro está, que a cierto nivel ésta opera permanentemente y puede adoptar muchas formas, tanto legales como ilegales. Consideremos por ejemplo el mecanismo del mercado de la vivienda estadounidense conocido como *flipping*. Se compra una casa en mal estado prácticamente por nada, se le hacen algunas mejoras cosméticas y luego se vende a un precio exorbitante, con ayuda de una hipoteca negociada por el vendedor, a una familia de bajos ingresos que pretende realizar su sueño de poseer una casa. Si esa familia tiene dificultades para satisfacer los

¹² Véase el convincente análisis de Peter GOWAN en *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Cuestiones de Antagonismo 6, Madrid, Ediciones Akal, 2000].

pagos de la hipoteca o para afrontar los serios problemas de mantenimiento que surgen casi siempre, pierde la casa. Esto no es exactamente ilegal (iténganlo en cuenta los compradores!), pero de esa forma se estafa a familias de bajos ingresos y se las desposee de cualesquiera ahorros que pudieran haber reunido. Se trata de acumulación por desposesión. Existen innumerables actividades (legales e ilegales) de este tipo que afectan al control de los activos por una clase y no por otra.

Pero ¿cómo, cuándo y por qué emerge la acumulación por desposesión de ese estado genérico para convertirse en forma dominante de acumulación con respecto a la reproducción ampliada? Esto tiene que ver en parte con la aparición de crisis en esta última; pero también refleja los intentos de determinados empresarios y Estados desarrollistas de «incorporarse al sistema» y buscar directamente los beneficios de la acumulación de capital.

Cualquier territorio o formación social que es incorporado o que se inserta en la lógica del desarrollo capitalista debe experimentar cambios estructurales, institucionales y legales de gran alcance del tipo de los que Marx describe bajo la denominación de acumulación primitiva. El colapso de la Unión Soviética planteó precisamente ese problema. El resultado fue un episodio salvaje de acumulación primitiva bajo el nombre de «terapia de choque», aconsejada por las potencias capitalistas y las instituciones internacionales. La devastación social fue inmensa, pero la redistribución de activos como consecuencia de la privatización y las reformas de mercado fue al mismo tiempo desequilibrada y no muy efectiva en cuanto al tipo de actividad inversora que surge típicamente en la reproducción ampliada. Más recientemente el viraje hacia el capitalismo, dirigido por el Estado, que se ha producido en China ha provocado una oleada tras otra de acumulación primitiva. Empresas estatales y municipales hasta ahora viables en torno a Shanghai (que suministraban componentes a industrias importantes del área metropolitana) se han visto obligadas en los últimos tiempos a cerrar o han sido privatizadas, deteriorando así el bienestar social y las expectativas de pensiones y creando una enorme reserva de trabajadores desempleados y empobrecidos. Esto ha hecho al resto de las empresas chinas mucho más competitivas en los mercados mundiales, pero a expensas de la devaluación y destrucción de modos de ganarse la vida anteriormente viables. Aunque los informes siguen siendo escasos, el resultado parece haber sido una gran conflictividad social localizada y episodios feroces de lucha de clases, a veces violenta, en las áreas arrasadas por ese proceso¹³.

La acumulación por desposesión se puede interpretar en este caso como el coste necesario de un avance exitoso hacia el desarrollo capitalista con el fuerte respaldo de

¹³ E. ECKHOLM, «Where Workers, Too, Rust, Bitterness Boils Over», *The New York Times* (20 de marzo de 2002), p. A4; E. ROSENTHAL, «Workers' Plight Brings New Militancy to China», *The New York Times* (10 de marzo de 2003), p. A8.

los poderes estatales. Las motivaciones pueden ser internas (como en el caso de China) o impuestas desde el exterior (como en el caso del desarrollo neocolonial en zonas de fabricación y exportación del sureste de Asia o en los planes de reforma estructural que la Administración de Bush pretende ahora poner como condición a la concesión de ayudas a los países pobres). En la mayoría de los casos se da cierta combinación de motivaciones internas y presiones externas. México, por ejemplo, abandonó su ya débil protección de las poblaciones campesinas e indígenas en la década de los ochenta, en parte bajo la presión de su vecino del norte para que adoptara prácticas de privatización neoliberales a cambio de la ayuda financiera y la apertura del mercado estadounidense al comercio a través del ALCAN. Incluso cuando la motivación parece predominantemente interna, las condiciones externas también influyen. La normativa de la OMC hace ahora más fácil a China incorporarse al sistema capitalista global que durante la década de los treinta, cuando prevalecía la autarquía en imperios cerrados, o incluso en la de los sesenta, cuando el sistema de Bretton Woods dominado por los Estados mantenía bajo estricto control los flujos de capital. Las condiciones posteriores a 1973 —como reverso de lo que pretendían las presiones estadounidenses en favor de la apertura de los mercados— han sido mucho más favorables para cualquier país o complejo regional que deseara insertarse en el sistema capitalista global; de ahí el rápido ascenso de territorios como Singapur, Taiwan, Corea del Sur y algunas otras regiones y países recientemente industrializados. Este aumento de oportunidades trajo oleadas de desindustrialización a gran parte del mundo capitalista avanzado (y más allá, como vimos en el capítulo 3), al mismo tiempo que hacía a los países recientemente industrializados, como en la crisis de 1997-1998, más vulnerables a los movimientos del capital especulativo, la competencia espacio-temporal y nuevas oleadas de acumulación por desposesión. Así se genera y expresa la volatilidad del capitalismo internacional.

Las devaluaciones sufridas durante las crisis arruinan con frecuencia el bienestar social y las instituciones sociales en general. Al endurecerse el sistema de crédito y disminuir la liquidez, las empresas se ven obligadas a cerrar. Los propietarios no pueden seguir haciendo uso de sus bienes y tienen que venderlos a bajo precio a capitalistas que cuentan con la liquidez suficiente para apoderarse de ellos. Pero las circunstancias varían mucho. Los desplazamientos que tuvieron lugar como consecuencia de la gran sequía de la década de los treinta y la emigración en masa de gentes de Oklahoma a California (descrita tan dramáticamente en la novela de Steinbeck *Las uvas de la ira*) iniciaron en Estados Unidos un largo proceso de sustitución gradual de las granjas familiares por grandes empresas agrícolas. La palanca principal para este tipo de transición ha sido siempre el sistema de crédito, pero quizá el aspecto más interesante es el papel subversivo desempeñado por múltiples instituciones estatales, establecidas aparentemente para ayudar a preservar las granjas familiares, pero que en realidad han servido para facilitar la transición que supuestamente debían evitar.

La acumulación por desposesión se agudizó cada vez más desde 1973, en parte para intentar compensar los problemas crónicos de sobreacumulación surgidos en la reproducción ampliada. El mecanismo principal de este proceso fue la financiarización y la puesta en pie, principalmente por Estados Unidos, de un sistema financiero internacional que pudiera, de vez en cuando, emprender acometidas más o menos severas de devaluación y acumulación por desposesión contra ciertos sectores y hasta territorios enteros. Pero también desempeñó un papel la apertura de nuevos territorios al desarrollo capitalista y a formas capitalistas de mercado, como en la acumulación primitiva que tuvo lugar en los países que trataban de insertarse en el capitalismo global como agentes activos (Corea del Sur, Taiwan y ahora también, aún más espectacularmente, China). Para todo ello se precisaba no sólo la financiarización y un comercio más libre, sino un planteamiento radicalmente diferente de la aplicación del poder estatal, que siempre ha sido un agente destacado en la acumulación por desposesión. El auge de la teoría neoliberal y su política de privatizaciones representaba precisamente esta transformación.

LA PRIVATIZACIÓN, PRINCIPAL INSTRUMENTO DE LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

El neoliberalismo como doctrina de economía política se remonta a finales de la década de los treinta. Radicalmente opuesto al comunismo, al socialismo y a cualquier forma de intervención activa del gobierno más allá de la necesaria para proteger la propiedad privada, las instituciones de mercado y la actividad empresarial, en sus comienzos se trató de un corpus de pensamiento aislado y en gran medida ignorado que fueron configurando activamente durante la década de los cuarenta pensadores como von Hayek, Ludwig von Mises, Milton Friedman y, al menos durante un tiempo, Karl Popper. Como predijo prescientemente von Hayek, tuvo que pasar toda una generación para que las opiniones neoliberales se hicieran dominantes. Se recibieron fondos de empresas simpatizantes para la financiación de *think-tanks* muy selectos que fueron produciendo un flujo continuo y creciente de análisis, escritos, polémicas y declaraciones políticas durante las décadas de los sesenta y los setenta; pero en esa época todavía se trataba de una corriente poco relevante y hasta desdeñada por la tendencia predominante. No se empezó a tomar en serio como alternativa al keynesianismo y otros planteamientos favorables a la intervención del Estado hasta mediados de la década de los setenta, cuando se hizo patente la crisis general de sobreacumulación. Y fue Margaret Thatcher quien, necesitada de un marco teórico más adecuado para afrontarla, recurrió a los *think-tanks* neoliberales en busca de inspiración y consejo tras su elección en 1979¹⁴. Junto

¹⁴ D. YERGIN, J. STANISLAW y D. TERGIN, *The Commanding Heights: The Battle Between Government and Market Place that is Remaking the Modern World*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999.

con Reagan, transformó toda la orientación de la actividad estatal, apartándola del Estado del bienestar y dirigiéndola hacia el apoyo activo a las medidas de «promoción de la oferta» para la acumulación de capital. El FMI y el Banco Mundial cambiaron sus marcos de actuación casi de la noche a la mañana, y al cabo de pocos años la doctrina neoliberal había completado una victoriosa marcha a través de las instituciones hasta dominar el panorama político, primero en el mundo anglo-estadounidense y luego también en gran parte de Europa y del mundo. Con la privatización y liberalización del mercado como divisa, el movimiento neoliberal logró convertir en objetivo de la política estatal una nueva ronda de «cercamiento de los bienes comunales». Los bienes públicos en poder del Estado fueron lanzados al mercado para que el capital sobreacumulado pudiera invertir en ellos, reformarlos y especular con ellos. Así se abrieron nuevas áreas de actividad rentable, y eso contribuyó a mitigar el problema de la sobreacumulación, al menos durante un tiempo. Pero, una vez en movimiento, estas iniciativas suscitaron terribles presiones para hallar cada vez más áreas, en el propio país o en el extranjero, a las que poder aplicar la privatización.

En el caso de Thatcher, uno de los primeros patrimonios privatizados fueron las abundantes viviendas sociales. Al principio parecía como un regalo a las clases bajas, que podían pasar del alquiler a la propiedad con un coste relativamente bajo, obtener el control sobre un activo valioso y aumentar así su riqueza. Pero, una vez llevada a cabo la transferencia, se disparó la especulación inmobiliaria, sobornando o engatusando a la población de bajos ingresos para desplazarla hacia la periferia en ciudades como Londres, y convirtiendo lo que antes habían sido barrios predominantemente obreros en centros de intensa elitización. La escasez de viviendas baratas produjo un notable incremento del número de los sin techo y de la anomia social en muchos entornos urbanos. En Gran Bretaña, la subsiguiente privatización de instalaciones (agua, telecomunicaciones, electricidad, energía, transportes), la venta de casi todas las empresas de propiedad pública y la reconfiguración de muchas otras instituciones —como las universidades— adaptándolas a una lógica empresarial significaron una transformación radical en el modelo dominante de relaciones sociales y una redistribución de activos que favorecía cada vez más a las clases superiores.

La misma pauta de redistribución de activos se puede constatar en casi todos los países donde se produjo la privatización. El Banco Mundial quiso hacer de Sudáfrica después del *apartheid* un ejemplo de la gran eficiencia que se podía conseguir mediante la privatización y liberalización del mercado. Promovió, por ejemplo, la privatización del agua o la «recuperación del coste total» de las instalaciones de propiedad municipal. Los consumidores tenían que pagar por el agua que utilizaban, en lugar de recibirla gratuitamente. Según la teoría predicada, los ingresos más elevados permitirían a los organismos responsables obtener beneficios y extender sus servicios. Pero, por el contrario, se le cortó el servicio a cada vez más gente, incapaz de afrontar los pagos, y para contrarrestar las pérdidas las empresas elevaron los precios, haciendo el agua cada vez más

inaccesible para la población de bajos ingresos. Cuando ésta se vio obligada a recurrir a otras fuentes de abastecimiento, se produjo una epidemia de cólera en la que murió mucha gente. El objetivo proclamado (suministrar agua a todo el mundo) era inalcanzable con los medios propuestos. Extensos estudios sobre Sudáfrica realizados por McDonald y otros autores muestran que «la recuperación de los costes generado por los servicios municipales supone dificultades enormes para las familias de bajos ingresos, y contribuyen a que se produzca una cantidad enorme de cortes en el suministro de los servicios y de desahucios, bloqueando la posibilidad de llevar una vida sana y productiva a millones de familias de bajos ingresos»¹⁵.

La misma lógica provocó en Argentina una oleada descomunal de privatizaciones (agua, energía, telecomunicaciones, transportes) que dieron lugar a un enorme flujo de capital sobreacumulado y a un boom sustancial del valor de los títulos, seguido por un empobrecimiento masivo (que ahora alcanza a más de la mitad de la población) cuando el capital huyó hacia otros lugares. Otro ejemplo es el de los derechos de propiedad sobre la tierra en México. La constitución de 1917 protegía desde la Revolución Mexicana los derechos legales de los indígenas y los consagraba en el sistema de ejidos, que reconocía la propiedad y el uso colectivo de la tierra. En 1991 el gobierno de Salinas aprobó una ley de reforma que permitía y alentaba la privatización de las tierras del ejido. Dado que este proporcionaba la base para la seguridad colectiva de los grupos indígenas, el gobierno estaba abandonando su responsabilidad en el mantenimiento de esa seguridad. Además, ése sólo fue uno de los asuntos incluidos en el paquete general de privatizaciones emprendidas por el gobierno de Salinas, que desmantelaron las protecciones de seguridad social y tuvieron un efecto previsible y dramático sobre la distribución de los ingresos y la riqueza¹⁶. La resistencia frente a la reforma del ejido fue muy amplia, y los grupos campesinos más radicales acabaron apoyando la rebelión zapatista que estalló en Chiapas en enero de 1994, el mismo día en que debía entrar en vigor el ALCAN. La subsiguiente rebaja de las barreras aduaneras supuso un nuevo golpe cuando importaciones baratas provenientes de las grandes empresas agrícolas estadounidenses, eficientes pero también muy subvencionadas (hasta el 20 por 100 del coste), hicieron bajar el precio del maíz y otros productos hasta un nivel en el que los pequeños productores agrícolas no podían competir. Amenazados por el hambre, muchos de esos campesinos se vieron obligados a dejar sus tierras para cngrosar la legión de desempleados que abarrotan las ciudades. En muchos otros lugares del mundo se han experimentado efectos similares en la población rural; por ejemplo, las importaciones baratas

¹⁵ D. McDONALD y J. PAPE, *Cost Recovery and the Crisis of Service Delivery in South Africa*, Londres, Zed Books, 2002, p. 162.

¹⁶ J. NASH, *Mayan Visions: The Quest for Autonomy in an Age of Globalization*, Nueva York, Routledge, 2001, pp. 81-84.

de hortalizas procedentes de California y de arroz de Luisiana, acogidas a las reglas de la OMC, están desplazando a la población rural en Japón y en Taiwan; la competencia exterior reguladas por esas mismas reglas está devastando igualmente la vida rural en la India. Como explica A. Roy, «la economía rural de la India, que mantiene a 700 millones de personas, se está viendo bloqueada. Los agricultores que producen demasiado no pueden venderlo, los que producen demasiado poco no cubren sus gastos y los labradores sin tierra se quedan sin trabajo cuando las grandes fincas y empresas despiden a sus trabajadores. Todos huyen hacia las ciudades en busca de empleo»¹⁷. En China se estima que más de 500 millones de personas tendrán que ser absorbidas por las ciudades durante los próximos diez años si se quiere evitar la agitación campesina y los disturbios. No está claro qué destino les espera allí, aunque los vastos planes infraestructurales emprendidos podrían atenuar en cierta medida la conflictividad social.

La privatización, concluye Roy, consiste esencialmente en «la transferencia de activos públicos productivos a empresas privadas. Entre estos activos productivos se encuentran los recursos naturales: tierra, bosques, agua, aire. Éstos son activos que el Estado posee en nombre del pueblo al que representa [...]. Atrebatárselos para venderlos a empresas privadas representa un proceso de desposesión bárbaro, a una escala sin precedentes en la historia»¹⁸.

Es obvio que la rebelión zapatista en Chiapas tuvo mucho que ver con la protección de los derechos indígenas, y también que el deronante de ese movimiento fue la conjunción de las iniciativas privatizadoras de las tierras comunales con la apertura al libre comercio mediante el ALCAN. Lo que plantea el problema general de la resistencia frente a la acumulación por desposesión.

LUCHAS CONTRA LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

La acumulación primitiva, tal como la describió Marx, supuso toda una serie intermitente de luchas violentas. El nacimiento del capital no fue un proceso pacífico; quedó escrito en la historia del mundo, como decía Marx, «con letras de sangre y fuego». Christopher Hill presenta en *The World Turned Upside Down* un informe detallado de cómo se desarrollaron esas luchas en Gran Bretaña durante el siglo XVII, cuando las fuerzas y el poder de los propietarios privados y de los terratenientes chocaron repetidamente con múltiples y diversos movimientos populares que combatían el capitalismo y la privatización apuntando a formas radicalmente diferentes de organización social y comunal¹⁹. También en nuestra época la acumulación por desposesión ha pro-

¹⁷ A. ROY, *Power Politics*, Cambridge (Mass), South End Press, 2001, p. 16.

¹⁸ *Ibid.*, p. 43.

¹⁹ CH. HILL, *The World Turned Upside Down*, Harmondsworth, Penguin, 1984.

vocado luchas políticas y sociales y vastas oleadas de resistencia, muchas de las cuales constituyen en la actualidad el núcleo del amplio y diverso movimiento antiglobalización —o por una globalización alternativa—, que todavía se halla en periodo de constitución. El hervidero de ideas alternativas en ese movimiento iguala la abundancia de planteamientos diversos durante otras fases históricas de alteración de la forma de vida y las relaciones sociales (como en 1640-1680 en Gran Bretaña o en 1830-1848 en Francia); su insistencia en la «reclamación de los bienes comunales» indica, además, la profunda continuidad con luchas de hace mucho tiempo.

Estas luchas también plantean, sin embargo, serias dificultades de interpretación y análisis. No se puede hacer una tortilla sin cascar los huevos, dice el viejo adagio, y el nacimiento del capitalismo supuso encarnizados episodios, con frecuencia violentos, de destrucción creativa. Aunque la violencia de clase fuera ingrata, tenía un efecto positivo: abolir las relaciones feudales, liberar energías creativas, abrir la sociedad a fuertes corrientes de cambio tecnológico y organizativo y superar la superstición y la ignorancia para sustituirlas por una actividad científica capaz de liberar a la gente de la penuria y las necesidades materiales. En ese sentido se puede decir que la acumulación primitiva fue una etapa desagradable pero necesaria que tenía que atravesar el orden social para llegar a una situación en la que fuera posible el capitalismo y un socialismo alternativo. Marx (a diferencia de los anarquistas como Reclus y Kropotkin o de los seguidores de la variante socialista de William Morris) atribuía poco valor, si es que alguno, a las formas sociales destruidas por la acumulación primitiva. Tampoco pretendió una perpetuación del *statu quo* y mucho menos un regreso a las relaciones sociales y de producción precapitalistas. En su opinión había algo progresista en el desarrollo capitalista e incluso en el imperialismo británico en la India (planteamiento que no suscitaba mucho respeto entre los movimientos antiimperialistas del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, como mostró la gélida recepción a la obra de Bill Warren sobre el imperialismo como pionero del capitalismo)²⁰.

Se trata de una cuestión de importancia decisiva para la evaluación política de las prácticas imperialistas contemporáneas. Aunque el nivel de explotación de la fuerza de trabajo en los países en vías de desarrollo es indudablemente alto y pueden detectarse abundantes casos de prácticas abusivas, los estudios etnográficos de las transformaciones sociales provocadas en muchos lugares por la inversión directa extranjera, el desarrollo industrial y los sistemas de producción a distancia nos cuentan una historia más complicada. En algunos casos la situación de las mujeres, que aportan una proporción mayoritaria de la fuerza de trabajo, ha cambiado, por no decir mejorado, significativa-

²⁰ En cuanto a las opiniones de Marx sobre la dominación británica de la India, véase la recopilación de K. MARX y F. ENGELS, *On Colonialism*, Nueva York, International Publishers, 1972 y B. WARREN, *Imperialism: Pioneer of Capitalism*, Londres, Verso, 1981.

mente. Frente a la opción entre incorporarse al trabajo industrial o regresar a la pobreza rural, muchos de los nuevos proletarios parecen expresar una fuerte preferencia por la primera alternativa. En otros casos han conseguido el suficiente poder de clase como para obtener mejoras reales en el nivel de vida con respecto a la pobreza en que vivían anteriormente en las zonas rurales. Cabe también discutir, por ejemplo, qué fue más perjudicial para Indonesia, si el impacto de la rápida industrialización capitalista durante las décadas de los ochenta y los noventa sobre las condiciones de vida o la devaluación y desindustrialización originada por la crisis financiera de 1997-1998, que destruyó gran parte de lo que la industrialización había conseguido. ¿Cuál es entonces el problema más serio de la economía indonesia, la importación e inserción de la acumulación de capital mediante la reproducción ampliada o la desarticulación de esa actividad mediante la acumulación por desposesión? Aunque es obviamente cierto que esta última es un corolario lógico de la primera, y que la tragedia real consiste en convertir (a veces por la fuerza) a la población en proletariado, para despedirla luego como fuerza de trabajo superflua, también creo que la segunda fase hizo más daño que la primera a las aspiraciones, posibilidades y esperanzas a largo plazo de la población empobrecida. De lo que se deduce que la acumulación primitiva que abre una vía a la reproducción ampliada es una cosa y la acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy distinta.

La idea de que la acumulación primitiva puede ser una condición necesaria para cambios más positivos plantea toda la cuestión de la política de desposesión bajo el socialismo. En la tradición revolucionaria marxista/comunista se solía considerar necesario organizar algo parecido a la acumulación primitiva a fin de poner en práctica programas de modernización en los países que no habían atravesado todavía las etapas iniciales del desarrollo capitalista. Esto implicaba a veces altos niveles de violencia, como los que acompañaron a la colectivización forzosa de la agricultura (la eliminación de los *kulaks*) en la Unión Soviética o en China y Europa oriental. Estos planteamientos no tuvieron mucho éxito y suscitaron una resistencia política que en algunos casos fue aplastada despiadadamente, y en otros semejantes crearon nuevas dificultades allí donde se intentaron poner en práctica, como atestiguan los enfrentamientos de los sandinistas con los indios misquitos en la costa atlántica de Nicaragua, que pretendiendo fomentar el desarrollo socialista de la región crearon un caballo de Troya aprovechado por la CIA para organizar la exitosa ofensiva de la Contra.

Así pues, aunque las luchas contra la acumulación primitiva pueden hacer que germine la semilla del descontento y posibilitar el brote de movimientos insurgentes, en particular campesinos, lo que la política socialista pretendía no era proteger el orden antiguo, sino atacar directamente las relaciones de clase y formas de poder estatales que pretendían transformar, tratando de promover una configuración totalmente diferente de unas y otras. Esta idea constituía el eje central de muchos de los movimientos revo-

lucionarios que proliferaron en los países subdesarrollados después de la Segunda Guerra Mundial. Luchaban contra el imperialismo capitalista, pero lo hacían en nombre de una modernidad alternativa más que en defensa de la tradición, lo cual les llevó a menudo a enfrentarse con quienes pretendían proteger o a revitalizar los sistemas de producción, normas culturales y relaciones sociales tradicionales.

A los movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión no les complacía necesariamente verse cooptados por el desarrollismo socialista. El desigual balance de la alternativa socialista (los tempranos logros de Cuba en campos como la sanidad, educación y agricultura, inicialmente ejemplares, acabaron debilitándose) y el clima represivo derivado de la política de la Guerra Fría dificultaron cada vez más a la izquierda tradicional su pretensión de liderar esos movimientos sociales, llevándola en algunos casos a intentar dominarlos por la fuerza.

Los movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión comprendieron por lo general una vía política propia, en algunos casos muy hostil a la política socialista. Esto se debió en ocasiones a razones ideológicas, pero en otros casos se trató simplemente de razones pragmáticas y organizativas derivadas de la propia naturaleza de esas luchas. Ante todo, su diversidad era y sigue siendo asombrosa. Es difícil siquiera imaginar relaciones entre ellas: la lucha del pueblo ogoni contra la degradación de sus tierras por la Shell Oil; las movilizaciones contra la construcción de presas en la India y América Latina respaldada por el Banco Mundial; los movimientos campesinos contra la biopiratería; la brega contra los alimentos genéticamente modificados y por la preservación de los sistemas de producción locales; los intentos de salvaguardar las reservas forestales para las poblaciones indígenas frente a las actividades de las compañías madereras; las batallas políticas contra la privatización; los movimientos por los derechos laborales o de las mujeres en los países subdesarrollados; las campañas para proteger la biodiversidad y evitar la destrucción del hábitat; las movilizaciones campesinas por el acceso a la tierra; las protestas contra la construcción de autopistas y aeropuertos; las miles de manifestaciones contra los programas de austeridad impuestos por el FMI: todas estas luchas formaban parte de una combinación heterogénea de movimientos de protesta que recorrieron el mundo y merecieron grandes titulares durante y después de la década de los ochenta²¹. Estos movimientos y revueltas fueron casi siempre aplastados con feroz violencia por poderes estatales que invocaban «el orden y la estabilidad». Algunos Estados clientes, apoyados militarmente o con fuerzas especiales entrenadas por los principales aparatos militares (sobre todo el estadounidense, con el británico y el francés en un papel secundario), llevaron la iniciativa en la despiadada represión destinada a liquidar a los activistas que se oponían a la acumulación por desposesión.

²¹ B. K. GILLS (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, Nueva York, Palgrave, 2001, es una excelente recopilación que refleja esa diversidad.

A ese complicado panorama hay que añadir la extraordinaria proliferación de ONG internacionales, sobre todo a partir de la década de los setenta, dedicadas en su mayoría a una sola cuestión política (el medio ambiente, el status de las mujeres, los derechos civiles, los derechos laborales, la eliminación de la pobreza, etc.). Aunque algunas de esas ONG provenían de tradiciones religiosas y humanistas de Occidente, otras se crearon con la finalidad aparente de combatir la pobreza, pero fueron financiadas por grupos cuyo objetivo consistía en promover la economía de mercado. Es difícil no sentirse abrumado por la amplitud y diversidad de sus objetivos. Una activista como A. Roy lo explica así: «Lo que está sucediendo en nuestro mundo es casi demasiado colosal para que la comprensión humana lo abarque, pero es una cosa terrible. Contemplarlo en toda su amplitud, intentar definirlo, tratar de combatirlo todo a la vez es imposible. La única forma de luchar es mediante batallas específicas con formas específicas»²².

Peró esos movimientos no sólo son incipientes, sino que a menudo muestran contradicciones internas, como cuando las poblaciones indígenas reclaman su derecho a determinadas áreas en torno a las cuales los grupos ecologistas consideran que hay que erigir una barrera con el fin de proteger la biodiversidad y evitar la destrucción del hábitat. Y debido en parte a las situaciones particulares que dieron lugar a tales movimientos, su orientación política y su forma de organización también difieren notablemente de las que solían caracterizar a los que se formaron en torno a la reproducción ampliada. La rebelión zapatista, por ejemplo, no pretendía conquistar el poder del Estado ni llevar a cabo una revolución política, sino que defendía, por el contrario, una política más inclusiva que involucrara al conjunto de la sociedad civil y generara una búsqueda más abierta y fluida de alternativas que atendieran a las necesidades específicas de diferentes grupos sociales permitiéndoles mejorar su suerte. En lo que se refiere a la organización, tendía a evitar el vanguardismo y se negaba a asumir la forma de partido político. Prefería, por el contrario, permanecer como un movimiento social, intentando formar un bloque de poder político en el que las culturas indígenas fueran centrales y no periféricas. Trataba así de llevar a cabo algo parecido a una revolución pasiva dentro de la lógica territorial del poder dirigida por el aparato estatal mexicano²³.

El efecto conjunto de todos estos movimientos fue un desplazamiento del terreno de la organización política, alejándolo de los partidos políticos tradicionales y de la organización de tipo sindical de los trabajadores, hacia lo que pretendía ser un conjunto de dinámicas políticas de acción social, menos concentradas, que recorrieran la totalidad del espectro de la sociedad civil. Lo que estos movimientos perdían en concentración lo ganaban en términos de relevancia y penetración en la política de la vida cotidiana.

²² A. Roy, *Power Politics*, cit., p. 86.

²³ J. Nash, *Mayan Visions*, cit.; A. MORTON, «Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN: A Neogramscian Analysis», en B. K. Gills (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, cit., pp. 255-279.

Extrañan su fuerza de ese arraigo, pero a menudo les resultaba difícil sobrepasar lo local y particular para abordar la macropolítica de la acumulación por desposesión.

Existe además el peligro de considerar todas las luchas contra la desposesión como «progresistas» por definición o, aún peor, situarlas bajo una bandera homogeneizadora como la de la «multitud» de Hardt y Negri, que se alzarán mágicamente algún día para heredar la Tierra²⁴. Ahí es, creo, donde reside la dificultad política real. Porque si bien Marx tenía algo de razón al mantener que a veces puede haber algo progresivo en la acumulación primitiva, y en que para hacer una tortilla hay que cascar los huevos, tendremos que hacer frente decididamente a las dificultades reales que atenazan al movimiento antiglobalización o por una globalización alternativa y que amenazan hacer estallar un movimiento que parecía tan lleno de promesas para la lucha anticapitalista y antiimperialista. Trataré de explicar esto con algo más de detalle.

LA DUALIDAD DE LA LUCHA ANTICAPITALISTA Y ANTIIMPERIALISTA

La izquierda marxista/socialista planteaba clásicamente que el proletariado, definido como los trabajadores asalariados privados de acceso a la propiedad de los medios de producción, era el agente clave del cambio histórico. La contradicción principal era la que se da entre capital y trabajo en y en torno al lugar de producción. Los instrumentos organizativos principales de la clase obrera eran los sindicatos y partidos políticos cuyo objetivo consistía en conquistar el poder estatal para regular o sustituir la dominación de clase capitalista. El meollo estaba, pues, en las relaciones y las luchas de clases en el terreno de la acumulación de capital entendida como reproducción ampliada. Todas las demás formas de lucha se consideraban subsidiarias, secundarias o incluso periféricas o irrelevantes. Había, por supuesto, muchos matices y variaciones sobre este tema, pero en lo fundamental prevalecía la opinión de que el proletariado era el único agente de la transformación histórica. Las luchas orientadas por esa prescripción alcanzaron notables frutos durante gran parte del siglo XX, en particular en los países capitalistas avanzados. Aunque no se produjeron transformaciones revolucionarias, el creciente poder de las organizaciones y partidos políticos de la clase obrera consiguió notables mejoras en el nivel de vida material y la institucionalización de un amplio abanico de protecciones sociales. Los Estados del bienestar socialdemócratas que se constituyeron en Europa occidental y Escandinavia podían considerarse, pese a sus problemas y dificultades intrínsecas, como modelos de desarrollo progresista. Y no se habría llegado a esos resultados de no haber sido por una organización proletaria realmente

²⁴ M. HARDT y A. NEGRI, *Empire*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

resuelta que desplegó su actividad en el marco de la reproducción ampliada en cada Estado-nación. Creo que es importante reconocer la trascendencia de estos logros.

Aunque la firmeza fue eficaz, se pagó con innumerables exclusiones. Los intentos, por ejemplo, de incorporar a la agenda de la izquierda los movimientos sociales urbanos fracasaron en general, excepto, por supuesto, allí donde prevalecía la política comunitaria. La política organizada en torno al puesto de trabajo y la producción dominaba a la del espacio cotidiano. Movimientos sociales como el feminismo y el ecologismo permanecieron fuera del ámbito de la izquierda tradicional, que tendía a ignorar la relación existente entre las luchas domésticas por la mejora social y los desplazamientos externos característicos del imperialismo (lo que facilitó que gran parte del movimiento obrero en los países capitalistas avanzados cayera en la trampa de actuar como aristocracia obrera para preservar sus propios privilegios, apoyando el imperialismo si era preciso). Las luchas contra la acumulación por desposesión se consideraban irrelevantes. Esa concentración tan firme de gran parte de la izquierda marxista o comunista en las luchas proletarias excluyendo todo lo demás fue un error fatal, ya que si ambas formas de lucha están orgánicamente vinculadas dentro de la geografía histórica del capitalismo, la izquierda no sólo estaba perdiendo poder, sino que también estaba paralizando su capacidad analítica y programática al ignorar totalmente una de las dos caras de esta dualidad.

La prolongada dinámica de la lucha de clases tras la crisis de 1973 acabó poniendo a la defensiva al movimiento obrero en todas partes. Aunque el desarrollo de estas luchas fue muy desigual (dependiendo de la capacidad de resistencia), su efecto general fue una disminución de la capacidad de esos movimientos para modificar la trayectoria del desarrollo capitalista global. La rápida expansión de la producción en el este y sureste de Asia tuvo lugar en una región en la que, con la única excepción de Corea del Sur, no existían movimientos sindicales independientes (esto es, no corporativos) o, si existían, eran duramente reprimidos, y los partidos comunistas y socialistas estaban proscritos (el caso más brutal fue el baño de sangre en Indonesia en 1965, cuando Suharto derrocó a Sukarno y cerca de un millón de personas resultaron muertas). En otros lugares, tanto en América Latina como en Europa y Norteamérica, la ofensiva del capital financiero, el establecimiento de un comercio más libre y el disciplinamiento del Estado por los flujos que atraviesan las fronteras en los mercados de capital liberalizados restaron validez y eficacia a las formas tradicionales de organización de los trabajadores. Los movimientos revolucionarios e incluso reformistas (como en Chile con Allende) fueron violentamente reprimidos por la fuerza militar.

Pero las grandes dificultades para mantener la reproducción ampliada generaban también una dedicación mucho mayor a la acumulación por desposesión. Las formas de organización desarrolladas para combatir la primera no resultaban tan eficaces cuando se trataba de enfrentarse a la última. Generalizando crudamente, las formas de organización política de la izquierda instituidas durante el periodo 1945-1973, cuando preva-

lecia la reproducción ampliada, eran inapropiadas para el período posterior a 1973, cuando la acumulación por desposesión pasó al primer plano como contradicción principal en la organización imperialista de la acumulación de capital.

De ahí ha surgido un tipo diferente de resistencia, provista en definitiva de un tipo de visión alternativa diferente de la del socialismo o el comunismo. Esta distinción fue pronto reconocida, por ejemplo por Samir Amin, en concreto con respecto a las luchas en lo que él denominaba zonas periféricas del capitalismo:

El desarrollo desigual propio de la expansión capitalista ha situado en la agenda de la historia otro tipo de revolución, la de los pueblos (esto es, no clases específicas) de la periferia. Esta revolución es anticapitalista en el sentido de que se enfrenta al desarrollo capitalista realmente existente porque resulta insostenible para esos pueblos; pero eso no significa que tales revoluciones anticapitalistas sean socialistas [...]. Por la fuerza de las circunstancias, su naturaleza es compleja. La expresión de sus contradicciones, específicas y nuevas, no imaginadas en la perspectiva clásica de la transición socialista concebida por Marx, proporciona a los regímenes poscapitalistas su contenido real, que es el de una construcción nacional popular en la que se combinan y contraponen tres tendencias: socialismo, capitalismo y estatismo.

Desgraciadamente, proseguía Amin, muchos movimientos actuales

se alimentan de la rebelión popular espontánea contra las inaceptables condiciones creadas por el capitalismo periférico; hasta ahora, sin embargo, no han llegado a plantear consecuentemente una doble revolución en la que se añaden la modernización y la liberación popular; por consiguiente, su dimensión fundamental, que se nutre de mitos retrospectivos, sigue expresándose en un lenguaje en el que la preocupación metafísica domina el conjunto de la concepción social²⁵.

Aunque no creo que la acumulación por desposesión se dé exclusivamente en la periferia, es cierto que algunas de sus manifestaciones más atroces e inhumanas se producen en las regiones más vulnerables y degradadas del desarrollo geográfico desigual.

Las luchas en torno a la desposesión se verifican, sin embargo, en escalas muy variadas. Muchas son locales, otras regionales y también las hay globales, de forma que el papel del aparato estatal (objetivo primordial de los movimientos socialistas y comunistas tradicionales) parece cada vez menos relevante. Esta evolución, junto a la cre-

²⁵ S. AMIN, «Social Movements at the Periphery», en P. WIGNARAJA (ed.), *New Social Movements in the South: Empowering the People*, Londres, Zed Books, 1993, p. 95. Esa recopilación contiene varios artículos con perspicaces reflexiones sobre estos temas.

ciente desilusión con respecto a lo que el desarrollismo socialista ha sido capaz de lograr, hace aún más urgente la búsqueda de una política alternativa. Los objetivos de tales luchas son también difusos, como señala Amin, dadas las formas fragmentarias y contingentes que adopta la acumulación por desposesión. Destrucción del hábitat aquí, privatización de los servicios allá, desposesión de la tierra acullá, biopiratería en este u otro lugar: cada una de estas iniciativas genera su propia dinámica. La tendencia apunta, pues, a buscar formas organizativas *ad hoc* y más flexibles que puedan construirse en la sociedad civil para responder a tales luchas. Todo el campo de la lucha anticapitalista, antiimperialista y antiglobalización se ha visto así reconfigurado, y se ha puesto en movimiento una dinámica política muy diferente de la tradicional.

Para muchos analistas, estos nuevos movimientos con sus cualidades especiales merecen el calificativo de «posmoderno», y así es como se ha caracterizado a menudo la rebelión zapatista. Aunque las descripciones de tales movimientos eran sin duda adecuadas, el calificativo «posmoderno» no era muy afortunado. Puede parecer estúpido pelear por una palabra, pero las connotaciones sustantivas son importantes. Existe, ante todo, cierta dificultad que surge del historicismo y de la periodización inherente al uso del prefijo «pos». En la geografía histórica del capitalismo ha habido, como ya he indicado, muchos episodios de acumulación primitiva y de acumulación por desposesión. El estudio de Eric Wolf sobre *Las guerras campesinas del siglo XX* sitúa tales luchas en una perspectiva comparada sin recurrir en ningún momento a la idea de posmodernidad. Es sorprendente, por lo tanto, que June Nash, cuyas descripciones del cambiante estado de cosas en Chiapas constituyen un documento ejemplar, se muestre de acuerdo con el calificativo «posmoderno» para lo que los zapatistas son y representan, cuando seguramente es más sensato encuadrarlo en el trasfondo de una larga tradición de lucha de las poblaciones indígenas y campesinas contra las incursiones del imperialismo capitalista y la constante amenaza de desposesión de cualesquiera bienes que posean mediante acciones dirigidas por el Estado. En el caso de los zapatistas, creo que es particularmente importante que la lucha surgiera primeramente en los bosques de las tierras bajas, donde los elementos indígenas desplazados establecieron una alianza con los *mestizos** basada en su parecido empobrecimiento y su exclusión sistemática de cualquiera de los beneficios derivados de la extracción de recursos (ante todo, petróleo y madera) de la región que habitaban. La subsiguiente presentación de este movimiento como algo que sólo afectaba a «pueblos indígenas» pudo tener más que ver con la pretensión de legitimidad en relación con la disposición de la Constitución mexicana que protege los derechos indígenas que con una descripción real del origen de sus componentes²⁶.

* En castellano en el original [N. del T.]

²⁶ E. WOLF, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, HarperCollins, 1969 [ed. cast.: *Las guerras campesinas del siglo XX*, México DF, Siglo XXI, 1972]; J. Nash, *Mayan Visions*, cit.; A. Morton, «Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN», cit.

Pero del mismo modo que la desatención hacia el «vínculo orgánico» entre la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada debilitó y limitó la visión de la izquierda tradicional, el recurso a la idea de luchas posmodernas tiene el mismo efecto sobre los movimientos recientemente surgidos contra la acumulación por desposesión. Dentro del movimiento antiglobalización es ya muy evidente la hostilidad entre dos estilos de pensamiento y de organización. Toda un ala considera la lucha por el control del aparato estatal no sólo como irrelevante, sino como una desviación ilusoria. La respuesta reside, según dicen, en la «localización» de todo²⁷. Esta ala tiende parecidamente a menospreciar el movimiento sindical como una forma estrechamente moderna, reaccionaria y opresiva de organización, que debe ser sustituida por formas de movimiento social posmodernas, más fluidas y abiertas. El incipiente movimiento sindical en Indonesia y Tailandia, por poner un ejemplo, que lucha exactamente contra las mismas fuerzas opresivas neoliberales que los zapatistas, aunque en circunstancias muy distintas y desde una base social y cultural muy diferente, se ve excluido. Como contrapartida, muchos socialistas tradicionales juzgan ingenuos y autodestructivos los nuevos movimientos, como si no hubiera nada interesante que aprender de ellos. Fracturas de ese tipo son disgregadoras, como indican algunos de los debates en el reciente Foro Social Mundial de Porto Alegre. El acceso al poder en Brasil del Partido de los Trabajadores, que cuenta obviamente con una base «obrerista» y trata de obtener apoyos empleando los medios tradicionales de la izquierda, hace el debate al mismo tiempo más ruidoso y más urgente.

Pero las diferencias no se pueden enterrar tampoco bajo un concepto nebuloso de «multitud» en marcha. Hay que afrontarlas política y analíticamente. En este aspecto, la formulación de Luxemburg me parece de mucha ayuda. La acumulación de capital tiene en efecto un carácter dual. Pero los dos aspectos de la reproducción ampliada y la acumulación por desposesión están vinculados orgánicamente, entrelazados dialécticamente. De ahí se sigue que las luchas en el campo de la reproducción ampliada (sobre las que ponía tanto énfasis la izquierda tradicional) deben contemplarse en relación dialéctica con las luchas contra la acumulación por desposesión en las que se concentran primordialmente los movimientos sociales contra la globalización o por una globalización alternativa. Si en el periodo actual se ha producido un desplazamiento de la acumulación mediante la reproducción ampliada a la acumulación por desposesión, y si esta última constituye el núcleo de las prácticas imperialistas, es lógico que el movimiento antiglobalización o por una globalización alternativa la sitúe como la contradicción principal que ha de ser combatida. Pero nunca debería hacerlo ignorando la relación dialéctica existente con las luchas que se libran en el terreno de la reproducción ampliada.

²⁷ Una versión particularmente estricta de esa concepción es la de C. HINES, *Localization: A Global Manifesto*, Londres, Earthscan, 2000. Véase también P. Wignaraja (ed.), *New Social Movements in the South*, cit.

También se plantea el problema de que no todas las luchas contra la desposesión son igualmente progresistas. Considérese, por ejemplo, el movimiento de la «milicia» en Estados Unidos o las campañas contra la inmigración en enclaves étnicos que combaten las incursiones «extranjeras» en lo que consideran derechos antiguos y venerables de propiedad de la tierra. Existe el peligro de que la nostalgia por lo que se ha perdido sustituya a la búsqueda de vías para satisfacer las necesidades materiales de las poblaciones empobrecidas y reprimidas; de que una política localista excluyente obstaculice la construcción de una globalización alternativa a distintas escalas geográficas; de que se plantee como solución, en un mundo que ha cambiado, el regreso a viejos modelos de relaciones sociales y sistemas de producción. No parece haber respuestas sencillas a tales cuestiones.

Aun así, con frecuencia es relativamente fácil alcanzar cierta reconciliación. Consideremos, por ejemplo, los argumentos de A. Roy contra las gigantescas inversiones en la construcción de una presa en el valle de Narmada en la India²⁸. Roy no está en contra del suministro de electricidad a la población rural empobrecida; ella no comparte una perspectiva antimoderna. Sus argumentos contra la presa son: a) la electricidad es cara, comparada con otras formas de energía, mientras que los beneficios agrícolas (raramente evaluados) de la irrigación parecen ser mínimos; b) los costes ambientales parecen ser enormes (tampoco se ha intentado estudiarlos, ni mucho menos evaluarlos); c) la gran cantidad de dinero invertido en el proyecto beneficia a una pequeña elite de consultores, ingenieros, empresas de la construcción, fabricantes de turbinas, etc. (muchos de los cuales son extranjeros, incluida la infame Enron), y ese dinero se podría gastar mejor en otros lugares; d) todo el riesgo corre a cargo del Estado, ya que a las empresas participantes se les garantizan sus ganancias y e) los cientos de miles de personas desplazadas de sus tierras, su historia y su forma de vida son en su mayoría indígenas o parias (*dalit*) que no reciben ninguna compensación ni beneficio del proyecto. No fueron ni siquiera consultadas ni informadas, y acabaron con sus aldeas inundadas y el agua hasta la cintura cuando el gobierno llenó de repente la presa durante la estación de los monzones. Aunque se trata, evidentemente, de una batalla específica en un lugar particular, que había que afrontar de forma específica, su carácter de clase genérico es bastante claro, como lo es el «bárbaro» proceso de expulsión²⁹. Que más de 30 millones de personas hayan sido desplazadas por proyectos similares en la India durante los últimos cincuenta años confirma tanto la amplitud como la brutalidad del proceso. Pero la reconciliación depende decisivamente de reconocer el papel político fundamental de la acumulación por desposesión como eje de la lucha de clases y de entenderla así.

²⁸ Sobre la lucha contra la construcción de la megapresa en el valle de Narmada, véase la entrevista efectuada a la activista Chittaropa PALIT contenida en el artículo «Rebelión monzónica», *New Left Review* 21 (julio-agosto de 2003), Madrid, Ediciones Akal, pp. 143-162 [N. del T].

²⁹ A. Roy, *Power Politics*, cit.

En mi opinión, para que los movimientos políticos puedan tener un efecto significativo a largo plazo, deben dejar a un lado la nostalgia por lo que se ha perdido y estar dispuestos a reconocer el aspecto positivo de las transferencias de bienes que se pueden conseguir mediante formas limitadas de desposesión (por ejemplo, la reforma agraria o nuevas estructuras para la toma de decisiones, como en la gestión conjunta de las reservas forestales). Asimismo deben tratar de distinguir entre los aspectos progresivos y regresivos de la acumulación por desposesión y tratar de orientar los primeros hacia un objetivo político más genérico y con mayor validez universal que muchos movimientos locales que a menudo se niegan a renunciar a sus propias peculiaridades. Para conseguirlo, sin embargo, deben encontrar vías para conceder la importancia que se merecen a las múltiples identidades (de clase, género, territorio, cultura, etc.) que existen en el seno de las poblaciones, a las huellas de la historia y de la tradición que han dejado sus entretamientos con las incursiones capitalistas, a la imagen de sí mismas como seres sociales con cualidades y aspiraciones propias y con frecuencia contradictorias. De otro modo existe el peligro de volver a caer en los planteamientos parciales e insuficientes de Marx con respecto a la acumulación primitiva y de ignorar el potencial creativo que existe en las relaciones sociales y sistemas de producción que algunos denominan despectivamente «tradicionales» o «precapitalistas». Se debe encontrar alguna vía, tanto teórica como política, para ir más allá del concepto amorfo de «multitud» sin caer en la trampa de «mi comunidad, territorio o grupo social, con razón o sin ella». Por encima de todo hay que promover asiduamente la conexión entre las luchas en torno a la reproducción ampliada y contra la acumulación por desposesión. Por fortuna se ha establecido ya claramente una relación entre ambos tipos de lucha al situar, como tenía que ser, a las instituciones financieras y comerciales respaldadas por los poderes estatales (y muy en particular al FMI y la OMC) como blanco principal de los movimientos de protesta. Con un reconocimiento tan claro del núcleo del problema político, debería ser posible avanzar hacia una política más amplia de destrucción creativa movilizadora contra el régimen dominante del imperialismo neoliberal impuesto al mundo por las potencias capitalistas hegemónicas.

EL IMPERIALISMO COMO ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

Cuando Joseph Chamberlain condujo a Gran Bretaña a la Guerra de los Bóers tras la anexión del Witwatersrand a comienzos del siglo XX, estaba claro que la motivación principal eran las reservas de oro y diamantes. Sin embargo, como vimos anteriormente, su conversión a una lógica imperialista nació de la incapacidad para encontrar ninguna solución al problema crónico de la sobreacumulación de capital en la propia Gran Bretaña. Esta incapacidad derivaba de la estructura de clases interna, que bloqueaba

cualquier aplicación a gran escala del capital excedente a la reforma social y las inversiones infraestructurales en el propio país. La decisión del gobierno de Bush de intervenir militarmente en Oriente Próximo proviene, de modo parecido, de la pretensión de establecer un control más firme sobre las reservas de petróleo. La necesidad de ejercer ese control ha ido creciendo desde que el presidente Carter manifestó por primera vez que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar sus medios militares para asegurar el flujo ininterrumpido del petróleo de Oriente Próximo hacia la economía global. Dado que las recesiones en ésta están relacionadas con las subidas del precio del petróleo, una fuerte reducción del mismo se puede entender como una táctica para tratar de resolver los problemas crónicos de sobreacumulación que se vienen manifestando durante las últimas tres décadas. Como ocurrió en Gran Bretaña a finales del siglo XIX, el bloqueo de la reforma interna y de las inversiones infraestructurales, debido a la configuración de los intereses de clase durante estos últimos años, ha desempeñado también un papel decisivo en la orientación de la política estadounidense hacia un imperialismo cada vez más resuelto. Cabe entonces considerar la invasión estadounidense de Iraq como algo equiparable a la zambullida británica en la Guerra de los Bóers, que ocurre en ambos casos al iniciarse el fin de su hegemonía.

Pero las intervenciones militares no son más que la punta del iceberg imperialista. El poder del Estado hegemónico sirve típicamente para asegurar y promover los dispositivos institucionales externos e internacionales que hacen funcionar las asimetrías en las relaciones de intercambio en beneficio de la potencia hegemónica. Así es como se extrae efectivamente el tributo del resto del mundo. El libre comercio y los mercados de capital abiertos se han convertido en medios primordiales para primar a los poderes monopolistas basados en los países capitalistas avanzados que ya dominan el comercio, la producción, los servicios y las finanzas en el mundo capitalista. El vehículo primordial para la acumulación por desposesión ha sido la apertura por la fuerza de los mercados de todo el mundo mediante presiones institucionales ejercidas a través del FMI y la OMC, a la que se sumaba la capacidad de Estados Unidos (y en menor medida de la Unión Europea) para negar el acceso a su propio mercado a los países que se nieguen a desmantelar sus barreras protectoras.

Sin embargo, nada de esto habría alcanzado la importancia que tiene actualmente si no hubieran surgido problemas crónicos de sobreacumulación de capital en la reproducción ampliada, agravados por la negativa política a intentar cualquier solución mediante una reforma interna. La importancia que ha cobrado la acumulación por desposesión como respuesta a esos problemas de sobreacumulación, mediante la aplicación de una política en el ámbito internacional de neoliberalismo y privatización, se corresponde en el terreno internacional con periódicas devaluaciones depredadoras de activos en un lugar u otro. Y éste parece ser el núcleo de las prácticas imperialistas en la actualidad. En resumen, la burguesía estadounidense ha redescubierto lo que ya descu-

bió la burguesía británica durante las últimas tres décadas del siglo XIX, esto es, como decía Arendt, que «el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible “la acumulación original de capital” [...], tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando»³⁰. Si es así, el «nuevo imperialismo» no es ni más ni menos que una reedición del antiguo, aunque en un lugar y momento diferentes. Queda por evaluar si ésta es o no una conceptualización adecuada de la cuestión.

³⁰ H. Arendt, *Imperialism*, cit., p. 28.

V

Del consentimiento a la coerción

El imperialismo de tipo capitalista surge de una relación dialéctica entre las lógicas de poder territorial y capitalista. Estas dos lógicas son distintas y ninguna de ellas es consecuencia de la otra, pero están estrechamente entrelazadas. Cada una de ellas se puede entender como una relación interna de la otra, pero el resultado varía sustancialmente según el momento y el lugar. Cada una de ellas provoca contradicciones a las que debe hacer frente la otra. La acumulación incesante de capital, por ejemplo, provoca crisis periódicas en la lógica territorial debido a la necesidad de crear una acumulación paralela de poder político/militar. Cuando el control político se desplaza siguiendo la lógica territorial, los flujos de capital deben desplazarse también para acomodarse a la nueva situación. Los Estados se ajustan a sus propias reglas y tradiciones, que originan tipos peculiares de gobierno de los que se derivan desarrollos geográficos desiguales, luchas geopolíticas y diferentes estilos imperialistas. Así pues, no se puede entender el imperialismo sin disponer de una teoría del Estado capitalista, con toda su diversidad. Distintos Estados producen diferentes imperialismos, como lo fueron obviamente los imperialismos británico, francés, holandés, belga, etc., entre 1870 y 1945. Los imperialismos, como los imperios, adoptan diversas configuraciones y formas. Aunque en ello puede haber mucho de contingente y accidental —de hecho no podría ser de otro modo dadas las luchas políticas derivadas de la lógica territorial de poder—, creo que podemos avanzar un buen trecho hacia el establecimiento de un sólido marco interpretativo para las distintas formas capitalistas de imperialismo recurriendo a una doble dialéctica, en primer lugar entre las lógicas territorial y capitalista de poder y en segundo lugar entre las actuaciones internas y externas del Estado capitalista.

Considérese, en este sentido, la reciente transición del imperialismo neoliberal al neoconservador en Estados Unidos. La economía global del capitalismo experimentó

una reconfiguración radical como respuesta a la crisis de sobreacumulación de 1973-1975. Los flujos financieros se convirtieron en el medio primordial para articular la lógica capitalista de poder. Pero, una vez que se abrió la caja de Pandora del capital financiero, también se incrementó la presión en favor de las correspondientes transformaciones en los aparatos estatales. Poco a poco muchos Estados, encabezados por el estadounidense y el británico, fueron adoptando políticas neoliberales. Otros Estados trataron de seguir esa misma vía o se vieron obligados a hacerlo aplicando las medidas de ajuste estructural impuestas por el FMI. El Estado neoliberal pretendía ante todo privatizar los bienes comunales y establecer un marco de mercados abiertos para las mercancías y el capital; tenía que imponer disciplina a los trabajadores y promover un «ambiente favorable a las empresas». Si un Estado determinado no lo conseguía o se negaba a hacerlo, corría el riesgo de verse calificado como Estado «roto» o «delincuente». El resultado fue el ascenso de formas específicamente neoliberales de imperialismo. La acumulación por desposesión salió de la sombra en que se había mantenido hasta 1970 para volver a ocupar de nuevo una posición destacada en la lógica capitalista, cumpliendo una doble función: por un lado, la posibilidad de adquirir activos de bajo coste abría vastas áreas para la absorción de capital excedente en busca de inversión rentable; por otro, proporcionaba un medio para descargar el coste de la devaluación de capitales excedentes sobre los territorios y poblaciones más débiles y vulnerables. Si la volatilidad y la crisis del crédito y la liquidez se iban a convertir en una característica de la economía global, el imperialismo tenía que intervenir, a través de instituciones como el FMI, para proteger los centros principales de acumulación de capital frente a la devaluación, y a eso es a lo que se dedicó, con notable éxito, el complejo Wall Street-Departamento del Tesoro estadounidense-FMI, con la colaboración de las autoridades europeas y japonesas, durante más de dos décadas.

Pero el giro hacia la financiarización tenía muchos costes internos, como la desindustrialización, la secuencia de fases de rápida inflación seguidas por contracciones del crédito y el desempleo estructural crónico. Estados Unidos perdió su posición predominante en la producción, con la excepción de sectores como la defensa, la energía y las grandes empresas agrícolas. La apertura de mercados globales para las mercancías y el capital creó oportunidades para que otros países se insertaran en la economía global, al principio como destinatarios pero luego también como productores de capitales excedentes, con lo que se convirtieron en competidores de Estados Unidos en la escena mundial. Surgieron lo que se podrían llamar «subimperialismos», no sólo en Europa sino también en el Este y Sureste de Asia, cuando cada nuevo centro de acumulación de capital exploraba soluciones espacio-temporales para su propio capital excedente tratando de definir su propia esfera territorial de influencia. Pero lejos de constituir áreas mutuamente excluyentes, éstas se solapaban e interpenetraban, reflejando la fluidez de la movilidad del capital y la constitución de redes de interdependencia espacial que ignoraban cada vez más las fronteras estatales.

Los beneficios y ventajas de este sistema se concentraban en un conjunto restringido de directivos de multinacionales, financieros y rentistas. Surgió una especie de clase capitalista transnacional en torno a Wall Street y otros centros, como Londres y Frankfurt, que aparecían como lugares seguros para colocar el capital, si bien esa clase seguía dependiendo de Estados Unidos en cuanto a la protección del valor de los activos y los derechos de propiedad en todo el planeta. Aunque el poder económico parecía estar altamente concentrado en Estados Unidos, podían surgir y surgieron otras concentraciones territoriales de poder financiero. El capital concentrado en los mercados europeos y japoneses seguía llevándose su parte del pastel, como casi cualquier clase rentista que se situara correctamente en la matriz de las instituciones capitalistas. El peso de la deuda podía aplastar las economías de Brasil o México, y las crisis de liquidez arrasar las de Tailandia o Indonesia, pero los rentistas de todos esos países no sólo mantenían a salvo su capital, sino que incluso mejoraban su propia posición de clase. Las clases privilegiadas podían encerrarse en inaccesibles guetos dorados en Bombay, São Paulo o Kuwait mientras disfrutaban los beneficios de sus inversiones en Wall Street. Pero que Wall Street estuviera colmada de dinero no significaba que lo poseerán los estadounidenses, y en cualquier caso su problema consistía en hallar un uso rentable para todo ese dinero excedente del que disponía, sin importarle si sus propietarios eran estadounidenses o extranjeros.

Esta dispersión geográfica del poder de la clase capitalista no caracterizaba únicamente a los intereses rentistas y financieros; el capital productivo también aprovechó la volatilidad espacial y la lógica del cambio de territorio. Las grandes multinacionales en electrónica, calzado y ropa en general obtuvieron notables ganancias mediante la movilidad geográfica, pero ello también benefició a otros grupos sociales. La diáspora china, por ejemplo, mejoró su posición precisamente porque contaba con los medios y la predisposición a extraer beneficios de la movilidad. Subcontratistas taiwaneses y surcoreanos se desplazaron a América Latina y África meridional y les fue muy bien allí, mientras que sus empleados sufrían penalidades sin cuento¹.

Pero una característica notable de este mundo neoliberal era que la clase cada vez más transnacional formada por los directivos, financieros y rentistas dependía de la potencia hegemónica territorial para salvaguardar sus intereses y establecer el tipo de arquitectura institucional que le permitía repartirse la riqueza del mundo. Esta clase prestaba poca atención a lealtades nacionales o tradiciones. Era multirracional, multiétnica, multicultural y cosmopolita. Si las exigencias financieras y la búsqueda de beneficio requerían cierres de fábricas y disminución de la capacidad industrial en su propio país, bien estaba. A los financieros estadounidenses, por ejemplo, no les importaba

¹ G. HART, *Disabling Globalization: Places of Power in Post-Apartheid South Africa*, Berkeley, University of California Press, 2002.

socavar la hegemonía estadounidense en la producción. Este sistema alcanzó su apogeo durante los años de Clinton, cuando el Departamento del Tesoro dirigido por Rubin y Summers organizó las relaciones internacionales en beneficio de los intereses rentistas de Wall Street, aunque más de una vez asumió riesgos muy altos al hacerlo. La culminación de esa política fue el castigo a la competencia procedente del este y sureste de Asia en 1997-1998, que permitió a los centros financieros de Japón y Europa, pero sobre todo de Estados Unidos, comprar activos prácticamente por nada y aumentar así sus propias líneas de beneficio a expensas de enormes devaluaciones y de la devastación del nivel de vida existente en esa región. Pero ése es sólo un ejemplo de las innumerables crisis financieras y de deuda que afligieron a gran parte del mundo «en vías de desarrollo» desde 1980, poco más o menos.

El imperialismo neoliberal en el exterior tendía a producir una inseguridad interna crónica. Muchos miembros de las clases medias se volcaron en la defensa del territorio, la nación y la tradición como armas frente al capitalismo neoliberal depredador, tratando de movilizar la lógica territorial del poder para protegerse de sus efectos. El racismo y el nacionalismo, que habían vinculado en otro tiempo al Estado-nación con el imperio, volvieron a resurgir en la pequeña burguesía y la clase obrera como ideologías enfrentadas al cosmopolitismo del capital financiero. Dado que atribuir los problemas a los inmigrantes constituía una desviación conveniente para los intereses de la élite, florecieron políticas excluyentes basadas en la raza, la etnicidad y la religión, en particular en Europa, donde los movimientos neofascistas comenzaron a gozar de un apoyo popular considerable. Las élites empresariales y financieras reunidas en Davos en 1996 expresaron su preocupación de que el «creciente rechazo» contra la globalización perceptible en las democracias industriales pudiera tener un «impacto destructivo sobre la actividad económica y la estabilidad social en muchos países». El estado de ánimo prevaleciente de «impotencia y zozobra» propiciaba el «ascenso de un nuevo tipo de político populista» y eso podía «dar lugar fácilmente a disturbios»².

Pero para entonces estaba comenzando a surgir el movimiento antiglobalización, atacando los poderes del capital financiero y sus principales instituciones (el FMI y el Banco Mundial), reclamando los bienes comunales y exigiendo un espacio en el que pudieran florecer las diferencias nacionales, regionales y locales. Viendo al Estado tan claramente alineado con los financieros y en todo caso como agente fundamental de la política de acumulación por desposesión, este movimiento recurrió a las instituciones de la sociedad civil para combatir la lógica territorial de poder a varias escalas, de las

² K. SCHWARZ y C. SMADJA, «Globalization needs a human face», *International Herald Tribune* (28 de enero de 1999), p. 8, citado en D. HARVEY, *Spaces of Hope*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000, p. 70 [ed. cast.: *Espacios de esperanza*, Cuestiones de Antagonismo 16, Madrid, Ediciones Akal, 2003, pp. 89-90].

estrictamente locales a la planetaria (como en el caso del movimiento ecologista). La proliferación de fraudes, rapiña y represión provocó muchas respuestas violentas. El civismo elemental que supuestamente acompaña a los mercados que funcionan adecuadamente no se dejaba ver por ninguna parte. Los movimientos de protesta que surgían por doquier fueron en su mayoría aplastados sin compasión por los poderes estatales. La guerra de baja intensidad se extendió por todo el mundo, a menudo con la implicación encubierta de Estados Unidos o su apoyo militar directo.

Dejando de lado formas tradicionales de organización de los trabajadores como los sindicatos y partidos políticos, y hasta el proyecto de conquista del poder estatal (que se empieza a considerar inservible para una transformación profunda) estos movimientos de oposición buscaban sus propias formas autónomas de organización social, estableciendo incluso su propia lógica territorial de poder (como hicieron los zapatistas) para mejorar su suerte o defenderse frente al capitalismo depredador. Un movimiento pujante de «organizaciones no gubernamentales» (algunas de ellas patrocinadas por gobiernos) trató de controlar estos movimientos sociales y de orientarlos hacia determinadas vías, quizá revolucionarias en algún caso, pero que, en general, no suponían sino una acomodación al régimen neoliberal de poder. En cualquier caso, se produjo una eferescencia de movimientos sociales locales, dispersos y muy diferenciados, dispuestos a combatir o a defenderse de las prácticas neoliberales del imperialismo orquestadas por el capital financiero y los Estados neoliberales.

La volatilidad inherente al neoliberalismo acabó por repercutir sobre el propio corazón de Estados Unidos. El colapso económico iniciado en 1999 en la economía *punto.com* de alta tecnología se extendió rápidamente, revelando que gran parte de lo que aparecía como capital financiero era de hecho capital ficticio no reembolsable apoyado en prácticas contables escandalosas y en activos totalmente vacíos. Ya antes de los acontecimientos del 11 de Septiembre estaba claro que el imperialismo neoliberal se estaba debilitando desde dentro, que ni siquiera era capaz de proteger los valores de los títulos en Wall Street y que los días del neoliberalismo y de su forma específica de imperialismo estaban contados. La gran pregunta era qué tipo de relación entre las lógicas territorial y capitalista de poder podía surgir ahora y qué tipo de imperialismo produciría.

La fortuita elección de George W. Bush, un cristiano renacido a la fe, como presidente estadounidense acercó al poder a un grupo de pensadores neoconservadores. Bien financiados y organizados en numerosos *think-tanks*, como en otro tiempo los neoliberales, habían pretendido durante largo tiempo imponer al gobierno su agenda, que era muy diferente a la del neoliberalismo. Su objetivo primordial consiste en restablecer el orden y hacer que sea respetado, tanto internamente como en la escena mundial. Esto implica un liderazgo fuerte en la cúspide y una lealtad inquebrantable en la base, así como la construcción de una jerarquía de poder segura y manifiesta. Para el movimiento neoconservador también es decisiva la adhesión a ciertos principios morales, lo

ual le garantiza un amplio apoyo electoral de cristianos fundamentalistas con creencias muy peculiares. A raíz del 11 de Septiembre, por ejemplo, Jerry Falwell y Pat Robertson (dos importantes líderes del movimiento) proclamaron que aquel acontecimiento mostraba la irritación de Dios frente a la permisividad de una sociedad que tolera el aborto y la homosexualidad. Más tarde, en uno de los programas de actualidad con más audiencia en la televisión estadounidense, Falwell declaró que Mahoma había sido el primer terrorista de masas de la historia, mientras otros destacados neoconservadores expresaban su apoyo al sionismo y a la violencia de Sharon contra los palestinos, ya que eso conduciría al Armagedón y a la segunda venida del Mesías. La creencia en el libro del Apocalipsis y el Armagedón está muy extendida (Reagan la compartía, por ejemplo). A los europeos les resulta difícil entender que cerca de una tercera parte de la población estadounidense mantenga firmemente esas creencias (incluido el creacionismo en lugar de la evolución), de las que se deriva la aceptación de los horrores de la guerra particularmente en Oriente Próximo) como preludio para la consecución de la voluntad de Dios sobre la Tierra. Muchos de los militares estadounidenses se reclutan ahora en el sur del país, donde prevalecen estas opiniones.

Aunque los neoconservadores saben que no pueden mantenerse en el poder con tal plataforma, no se debe subestimar la influencia de la derecha cristiana, como muestra la aceptación de la violenta represión ejercida por Sharon sobre los palestinos (interpretada por los fundamentalistas como un paso positivo hacia el Armagedón). Y en el conflicto con el mundo árabe estas actitudes dan paso con facilidad a la retórica de una cruzada cristiana frente a la *yihad* islámica, convirtiendo las endeble tesis de Huntington sobre un inminente choque de civilizaciones en un hecho geopolítico².

El programa neoconservador de política exterior quedó establecido en el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano elaborado en 1997³. Como en el caso de Luce en 1941, el término «siglo» encubre la pretensión de control territorial, repitiéndose deliberadamente todas las elusiones que expone N. Smith en su comentario de aquel editorial de *Life*⁴. El proyecto «recoge unas pocas proposiciones fundamentales: que el liderazgo estadounidense es bueno para Estados Unidos y para el mundo; que ese liderazgo requiere fuerza militar, energía diplomática y compromiso con los principios morales, y que actualmente muy pocos líderes políticos defienden el liderazgo global». Esos principios fueron claramente recordados en el discurso de Bush con motivo del aniversario

² S. HUNTINGTON, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997 [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997].

³ Disponible en <www.newamericancentury.org>.

⁴ N. SMITH, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press, 2003.

del 11 de Septiembre (véase el capítulo 1). Aunque se reconocen como valores específicamente estadounidenses, se presentan como universales, junto a términos como «libertad», «democracia» y «respeto hacia la propiedad privada, el individuo y la ley», que conforman un código de conducta que se debería exportar y si es preciso imponer al resto del mundo, como se deduce de la pretensión de «obtener apoyo para una aplicación vigorosa y preceptiva del compromiso internacional estadounidense». La mayoría de los principales participantes en el proyecto provenían del organigrama de Defensa de las Administraciones de Reagan y del primer Bush, y representan aquel «complejo militar-industrial» contra cuyo poder advirtió tan claramente Eisenhower y que se fortaleció tanto durante los años de Reagan; muchos de ellos se incorporaron a la Administración de Bush Jr. Mientras que en la de Clinton los hombres clave estaban en el Departamento del Tesoro (que Rubin y Summers gobernaban autocráticamente), la nueva Administración de Bush recurre a los expertos en defensa —Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz y Powell— para definir la política internacional, y a un neoconservador cristiano —Ashcroft— como fiscal general para imponer el orden interno. Así pues, la Administración de Bush está dominada por neoconservadores, profundamente enfocados en el complejo militar-industrial (y en algunos otros sectores importantes de la industria estadounidense, como la energía y las grandes empresas agrícolas), y encuentra apoyo en sus juicios morales en los cristianos fundamentalistas. Su tarea consiste en consolidar el poder en torno a una agenda política minoritaria inserta en la lógica territorial de poder, entendiendo muy bien la conexión entre orden interno y externo. Aceptan intuitivamente la opinión de Arendt de que el imperio en el exterior implica la tiranía en el interior, aunque la planteen de forma ligeramente diferente, afirmando que la actividad militar en el exterior requiere una disciplina de tipo militar en el interior.

Iraq venía siendo una preocupación central para los neoconservadores desde hace tiempo, pero era difícil obtener el apoyo de la opinión pública a una intervención militar sin algún acontecimiento catastrófico «de la envergadura de Pearl Harbor», como ellos mismos decían. El 11 de Septiembre les proporcionó una oportunidad sin par, y aprovecharon aquel momento de solidaridad social y patriotismo para dar cohesión a un nacionalismo estadounidense que sirviera de base para un tipo diferente de actividad imperialista y control interno. La mayoría de los liberales, incluso quienes habían criticado anteriormente las prácticas imperialistas estadounidenses, respaldaron al gobierno en su guerra contra el terrorismo y aceptaron sacrificar parte de las libertades civiles en nombre de la seguridad nacional. Para suprimir críticas o disidencias se las alió de antipatrióticas. Los medios de comunicación y los partidos políticos se alinearon junto al presidente. Todo esto facilitó la aprobación de leyes represivas, como la Ley Patriótica y la de Seguridad Interna, prácticamente sin ninguna oposición, estableciendo restricciones draconianas de los derechos civiles: mantenimiento ilegal de prisioneros sin representación alguna en la base de Guantánamo, redadas indiscriminadas de

sospechosos», muchos de los cuales han permanecido encarcelados durante meses sin acceso a asesoramiento legal y mucho menos a un juicio; la policía puede detener arbitrariamente a cualquier sospechoso de «terrorismo», lo que incluye, como pronto quedó claro, a miembros del movimiento antiglobalización; se introdujeron técnicas de vigilancia exhaustiva (el FBI tiene ahora acceso a los registros de préstamo de las bibliotecas, compra de libros, conexiones en internet, registros de inscripción de estudiantes, miembros de los clubes de submarinismo, etc.). El gobierno también aprovechó la oportunidad para recortar todo tipo de programas de ayuda a los pobres (en nombre del sacrificio por la causa nacional). Impuso un programa de recortes de impuestos que favorecía descaradamente al 1 por 100 más rico de la población (con la excusa de estimular la economía), y hasta propuso la eliminación de impuestos sobre los dividendos con la vana esperanza de que eso pudiera impulsar las cotizaciones en Wall Street. Pero esas medidas, que violan flagrantemente la Declaración de Derechos y la constitucionalidad estadounidense, sólo se podían sostener, como habían reconocido y temido hace mucho tiempo Washington, Madison y muchos otros, mediante aventuras en el exterior de tipo imperialista. Dada la amenaza que suponían los acontecimientos del 11 de Septiembre, a la que se añadía el ahogo de la disidencia, hasta los más liberales se unieron a la idea de la invasión de Afganistán, el derrocamiento de los talibanes y la persecución planetaria de Al Qaeda.

Para mantener el impulso y materializar sus ambiciones, los neoconservadores tuvieron que poner en funcionamiento el acostumbrado estilo paranoide de la política estadounidense. Desde hace mucho tiempo venían hablando de las amenazas planteadas al orden global por Iraq, Irán, Corea del Norte y otros supuestos «Estados delincuentes». Pero tras esas imputaciones siempre se adivinaba el objetivo de China, temida como impredecible y gran competidor potencial en la escena mundial. La alianza entre los neoconservadores y el complejo militar-industrial presionó a Clinton durante la década de los noventa para que incrementara los gastos militares y preparara al ejército para combatir a la vez en dos guerras regionales, poniendo como ejemplo a «Estados delincuentes» como Iraq y Corea del Norte. Iraq era crucial, en parte por su posición geopolítica y régimen dictatorial inmune a los castigos financieros gracias a su riqueza petrolífera, pero también porque amenazaba con encabezar un movimiento panárabe laico que podía extenderse a la totalidad de Oriente Próximo y someter la economía global a su poder sobre el flujo de petróleo. Recordemos que el presidente Carter ya había insistido en que no se toleraría ningún intento de utilizar el petróleo con esa finalidad, y que el compromiso militar directo estadounidense en la región se remonta al menos a 1980. La primera guerra del Golfo no produjo el cambio de régimen en Bagdad, en parte porque no había un mandato de las Naciones Unidas en ese sentido. Las condiciones impuestas a Iraq fueron insatisfactorias para ambas partes. Los iraquíes resistieron y se les impusieron sanciones, se enviaron inspectores de armas que más

tarde se vieron obligados a abandonar el país, se estableció un protectorado sobre los kurdos en una zona autónoma en el norte mediante amenazas militares, y en los cielos se mantuvo una guerra de bajo nivel en la que Estados Unidos y Gran Bretaña patrullaban conjuntamente las zonas de exclusión aérea establecidas en el norte y el sur del país. Clinton denominó a Iraq «Estado delincuente» y adoptó una política de cambio de régimen en Bagdad, pero se limitó a las acciones encubiertas y las sanciones económicas, que según vociferaban los neoconservadores no tendrían efecto.

Tras el 11 de Septiembre los neoconservadores ya tenían su «Pearl Harbor». La dificultad residía en que Iraq no tenía conexiones con Al Qaeda y en que había que dar preferencia a la lucha contra el terrorismo. En la invasión de Afganistán el ejército estadounidense puso a prueba sobre el terreno muchas armas nuevas, casi como ensayando lo que iba a hacer en Iraq y en otros lugares. De paso, Estados Unidos obtuvo una presencia militar permanente en Uzbekistán y en Kirguistán, a muy poca distancia de los campos petrolíferos de la cuenca del mar Caspio (cuyas reservas no se han evaluado y donde China estaba batallando ferozmente para obtener un acceso que le asegure un suministro equiparable a su demanda interna, rápidamente creciente). Al cabo de seis meses, una vez derrotados los talibanes en Afganistán, la Administración estadounidense comenzó a concentrar su atención en Iraq. En el verano de 2002 estaba claro que Estados Unidos estaba decidido a forzar militarmente el cambio de régimen en Bagdad, costara lo que costara. Lo único que quedaba por decidir era cómo se justificaría ante la opinión pública estadounidense e internacional. A partir de ese momento, la Administración recurrió a todo tipo de pantallas de humo, cambiando a diario de retórica, difundiendo denuncias indocumentadas como si fueran hechos probados (del tipo descrito en el capítulo 1). Trató de formar una «coalición de los dispuestos» en la que Gran Bretaña, que ya estaba directamente implicada en la acción militar cotidiana en Iraq (de la que le habría resultado muy difícil inhibirse), tenía que desempeñar un papel principal. En un primer momento negó cualquier papel a la ONU e incluso afirmó que no precisaba la aprobación del Congreso, aunque sobre esos puntos tuvo que ceder en parte a presiones políticas tanto internas como internacionales. Pero atizó enérgicamente la llamada de nacionalismo que se había alzado tras el 11 de Septiembre y la enfocó hacia el proyecto imperial del cambio de régimen en Iraq, presentado como esencial para la seguridad interna, al mismo tiempo que utilizaba el proyecto imperial para establecer controles internos aún más estrictos (alimentados por las alarmas de eventuales ataques terroristas y otros temores en el frente interno). Desgraciadamente, tal como señalaba tan perspicazmente Azendt, el engarce del nacionalismo con el imperialismo no se podía llevar a cabo sin recurrir al racismo, y la degradada imagen popular de los árabes y el islam, así como la política oficial hacia los visitantes e inmigrantes de los países árabes, expresan muy claramente la creciente marea racista existente en Estados Unidos, que puede provocar daños inimaginables en el futuro, tanto interna como internacionalmente.

Aunque la situación es ahora muy lábil, a lo que se añaden las habituales cortinas de humo y espejos deformantes de los pronunciamientos oficiales, parece posible, sin embargo, discernir genéricamente hacia dónde quiere avanzar el proyecto imperial neoconservador. Concluiré, por lo tanto, con un resumen de ese rumbo y una valoración de las fuerzas que se le enfrentan.

Los neoconservadores pretenden reconstruir Iraq siguiendo un plan parecido al que se puso en práctica en Japón y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Se impondrá una apertura al desarrollo capitalista con el objetivo de crear en último término una rica sociedad de consumo según líneas occidentales que sirva como modelo para el resto de Oriente Próximo. La Administración estadounidense establecerá las infraestructuras sociales, institucionales y políticas necesarias, dando paso gradualmente a una administración política iraquí subordinada (preferiblemente tan débil como el partido liberal japonés). Iraq permanecerá desmilitarizado, pero protegido por fuerzas estadounidenses que permanecerán en la región del Golfo⁶. El petróleo servirá para financiar la reconstrucción y pagar parte de los costes de la guerra, y según se espera llegará a los mercados del mundo (convenientemente valorado en dólares y no en euros) a un precio lo bastante bajo para alentar cierta recuperación en la economía global.

Pero no acaba ahí la ambición imperial de los neoconservadores, que han comenzado a hablar de Irán (totalmente rodeado, tras la ocupación de Iraq, por bases militares estadounidenses) y han lanzado acusaciones contra Siria amenazando con «consecuencias». Esas observaciones han resultado tan obvias que el ministro de Asuntos Exteriores británico consideró necesario declarar categóricamente que Gran Bretaña se negaría terminantemente a participar en ninguna acción militar contra Siria o Irán. Pero la posición neoconservadora, tal como ha sido expuesta repetidamente por el secretario de Defensa Rumsfeld, es que Estados Unidos no necesita a Gran Bretaña para alcanzar sus objetivos y que lo hará sin su ayuda si es preciso. Y al tiempo que crece la presión sobre Siria e Irán, Estados Unidos también pretende una reforma interna en Arabia Saudí, tanto para impedir cualquier intento de toma del poder por los islamistas (ése era, después de todo, el objetivo primordial de Bin Laden) como para atronrar el hecho de que gran parte de la propaganda fundamentalista que ha alimentado la oposición a Estados Unidos ha sido financiada por los saudíes. Por otra parte, Estados Unidos ha experimentado en Iraq una táctica militar denominada «comoción y espanto» que podría destruir en un plazo de doce horas los cientos de cañones de gran alcance que los norcoreanos apuntan hacia Seúl, así como su capacidad nuclear.

Todos estos designios parecen orientados por cierta perspectiva geopolítica. Con la ocupación de Iraq, la posible reforma de Arabia Saudí y algún tipo de sumisión de Siria

⁶ Todo este plan aparece muy bien descrito en C. JOHNSON, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York, Henry Holt, 2000.

e Irán a la supremacía militar y la presencia estadounidense, Estados Unidos se aseguraría, como señalé en el capítulo 2, una cabeza de puente estratégica vital en la masa continental euroasiática, precisamente en el centro de producción del petróleo del que depende actualmente (y seguirá dependiendo durante al menos los próximos cincuenta años) no sólo la economía global, sino también cualquier gran máquina militar que pretenda oponerse a la de Estados Unidos, lo cual aseguraría la continuación de su dominio global durante ese lapso de tiempo. Si Estados Unidos consolidara sus alianzas con países del este de Europa como Polonia y Bulgaria y (muy problemáticamente) con Turquía, sometiera a Iraq y pacificara Oriente Próximo, habría conseguido una presencia efectiva en la región que fracturaría geopolíticamente Eurasia, separando a Europa occidental de Rusia y China. Estados Unidos gozaría entonces de una situación geoestratégica que le permitiría controlar militarmente, y económicamente mediante el petróleo, todo el planeta, desbaratando cualquier desafío potencial de la Unión Europea y lo que es lo más importante, de China, cuyo resurgimiento económico y militar y como líder potencial de Asia es juzgado como una seria amenaza por los neoconservadores. Así pues, éstos parecen preparar nada menos que un plan para la dominación total del globo⁷. En ese mundo ordenado por la *Pax Americana* todas las regiones prosperarían, aseguran los neoconservadores, bajo el cobijo del capitalismo de libre mercado, lo que suscitaría el agradecimiento del resto del mundo (o al menos de las clases propietarias).

La gran pregunta sin respuesta es, naturalmente: ¿podrá llevarse a la práctica tal proyecto? Sin duda hay muchos miembros de la Administración de Bush, así como del ejército, que no sólo no están en absoluto convencidos de su factibilidad, sino que acaso lleguen a oponerse activamente a él. El equilibrio interno de fuerzas dentro de la Administración favorece ahora mismo a los neoconservadores, pero puede que no permanezca así, dependiendo, por ejemplo, de si la reputación de los neoconservadores sale reforzada o dañada de la acción militar en Iraq. Una prolongada y turbulenta ocupación de Bagdad deterioraría seriamente la doctrina de que se trata de una batalla por la liberación del país y no de una ocupación.

Por otra parte, las fuerzas externas alineadas contra el imperialismo neoconservador son formidables. Para empezar, cuanto más explícito se hace su proyecto, más fácil es que propicie una alianza entre Alemania, Francia, Rusia, China y otros países, en absoluto desprovistos de poder. Un bloque euroasiático relativamente unificado, como tette, por ejemplo, Kissinger (véanse anteriormente las pp. 76-77), no está condenado a perder si se enfrenta a Estados Unidos. Además, si Estados Unidos ataca a Irán o a Siria, los británicos tendrán casi con seguridad que abandonar su apoyo a lo que se reconocerá

⁷ D. ARMSTRONG, «Dick Cheney's Song of America: Drafting a Plan for Global Dominance», *Harper's Magazine* 305 (octubre de 2002), pp. 76-83.

entonces claramente como imperialismo estadounidense. Probablemente caerían los gobiernos europeos, como el español o el italiano, que han apoyado a Estados Unidos contra los deseos de sus poblaciones, lo que convertiría a Europa en un bloque de poder mucho más unificado en su oposición a los planes estadounidenses. Y la oposición global en las Naciones Unidas también se haría probablemente mucho más fuerte en la medida en que Estados Unidos se viera cada vez más aislado.

Los neoconservadores han despilfarrado gran parte de la capacidad estadounidense de liderazgo moral, su aptitud para dirigir el mundo mediante un consentimiento genuino ha disminuido mucho, y hasta su influencia cultural parece desvanecerse. En febrero-marzo de 2003 Estados Unidos trató de comprar el consentimiento de la ONU (tratóndola casi como a un distrito electoral del viejo Chicago). Pero la negativa de Turquía, miembro de la OTAN, a dejarse sobornar, a pesar de su difícil situación económica y de la amenaza de represalias, ilustraba un problema más profundo. En ningún lugar se aprecia gran consentimiento real, siendo el más sólido el del gobierno británico, aun cuando para su propia opinión pública es muy precario. Estados Unidos ha renunciado a la hegemonía mediante el consentimiento y recurre cada vez más a la dominación mediante la coerción. Ha aspirado mucho tiempo, como dijo Colin Powell, a ser «el gallo del corral» (véase anteriormente la p. 74), pero su afirmación de que todos lo aceptarían confiando en que Estados Unidos «no abusaría de ese poder» carece ahora de credibilidad, y se constata por el contrario una marea ascendente de oposición popular global, materializada por ejemplo en la notable asistencia en todo el mundo a las manifestaciones del 15 de febrero de 2003.

Los neoconservadores comparten fervientemente la creencia de que una vez que restablezcan el orden en todo el mundo y demuestren sus ventajas, la oposición a su militarismo, tanto a nivel popular como entre muchos gobiernos, se disipará en gran medida. Es una idea sin duda utópica, pero hasta su materialización parcial depende decisivamente de la naturaleza de los beneficios generados y de cómo se distribuyan. Ahora bien, el neoconservadurismo comparte con el neoliberalismo la creencia de que la libre circulación de mercancías y de capital contiene todo lo necesario para ofrecer libertad y bienestar a todos y cada uno. En la medida en que eso se ha demostrado erróneo, todo lo que han hecho los neoconservadores es transformar la guerra de baja intensidad emprendida por el neoliberalismo en todo el globo en una dramática confrontación que supuestamente resolverá todos los problemas de una vez y para siempre. Mantendrán una economía política basada en la acumulación por desposesión (la desposesión del petróleo iraquí es el punto de partida más flagrante) y no harán absolutamente nada para contrarrestar la desigualdad creciente que están provocando las formas actuales del capitalismo. De hecho, atendiendo a su política tributaria, los neoconservadores parecen dispuestos a profundizar esas desigualdades, argumentando que la recompensa a la iniciativa y al talento mejorará a largo plazo la

vida de todos. De ahí podemos esperar un incremento más que una disminución de las luchas globales contra la desposesión y un incremento más que una disminución del fermento que ha alimentado los movimientos contra la globalización o por una globalización alternativa hasta el punto de propiciar la formación de gobiernos, como el de Lula en Brasil, que tratan de poner coto al terreno sobre el que puede operar el neoliberalismo. Además, no hay manera de frenar el deslizamiento hacia el nacionalismo y políticas excluyentes como medio de defensa contra la depredación neoliberal. Con Estados Unidos lanzado cada vez más hacia el racismo como puente entre el nacionalismo y el imperialismo, este tipo de desintegración será mucho más difícil de controlar.

A todo esto se suma el interrogante crucial de cómo será recibido el proyecto neoconservador en el mundo árabe e islámico. En este sentido, los neoconservadores están pisando un terreno particularmente peligroso. Para empezar, cualquier acercamiento al mundo árabe tendrá que basarse en una solución aceptable del conflicto palestino-israelí, sobre el que la Administración de Bush ha permanecido casi en silencio, excepto con ocasionales rumores promisorios, normalmente como respuesta a presiones externas (en particular de Gran Bretaña). La razón de esta aparente indiferencia y la negativa a intentar reorientar la política de Sharon en Israel reside en la desgraciada alianza de Estados Unidos con el sionismo, fuertemente apoyado por los fundamentalistas cristianos por sus propias razones escatológicas. Si el despliegue de poder imperial estadounidense en la región no conlleva alguna solución de ese conflicto, su autoridad se puede ver muy dañada en el mundo árabe e incluso más allá, suscitando un incremento de la violencia esporádica contra Israel y contra Estados Unidos y quizá revoluciones internas en algunos países musulmanes. En segundo lugar, la idea de que Iraq puede servir como ejemplo para apartar al mundo islámico de su propio fundamentalismo y formas antidemocráticas se basa en la suposición de que se puede transformar de algún modo, de la noche a la mañana, en un Estado próspero, capitalista y democrático bajo la tutela estadounidense. En ese aspecto la elección de Iraq tiene cierto sentido, ya que no sólo posee la riqueza del petróleo, sino gran cantidad de talento científico y conocimientos técnicos; también contaba, antes de que Estados Unidos y Sadam la destruyeran conjuntamente, con una significativa base industrial y agraria. El capital excedente hallará seguramente una salida rentable en la reconstrucción de esas áreas, pero las reglas neoliberales que todavía gobiernan globalmente el comercio y los flujos financieros, así como la situación general de sobrecumulación, hacen difícil pensar que Iraq pueda convertirse en algo parecido a Corea del Sur en los próximos años. Pero incluso si avanzara por esa vía, no está en absoluto claro que pudiera producir un poderoso efecto de demostración, dado el notorio fracaso de los planes desarrollistas de Estados como el pakistaní o el egipcio, que han pretendido durante las últimas dos décadas impulsar un desarrollo económico de corte

capitalista con el apoyo estadounidense. Sólo cabría esperar cierto desarrollo económico iraquí bajo la ocupación en el caso improbable de una recuperación de la economía global a una escala aún más amplia que la que tuvo lugar tras finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Esto nos lleva, irremediablemente, a la cuestión de las circunstancias económicas que prevalecen en estos momentos y hasta qué punto los procesos esbozados anteriormente apuntan a una lógica capitalista de poder coherente con la lógica territorial específica que el imperialismo neoconservador trata de imponer. Aunque, como siempre, sea difícil predecir con certeza, parece haber una profunda incoherencia, si no una contradicción flagrante, entre ambas lógicas, en cuyo caso una de las dos tendrá que ceder o se producirán consecuencias catastróficas. ¿Cuáles son, pues, los signos principales de esta divergencia?

Ante todo hay que arrostrar el propio coste de la guerra. No será inferior a 200.000 millones de dólares, y probablemente superará con mucho esa cifra. Ciertamente es que hay mucho capital excedente con el que financiarla, pero exigirá determinada tasa de beneficio, lo que supone ganancias para los contratistas de defensa y reconstrucción y/o pagos de réditos de la deuda pública. Los bombardeos no constituyen una inversión productiva y no devuelven valor al proceso de circulación y acumulación, a menos que consideremos una caída del precio del petróleo a 20 dólares el barril como parte del beneficio derivado de la acción militar en Iraq. El petróleo iraquí podría, por supuesto, emplearse para pagar la guerra, pero eso entorpecería en gran medida su utilización para el desarrollo interno y amenazaría, por lo tanto, la posibilidad de que Iraq pueda demostrar la validez del proyecto de desarrollo capitalista. Según todos los informes llevaría varios años elevar la producción de petróleo iraquí a un nivel que permitiera financiar ambos proyectos. Por otra parte, Iraq tiene deudas anteriores que rondan los 200.000 de dólares (64.000 tan sólo a Rusia) así como reclamaciones de compensación derivadas de la invasión de Kuwait que se elevan a más de 100.000 de dólares. Si bajo la tutela estadounidense no hace frente a esas deudas, el descontento internacional (en particular de Rusia) será considerable.

Existen, pues, pocas alternativas, a menos que Estados Unidos se endeudara fondo para financiar la guerra. Los efectos generales de un déficit presupuestario desmedido en Estados Unidos no serían benignos ni en las mejores circunstancias; pero en la actual situación de estancamiento económico, de disminución del valor de los títulos y de reducción de los ingresos tributarios, el gasto deficitario con propósitos militares profundizará probablemente aún más la recesión económica, en vez de contribuir a contrarrestarla. Muchos autores (por ejemplo, Luxemburg) han señalado el papel que pueden desempeñar los gastos militares como estímulo económico (lo que a veces se llama «keynesianismo militar»), pero éstos sólo pueden actuar en ese sentido a muy corto plazo (poco más o menos el tiempo que lleva sustituir el equipo y el *matériel* consumi-

do), y en la coyuntura actual cualquier estímulo a corto plazo en esa dirección se verá inmediatamente neutralizado por la menor confianza de los consumidores y un clima de temor (fomentado directamente por la Administración estadounidense para conseguir sus propios objetivos) que disuade a la gente de viajar o tomar cualquier iniciativa que parezca arriesgada. Por eso las líneas aéreas están próximas a la quiebra y el turismo y las actividades de ocio se ven en profundas dificultades económicas. En toda la economía estadounidense se deja sentir la pérdida de puestos de trabajo y de protección social (como seguros sanitarios y hasta fondos de pensiones). La economía de la ciudad de Nueva York, por ejemplo, se encuentra ahora en un estado más lamentable que durante la crisis de 1973-1975, y su déficit presupuestario puede llevarla a una quiebra técnica en un par de años.

Estos problemas se ven exacerbados por la endeble situación internacional de la economía estadounidense. Más de un tercio de la deuda pública estadounidense y el 18 por 100 de la deuda empresarial se encuentran ahora en manos extranjeras (más del doble de los correspondientes porcentajes en torno a 1980); además Estados Unidos necesita más de 2.000 millones de dólares diarios de inversión extranjera neta para cubrir su creciente déficit por cuenta corriente con el resto del mundo³. Como he argumentado anteriormente, eso hace a la economía estadounidense extraordinariamente vulnerable a la fuga de capitales, de la que se están viendo ya signos en la caída del valor relativo del dólar en los mercados mundiales. En cualquier momento se pueden volver las tornas en cuanto a la disposición del capital financiero para apoyar, en vez de dañar seriamente, a Estados Unidos. La lógica capitalista, sin una acción efectiva por parte del Estado que el gobierno de Bush parece incapaz de acometer, apunta a debilitar el poder económico de este país más que a reforzarlo como sucedió durante el *boom* económico de la década de los noventa. Del mismo modo que el capital especulativo fluía hacia Tailandia, Indonesia y Argentina para propulsar *booms* que colapsaron repentinamente dando lugar a espectaculares fugas de capitales y catástrofes económicas, la afluencia de capital especulativo hacia Wall Street durante la década de los noventa generó un *boom* que también se puede invertir (y en cierta medida se está invirtiendo ya). También es verdad que las circunstancias son algo diferentes, porque el dólar ha sido siempre un puerto seguro para el capital global y Estados Unidos todavía cuenta con ese poder de señoreaje. Pero todo depende mucho de la confianza en el gobierno estadounidense y, cuanto más se aprecia que está dominado actualmente por una coalición formada por el complejo militar-industrial, los neoconservadores y, lo que es aún más preocupante, fundamentalistas cristianos, más apunta la lógica del capital hacia el cambio de régimen en Washington

³ A. KRUEGER, «Economic Scene», *The New York Times* (3 de abril de 2003), p. C2; J. MADRICK, «The Iraqi Time Bomb», *The New York Times Sunday Magazine* (6 de abril de 2003), p. 48.

como algo necesario para su propia supervivencia, lo que tendría como efecto un freno radical a la versión neoconservadora del imperialismo. Si eso no sucede, el enorme gasto que puede suponer un giro más acentuado hacia una economía de guerra permanente equivaldría a un suicidio económico para Estados Unidos. El impulso militarista aparecerá entonces como última iniciativa desesperada de Estados Unidos para preservar su dominio global a cualquier precio.

Pero hay otro perjuicio potencial que se puede derivar del proyecto imperialista neoconservador. La proclamación unilateral del poder imperial estadounidense no tiene en cuenta el alto grado de integración internacional que existe ya en la organización capitalista de la circulación y acumulación de capital. Las amenazas estadounidenses de boicotear las mercancías francesas y alemanas y el boicot recíproco de los europeos parecen disparatadas cuando la proporción de mercancías extranjeras en cualquier economía «nacional» se sitúa típicamente entre una tercera parte y la mitad de su valor. Pero el auge del nacionalismo, impulsado tanto por los promotores de la guerra como por los movimientos de oposición al neoliberalismo, puede imponer restricciones a los flujos de capital internacional y a la dinámica de acumulación. El retroceso a configuraciones regionales de circulación y acumulación de capital, del que ya existen signos abundantes, puede verse acelerado por cualquier marea ascendente de nacionalismo y racismo, por no hablar de la consistencia que va ganando la idea de un choque de civilizaciones. Ahora bien, la retirada a bloques regionales de poder que ejercen prácticas excluyentes al tiempo que se lanzan a la competencia entre ellos es exactamente la configuración que provocó la crisis global del capitalismo durante las décadas de los treinta y los cuarenta. Se demostraría así que Lenin tenía razón; y nadie, presumiblemente, desea volver a vivir aquello, lo que hace aún más desconcertante la lenta pero apreciable deriva hacia ese tipo de dinámica.

El mantenimiento de la política neoliberal en el terreno económico, como ya he indicado, implica una continuación, si no una escalada, de la acumulación por otros medios, es decir, de la acumulación por desposesión. Esto provocará seguramente una marea ascendente de resistencia global a la que los poderes estatales ofrecen como única respuesta la represión de los movimientos populares, lo que supone prolongar la guerra de baja intensidad que ha caracterizado la economía global durante los últimos veinte años, a menos que se halle alguna forma de aliviar el problema de sobreacumulación global. La única posibilidad, como he argumentado, es un gigantesco y enérgico programa de acumulación auténticamente primitiva en China que origine una tasa de crecimiento económico y de desarrollo de infraestructuras públicas capaz de absorber gran parte del excedente mundial de capital, sin provocar una contrarrevolución dentro de la propia China. Pero, si esa posibilidad se materializara, el aflujo de capital excedente hacia China sería calamitoso para la economía estadounidense, que actualmente se sirve de esos flujos para fomentar su propio consumo improduc-

tivo, tanto en el sector militar como en el privado. De ahí se derivaría algo equivalente a un «ajuste estructural» de la economía estadounidense que implicaría un grado inaudito de austeridad, como no se ha visto desde la Gran Depresión de la década de los treinta. En tal situación, Estados Unidos se vería tentado a utilizar su poder sobre el petróleo para hacer retroceder a China, provocando un conflicto geopolítico, como mínimo en Asia central, que podría convertirse quizá en una conflagración mundial.

La única solución posible, aunque temporal, a ese problema dentro de las reglas del modo de producción capitalista es algún tipo de «New Deal» de alcance global, lo que significa liberar la lógica de la circulación y acumulación de capital de sus cadenas neoliberales, reformulando el poder estatal en una línea mucho más intervencionista y redistributiva, conteniendo el poder especulativo del capital financiero y descentralizando o controlando democráticamente el poder abrumador de los oligopolios y monopolios (en particular la nefasta influencia del complejo militar-industrial) para ordenar todo a su antojo, desde los términos del comercio internacional hasta lo que vemos, leemos y oímos en los medios de comunicación. El resultado sería un regreso a un imperialismo con un «New Deal» más benevolente, al que se llegaría probablemente mediante una coalición de las principales potencias capitalistas del tipo previsto por Kautski hace un siglo.

El ultraimperialismo que preconiza ahora Europa tiene, no obstante, sus propias connotaciones y consecuencias negativas. Según propone Robert Cooper, un consejero de Blair, volviéramos a las distinciones decimonónicas entre países civilizados, bárbaros y salvajes, que ahora se llamarían Estados posmodernos, modernos y premodernos; los primeros, como guardianes del comportamiento colaborador civilizado, promoverían por medios directos o indirectos la obediencia a las normas universales (léase «occidentales» y «burguesas»), y a prácticas humanistas (léase «capitalistas») en todo el planeta. Estos Estados posmodernos, principalmente europeos, no constituyen en absoluto, desde esa perspectiva, una «vieja Europa», sino que están muy por delante de Estados Unidos, que parece tener cierta dificultad para desprenderse de sus formas modernas. El problema reside en que clasificaciones de ese tipo permitieron a liberales del siglo XIX como John Stuart Mill justificar la colonización de la India y la exacción de tributos del exterior al mismo tiempo que alababa los principios del gobierno representativo en países «civilizados» como el suyo. En ausencia de una fuerte reanimación de la acumulación sostenida mediante la reproducción ampliada, esta versión europea del imperialismo liberal sólo le valdrá para hundirse aún más en la ciénaga neoliberal de la acumulación por desposesión en todo el mundo a fin de impedir que se pare el motor de la acumulación. Es difícil que esa forma alternativa de imperialismo colectivo resulte aceptable para amplias franjas de la población mundial que han padecido la acumulación por desposesión y las correspondientes formas depredadoras de capitalismo, y en

ciertos casos comienzan a luchar contra ellas. La astucia liberal que propone Cooper es, en cualquier caso, demasiado conocida por los autores poscoloniales como para ejercer mucho atractivo⁹.

Cabe concebir, por supuesto, soluciones mucho más radicales, pero la construcción de un nuevo «New Deal» dirigido por Estados Unidos y Europa, tanto interna como internacionalmente, frente a las abrumadoras fuerzas de clase e intereses alineados contra tal eventualidad, constituye seguramente un objetivo suficiente para organizar la lucha en la coyuntura actual. La posibilidad de materializar tal perspectiva mediante la búsqueda de algún tipo de solución espacio-temporal pertinente a largo plazo aliviaría realmente los problemas de sobreacumulación durante algunos años y disminuiría la necesidad de acumular por desposesión, lo cual alentaría la incorporación de las fuerzas democráticas, progresistas y humanistas al proyecto para convertirlo en realidad, y propiciaría una trayectoria imperial mucho menos violenta y mucho más benevolente que el crudo imperialismo militarista que propugna actualmente el movimiento neoconservador estadounidense.

El campo de batalla real en el que se tiene que desarrollar esa contienda es, por supuesto, Estados Unidos. A este respecto hay razones para una ligera esperanza, ya que el severo recorte de libertades civiles y la añeja percepción de que el imperialismo en el exterior se paga con la tiranía doméstica proporcionan cierta base para la resistencia política, al menos por parte de quienes creen verdaderamente en la Declaración de Derechos y entienden la constitucionalidad de forma diferente a la mayoría conservadora que domina ahora el Tribunal Supremo. Esa gente es al menos tan numerosa como los fundamentalistas cristianos que ejercen ahora una influencia tan siniestra sobre el gobierno. Y se detectan signos entre la mayoría cristiana, particularmente entre los líderes (que han adoptado en general una notoria actitud antibélica), que apuntan al imperativo moral de aislar a los fundamentalistas cristianos y plantear un tipo diferente de cristianismo basado en la tolerancia religiosa y la coexistencia pacífica con el prójimo. Existe un movimiento antiguerra y antiimperialista que lucha por expresarse, pero el clima de nacionalismo, patriotismo y supresión de la disidencia a todos los niveles, particularmente en los medios de comunicación, implica que hay que llevar a cabo una terrible lucha interna contra la versión neoconservadora del imperialismo, así como contra la prolongación del neoliberalismo en el terreno económico. El poder de clase

⁹ R. COOPER, «The New Liberal Imperialism», *The Observer* (7 de abril de 2002). La crítica de las formulaciones de Cooper de U. MEHTA, *Liberalism and Empire*, Chicago, University of Chicago Press, 1999, es simplemente demoledora. Como en otros puntos, también a este respecto me ha ayudado mucho el análisis de J. ANDERSON, «American Hegemony after September 11: Allies, Rivals and Contradictions», manuscrito no publicado, Centre for International Borders Research, Belfast, Queen's University, 2002.

alineado tras el neoliberalismo es formidable, pero cuanto más problemática aparece la forma neoconservadora de gobierno, tanto interna como internacionalmente, más probable será la división y la disidencia, incluso en el seno de las clases dominantes, sobre la dirección que debería adoptar la lógica territorial de poder. Las dificultades actuales del modelo neoliberal y la amenaza que supone para los propios Estados Unidos pueden llegar a provocar llamamientos en favor de una lógica alternativa de poder territorial. Que eso suceda o no depende críticamente de la correlación de fuerzas en Estados Unidos, y aunque acaso no sea determinante, desempeñará un enorme papel en nuestro futuro individual y colectivo. Con respecto a esto el resto del mundo sólo puede observar, esperar y confiar; pero se puede decir algo con seguridad: el antiamericanismo impaciente del resto del mundo no servirá de mucha ayuda. Quienes luchan en Estados Unidos por construir una alternativa, tanto interna como con respecto a los compromisos exteriores, necesitan toda la simpatía y apoyo que se les pueda ofrecer. De la misma forma que la dialéctica interior/exterior desempeña un papel decisivo en la construcción del imperialismo neoconservador, una inversión de esa dialéctica tiene que desempeñar un papel decisivo en la política antiimperialista.

Lecturas recomendadas

- AMIN, S., *Imperialism and Unequal Development*, Nueva York, Monthly Review Press, 1977 [ed. cast.: *Imperialismo y desarrollo desigual*, Barcelona, Fontanella, 1976].
- ATLAS, J., «A Classicist's Legacy: New Empire Builders», *The New York Times* (domingo 4 de mayo de 2003), sección «Week in Review», domingo 4 de mayo de 2003, pp. 1 y 4.
- BELLO, W., *Deglobalization: Ideas for a New World Economy*, Londres, Zed Books, 2002.
- BOOT, M., *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Nueva York, Basic Books, 2002.
- BOULDING, K. y MUKERJEE, T. (eds.), *Economic Imperialism: A Book of Readings*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1972.
- CAVANAUGH, J., MANDER, J. et al., *Alternatives to Globalization*, San Francisco, Bennett Koehler, 2002.
- COMAROFF, J. y COMAROFF, J. (eds.), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Durham, NC, Duke University Press, 2001.
- FALK, R., *Predatory Globalization: A Critique*, Cambridge, Polity Press, 1999.
- FERGUSON, N., *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons of Global Power*, Nueva York, Basic Books, 2003.
- FINNEGAN, W., «The Economics of Empire: Notes on the Washington Consensus», *Harper's Magazine* 1836 (mayo de 2003), vol. 306, pp. 41-54.
- GEORGE, S. y SABELLI, E., *Faith and Credit*, Harmondsworth, Penguin, 1995.
- HERSH, S., «Annals of National Security: How the Pentagon Outwitted the C.I.A.», *The New Yorker* (12 de mayo de 2003), pp. 44-51.
- HIRST, P. y THOMPSON, G. in *Globalization in Question: The International Economy and the Possibility of Global Governance*, Cambridge, Polity Press, ed. rev. 1999.

HOBBSAWM, E., *The Age of Empire, 1875-1914*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1987 [ed. cast.: *La era del imperio*, Barcelona, Crítica, 1998].

HOBSON, J. A., *Imperialism*, Ann Arbor, University of Michigan Press, ed. con una nueva introducción de P Siegelman, 1965.

JUDD, D., *Radical Joe: A Life of Joseph Chamberlain*, Londres, Hamish Hamilton, 1977.

KAGAN, R., *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*, Nueva York, Knopf, 2003.

KIERNAN, V., *America: The New Imperialism*, Londres, Zed Books, 1978.

KLEIN, N., *No Logo*, Nueva York, Picador, 2000.

KORTON, D., *When Corporations Rule the World*, Bloomfield, CT, Kumarian Press, 2001.

KUPCHAN, C., *The End of the American Era in US Foreign Policy and the Geopolitics of the 21st Century*, Nueva York, Knopf, 2002.

LEWIS, B., *What Went Wrong: Western Impact and Middle Eastern Response*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

MACKINDER, H., *Democratic Ideals and Reality*, A. J. PEARCE (ed.), Nueva York, Norton, 1962.

MAGDOFF, H., *The Age of Imperialism: The Economics of U.S. Foreign Policy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969.

MEYER, K. E., *The Dust of Empire: The Race for Mastery in the Asian Heartland*, Nueva York, Public Affairs, 2003.

MIES, M., *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labor*, Londres, Zed Books, 1999.

NORDHAUS, W., «Iraq: The Economic Consequences of War», *The New York Review of Books* 19 (5 de diciembre de 2002), vol. XLIX, pp. 9-12.

OWEN, R. y STUTCLIFFE, B. (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972.

OXFAM INTERNATIONAL, *Rigged Rules and Double Standards*, Londres, Oxfam International, 2002.

RADICE, H., *International Firms and Modern Imperialism*, Harmondsworth, Penguin, 1975.

SASSEN, S., *Globalization and Its Discontents*, Nueva York, New Press, 1998.

SCHLESINGER, A., *The Cycles of American History*, Boston, Houghton Mifflin, 1980.

SHIVA, V., *Biopiracy: The Plunder of Nature and Knowledge*, Boston, South End Press, 1997 [ed. cast.: *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, Barcelona, Icaria, 2001].

—, *Protect or Plunder? Understanding Intellectual Property Rights*, Londres, Zed Books, 2001 [ed. cast.: *¡Proteger o expropiar?: los derechos de propiedad intelectual*, Barcelona, Fundación Intermón, 2003].

—, *Water Wars: Privatization, Pollution and Profit*, Londres, Zed Books, 2002.

SINGH, K., *The Globalisation of Finance: A Citizen's Guide*, Londres, Zed Books, 1999.

SOROS, G., *George Soros on Globalization*, Nueva York, Public Affairs, 2002.

STEVEN, R., *Japan's New Imperialism*, Armonk, NY, M. E. Sharpe, 1990.

STIGLITZ, J., *Globalization and Its Discontents*, Nueva York, Norton, 2002 [ed. cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2003].

THORNTON, A., *Doctrines of Imperialism*, Nueva York, Wiley, 1965.

WEINBERG, A. K., *Manifest Destiny*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1935.

YERGIN, D., *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money and Power*, Nueva York, Simon and Schuster, 1991.

Bibliografía

Artículos publicados en diarios

- ALTMAN, D., «China: Partner, Rival or Both», *The New York Times* (2 de marzo de 2003), sección «Money and Business», pp. 1 y 11.
- BANERJEE, N., «Energy Companies Weigh their Possible Future in Iraq», *The New York Times* (26 de octubre de 2002), p. C3.
- BUSH, G. W., «Securing Freedom's Triumph», *The New York Times* (11 de septiembre de 2002), p. A33.
- COOPER, R., «The New Liberal Imperialism», *The Observer* (7 de abril de 2002).
- CRAMPTON, T., «A Strong China de mayo de Give Boost to its Neighbors», *The International Herald Tribune* (23 de enero de 2003), «Economic Outlook», pp. 16-17.
- DE ACULE, C., «Keeping a Wary Eye on the Housing Boom», *The International Herald Tribune* (23 de enero de 2003), p. 11.
- ECKHOLM, E., «Where Workers, Too, Rust, Bitterness Boils Over», *The New York Times* (20 de marzo de 2002), p. A4.
- Editorial, *Buenos Aires Herald* (31 de diciembre de 2002), p. 4.
- FISK, R., «The Case Against War: A Conflict Driven by the Self-Interest of America», *The Independent* (15 de febrero de 2003), p. 20.
- , «This Looming War isn't about Chemical Warheads or Human Rights: It's about Oil», *The Independent* (18 de enero de 2003), p. 18.
- FRIEDMAN, T., «A War for Oil?», *The New York Times* (5 de enero de 2003), sección «Week in Review», p. 11.
- HILTERMAN, J., «Halabja: America Didn't Seem to Mind Poison Gas», *The International Herald Tribune* (17 de enero de 2003), p. 8.

- IGNATIEFF, M., «The Burden», *The New York Times Sunday Magazine* (5 de enero de 2003), pp. 22-54; reimpr. como «Empire Lite» en *Prospect* (febrero de 2003), pp. 36-43.
- , «How to Keep Afghanistan from Falling Apart: The Case for a Committed American Imperialism», *The New York Times Sunday Magazine* (26 de julio de 2002), pp. 26-58.
- KALIN, J., «China Gambles on Big Projects for its Stability», *The New York Times* (13 de enero de 2003), pp. A1 y A8.
- , «Made in China, Bought in China», *The New York Times* (5 de enero de 2003), sección «Business», pp. 1 y 10.
- KIRKPATRICK, D., «Mr Murdoch's War», *The New York Times* (7 de abril de 2003), p. C1.
- KRUEGER, A., «Economic Scene», *The New York Times* (3 de abril de 2003), p. C2.
- MADRICK, J., «The Iraqi Time Bomb», *The New York Times Sunday Magazine* (6 de abril de 2003), p. 48.
- ROSENTHAL, E., «Workers' Plight Brings New Militancy to China», *The New York Times* (10 de marzo de 2003), p. A8.
- TYLER, P., «Threats and Responses. News Analysis: A Deepening Fissure», *The New York Times* (6 de marzo de 2003), p. 1.

Libros y artículos publicados en revistas

- AMIN, S., «Imperialism and Globalization», *Monthly Review* (junio de 2001), pp. 1-10.
- , «Social Movements at the Periphery», en P. WIGNARAJA (ed.), *New Social Movements in the South: Empowering the People* (1993), Londres, Zed Books, pp. 76-100.
- ANDERSON, J., «American Hegemony after September 11: Allies, Rivals and Contradictions», manuscrito no publicado, Belfast, Centre for International Borders Research, Queen's University, 2002.
- ANDERSON, P., «Internationalism: A Breviary», *New Left Review* 14 (2002) [ed. cast.: «Internacionalismo: un breviario», *NLR* 14 (mayo-junio de 2002), pp. 5-24].
- ARENDT, H., *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968.
- ARMSTRONG, D., «Dick Cheney's Song of America: Drafting a Plan for Global Dominance», *Harper's Magazine* 305 (octubre de 2002), pp. 76-83.
- ARMSTRONG, P., GLYN, A. y HARRISON, J., *Capitalism since World War II: The Making and Break Up of the Great Boom*, Oxford, Basil Blackwell, 1991.
- ARRIGHI, G., *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of our Times*, Londres, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Cuestiones de Antagonismo 3, Madrid, Ediciones Akal, 1999].
- y B. SILVER, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Cuestiones de Antagonismo 10, Madrid, Ediciones Akal, 2001].

- BARAN, P. y SWEEZY, P., *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capital monopolista*, México DF, Siglo XXI, 1968].
- BERMAN, M., «Justice/Just Us: Rap and Social Justice in America», en A. MERRIFIELD y E. SWYNGEDOUW (eds.), *The Urbanization of Injustice*, Nueva York, New York University Press, 1997, pp. 161-179.
- BHAGWATI, J., «The Capital Myth: The Difference between Trade in Widgets and Dollars», *Foreign Affairs* 77/3 (1998), pp. 7-12.
- BLEANEY, M., *Underconsumption Theories*, Londres, Methuen, 1976.
- BLUM, W., *Rogue State: A Guide to the World's Only Superpower*, Londres, Zed Books, 2002.
- BOWDEN, B., «Reinventing Imperialism in the Wake of September 11», *Alternatives: Turkish Journal of International Relations* 1/2 (verano de 2002); en internet en <<http://alternatives.journal.fatih.edu.tr/Bowden.htm>>.
- BRENNER, R., *The Boom and the Bubble: The U.S. in the World Economy*, Londres, Verso, 2002 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil. Estados Unidos y la economía mundial*, Cuestiones de Antagonismo 19, Madrid, Ediciones Akal, 2003].
- BREWER, A., *Marxist Theories of Imperialism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980.
- BURKETT, P. y HARRISLANDSBERG, M., «Crisis and Recovery in East Asia: The Limits of Capitalist Development», *Historical Materialism* 8 (2001), pp. 3-48.
- CAIN, P., *Hobson and Imperialism: Radicalism, New Liberalism and Finance, 1887-1938*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- CARCHEDI, G., «Imperialism, Dollarization and the Euro», en Leo PANITCH y Colin LEYS (eds.), *Socialist Register 2002*, Londres, Merlin Press, 2001, pp. 153-174.
- CHAMBERLAIN, E., *The Theory of Monopolistic Competition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1933.
- CHOMSKY, N., 9-11, Nueva York, Seven Stories Press, 2001 [ed. cast.: *11/09/2001*, Barcelona, RBA, 2001].
- DOYLE, M. W., *Empires*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1986.
- FREEMAN, C., *High Tech and High Heels in the Global Economy*, Durham, NC, Duke University Press, 2000.
- GILLS, B. (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, Nueva York, Palgrave, 2001.
- GOWAN, P., *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Cuestiones de Antagonismo 6, Madrid, Ediciones Akal, 2000].
- , PANITCH, L. y SHAW, M., «The State, Globalization and the New Imperialism: A Round Table Discussion», *Historical Materialism* 9 (2001), pp. 3-38.
- GUILBAUT, S., *How New York Stole the Idea of Modern Art*, A. GOLDHAMMER (trad.), Chicago, University of Chicago Press, 1985.

HARDT, M. y NEGRI, A. *Empire*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

HART, G., *Doubling Globalization: Places of Power in Post-Apartheid South Africa*, Berkeley, University of California Press, 2002.

HARVEY, D., *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

—, *The Limits to Capital*, Oxford, Basil Blackwell, 1982; reimp. Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *Los límites del capital*, México DF, FCE, 1987].

—, *Paris, the Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003.

—, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge, 2001 [de próxima publicación en esta colección].

—, *Spaces of Hope*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000 [ed. cast.: *Espacios de esperanza*; *Cuestiones de Antagonismo* 16, Madrid, Ediciones Akal, 2003].

—, *The Urban Experience*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

HEGEL, G. W. F., *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Berlín, Nicolai, 1821 [ed. cast.: *Principios de la filosofía del Derecho*, Barcelona, Edhasa, 1999].

HENDERSON, J., «Uneven Crises: Institutional Foundations of East Asian Economic Turmoil», *Economy and Society* 28/3 (1999), pp. 327-368.

HILL, C., *The World Turned Upside Down*, Harmondsworth, Penguin, 1984.

HINES, C., *Localization: A Global Manifesto*, Londres, Earthscan, 2000.

Historical Materialism 8 (2001), número especial: «Focus on East Asia after the Crisis».

HOPSTADTER, R., *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996.

HUNTINGTON, S., *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997 [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997].

ISARD, W., *Location and the Space Economy*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1956.

JOHNSON, C., *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York, Henry Holt, 2000.

JULIEN, C.-A., BRUHAT, J., BOURGIN, C., CROUZET, M. y RENOUVIN, P., *Les Politiques d'expansion impérialiste*, Paris, Presses Universitaires de France, 1949.

KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Fontana Press, 1990.

KLARE, M., *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Nueva York, Henry Holt, 2001.

KRUGMAN, P., *Development, Geography and Economic Theory*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1995.

LEE, C. K., *Gender and the South China Miracle: Two Worlds of Factory Women*, Berkeley, University of California Press, 1998.

LEFEBVRE, H., *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*, de F. BRYANT (trad. al inglés), Nueva York, St Martin's Press, 1976 [ed. orig.: *La survie du capitalisme. La reproduction des rapports de production*, París, Anthropos, 1973; *Economica*, 2002].

LENIN, V. I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Barcelona, Debarris, 2000; también en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1970, vol. 1, pp. 689-798.

LI, S.-M., y TANG, W.-S., *China's Regions, Policy and Economy: A Study of Spatial Transformation in the Post-Reform Era*, Hong Kong, Chinese University Press, 2000.

LÖSCH, A., *The Economics of Location*, W. H. WOGLOM (trad. al inglés con ayuda de W. F. STOLPER), New Haven, Yale University Press, 1954.

LUXEMBURG, R., *Die Akkumulation der Kapitalen*, Dresde, Dresdner Volkszeitung, 1912 [eds. cast.: *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967; *Orbis-Grijalbo*, Barcelona, 1985].

MCDONALD, D. y PAPE, J., *Cost Recovery and the Crisis of Service Delivery in South Africa*, Londres, Zed Books, 2002.

MARKUSEN, A., *Profit Cycles, Oligopoly and Regional Development*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1985.

—, *Regions: The Economics and Politics of Territory*, Totowa, NJ, Rowman & Littlefield, 1987.

MARX, K., *El capital*, Madrid, Ediciones Akal, 2000.

— y ENGELS, F. *On Colonialism*, Nueva York, International Publishers, 1972.

MEHTA, U., *Liberalism and Empire*, Chicago, University of Chicago Press, 1999.

MITTELMAN, J., *The Globalization Syndrome: Transformation and Resistance*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

MORTON, A., «Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN: A Neo-Gramscian Analysis», en B. GILLS (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, Nueva York, Palgrave, 2001, pp. 255-279.

NASH, J., *Mayan Visions: The Quest for Autonomy in an Age of Globalization*, Nueva York, Routledge, 2001.

National Security Strategy of the United State of America, en la pág. web www.whitehouse.gov/nsc/ass.

NYE, J., *The Paradox of American Power: Why the World's Only Super-Power Cannot Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

ONG, A., *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline: Factory Women in Malaysia*, Albany, State University of New York Press, 1987.

PANITCH, L., «The New Imperial State», *New Left Review* 11/1 (2000), pp. 5-20 [ed. cast.: «El nuevo Estado imperial», *NLR* 3 (julio-agosto de 2000), pp. 5-18].

PAYER, C., *The Debt Trap: The IMF and the Third World*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

- PERELMAN, M., *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham, NC, Duke University Press, 2000.
- PETRAS, J. y VELTMEYER, H., *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, Londres, Zed Books, 2001.
- PIJGER, J., *The New Rulers of the World*, Londres, Verso, 2002.
- POLLARD, S., *Essays on the Industrial Revolution in Britain*, Colin HOLMES (ed.), Aldershot, Ashgate Variorum, 2000.
- ROSTOW, W. W., *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966 [ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México DF, FCE, 1961].
- ROY, A., *Power Politics*, Cambridge, Mass., South End Press, 2001.
- SERVAN-SCHREIBER, J. J., *American Challenge*, Nueva York, Scribner, 1968 [ed. original: *Le défi Américain*, París, Denoël, 1967; ed. cast.: *El desafío americano*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968].
- SMITH, N., *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press, 2003.
- SOEDERBERG, S., «The New International Financial Architecture: Imposed Leadership and "Emerging Markets"», en Leo PANITCH y Colin LEYS (eds.), *Socialist Register* 2002, Londres, Merlin Press, 2001, pp. 175-192.
- STRANGE, S., *Mad Money: When Markets Outgrow Governments*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998.
- THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1999].
- «U.S. Imperial Ambitions and Iraq» [editorial], *Monthly Review* 54/7 (2002), pp. 1-13.
- WADE, R. y VENEROSO, F., «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review* 228 (1998), pp. 3-23.
- WARREN, B., *Imperialism: Pioneer of Capitalism*, Londres, Verso, 1981.
- WENT, R., «Globalization in the Perspective of Imperialism», *Science and Society* 66/4 (2002-2003), pp. 473-497.
- WILLIAMS, W. A., *Empire as a Way of Life*, Nueva York, Oxford University Press, 1980.
- WOLF, E., *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, HarperCollins, 1969.
- YERGIN, D., STANISLAW, J. y TERGIN, D., *The Commanding Heights: The Battle Between Government and Market Place that is Remaking the Modern World*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999.
- ZHANG, L., *Strangers in the City: Reconfigurations of Space, Power and Social Networks within China's Floating Population*, Stanford, Stanford University Press, 2001.